BREVE HISTORIA de...

FELIPE II

José Miguel Cabañas

La apasionante historia del Rey Prudente, el monarca más poderoso de su época y del primer imperio mundial. Desde las guerras, El Escorial y la Armada Invencible hasta las políticas secretas del rey maquiavélico, su inmenso legado, la vida en la España del *Quijote* y la leyenda negra

nowtilus

BREVE HISTORIA
DE FELIPE II

Índice

Introducción

1. Panorama sociopolítico de Europa al nacimiento de Felipe II

- El saco de Roma: Felipe II llega al mundo acompañado del «terror español»
- Guerras de religión: católicos contra protestantes
- Una herencia envenenada
- Un siglo eminentemente religioso
- Proyección histórica de Felipe II
- «Un tímido con poder»

2. Infancia y educación de un príncipe del Renacimiento

- La primera papilla
- Educando a un rey de España
- Los juguetes reales
- Muerte de la madre: primer golpe fuerte en la vida de Felipe II

3. Preparándose para rey

- Felipe regente
- Felipe esposo y padre
- Amores reales
- El felicísimo viaje
- Felipe en los Países Bajos
- Agrias desavenencias familiares

4. Felipe, rey de Inglaterra

- La transmisión del poder

5. Felipe, rey

- Felipe II comienza su reinado con una excomunión
- La victoria de San Quintín
- El Tratado de Cateau-Cambrésis: se impone la hegemonía española

6. Uniformidad religiosa y cruzada confesional

- Negros nubarrones de intolerancia se ciernen sobre Europa
- El Felipe II de la leyenda negra
- Nadie está a salvo
- La lucha contra el turco
- Evangelizando el Nuevo Mundo

7. Felipe II en la intimidad

- Carácter del Rey Prudente

El entorno familiar
«Solo Madrid es corte»
El rey en su despacho
Las aficiones del rey
8. Tiempo de revueltas
La revuelta de los Países Bajos
Don Carlos: último acto
La rebelión de los moriscos
«Lope de Aguirre o la cólera de Dios»
9. El avispero flamenco: el mayor quebradero de cabeza de Felipe II
El duque de Alba siembra el terror en los Países Bajos
La ignominiosa ejecución del barón de Montigny
Conspiraciones en la sombra
El fracaso de las políticas represivas
El colapso total: bancarrota, motines y fracaso de la política más conciliadora
El hado de don Juan
El doble juego de Antonio Pérez y Felipe II para pillar *in fraganti* a don Juan
El mayor pecado de Felipe II
Asesinato de Estado en la calle de la Almudena
La detención de Antonio Pérez
10. Auge y declive de la monarquía de Felipe II
«El más poderoso señor y rey que en el mundo haya»
Felipe I de Portugal
El ejército invisible de Felipe II: los espías
La eliminación de Guillermo de Orange
Crónica de un enfrentamiento anunciado
Por fin la empresa de Inglaterra
El desastre de «La Armada Invencible»
11. Fin de un reinado y fin de una época
El fantasma de Escobedo vuelve para atormentar a Felipe II
Profecías que se cumplen
Felipe contra el mundo
Camino hacia la tumba
Bibliografía

El pueblo no es para el rey, sino, al contrario, el rey para el pueblo. Su primero y principal deber consiste en trabajar y velar por el pueblo que se le confió, para que viva en paz y sosiego, en justicia y en orden, pues de ello habrá al cabo de rendir cuentas el rey.

Felipe II de España

INTRODUCCIÓN

Esta *Breve Historia de Felipe II* no pretende ser la «biografía definitiva» sobre este monarca, pero tampoco es cualquier biografía. El objetivo es el de dar a conocer a este importante rey de la historia española y europea de una manera amplia, aunque no exhaustiva, para un público que quiera interesarse por la figura de este rey, tanto para quien no sepa nada sobre él como para quien ya tenga algunas nociones y quiera saber más, esperando no defraudar a nadie ni dejar indiferente, aportando datos curiosos y enseñando algo nuevo a todos.

Se ha escrito ya mucho sobre Felipe II de España; según su más exhaustivo biógrafo, Geoffrey Parker, «más que sobre cualquier otro gobernante europeo salvo Napoleón Bonaparte y Adolf Hitler». De ser esto cierto, nos encontramos con que tenemos en la historia de España a un monarca, un estadista, sobre el que se ha proyectado, y aún es más, se sigue proyectando, el foco de atención de miles de personas en todo el mundo. Hay que tener en cuenta que la mayor parte de biografías, monografías o cualquier otro tipo de documentación sobre este personaje y su época han sido escritos por personas no españolas. Podemos colegir, por tanto, que Felipe II sigue levantando pasiones encontradas cuatro siglos después. Y es que Felipe II es de esos pocos personajes de la historia que trascienden de su propia historia para convertirse en un icono. Un icono que ha ido pasando sucesivamente por varias etapas a lo largo del tiempo: desde la imagen negativa como paladín del catolicismo más reaccionario, opresor de las libertades fundamentales de los pueblos y de los individuos, como se le veía allá por el siglo XIX, hasta la actual imagen que se tiene de este rey, estudiado desde una metodología mucho más objetiva, despojándolo de todos los mitos negativos, y considerándole como el eje fundamental para la comprensión de la segunda mitad del siglo XVI. Sin olvidar el icono que creó de él el franquismo como el monarca español a ultranza, valedor de una raza española pura en la que se conjugaban el sentido del deber, de la religión, del honor y del orden, por encima de cualquier veleidad proveniente de más allá de nuestras fronteras. Nos enfrentamos pues a un personaje histórico complejo, ya que no existió un Felipe II sino muchos a la vez, pues cada uno de los estereotipos que se han creado sobre este personaje es falso y a la vez tiene algunos tintes de realidad. Ya en su época fue un monarca que desconcertaba a sus contemporáneos, y nadie llegó a penetrar en su verdadera esencia. Fue un personaje complejo, distante, contradictorio, lejano, oculto, de pocas palabras orales y, en cambio, de muchas escritas, que ocultaba sus verdaderos sentimientos tras múltiples

capas de personalidad. Un personaje, en fin, de infinitas facetas, difícil de clasificar y, por tanto, de juzgar de manera objetiva. Un enigma, en suma, y como todo enigma, un reto.

Por otro lado, Felipe II es un personaje histórico indispensable para todo aquel que quiera conocer la historia de la segunda mitad del siglo XVI europeo. Bajo su reinado, España impondrá su política, la cultura, las costumbres y hasta la forma de vestir a los europeos. Quien quiera estudiar y analizar la historia de su propio país en esta época, ya sea la de Francia, de Inglaterra, de Italia, y hasta la de Polonia, me atrevería a decir, irremisiblemente se topará con la alargada figura de Felipe II en algún momento, pues este monarca ejerció como pocos personajes de la historia una profunda impronta en su época y en su cultura, que trasciende más allá del mundo propiamente hispano. Tampoco ha de extrañarnos, teniendo en cuenta que fue el primer gobernante de la historia de la humanidad que ejerció su poder y dominio de manera universal y planetaria: desde la península ibérica hasta las islas Molucas, pasando por los Países Bajos, buena parte de Italia, el Franco Condado, prácticamente todo el continente americano, enclaves de la India y África, Filipinas, etc. Ni Julio César ni Alejandro Magno aspiraron a tanto. Sin embargo, la diferencia fundamental entre este y aquellos es que tanto César como Alejandro dedicaron sus vidas a forjar esos imperios impulsados por un afán de gloria y de conquista, aspirando a la inmortalidad, mientras que Felipe II se lo encontró ya todo hecho y su único afán no fue de gloria ni de conquista, sino de conservadurismo, de luchar para que no le quitaran lo que había heredado.

Se puede decir que Felipe II fue el primer señor del mundo global. Y esto le granjeó no pocas antipatías, a la vez que gran admiración. También su marcada defensa del orden tradicional establecido y, aún más, su decidido compromiso en defensa de la religión católica, le han causado aún más inquinas. Curiosamente la manía persecutoria derivada de esta marcada faceta religiosa se ha multiplicado a lo largo de los siglos, siendo mayor en el XIX y XX, cuando ya la religión va dejando de ser un asunto tan prioritario, al menos en nuestra cultura. El icono del catolicismo militante que representa Felipe II no es nada ajeno a su mala prensa. Si no fuera por el antagonismo religioso de sus detractores, su actitud hacia este monarca habría sido totalmente distinta. Tampoco aquellos defensores del nacionalismo de los territorios que cayeron bajo su dominio, ya fueran europeos o americanos, le tienen mucha simpatía. Aún hoy en día, tanto algunos belgas como holandeses especialmente, pero también algún italiano o mexicano, se quejan de su falta de flexibilidad y de no reconocer los derechos nacionales de sus pueblos,

sin tener en cuenta que en pleno siglo xvi los conceptos de nacionalismo y nacional no existían aún, sino que los territorios con todos sus habitantes se consideraban patrimonio del monarca como señor natural de todos ellos, y por tanto con derecho a decidir sobre su destino a su antojo. Sin embargo, también es verdad que es justo en esta época, bajo el reinado de Felipe II, cuando comienzan por primera vez a surgir súbditos que se rebelan contra ese señor natural y exigen que se respeten sus particularidades y diferencias, hasta el punto de llegar a una confrontación armada por su independencia. Esto nunca había pasado antes, y es sin duda un factor de modernidad que convierte a Felipe II en el primer monarca de la Edad Moderna en España, a la vez que le exculpa de algunas de sus indecisiones ante problemas tan inéditos como los que se le plantearon bajo su reinado.

Con esta biografía no se pretende desmitificar la leyenda negra de este monarca, pues algunas de sus acusaciones son atinadas, simplemente se pretende, en el menor espacio posible, dar una visión lo más ajustada a la realidad y lo más exhaustiva de esta figura fundamental en la historia universal, y particularmente en la historia del mundo hispano, para todo aquel que sienta curiosidad por conocerlo.

Antes de empezar con el relato de la vida y el tiempo de Felipe II, quiero dejar clara una premisa importante: para juzgar a un personaje histórico, y más a Felipe II, es necesario primero conocer a fondo cómo era el momento que le tocó vivir y sus circunstancias vitales. Primero de todo se ha de tener en cuenta quién era él y qué representaba; luego, cuál era la mentalidad de la época, cómo vivían y pensaban los hombres y mujeres del siglo xvi; qué problemas políticos y religiosos surgieron en su época, qué corrientes de pensamiento había y cómo influyeron en los súbditos de la monarquía, especialmente en la corte, donde se desarrollaba toda la maquinaria del poder y del Gobierno.

EL SACO DE ROMA: FELIPE II LLEGA AL MUNDO ACOMPAÑADO DEL «TERROR ESPAÑOL»

El rey y emperador Carlos I de España y V de Alemania, el césar del siglo XVI, había contraído matrimonio con su prima hermana Isabel de Avis, más conocida como Isabel de Portugal, en Sevilla, el 10 de marzo de 1526, y pasaron su luna de miel en la Alhambra de Granada, donde fue concebido el futuro Felipe II. Se ponían así, una vez más, las bases para hacer cumplir algún día el viejo sueño de los Reyes Católicos de reunificar la península ibérica bajo un mismo monarca, volviendo al origen que fue el reino cristiano visigodo perdido en el 711 por la conquista árabe. Este sueño se cumpliría por fin bajo el reinado del niño que acababa de nacer.

Felipe II nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527. Cualquier vallisoletano conoce la historia de cómo fue sacado por la ventana del palacio de Pimentel —aún hoy en pie— el día en que fue bautizado. El alumbramiento fue, como todos los nacimientos reales, un acontecimiento feliz, en el que toda la ciudad en particular, y la *christianitas* en general, se regocijaron en fiestas y celebraciones que duraron semanas. Fue un parto difícil: trece horas duró, en las que la emperatriz no osó proferir la más mínima queja, a pesar de que las comadronas así se lo aconsejaban por el feliz resultado del mismo alumbramiento. Finalmente, después de mucho esfuerzo, a las cuatro de la tarde de aquel 21 de mayo y bajo el signo de Géminis nacía el primer retoño habido en el matrimonio imperial (no era el primer hijo de Carlos, que ya había tenido escarceos amorosos antes de su matrimonio, y había procreado más de un hijo bastardo). El recién nacido fue presentado a su padre en una bandeja de plata. El infante fue bautizado por el arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca, en la iglesia de San Pablo. El niño, primogénito y varón, y por lo tanto heredero de Carlos si no se malograba por el camino, recibiría el nombre de Felipe por imperativo de su progenitor, quien quería que llevara el mismo nombre que su padre, aquel Felipe I de Castilla, más conocido como Felipe el Hermoso, esposo de la reina doña Juana la Loca. Se daba la circunstancia de que este sería el primer monarca español nacido en España desde hacía más de cincuenta años.

El día de su bautismo, el niño fue sacado por una de las ventanas del palacio de los Pimentel, donde se había alojado la pareja imperial con sus cortesanos. En Valladolid existía la tradición de que los infantes debían ser bautizados en la iglesia parroquial más cercana a la puerta de la casa por donde saliera el cortejo. Como la iglesia más cercana a la puerta del palacio de los Pimentel era la iglesia de San

Martín, más pobretona y menos regia que la de San Pablo, que era más del gusto del emperador, se optó por sacarlo por la ventana en lugar de por la puerta, para así escamotear la tradición. Extraña historia que bien pudiera ser leyenda pero que en Valladolid se tiene por dogma de fe.

Palacio de Pimentel, Valladolid. En este palacio vino al mundo Felipe II el 21 de mayo de 1527. Por una ventana de este palacio fue sacado el recién nacido para llevarlo a cristianar en la pila del bautismo en la contigua iglesia de San Pablo.

Una vez cumplida esta extravagante solución, el cortejo bautismal se puso en marcha hacia el templo de San Pablo, donde el infante recibiría las aguas del cristianismo: a la cabeza, el condestable de Castilla, quien portaba al recién nacido en sus brazos, y el duque de Alba. Detrás, sus padrinos, el duque de Béjar y la reina Leonor, hermana de Carlos V y prometida con el secular enemigo de este, el rey de Francia Francisco I. A continuación, los condes de Salinas y de Haro y los marqueses de Villafranca y de los Vélez, y, en fin, toda la flor y nata de la más alta aristocracia española.

Pero toda la alegría del primer momento quedó ensombrecida por las noticias que llegaban desde Roma; primero con cuentagotas, fragmentadas y difusas; después más claras y terribles, confirmaban los peores augurios: Roma, la capital de la cristiandad, había sido asaltada y saqueada por las tropas imperiales. La terrible paradoja era que quien más estaba luchando en defensa de la fe católica, asediada en estos momentos por el protestantismo, estaba siendo, sin proponérselo, el

responsable último de aquel terrible ataque al mismo centro de la cristiandad y a su representante, el papa de Roma. Curiosamente coincidió la llegada al mundo de quien más se iba a destacar por su firme lucha en defensa de la religión católica con la destrucción de la capital del catolicismo a manos de un ejército del rey de España.

El 5 de mayo, más de veinte mil soldados deseando pasar a la acción, ebrios de sangre, lujuria y codicia, se encontraban ya a las puertas de la Ciudad Eterna. El papa, aterrorizado, se refugió con sus cardenales en la fortaleza romana de la época del emperador Adriano contigua a su palacio Vaticano, el Castel Sant'Angelo. El 6 de mayo entraron en tropel en Roma. Cuando el condestable de Borbón fue alcanzado mortalmente por el arcabuzazo del artista Benvenuto Cellini —según su propio testimonio—, quien se aprestó a defender al papa, las hordas imperiales quedaron sin liderazgo y se lanzaron a una orgía desenfrenada, cometiendo todo tipo de pillaje, profanaciones, sacrilegios, violaciones y asesinatos de proporciones bíblicas, que duraron varias semanas. Por lo que nos cuentan las crónicas de la época, no quedó un palacio, una iglesia, un convento o un monasterio sin asaltar, y sus ocupantes fueron violados y asesinados salvajemente. Se calcula que perdieron la vida unas diez mil personas, y no fue respetado ni el estado eclesiástico de la mayor parte de las víctimas, ni las mujeres ni los niños. En una semana, la incomparable ciudad, llena de tesoros artísticos de incalculable valor, se vio reducida a escombros y edificios incendiados por todas partes. El saco de Roma marcó un antes y un después en la historia de esta metrópoli universal, y traumatizó a sus habitantes más que muchos otros episodios de su historia. Para los historiadores marcó el fin de la alegría de vivir de la Roma renacentista, para sumirse en otra época mucho más triste y oscura.

El ejército imperial, y, por asociación, el español, se rodeó a partir de este momento de un aura de terror ante los europeos que le dio una ventaja psicológica frente a sus enemigos, quienes temblaban ante su sola mención, lo que reforzaba aún más la fama terrorífica que ya tenía. Por los siglos de los siglos muchos europeos han guardado en la memoria el saco de Roma, que enturbió la reputación de la nación española, sin caer en la cuenta de que fueron más bien las tropas alemanas y luteranas las que cometieron los peores ultrajes. Probablemente ningún otro suceso afectó más negativamente a la actitud de los italianos en general y de los romanos en particular hacia España a lo largo de las generaciones siguientes, poniendo las bases de lo que andando el tiempo se dará en llamar la leyenda negra antiespañola.

El saco de Roma. Recreación historicista del saco de Roma por el artista Francisco Javier Amérigo y Aparici. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Villanueva y Geltrú, Barcelona (1887). El saqueo de Roma por las tropas de Carlos V escandalizó a toda la cristiandad y puso a la opinión pública europea en contra de los españoles.

Diez años antes de este terrible suceso un monje agustino alemán había desafiado a toda la cristiandad al clavar en la puerta de la catedral alemana de Wittemberg sus noventa y cinco tesis contra la Iglesia oficial de Roma. Con esta actuación, aquel monje provocó una revolución sin precedentes en las conciencias de los europeos. Su nombre: Martín Lutero.

Hacía ya mucho tiempo que se venía pensando en la conveniencia de reformar la Iglesia, especialmente su cabeza, la curia romana, ya que la moralidad de estos prelados y de los papas del Renacimiento dejaba mucho que desear y escandalizaba al mundo entero con su corrupción, nepotismo, simonía y todo un elenco de pecados capitales de los que hacían gala sin el menor recato. Desde finales del siglo xv, muchas voces recorrían Europa clamando contra la corrupción de la Iglesia. Desde Savonarola hasta el humanista más grande y reputado de su época, Erasmo de Rotterdam, criticaban los vicios y abusos de la Iglesia en general y del papado en particular. Pero nadie hasta Lutero se había atrevido a tanto, desafiando abiertamente al papado, señalándolo con su dedo acusador y acusándolo ante Dios de tener secuestrada a la cristiandad, comparándolo con un nuevo cautiverio de Babilonia y a Roma con una ramera. Por supuesto la respuesta del papa, a la sazón León X, no se hizo esperar, y lanzó una bula de excomunión contra ese fraile insolente. Pero esta vez las amenazas del máximo jefe de la Iglesia no sirvieron de nada, pues, a diferencia de otros muchos anteriores a Lutero que quisieron reformar la Iglesia y que acabaron en la hoguera, este tuvo el apoyo de los poderosos príncipes alemanes que le secundaron y ampararon, sentando las bases de una nueva Iglesia reformada e independiente de Roma y controlada por ellos mismos, con lo que se inició un cisma en la cristiandad sin precedentes entre dos formas distintas de concebir al dios cristiano y de vivir la religión. Había nacido en el seno de la cristiandad lo que se dio en llamar el protestantismo, una corriente religiosa y espiritual que pugnará por hacerse con la mayor parte de fieles en toda Europa, y que será contestada y combatida a sangre y fuego por los que decidieron mantenerse en la fe católica de siempre, bajo la obediencia al papa de Roma.

Desde que Lutero irrumpe violentamente en la escena de la historia, la lucha religiosa entre católicos y protestantes será la tónica que caracterice la historia europea durante todo el siglo xvi y buena parte del xvii. Muchas atrocidades se cometerían y mucha sangre se derramaría por esta causa religiosa y de conciencia, mezclándose también con pura conveniencia política algunas veces, así como con

pura demostración de fuerza muchas otras.

Martín Lutero. Lucas Cranach el Viejo. Lutherhaus Wittenberg. Alemania. Este monje alemán provocó un auténtico terremoto en las conciencias europeas al poner en entredicho la legitimidad del papa como cabeza de la Iglesia. Su revolución espiritual dividió el continente entre católicos y protestantes, quienes se profesarán un odio mutuo que los llevará a las guerras de religión que caracterizaron la segunda mitad del siglo XVI.

No hay que perder de vista, si se quiere entender la historia de este momento, que la religión era algo vital en las vidas de los hombres y mujeres de esta época; estaba en juego ni más ni menos que la vida eterna, la única que importaba, y así lo creían sinceramente casi todos, por lo que valía la pena luchar hasta la muerte, si era preciso, por la salvación del alma. El cisma que provocó Lutero en la sociedad de entonces hizo que muchos creyesen que dicha salvación estaba precisamente en la lucha contra los católicos, a los que veían como los que se habían apartado del mensaje original de Cristo. Para los católicos en cambio, los que se habían apartado de la ortodoxia religiosa que había perdurado durante más de mil

quinientos años eran los protestantes, a los que consideraban una secta de herejes. En un mundo donde la vida terrena tenía mucho menos valor que hoy en día, pues la muerte acechaba en cada esquina, la salvación eterna justificaba más que cualquier otra causa, cualquier guerra o cualquier condena a muerte de quienes la pusieran en peligro, ya fueran protestantes para los católicos o católicos para los protestantes. Por esta causa, durante buena parte del siglo xvi se llevó a cabo en Europa una verdadera guerra total de exterminio de un credo religioso contra el otro, una guerra en la que no cabía ningún sentimiento de piedad ni de tolerancia hacia el enemigo, salvo en contadas excepciones. En esta guerra, algunos monarcas, como Catalina de Medici en Francia, llevaron a cabo una política religiosa más conciliadora y tolerante, con nefastos resultados, ya que por ejemplo no se pudo evitar una guerra civil entre católicos y hugonotes, que era como se conocía a los protestantes en Francia, y esta duraría décadas, pues la mayor parte de sus súbditos no estaban por la tolerancia y sí en cambio por la guerra. Otros, sin embargo, como Felipe II, tuvieron desde el principio una clara postura intolerante y combativa contra aquellos súbditos que se atrevieron a desafiar su autoridad, pues en la monarquía confesional católica que él representaba la disidencia religiosa era concebida como un desafío directo a la autoridad del monarca, algo que no estaba dispuesto a permitir. El diferente resultado que consiguió Felipe II con su postura intransigente —como se encargaba él mismo de recordar a su suegra en cuanto tenía ocasión— fue el de la paz social en sus reinos, por lo menos en los que concernían al núcleo central de su monarquía, los de la península ibérica.

La monarquía hispánica o católica

Lo que Felipe II heredó de sus antecesores se denominaba la monarquía hispánica o la monarquía católica: una compleja amalgama de reinos, ducados, señoríos y principados cuya titularidad ostentaba la misma persona: es decir, que Felipe II era a la vez rey de Castilla, de la Corona de Aragón, de Nápoles, duque de Milán, conde de Flandes, del Franco Condado, además de las tierras del Mar Océano, o sea las Indias de América y las islas Canarias, y de los enclaves del norte de África, y señor de Vizcaya, y de Molina, y duque de Atenas y de Neopatria, y un largo etcétera. El Sacro Imperio Germánico, del cual también fue titular el padre de Felipe II, el emperador Carlos V, fue transferido por herencia no a su hijo Felipe, sino a su hermano Fernando, archiduque de Austria y rey de Romanos, tío pues de Felipe, y así se separaron las dos ramas de la familia Habsburgo en Europa: la austriaca y la española. Aunque Felipe no heredara el título de emperador, su monarquía era lo

más parecido a un imperio, más incluso que el del propio emperador, pues su radio de acción era de ámbito planetario. Al final de su reinado, con la conquista de Filipinas y, sobre todo, con la anexión de Portugal, con todas sus colonias de ámbito universal también —al heredar Felipe II la corona portuguesa se unían los dos imperios más extensos del mundo—, los dominios del monarca español abarcaban los veinticuatro husos horarios del planeta; siendo, en palabras de un contemporáneo, «el mayor imperio que desde la creación del mundo hasta nuestros tiempos se ha conocido».

Con el nombre de monarquía católica o hispánica conocían sus contemporáneos este complejo universo de poder, en cuyo nombre iba ya explícita su naturaleza: su carácter confesional, su condición supranacional y el hecho de que España, y especialmente Castilla, constituía el núcleo central de esta fusión de territorios, donde residía el monarca y su corte. Esta institución monárquica fue fundada por los Reyes Católicos, por la unión de Castilla y Aragón mediante el enlace matrimonial de ambos soberanos, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, bisabuelos de Felipe II, a la que luego se fueron adhiriendo más territorios, ya fuera por conquista, ya por herencia, que acabaron recayendo bajo una misma persona: el emperador Carlos I de España y V de Alemania.

Desde sus inicios, esta monarquía tuvo como principio y orientación muy clara la defensa de la religión católica allá donde se viera amenazada. Ya fuera en Castilla, Países Bajos, Italia o América, el aparato represivo con el que se dotó dicha monarquía, la Inquisición, trabajaba sin descanso y con celo riguroso para que la ortodoxia católica se cumpliera a rajatabla. No cabían las medias tintas en un momento tan delicado desde el punto de vista de la religión como fue el siglo XVI; el monarca que ostentaba el título de católico no podía permitirse el lujo de ser tibio en estas cuestiones. En una época en la que las posturas religiosas estaban tan radicalmente enfrentadas, o se era claro en defensa del catolicismo, incluso radical, o se corría el riesgo de ser malinterpretado. Esta postura confesional marcará una clara hoja de ruta a sus monarcas, con un claro e ineludible deber ante Dios primero —ellos pensaban que eran los máximos responsables ante la divinidad y que serían juzgados por Ella misma si no combatían la herejía con el suficiente celo—, pero también ante sus súbditos, sobre todo los españoles, quienes no entenderían que su católica majestad no se pusiera el primero al frente en aquella lucha contra la herejía o contra el infiel, para derrotarlo con todos los medios que tuviera a su alcance. Por eso, y contrariamente a lo que hoy se piensa, el Santo Oficio de la Inquisición era una de las instituciones más valoradas por el pueblo español, que

lo veía como un instrumento absolutamente indispensable para la buena salud espiritual de la sociedad de entonces. Se veía tan necesario o más de lo que hoy en día se ve a la policía o los jueces, que, si bien funcionan bajo métodos coercitivos, todo el mundo entiende que es por el bien de la comunidad: solo aquellos que tuvieran algo que ocultar —se pensaba— habrían de temer a la Inquisición.

La religión socorrida por España de Tiziano. Museo del Prado, Madrid. Este cuadro alegórico define perfectamente el compromiso tácito que tenía la monarquía hispánica en defensa de la religión católica allá donde se viera amenazada. Un compromiso que todos los contemporáneos de Felipe II asumieron como un hecho incuestionable.

Además de su carácter confesional y supranacional, la monarquía hispánica en el siglo XVI va a ser una monarquía autoritaria, con tendencia al absolutismo; una autoridad que es reclamada más y más, tanto por los propios monarcas como por los teóricos que dieron forma y contenido a esa institución monárquica, que tiende cada vez más en toda Europa a sentirse totalmente autónoma y a no reconocer a

ningún otro poder terrenal superior: ni al papa, ni al emperador. Se va conformando así, al amparo de este autoritarismo-absolutismo monárquico, un incipiente sentimiento nacionalista que hace que los súbditos también sientan que no existe ningún poder terrenal por encima de su monarca, ya sea el de Inglaterra para los ingleses, el de Francia para los franceses o el del papado para los católicos. Esto complicará mucho más las relaciones internacionales e incluso la paz social en el interior de cada reino, pues la rebelión empieza a ser un fenómeno muy común en la Europa del XVI: rebelión de los súbditos flamencos contra su monarca español, con el que en nada se sienten identificados; rebelión de los católicos ingleses del norte o de los irlandeses contra su reina protestante, al anteponer la autoridad del papa a la de su monarca; a su vez rebelión de la Inglaterra protestante contra el papado, al que dejan de reconocer como autoridad espiritual por encima de su propio monarca; rebelión de los moriscos de las Alpujarras contra un monarca, unas costumbres y una Iglesia cristiana que no reconocen como suyas; etcétera.

Felipe II no solo heredará de su padre el mayor imperio que se conociera hasta la fecha, también muchos problemas sin resolver, que podríamos sintetizar en tres: el turco, el francés y el protestantismo.

La cruz contra la medialuna

El peligro turco era la mayor amenaza a la que se enfrentaba la monarquía española y, por afinidad, la cristiandad entera, al comienzo del reinado de Felipe II. Desde que hiciera su irrupción en la escena de la historia en los inicios del siglo xv, el fenómeno otomano, llegado de las estepas centroasiáticas, no había hecho más que crecer hasta convertirse en un gran imperio, el que se extendía por el extremo opuesto del Mediterráneo a donde se encontraba la península ibérica. Una vez caída Constantinopla en el año 1453, la gran capital del Imperio bizantino, que había durado más de mil años, la suerte en el Mediterráneo oriental estaba echada. Nadie pudo parar ya el impulso expansivo de su sultán, Mehmed (el Conquistador), que extendió su poder a la Grecia continental, Serbia y el reino de Bosnia en Europa, Siria en Oriente Medio y Egipto en África. La siguiente gran fase de expansión europea se produjo con las campañas húngaras del sultán Solimán el Magnífico en la década de 1520, cuando una gran parte del reino de Hungría pasó a ser otomana. Aquí es cuando el Imperio turco se tiene que enfrentar al de los Habsburgo, al haber llegado ya a rozar su límes oriental, llegando incluso a las puertas de Viena. Hubo muy pocas conquistas turcas en Europa a partir de este momento, pero el poderío turco se hizo insoportablemente amenazador para la Europa cristiana de entonces.

Una vez frenados en el Danubio, el empuje expansionista de los turcos se produjo por el norte del continente africano, en donde la monarquía española contaba con varios enclaves. Aquí, la ciudad-Estado semiindependiente de Argel actuó como punta de lanza del poderío turco en aquella parte del Mediterráneo occidental donde a este le costaba llegar por su lejanía, atacando cualquier nave cristiana o las poblaciones costeras de Italia y España. Argel, que vivió a partir de este momento del tráfico de esclavos cristianos, llegó a ser el máximo valedor y aliado de los turcos en su guerra naval contra España.

Solimán el Magnífico. En el momento de venir al mundo Felipe II, este sultán era el gran rival de Carlos V, al liderar el otro gran imperio en el Mediterráneo, el turco. Lideró personalmente al ejército otomano cuando este conquistaba Belgrado, Rodas y la mayoría de Hungría, así como durante el sitio de Viena y los territorios anexionados del norte de África, como Argelia, Túnez y la mayoría del Oriente Medio.

Desde que los Reyes Católicos conquistaran el reino nazarí de Granada, último bastión de presencia musulmana en Europa, el compromiso que adquirió la monarquía española en la lucha contra el islam iba a ser firme, decidido e incuestionable. Por eso, cada vez que la seguridad de la cristiandad era puesta en riesgo por el gran turco, todo el mundo miraba a España como su salvadora, especialmente el papa, que nunca dejó de animar al rey de España para que no descuidara su compromiso de guardián de la cristiandad frente al infiel.

La visión del problema turco en el Mediterráneo que tuvo Felipe II superó con creces a la de su padre. Más prudente y reflexivo que su progenitor, se dio cuenta inmediatamente de que el problema no se resolvería con una campaña aventurada e incierta contra un enemigo que a todas luces era superior por mar, sino con una preparación previa, fortaleciendo las defensas marítimas, adiestrando a los hombres de guerra por mar y construyendo una flota naval por lo menos igual de

numerosa y poderosa que la turca. Los resultados de esta nueva política pronto dieron sus frutos.

La rivalidad con Francia

Francia fue el otro gran enemigo del emperador y el que más tiempo y dinero le hizo malgastar. Más que Francia, sería mejor decir Francisco I de Valois. Este monarca, que fue tan amante del arte y de las mujeres, de los placeres de la vida y de todo aquello que una corte licenciosa del Renacimiento podía ofrecer, un *bon vivant* podríamos decir hoy, se pasó la mayor parte de su vida obsesionado con su rival en la escena política europea: el emperador Carlos V, a quien eligió como el perfecto contrincante a su altura para competir con él. Le disputó el imperio, la supremacía en Italia, y hasta se batió con él en un duelo cuerpo a cuerpo como si fueran caballeros medievales para dirimir una de sus innumerables disputas. A parte de esta rivalidad personal, las constantes guerras entre Francisco I y Carlos V pueden ser también explicadas por dos razones geopolíticas: la amenaza que suponía para Francia el verse rodeada literalmente por los territorios de los Habsburgo, y la rivalidad en la ambición compartida por los dos monarcas por ser los dueños de Italia.

Francisco I de Valois, por Jean Clouet. Museo del Louvre, París.El monarca francés fue el otro gran rival de Carlos V en la escena política. Se pasó toda su vida compitiendo en todo con el emperador, con quien tuvo un tipo de

rivalidad que iba más allá de lo puramente político, rayando en lo personal.

Sería prolijo enumerar aquí todas las guerras entabladas entre Carlos V y Francisco I a lo largo de la primera mitad del siglo XVI, con todos los tratados de paz que siguieron a dichas guerras, los cuales duraban lo que duraba el ánimo de los contrincantes hasta comenzar una nueva guerra. Lo que sí se puede asegurar es que dicha rivalidad fue heredada por el hijo y heredero de Francisco I, Enrique II, en el caso francés, y por Felipe II en el caso español, en los primeros años de su reinado hasta la muerte de Enrique II en 1559. Pero va a ser justamente bajo el reinado de este monarca español y a la muerte de Enrique II cuando cesen las guerras entre los dos reinos. El motivo de este cese de las hostilidades no es otro que el hecho de que Francia se verá abocada a una guerra civil religiosa entre católicos y protestantes que le imposibilitará acometer una guerra contra España en el auge de su poderío militar. La amenaza protestante hará que cambien las prioridades de los franceses, tanto de sus monarcas como de los hombres de guerra católicos de la corte, quienes incluso buscarán el acercamiento y ayuda de Felipe II. Así se dio la paradoja de que las mismas familias nobiliarias que combatían contra Carlos V con denuedo busquen ahora el apoyo de su hijo Felipe II con el fin de aniquilar a sus enemigos, los hugonotes, dentro de su propia casa. Francia, por tanto, dejará de ser un serio peligro para la monarquía española durante el reinado de Felipe II. Sin embargo, la rivalidad y recelo entre las dos naciones persistirá de manera latente.

El desafío protestante

Para el emperador, el problema del protestantismo fue todavía más complicado que el del turco y fue este el que, a fin de cuentas, arruinó su política. A pesar de su título imperial, los Habsburgo tenían poco poder en Alemania fuera de sus dominios patrimoniales, es decir, Austria, por lo que podían hacer muy poco para contrarrestar el particularismo de los príncipes alemanes. La rebelión protestante todavía apartó más a Alemania del control del emperador.

Carlos V en la batalla de Mühlberg, Tiziano. Museo del Prado, Madrid. Este cuadro nos muestra al emperador cabalgando en su caballo con la lanza en ristre en posición victoriosa, conmemorando una de las victorias más famosas de su reinado, la que se dio contra sus enemigos protestantes de la Liga de Esmalcalda, la de los príncipes protestantes alemanes.

Aunque Carlos V no fue un hombre de la Contrarreforma, se sentía absolutamente contrario a la herejía y si hubiera dispuesto de medios para ello, la habría destruido, como trató de hacerlo en España y los Países Bajos, donde tenía más poder que en Alemania. Si el emperador se hizo cada vez más español fue porque, de todas las partes de su imperio, fue aquí donde se comprendieron mejor sus objetivos religiosos: contra el luteranismo, pero sin hacer demasiadas concesiones al papado. Las tropas y el dinero para luchar contra los herejes vinieron ante todo de España.

A partir de la muerte de Lutero en 1547 el luteranismo declinó, pero pasó el testigo del protestantismo a una nueva doctrina aún más radical y que logró expandirse más rápidamente en las décadas centrales del siglo XVI: el calvinismo. Calvino, de origen francés, fue el otro gran reformador de la Iglesia en estos tiempos tan convulsos desde el punto de vista religioso, que hicieron tambalearse las conciencias y la espiritualidad de muchas personas. Calvino dispuso su cuartel general en la ciudad independiente de Ginebra, desde donde ejercerá una auténtica república espiritual fanática, muy subversiva y peligrosa para los cimientos en los que

se asentaba la tradición de la sociedad europea. Lo que comenzó siendo una revolución religiosa y espiritual fue adquiriendo un peligroso cariz social que aterraba a los poderes establecidos. En aquellos reinos o principados donde la monarquía pilotó la reforma, como en Inglaterra, en donde el monarca se autoproclamó jefe espiritual del anglicanismo, una especie de Iglesia nacional inspirada en el calvinismo, las estructuras sociales siguieron intactas, pero allí donde el poder real no era tan fuerte, como en los Países Bajos, el calvinismo suponía una seria amenaza para la autoridad del monarca y las estructuras tradicionales en las que se sustentaba la sociedad, como lo comprobó Felipe II, que además había decidido gobernar desde España imponiendo a sus súbditos flamencos sus reglas y su ortodoxia tan españolas y tan diferentes a su idiosincrasia.

Para poder entender lo que sucedía en el siglo XVI, y, sobre todo, para poder entender a un hombre y a un monarca tan de este siglo como fue Felipe II, es necesario hacer un esfuerzo por ponernos en la piel de las personas que vivieron en esa época, para poder comprender los ideales que movían a esa sociedad, radicalmente opuestos a los que nos mueven hoy en día.

No hay que perder nunca de vista el hecho de que uno de los rasgos que más caracterizaron a la sociedad del siglo XVI, especialmente a la española, es la enorme importancia que se le daba a la religión, como base fundamental de la mera existencia, como explicación de la realidad y como fin en sí mismo de cualquier acción cotidiana, como preparación para la vida futura, la única que importaba. Por supuesto, como en todos los regímenes, habría quienes creyeran en sus principios con más celo que otros. Pero en líneas generales, la religión marcaba desde la cuna a todos los habitantes sin distinción de estamentos y confería a la nación española su rasgo de identidad. Por eso, un monarca que hoy nos puede parecer tan fanático desde el punto de vista religioso como Felipe II, estaba sin embargo en plena sintonía con sus súbditos, especialmente los españoles.

Desde finales del siglo XV un ambiente de renovación recorría Europa entera. Se pensaba que la Iglesia se hallaba ensimismada y la comunidad de fieles exigía una renovación espiritual. El desorden y la corrupción que reinaba en Roma —de la que Lutero fue testigo y salió escandalizado— hacían impensable que el cambio proviniese de los mismos prelados corruptos. Por eso se hacía cada día más acuciante la necesidad de un concilio general que reformara la Iglesia desde sus cimientos. Pero al adelantarse Lutero con su cisma de la cristiandad y todo el terremoto que provocó en las conciencias y en la vida de la gente, polarizando a la sociedad a favor y en contra de una ruptura total con Roma y de la tradición religiosa secular, se introdujo un elemento perverso que provocó una espiral de violencia y fanatismo que hizo que las buenas intenciones originarias de muchos se fueran al traste. Si en un principio se pensaba hacer una reforma consensuada y pacífica —como se hizo en España en tiempos del cardenal Cisneros, justo antes de que Lutero irrumpiera en escena—, al final se impuso el miedo, la intolerancia y el cerrar filas en torno a una posición dogmática e intransigente. Esto es lo que pasó en Europa en general, y en España en particular, en los años en los que Felipe II se formó como persona y como monarca.

Si en los primeros años del siglo XVI reinó un ambiente bastante tolerante y

abierto a nuevos conceptos que pudieran contribuir a una reforma pacífica de la Iglesia, con Erasmo de Rotterdam como representante principal de dicha corriente, del que irradiaban los nuevos conceptos intelectuales y espirituales que seguían miles de personas cultas en toda Europa y muy especialmente en España, desde clérigos y obispos hasta intelectuales y artistas, sin exceptuar a la misma familia real, a partir de la década de los treinta el mundo experimenta un repliegue hacia posiciones más cerradas e intolerantes, en las que se recela de cualquier novedad y se pone en el mismo rasero la herejía protestante y las doctrinas de Erasmo. Comienza la persecución del que puede poner en peligro la estructura sobre la cual se sustentaba la sociedad, que ya había comenzado a resquebrajarse al haber dejado de estar unida bajo un único ideal común de *christianitas*. Ahora había dos tipos de cristianos: católicos y protestantes.

Sesión del Concilio de Trento, atribuida a Tiziano. Museo del Louvre, París.

Desde finales del siglo xv recorría Europa un ambiente de renovación de la Iglesia católica que hacía urgente la convocatoria de un concilio general. Este por fin se produjo en 1545 en la ciudad de Trento, al norte de Italia. Tuvo tres etapas y en él se fijaron los preceptos de la Iglesia católica hasta casi nuestros días.

Cuando Felipe II accedió al trono en 1556 había cambiado mucho el panorama europeo. Ya no estaban los tiempos como para confraternizar y contrastar opiniones diversas como en época de su padre, cuando permitió a Lutero que defendiera sus ideas ante él en la Dieta de Worms (1521). Ahora, el fanatismo y la

violencia se habían adueñado del ambiente religioso en Europa y las guerras de religión asolaban comunidades enteras, por lo que Felipe II llegó al convencimiento personal de que las disputas religiosas constituían la principal amenaza contra la paz social, y no iba a permitir que dichas disputas se dirimieran en los territorios de la monarquía en los cuales él iba a gobernar. La fe era aquello que integraba a la sociedad, que daba identidad a los individuos y que los hacía obedientes al poder político. Así, si se quería mantener el orden social y la ortodoxia religiosa, el poder político que encarnaba Felipe II «debía usar la fuerza si era preciso para erradicar los cuerpos extraños, los órganos enfermos del cuerpo social, eliminando aquello cuyo ejemplo fuera perturbador o no se ajustase a la unidad y disciplina requeridas en una sociedad virtuosa». A este fin, la Inquisición iba a suponer el instrumento perfecto para vigilar y perseguir a aquellos disidentes que no asumían la ideología propugnada por la monarquía. En estos momentos, el orden, la cohesión y la paz social eran conceptos mucho más prioritarios para la sociedad que los de tolerancia o salvaguarda de los derechos individuales, por la simple razón de que no existían dichos derechos individuales y sí en cambio el concepto de protección y preservación de una comunidad de fieles, con unos valores cristianos y estamentales que no podían ser puestos en peligro bajo ningún concepto, y donde las diferencias sociales marcaban el orden natural de esa comunidad. Cada individuo vivía en función del lugar que le había tocado en suerte por nacimiento.

Como vemos, los principios por los que se regía el mundo del siglo XVI son diametralmente opuestos a los de hoy en día, y por esa razón a veces se hace tan difícil comprender o justificar ciertos comportamientos o acciones de esa época.

Si Carlos V tenía un proyecto de imperio universal, Felipe II no tenía ninguno más que el de la conservación de su patrimonio heredado y de mantenerlo bajo la fe católica. En su testamento político al final de su reinado él mismo declarará: «Pongo a Dios por testigo que nunca moví guerra para ganar más reinos, sino para conservarlos en religión y paz». A pesar de haberse pasado la mayor parte de su reinado en guerra, contra el turco, contra los rebeldes flamencos, contra Inglaterra y contra Francia, Felipe II era un hombre que amaba la paz, y la buscará incansablemente siempre que la salvaguarda de su reputación y de la religión se lo permitan. No fue un monarca con vocación de conquista, como él mismo afirmó al principio de su reinado, dejando claro que no pretendía conquistar Estados ajenos, si bien es verdad que «también querría que se entendiese que he de defender aquello de que Carlos V me ha hecho merced, y que tanto trabajo de su persona y sangre de sus súbditos le ha costado». Muy a su pesar, tuvo que despertar a la realidad y darse cuenta de que le tocó regir los destinos del mundo en una época en la que era muy difícil la paz. Su estrategia de lucha por los intereses de su monarquía, por tanto, estará más encaminada a la diplomacia, la disuasión o la negociación, aunque también al engaño, la conspiración y la guerra sucia, que a la confrontación armada.

En el siglo XIX, la nueva burguesía que dominaba el panorama político y cultural de Europa escogió de entre todos los reyes de la historia moderna europea a Felipe II como un icono que representaba al monarca impío, déspota, cruel, arbitrario, injusto y hasta depravado, en su afán por denostar al antiguo régimen anterior a la Revolución francesa, en contraposición a la nueva monarquía parlamentaria, en donde el monarca ya no podía ejercer un poder absoluto. No eligieron como icono negativo a un monarca como Enrique VIII, Isabel I de Inglaterra, Iván el Terrible de Rusia o Luis XIV de Francia, que podían haber optado al mismo título de monarcas despóticos y tiránicos que Felipe II. No, eligieron a este monarca, el de un reino en ese momento ya en franca decadencia y que había dejado de tener peso político en la escena internacional y, por tanto, había dejado de suponer una amenaza para la paz mundial, como era España. Desde la obra literaria de Friedrich Schiller, *Don Carlos*, hasta la ópera de Giuseppe Verdi del mismo nombre o el trabajo de John Lothrop Motley sobre la historia de los Países Bajos españoles, *The Rise of the Dutch Republic*, Felipe II ha sido, en palabras de su biógrafo alemán Ludwig Pfandl, «el soberano de Europa más atrozmente calumniado y más

torpemente desconocido», pues todos sus detractores basaron sus teorías más en la leyenda que en el rigor histórico. Pero aún es más sorprendente la resistencia a extirpar estas falsedades del acervo popular, para dar paso a una opinión más objetiva y desapasionada de este monarca al que, aún hoy en día, se le sigue tratando con desprecio por buena parte de los medios, como es el caso de la reciente película británica *Elizabeth, the Golden Age*, donde Felipe de España aparece como un bufón sanguinario, encarnado por cierto por un actor español.

La pregunta pertinaz a tan extraño fenómeno es ¿por qué Felipe II ha sido tan maltratado por la historiografía en general? Hay un hecho evidente, y es que no se puede separar la difusión de esta imagen negativa de Felipe II con la leyenda negra antiespañola, cuya figura, junto con la del duque de Alba, es primordial y consustancial a dicha leyenda.

La realidad es mucho más compleja. En otro orden de cosas, podemos afirmar con toda seguridad que a día de hoy, y gracias a historiadores de primera talla como Geoffrey Parker, Henry Kamen (la cantera de historiadores británica de última generación ha sido la que más ha hecho por mostrarnos al verdadero Felipe II, gracias a una ingente labor de investigación en los innumerables archivos históricos de todo el mundo) y por qué no decirlo, también españoles como Fernando Bouza Álvarez o José Martínez Millán (solo por poner a algunos de los más destacados), empezamos a conocer cómo fue Felipe II en realidad. Y podemos dictaminar que como todo ser humano, tuvo sus luces, pero también sus sombras, y como estadista también. Desde la nueva imagen de Felipe II que tenemos hoy en día, basada en la objetividad a través de la ingente documentación histórica analizada por los nuevos historiadores, ahora estamos en disposición de poder hacer un dictamen más ajustado a la realidad sobre este monarca y desechar, por supuesto, todas las falsedades vertidas durante tanto tiempo, pero sin caer tampoco en la leyenda rosa, pues a la luz de esta nueva imagen del rey advertimos que, en efecto, tampoco fue ningún santo.

A diferencia de otros grandes hombres de la historia, como por ejemplo Napoleón o Julio César —normalmente hombres que se hicieron grandes por sí mismos—, Felipe II necesitaba ponerse límites, crearse ideales más grandes que él, que lo empequeñecieran. Estos límites que le hacían sentirse más pequeño, y a la vez más cómodo, fueron Dios y los antepasados.

Él sabía quién era por ser hijo del gran césar, por ser bisnieto de los Reyes Católicos, Maximiliano I de Habsburgo o de Manuel I el Afortunado de Portugal, por ser tataranieto de Carlos el Temerario, duque de Borgoña. Toda la savia de los más grandes personajes y dinastías de Europa corría por sus venas y, solo por eso, él sabía que era el más grande monarca de su época. Los vastos territorios sobre los que gobernaba eran importantes para él no por su extensión, sino por las personas de quienes los había heredado. Tenía un respeto reverencial por todos aquellos que le habían precedido: dioses de un olimpo en el que se regían por distintas leyes que el resto de los humanos, pero que le habían transmitido sin embargo un sentido del deber y de la responsabilidad que le hacía no descuidar su única labor en este mundo: la de gobernar a esos humanos bajo cuya jurisdicción vivían. Así, los dos móviles fundamentales que regirán en la conciencia de Felipe II y, por tanto, en muchas de las decisiones más importantes que tomó durante su reinado, fueron el temor de Dios y la memoria de sus antepasados. Ante estas dos premisas no cabía negociación posible, y fueron precisamente la piedra contra la cual chocaron muchos de los problemas que quedaron sin resolver durante su reinado, como por ejemplo el de los Países Bajos.

Una de las definiciones que mejor le han retratado fue la que hizo el historiador español Gregorio Marañón, en su ya clásica obra sobre Felipe II y su reinado, *Antonio Pérez*, al decir del rey que fue «un tímido con poder». Una persona tímida es una persona insegura, que evita las miradas y el protagonismo, que intenta ocultarse de sus semejantes, que es dubitativa, necesita la aprobación de alguien a quien considere superior pero a la vez no se fía de nadie. Imaginemos la tortura que debió suponer para una persona de estas características ser el amo del mundo, tener que tomar la última decisión en todo y cargar con la responsabilidad de todos sus actos, los cuales pueden acarrear consecuencias a nivel planetario, y peor aún si, además, el nivel de exigencia y el sentido de responsabilidad es tan grande como el que tuvo Felipe II, y todo eso aumentado por la seguridad de que en el más allá sería juzgado cada acto de su vida con mucho más rigor que a

cualquier otro mortal, precisamente por ser quien era. Teniendo en cuenta todo esto, podemos entender mucho mejor la personalidad de este monarca, de su reinado y de sus decisiones.

En su biografía sobre Felipe II, Geoffrey Parker nos llega a decir que «Felipe ofrecía un ejemplo llamativo de personalidad obsesiva u obsesivo-compulsiva», cuyas características, como las de ser «tercos y obstinados, pero indecisos; intransigentes y con excesivo control emocional; absortos por los detalles e incapaces de delegar; aplicados y trabajadores, pero no necesariamente muy eficientes; religiosos y austeros; rígidos y faltos de sentido del humor», son todas achacables a Felipe II.

Las causas de dicha personalidad obsesiva —nos sigue diciendo Parker— son con toda probabilidad derivadas de una educación demasiado severa y estricta. Veamos, pues, cómo fue la infancia y educación del joven Felipe, para poder entender mejor al personaje y su actuación como monarca.

Infancia y educación de un príncipe del Renacimiento

Felipe II recibió una esmerada formación durante su infancia y juventud que ejemplifica como pocas la perfecta educación de un príncipe cristiano del Renacimiento, basada en una preparación religiosa, cortesana, humanística y caballeresca. En estos cuatro pilares se sustentó el aprendizaje de quien iba a regir los designios del mundo, supervisado muy de cerca, aunque se encontrara físicamente lejos, por su padre, el césar. Además de su marcado acervo religioso, característica por la que más se le ha conocido a lo largo de la historia, Felipe de España cultivó de igual manera todas las áreas del saber de su época e hizo gala de un gusto y refinamiento artístico y cortesano sin igual.

En los primeros seis años de su vida, Felipe II quedó al cuidado de su madre, como no podía ser de otra manera, y de las mujeres y damas que servían en la casa de la emperatriz. Como las reinas no podían amamantar a sus vástagos, por no parecer muy decoroso para tan altas personas, esta tarea era encomendada a amas de cría de sangre noble. Felipe tuvo tres. Se pensaba que el lactante recibía la sangre blanqueada en leche de su nodriza, por lo que era de suma importancia elegir bien a quien iba a transmitir su sangre al heredero del reino; debía de ser alguien de buena cuna, honesta, limpia, sana, es decir, digna de un príncipe real. Al fin y al cabo, ella iba a ser su primera educadora y la primera relación afectiva que el príncipe iba a tener en su vida, ya que pasaría más horas con estas nodrizas que con su propia madre. Este período de lactancia duró dos años.

Desde que un príncipe era destetado hasta que dejaba el entorno femenino para ser socializado en otro masculino el niño quedaba al cuidado de una aya, puesto que en este caso recayó en doña Inés de Manrique, una antigua dama de Isabel la Católica. Se entendía que las ayas ejercían el rol de madres en la educación de un nuevo miembro de la casa real. Por esta razón se eligió para la crianza del príncipe a una mujer tan piadosa como doña Inés, con fama de beata o mujer santa y que había entregado su vida a Dios, aunque sin haber profesado como monja. Era ella quien se encargaría de su primera educación, enseñando a Felipe niño a andar, a hablar, los primeros rudimentos de la fe cristiana, a rezar, etc. Al lado de Inés de Manrique puso la emperatriz a una de sus damas de mayor confianza, que la había acompañado en su séquito desde Portugal, para que colaborara también en las primeras instrucciones de su hijo. Se trataba de doña Leonor de Mascarenhas, una dama de la nobleza portuguesa que ejercerá una gran influencia así en Felipe como en sus hermanas, e incluso en su primer hijo y heredero, el príncipe don Carlos, de quien también fue aya.

Isabel de Portugal, madre de Felipe II. Tiziano, Museo del Prado, Madrid. En los primeros seis años de vida, Felipe quedó al cuidado de su madre y las damas de la corte. Se pensaba que las mujeres eran las más apropiadas para la educación de un niño en su más tierna infancia.

Tras la imposición del «hábito de galán» a *Felipito*, como era cariñosamente llamado por Francesillo de Zúñiga, uno de los bufones de la corte, el infante real era ya considerado como un hombre en miniatura al trocar sus ropas femeninas de faldones por el jubón, las calzas atacadas y los gregüesquillos de muchacho. Esta ceremonia significaba un rito de paso que celebraba la victoria sobre los peligros de la lactancia y del destete, periodo delicado durante el cual más de la mitad de los niños de esta época morían, y que solía coincidir con la plena autonomía motriz del infante. Es a partir de este momento también cuando el príncipe Felipe empieza a figurar de manera más activa y frecuente en la documentación archivística y de las crónicas. Téngase en cuenta que cuanto más tiempo pasara, más se afianzaría su posición y su protagonismo, ya que la mortandad en los primeros años de vida de un infante era tan grande que hasta que este no se hacía un poco mayor no se ponía mucha expectación en él, pues podría ser uno más de los innumerables principitos e infantes que abandonaban este mundo antes de cumplir los dos o

cuatro años. Pero ese no fue el caso de este principito, que vivió hasta los setenta y un años.

En sus primeros años de vida le vemos participar pasivamente y en compañía de su madre de todo tipo de saraos cortesanos, torneos, justas de cañas, fiestas con toros, cacerías, pero también en ceremonias religiosas y cortesanas, adiestrándose ya desde su más tierna infancia en las prácticas de la vida de la corte, como correspondía al heredero al trono y futuro monarca.

Al cumplir los siete años, el emperador decidió que había llegado ya el momento de que su hijo fuera despegado del gineceo femenino en la corte y pasara a ser sociabilizado en un ambiente masculino, como le correspondía a un futuro rey. Se pensaba que si el niño pasaba demasiado tiempo en un entorno entre mujeres, sobre todo pasada una cierta edad, existía un grave peligro de que se afeminara. Por este motivo, Carlos V decidió poner casa propia al príncipe Felipe, asignándole además un ayo o instructor que le ejercitara y le adiestrara en los intrincados vericuetos de una corte con tan complicado ritual y ceremonial —del cual Felipe llegó a ser un experto—, así como también en su papel de rector de dicha corte. Este papel le fue asignado al cortesano y amigo del emperador don Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla en la Orden de Santiago. Nótese que, tanto en el primer aprendizaje entre mujeres como en el definitivo entre hombres, en la vida del futuro monarca están ausentes tanto su padre como su madre. Su padre por razones obvias de Estado que le obligaban a pasar largas temporadas fuera de la corte donde residía su hijo, de cuyos progresos era puntualmente informado por correspondencia por Zúñiga.

Además del ayo, se nombró a un preceptor o «maestro» en la persona de Juan Martínez Silíceo, un inflexible y severo religioso con el que tomaría las lecciones acompañado por otros jóvenes de su edad de la corte. Mientras los preceptores (además de Silíceo tuvo otros, los humanistas Honorato Juan, Juan Ginés de Sepúlveda y Calvete de Estrella) se encargaban de la educación intelectual y espiritual, el ayo cuidaba de la educación física —caza, esgrima, equitación, danza, etc., muy importante para crear un cuerpo y unos movimientos regios—, así como de su comportamiento. El ayo tenía entre otros privilegios y obligaciones la de dormir en la misma cámara que el príncipe, por lo que la vigilancia de este para con su regio pupilo no cesaba ni siquiera durante la noche. Zúñiga sería a partir de ahora el «relox y despertador» del príncipe.

Parece ser que fue el padre Silíceo, este instructor en la fe con tan poca cintura, quien le transmitió al joven Felipe, a una edad muy impresionable y maleable, un concepto de la religión muy severo y poco flexible, educándole en el terror a un Dios más justiciero que de amor, y en la obsesión por el demonio, que no descansaba en su afán por llevar al hombre a la perdición de su alma y al pecado, conceptos que arraigarán para siempre en el espíritu de Felipe II. Siendo todavía muy joven, su ayo, don Juan de Zúñiga, transmitirá por carta a su padre el emperador la

siguiente descripción del príncipe, en la cual ya vislumbramos al futuro rey: «El temor de Dios en él es tan natural, que en su edad yo no lo he visto mayor». Y eso que quien lo dice, Zúñiga, pasaba por ser hombre extremadamente austero, severo y piadoso. De hecho, parece que si, como apunta Parker, Felipe II sufrió en su infancia una educación demasiado estricta, no fue otro que su ayo Zúñiga quien se la inculcó. Según el historiador Fernández Álvarez, el padre Silíceo, que fue tan estricto en su instrucción religiosa, fue sin embargo muy laxo a la hora de imponer a su pupilo la disciplina necesaria en cuestiones académicas, pues parece ser que el príncipe no era muy buen estudiante, y su preceptor prefirió ser condescendiente en estos temas —que debía considerar menores a pesar de hacerse pasar él mismo por humanista— antes que disgustar al que iba a ser rey de las Españas. La otra cara de la moneda la representó Zúñiga, quien tuvo el verdadero rol de padre a la hora de moldear la personalidad del príncipe, con todo el rigor y seriedad propio que la etiqueta palaciega y cortesana requería para un rey de España, sin reparar en decirle la verdad y nada más que la verdad, ya fuera esta amarga o dulce.

Una vez que el príncipe disfrutó de casa propia, a partir de los ocho años, este y la emperatriz se trasladarán a vivir a las casas que el tesorero Alonso Gutiérrez tenía a las afueras de Madrid, frente al convento de Santo Domingo, en lo que más tarde sería el convento de las Descalzas Reales, fundado por la hermana menor de Felipe y reina viuda de Portugal, la infanta doña Juana. Hay que señalar un hecho que ha pasado inadvertido para muchos historiadores, y es que, a pesar de que la corte de la emperatriz era itinerante, con largas estancias en ciudades castellanas como Valladolid, Palencia, Burgos, Medina del Campo, Ocaña o Toledo, la mayor parte de la vida de Felipe II durante su infancia la pasó en Madrid. ¿No influirían los recuerdos de estos años de juventud —seguramente la etapa más feliz en la vida de Felipe II, como de otras muchas personas— para, ya siendo rey, querer asentar la corte de manera definitiva en la ciudad donde más disfrutó del «paraíso perdido» que supone esa inocente infancia? Podría ser un dato más que tener en cuenta en la decisión que tomó a partir del año 1561.

Juan Martínez Guijarro o Silíceo (Villagarcía de la Torre, Badajoz, 1477-Toledo, 1557). Este prelado, que llegó a la máxima distinción jerárquica de la Iglesia hispana al convertirse en arzobispo de Toledo, fue nombrado como preceptor del príncipe Felipe. De carácter intolerante y antisemita, fue quien le debió infundir esa fe intransigente y excluyente que le caracterizó durante toda su vida.

Una vez que el príncipe abandonó el entorno femenino, se esperaba de él —a pesar de su tierna edad— que diera muestras de elevación y de grandeza, de manera que tanto su porte erguido y majestuoso como su mirada tenían que expresar un cierto distanciamiento, y su comportamiento debía de estar permanentemente adiestrado para no parecer uno más, sino el de un rey, con apariencia de estar por encima del resto de los humanos, pues incluso el bostezo o el estornudo en público les estaba prohibido a los reyes. En este proceso de entrenamiento cortesano es en el que le instruirá Juan de Zúñiga, y Felipe no solo será un alumno aventajado en este arte de poner distanciamiento y lejanía entre él y el resto del mundo, sino que le superará y llegará incluso a tener fama en su época de rey inaccesible y que causaba terror a quien tenía el privilegio de ser recibido en audiencia.

Pero no todo en la vida del príncipe iba a ser rigor y encorsetamiento, también hubo momentos para el esparcimiento y el juego, como correspondía a un niño de su edad. José Luis Gonzalo Sánchez-Molero nos introduce de forma magistral en su libro en este mundo lúdico del joven Felipe, describiéndonos los juguetes con los que jugaba un príncipe del siglo XVI:

> Entre las cosas de oro y plata y joyas y vestidos que el príncipe poseía entre 1535 y 1539, figuran un laúd de oro chiquito, puñales, dagas y espaditas doradas, un armario de plata pequeñito, una pajarica de plata, y un caballero armado de plata con todas las piezas de su arnés, y un caballo de plata para el mismo, con su silla, frenos y estribos.
>
> *El aprendizaje cortesano de Felipe II*,
> José Luis Gonzalo Sánchez-Molero

Juguetes todos ellos, como los puñales, las espaditas y los arneses, que reproducían en miniatura los hábitos caballerescos y cortesanos de los adultos. Jugando con una espadita de plata de ese estilo fue herida en un ojo, cuando era pequeña, la que con el tiempo se convertiría en la tuerta más famosa e intrigante del reino: doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli.

Pero lo que más le gustaba a Felipe era jugar a los bolos y construir iglesias con naipes de cartas ayudado por su paje, Luis de Requesens, el hijo de su ayo y futuro gobernador de los Países Bajos.

Desde muy niño gustó Felipe también de la compañía de animales vivos y mascotas. En los continuos trasiegos de la corte por la geografía española era necesaria una acémila solo para transportar los numerosos pájaros enjaulados que poseía el príncipe, cuyo canto le deleitó siempre, por lo que fue necesario acondicionar un aposento del palacio para albergar a sus numerosas aves. Se cuenta —no sin cierta malicia, para demostrar su cruel naturaleza desde su más tierna infancia— que Felipe disfrutaba de pequeño cegando pájaros, afición que no parece traslucir una innata crueldad, sino más bien una práctica habitual en la época, al creer que los pájaros cantaban mejor si estaban ciegos. Más adelante, entre sus mascotas preferidas empezaron a figurar perros. Así, sabemos que en 1540 mandó confeccionar un colchón para su lebrel, el cual dormía en su misma cámara, privilegio del que no disfrutaba ningún otro mortal salvo, como ya hemos visto, Zúñiga.

Años más tarde empezó a coleccionar animales exóticos, como una mona, para la que se encargó confeccionar una ropilla negra, o las seis cobayas americanas y un papagayo que desde Sevilla le envió como regalo Alonso Enríquez de Guzmán.

Aunque no fuera un juego, la caza era concebida como uno de los pasatiempos principales de cualquier monarca, por lo que Felipe fue introducido en ella desde muy temprano, incluso antes de que pudiera ejercitarla, pues con solo cuatro añitos ya jugaba a imaginarias monterías: vestido con su sayo y capote de montería y con su pequeña ballesta amenazaba tanto a los venados en Aranjuez que la marquesa de Lombay bromea con el emperador por carta advirtiéndole de que cuando volviera de sus viajes «no hallará ya qué matar». En su juventud, esta broma se haría realidad, pues Felipe disfrutó de este deporte como el que más.

Aunque hoy nos parezca una atrocidad, la verdad es que, en la época que nos ocupa, los bufones, enanos y demás «hombres de placer» o «sabandijas» palaciegas, como se les denominaba, eran considerados también objetos lúdicos o «juguetes» vivos del rey o príncipe. Felipe gustó mucho de estos seres «distintos» y peculiares, a los que les estaba permitido expresarse con toda la franqueza del mundo, justo lo contrario de lo que la rígida etiqueta cortesana permitía a cualquier otro mortal, incluido el propio príncipe. Por eso, el bufón o enano constituía un elemento indispensable en ese ámbito tan encorsetado como era la corte, para soltar toda la tensión acumulada en una carcajada, sin que ello resultara raro o indecoroso. Si se analiza bien esto, nos damos cuenta de cómo estos bufones eran realmente importantes para el príncipe, y por lo que parece, su presencia cerca de él era una realidad cotidiana. ¡Qué confidencias y sentimientos no le contaría el príncipe Felipe a su bufón de confianza en momentos de intimidad! ¡Y cómo nos hubiera gustado estar ahí para escucharlos hablar! «Se suponía que el rey oiría la verdad a través de los locos, cuya inocencia, a veces inspirada por Dios, los hacía inmunes a cualquier tipo de intereses particulares sin que, por ello, estuvieran desterrados al estado de los necios». «Verdades de loco», se decía, para quitar hierro al asunto, pero eran verdades al fin y al cabo. Este concepto que se tenía en la época del loco que dice la verdad y mueve a la hilaridad nos hace evocar irremisiblemente al loco más egregio de su tiempo: don Quijote de la Mancha, que hizo reír a todo el mundo y, sin embargo, Cervantes pone en su boca conceptos que en otra persona no hubiesen pasado la férrea censura de la época.

Tapiz de la colección real de Willem de Pannemaker, según cartón de Jan Cornelisz Vermeyen y Pieter Coecke van Aelst. Palacio Real de Madrid. En este tapiz de la serie de *La Conquista de Túnez* podemos ver al príncipe Felipe de niño con armadura como si de un gran caballero se tratara, acompañando a su padre el emperador en la revista a sus tropas en Barcelona, antes de embarcar hacia Túnez.

Vemos, pues, cómo todo estaba rígidamente reglamentado en la vida de este príncipe, y vigilado cada uno de sus movimientos. Pero no más que cualquier otro príncipe de cualquier otra época y lugar de la Edad Moderna. No nos parece que el príncipe Felipe tuviera una infancia desdichada, a pesar de que con nuestro esquema de valores actual nos parezca todo un auténtico tormento, pero hay que tener en cuenta que alguien que nace y se desarrolla en un ambiente así y no conoce otra cosa, porque no la hay en ningún otro lugar del mundo, no tiene porqué ser intrínsecamente infeliz. Además, el hecho de tener que soportar tanta etiqueta no implicaba no recibir también el cariño de las personas que le rodeaban y educaban, desde sus padres hasta sus ayos y criados. Felipe incluso disfrutó de algo que era muy inusual en su época: sus padres; a pesar de haber sido concertado su matrimonio por interés de Estado, está constatado que se amaron y que fue un matrimonio modelo.

No nos parece pues que haya nada en la infancia de Felipe II que le hiciera convertirse en ese monarca tan riguroso e implacable. Solo dos hechos en la infancia de Felipe son objetivamente susceptibles de poder haber causado algún tipo de trauma al niño: las constantes ausencias de su egregio padre, a quien idolatraría en la distancia pero cuya presencia no tuvo muchas ocasiones de sentir cercana, y la prematura muerte de su madre, cuando apenas contaba doce años.

La conversión del duque de Gandía, de José Moreno Carbonero (1860-1942). Museo del Prado, Madrid. Este óleo del siglo XIX recrea el momento de la

conversión de san Francisco de Borja, duque de Gandía, tras contemplar el cadáver putrefacto de la emperatriz Isabel de Portugal, cuando pronunció esa famosa frase: «Nunca más serviré a señor que se me pueda morir».

El 1 de mayo de 1539 moría la emperatriz de sobreparto. No cabe duda de que la muerte de una madre, a una edad tan tierna como la de Felipe, supondría un momento de brusca ruptura, así como de obligada y repentina madurez, marcando un antes y un después en su vida. Retirado el emperador al monasterio de Sisla —alejándose así de las miradas de la gente, pues tal debía de ser su congoja que ni la etiqueta cortesana fue suficiente para poder disimular su dolor—, dejó a su joven hijo la ingrata tarea de ser la cara visible de la monarquía, por lo que este tuvo que presidir la comitiva procesional que salía de Toledo con los restos de la emperatriz, camino de Granada. Todos los biógrafos y personajes que fueron testigos coinciden en destacar la serenidad mostrada por el príncipe en este momento tan crítico. Él, que tenía que sustituir a su padre en este terrible trance —el mismo que el emperador a sus casi cuarenta años no fue capaz de manejar—, no podía huir a un monasterio, sino que tenía que dar la cara, conteniendo las lágrimas, pues se consideraba que las personas reales no podían mostrar sus sentimientos en público. Así, Felipe cumplió a la perfección su papel, mostrando una impasibilidad que admiró hasta a sus propios contemporáneos, teniendo que soportar la peor tragedia de su vida con total estoicismo, rasgo que le caracterizó a lo largo de toda su vida, tal y como lo había aprendido de su ayo y educador, don Juan de Zúñiga.

Preparándose para rey

Tras la muerte de su madre, Felipe tuvo que guardar luto durante dos años. A sus catorce años, Felipe había dejado atrás la infancia; parecía ya un adulto, tanto por su actitud y semblante grave y serio como por su predisposición a adoptar un papel de responsabilidad. Por este motivo, el emperador fue confiando en él poco a poco.

En mayo de 1543, Carlos V se embarcaría en el puerto de Palamós, en la costa catalana, para no volver a pisar España hasta trece años más tarde —en lo que fue su más larga ausencia, tras la que volvió para retirarse del mundo en el monasterio de Yuste—, nombrando antes a su hijo Felipe, con dieciséis años, como «regente destos reinos». Con esta acción, el emperador mostraba su plena confianza en las capacidades de Felipe y en su buen criterio para gobernar España, y le daba así la oportunidad de iniciarse en su oficio, entrenándose para cuando fuera rey.

Ahora sí que Felipe se encontraría solo, enfrentado al poder y soportando todo el peso de la responsabilidad de tan alto oficio; eso sí, asesorado por un puñado de hombres de confianza entre los que se encontraba, cómo no, su antiguo ayo, Juan de Zúñiga, ahora convertido en mayordomo mayor, así como también el cardenal Tavera, Francisco de los Cobos, y un secretario que estará a su servicio hasta el final de su vida, Gonzalo Pérez, padre natural, a pesar de su estado religioso, de Antonio Pérez, un personaje que dará que hablar en el futuro.

Desde Palamós, el emperador redactará unas emotivas cartas para su hijo, en las que le dará los mejores consejos que un padre —que es además el amo del mundo— pueda dar, desde la sabiduría y la prudencia, para que Felipe, llegado el día, no yerre a la hora de gobernar tan vastos territorios. Estas cartas escritas a mano por el propio emperador son las famosas *Instrucciones*, y eran de carácter confidencial, solo a su destinatario le estaba permitido leerlas. En una de estas cartas se daban consejos al príncipe sobre su correcta conducta privada y pública, en la otra, sobre asuntos de gobierno y estrategia política. Felipe debía rodearse a partir de ahora de hombres viejos pero con experiencia; debía guardarse de dar toda su confianza a uno solo; no debía comprometerse nunca de palabra ni por escrito, pues luego podría arrepentirse; y, por encima de todo, debía servir a Dios, por lo que le instó encarecidamente a que nunca permitiera que entrara la herejía en sus reinos y a que favoreciera al santo tribunal de la Inquisición. Mucho se ha puesto el énfasis —puede que erróneamente— en diferenciar la actitud del padre y la del hijo en cuanto a los asuntos religiosos, haciéndonos creer que Carlos V era mucho

más tolerante que Felipe II. Esta teoría podría valer para los primeros años de su reinado, pero no para los últimos, y en estas instrucciones se demuestra, pues Felipe no hizo sino seguir los consejos que le diera su padre en cuanto a cómo tratar a los herejes.

En la carta de instrucciones para su comportamiento personal le recordaba que pronto debería buscar esposa, y le advertía sobre los riesgos de una relación sexual demasiado prolongada, pues «suele ser dañosa, así para el cuerpo como para darle fuerzas, pues muchas veces pone tanta flaqueza que estorba para hacer hijos», recordándole la desventura que le causó al príncipe don Juan, hijo y heredero de los Reyes Católicos, el prolongar demasiado esa actividad sexual con su recién estrenada esposa, lo que le llevó incluso a la tumba.

A partir del verano de 1543, en todas las cartas oficiales, Felipe empezó a firmar con las palabras «Yo el Príncipe». Se había convertido en el verdadero amo de España. El mismo lo recordará treinta años más tarde, ya siendo rey: «Yo comencé a gobernar el año de 1543».

A sus dieciséis años, Felipe da muestras desde el primer momento que coge las riendas del poder de lo que será en un futuro y hasta el último día de su vida: un hombre dedicado en cuerpo y alma a su único destino, el de gobernar, con dedicación absoluta asumiendo su responsabilidad sin flaqueza; anteponiendo el deber al placer; con criterio propio, aunque gustara de consultar a todo el mundo; incluso dejando ya desde este momento sus característicos garabateos al margen de los documentos que le presentaban, con su letra ilegible. Un monarca, en suma, dedicado a su trabajo, convencido de su deber y al cual nada ni nadie conseguiría nunca distraer de su gran tarea: gobernar sus Estados lo mejor que pudiera. Tantos monarcas de la Edad Moderna han hecho dejación de sus funciones por negligencia, pereza, incapacidad, dejándose manejar por otros cortesanos con intereses espurios, prefiriendo dedicarse a cualquier otro entretenimiento o placer en lugar de gobernar, que es de señalar, al menos, que Felipe II fuera uno de los monarcas que más en serio se tomó su oficio de reinar, para bien o para mal, y nunca se le podrá negar esta cualidad.

Felipe no solo tomó las riendas del Gobierno desde el primer momento, sino que, además, dio muestras desde muy temprano de tener criterio propio y valentía para llevar a cabo su visión de gobierno, incluso contradiciendo al gran emperador, su padre, a quien profesaba una admiración y respeto absoluto. Pero una cosa era tenerle respeto y otra tener opinión propia, que no siempre tenía que coincidir con la de su progenitor. Así, mientras Carlos, siempre agobiado por la falta de recursos

económicos para sus inacabables guerras en Alemania y Francia, pedía dinero incesantemente, Felipe intentaba por todos los medios parar la sangría financiera que estaba sufriendo Castilla a costa de las guerras europeas del emperador, en las que en nada se veían favorecidos los reinos peninsulares a pesar de soportar todo el peso económico. Felipe instaba a su padre a que cesaran las guerras y firmara la paz para no seguir oprimiendo a Castilla con cargas fiscales, pues «están tan necesitados y exhaustos, que solo su vuelta a estos reinos puede ser de verdadero remedio para todo». Y un año más tarde, ante la insistencia del emperador, se verá obligado a recordarle la penosa situación económica por la que atravesaba el pueblo castellano:

> La gente común, a quien toca pagar los servicios, está reducida a tan extrema calamidad y miseria que muchos dellos andan desnudos sin tener con que se cubrir. Y es tan universal el daño que no solo se estiende esta pobreza a los vasallos de V. Md. pero aun es mayor en los de los señores, que ni les pueden pagar sus rentas ni tienen con qué; y las cárceles están llenas, y todos se van a perder.

Diez años después de esta misiva del príncipe Felipe saldría a la luz un libro universal que narra de forma autobiográfica y en primera persona todas estas mismas penurias a las que nos referimos aquí: *La vida de Lazarillo de Tormes*. Henry Kamen nos dice que la preocupación de Felipe por los pobres en esta etapa de su vida se hace palpable en su correspondencia. Qué diferente este Felipe, que solo gobierna España y no había adquirido todavía compromisos diferentes a los españoles, al Felipe rey, cuando tenga que dar soluciones a los innumerables problemas que le llegan de todas las partes del mundo. Entonces actuará igual que su padre, intentando sacar el dinero de donde pudiera para mantener las constantes guerras a las que se verá abocado durante su reinado.

La esposa para Felipe de la que hablaba el emperador en sus *Instrucciones* ya había sido elegida a la hora de redactarlas, y era una princesa portuguesa: María Manuela, hija de la hermana pequeña de Carlos, Catalina, y del hermano de la madre de Felipe, el rey don Juan III de Portugal, y, por lo tanto, su prima hermana por partida doble: tanto el padre como la madre de Felipe eran tíos carnales de la novia, y viceversa.

Cuando llegó el esperado momento del enlace, Felipe se dirigió en secreto con un pequeño séquito hacia la frontera portuguesa para espiar a su futura esposa sin que ella lo supiera: «Vi a la princesa sin que ella me viese» —escribe al emperador—. El 12 de noviembre de 1543 Felipe hizo su entrada triunfal en Salamanca. La princesa llegaría unas horas más tarde. Felipe se vistió «todo de raso blanco, que parecía palomo blanco», y cuando por fin se encontraron cara a cara, cenaron y bailaron juntos hasta las cuatro de la madrugada, hora en la que fueron unidos en matrimonio por el cardenal Tavera. Después, se retiraron los dos a solas a los aposentos de la princesa. Tenían tan solo dieciséis años.

Retrato de doña María Manuela de Portugal, primera esposa de Felipe II. Anónimo. Museo del Prado, Madrid. En el momento del matrimonio, ella tenía tan solo dieciséis años; él, uno más. No le duró mucho a Felipe II su primera mujer, pues murió de sobreparto a los dos años escasos después de casados. Fue la madre del príncipe don Carlos, quien sobrevivió al parto en el que murió su madre, dejando al príncipe don Felipe viudo y con un hijo a la edad de dieciocho años.

Conociendo la inclinación que tenía su hijo hacia las mujeres, Carlos dispuso que el comendador mayor y mayordomo de Felipe, don Juan de Zúñiga, hiciera lo posible para que los recién casados dilataran al máximo las ocasiones de estar juntos y en solitario, «apartándoles algún tiempo las noches y guardándoles siempre los días». Pero no hizo falta tal vigilancia ya que Felipe contrajo una sarna que lo apartó de su reciente esposa durante algún tiempo. Cuando se recuperó, mostró una gran frialdad hacia ella. Tal vez nunca le gustara, y las primeras atenciones

justo antes del matrimonio fueran motivadas por puro convencionalismo cortesano. Una vez casados y cumplida su obligación marital, Felipe se dedicó, con todo el ardor de su juventud, más a las fiestas, las salidas nocturnas, la caza y los torneos, trasnochando y levantándose a horas que no eran muy «decentes». Esta es una faceta sin duda poco conocida del monarca, que ha pasado a la historia más por su gravedad y seriedad que por sus «años locos». Los años 1544 y 1545, con diecisiete y dieciocho años, Felipe los pasó —según testimonio de la época— estudiando, pero también montando a caballo, danzando y ejercitando el arte de la esgrima. «En 1544 tomó parte en torneos por primera vez, vestido con armadura completa. En marzo, Felipe rompió una lanza contra su adversario, luchó con un hacha hasta hacerla pedazos, y finalmente utilizó su espada». Todos estos lances estaban inspirados en las novelas de caballería, tan de moda en esta época y a las que el príncipe, como cualquier joven de su época, era muy aficionado, especialmente la de mayor éxito: el *Amadís de Gaula*. En una ocasión llegó a herirse en las dos piernas en una de estas recreaciones de la caballería andante —tanto ardor ponían en ellas—, teniendo que caminar con bastón. El emperador, que, aunque lejos, se enteraba de todo lo que hacía su hijo, llegó a preocuparse seriamente por el comportamiento que estaba experimentando Felipe, hasta ahora tan serio y responsable. Incluso le llegó a amonestar por «la tibieza que hay en la devoción que solía tener y en el confesar», así como por «la sequedad que usa con su mujer en lo exterior». Sánchez-Molero nos dice en su libro sobre el aprendizaje cortesano de Felipe II que esta pequeña rebeldía del príncipe por estos años responde a una respuesta lógica de una persona joven que se siente tan controlada por su padre, incluso en los momentos de mayor intimidad, como es el caso de la intromisión y reglamentación que, por orden del emperador, Zúñiga estaba llevando a cabo con los recién casados.

El 8 de julio de 1545, la princesa malparía un hijo: el futuro príncipe don Carlos, del que tendremos ocasión de tratar más adelante, por lo que murió a los pocos días de una severa hemorragia que le provocó el parto. Apenas había cumplido diecisiete años; uno más tenía su esposo, el príncipe Felipe, quien a tan tierna edad quedó viudo y padre de un hijo.

La rebeldía del príncipe, si se puede llamar así, no se limitó solo a levantarse tarde, haber dejado algo de lado la devoción religiosa y no mostrar mucho cariño a su esposa. Se dice, se cuenta que, por estos años, el príncipe andaba además enredado en asuntos de faldas que, por lo que ha trascendido, parece que fueron bastante serios, lo que desmentiría la fama de santurrón con la que se le ha etiquetado.

Estos amores «reales», no solo por ser de reyes sino también por haber sido fruto de una verdadera pasión amorosa por parte de este, fueron mantenidos, o bien a la par que su matrimonio, que como ya sabemos fue concertado y, por tanto, obligado, o bien cuando ya había enviudado. Este dato no lo conocemos. La dama en cuestión era de un antiguo linaje burgalés, se llamaba doña Isabel de Osorio. Fue dama de honor primero de su madre y después de sus hermanas.

Según afirma don Luis Cabrera de Córdoba, cortesano y mejor cronista de la vida y el reinado de Felipe II, en 1589 «murió doña Isabel de Osorio, que pretendió ser mujer del rey don Philipe II». Parece ser que Felipe le dio a doña Isabel un documento secreto antes de partir para Inglaterra, cuando fue para desposarse con María Tudor, en el que le declaraba que ella era su verdadera mujer. Y como nos cuenta Parker, es cierto que Felipe II se volcó en favorecer a esta dama que no era ni siquiera de su corte y a la que, sin embargo, «otorgó juros por valor de dos millones de maravedíes, a los que más tarde se sumaron otros regalos. En 1562 ella compró algunas villas a la Real Hacienda y las convirtió en un señorío (Saldañuela, cerca de Burgos) donde construyó un palacio exquisito conocido localmente, y no por casualidad —añade Parker—, como "La casa de la puta"». Según cuenta Cabrera de Córdoba, Isabel Osorio dejó al morir ocho mil ducados de renta y sesenta mil en muebles y dinero, además de valiosas joyas. Es difícil de explicar cómo doña Isabel, descendiente por un lado de un obispo converso y por otro de un obispo comunero, y perteneciente a una antigua pero modesta familia, llegó a amasar por sí misma tal cantidad de riqueza, a no ser que fuera mantenida e incluso favorecida por alguien muy poderoso.

Sea como fuere, si Felipe estaba disfrutando de un tórrido romance con doña Isabel de Osorio, este tuvo que ser interrumpido por tener que atender el príncipe a la llamada de su padre, que, desde los Países Bajos, invitó a su hijo a que iniciara un viaje por los territorios europeos sobre los que algún día, no muy lejano, tendría que gobernar, para que de este modo pudiera conocer a sus futuros súbditos y estos le conocieran a él, familiarizándose así también con su forma de vida y sus

principales demandas. A sus veintiún años, Felipe había gobernado con notable éxito los territorios españoles, que pronto se convertirían en la base y en los más importantes de ese vasto imperio que conformaba la monarquía hispánica, pero no conocía más mundo. Esta única experiencia de gobierno no bastaba. Para ser un monarca de ámbito universal, estaba obligado a salir de España y conocer otros países y otras culturas, especialmente si el día de mañana habría de gobernarlos. Esta experiencia supondrá una suerte de viaje de iniciación que marcará profundamente a Felipe II, desde sus gustos artísticos hasta la idea que se hará de sus súbditos del norte de Europa.

Felipe II a la edad de veintidós años, de Antonio Moro, Museo de Bellas Artes de Bilbao. Este excelente retrato de juventud, pintado hacia 1549, es uno de los primeros retratos de corte que de él se conservan, y nos muestra ya las características de su personalidad. Con gesto adusto y distante nos habla de una persona seria y hierática pero que guarda una gran dignidad regia. Es el semblante de quien es consciente de su enorme tarea y alta posición, a la vez que contiene un gran sufrimiento interior. Es, en definitiva, el vivo retrato de

«un tímido con poder».

Al amanecer del 2 de octubre de 1548, Felipe salía de Valladolid acompañado de una gran comitiva, iniciando su *Felicísimo viaje*, que es como el humanista y maestro del príncipe, Cristóbal Calvete de Estrella, cronista de este singular viaje, tituló el libro que escribió posteriormente reflejando todos los pormenores del mismo. Felipe iba acompañado de sus principales consejeros y más importantes nobles de su corte, entre ellos el duque de Alba y Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, los dos pilares de su futura corte ya como rey. El cortejo se dirigió a Barcelona para embarcar rumbo a Italia, su primer destino. El príncipe se llevó consigo también a destacados humanistas y artistas de la corte para que adquirieran e intercambiaran conocimientos y gustos, tanto con los de Italia como con los de Flandes. En total, unas quinientas personas viajaban en su séquito.

En Barcelona los esperaba el gran almirante genovés Andrea Doria, quien dispuso su flota para que la regia comitiva pudiera cruzar por mar la distancia que los separaba hasta Italia. Era el bautismo del príncipe en los viajes por mar, lo que le producía una enorme excitación. El viaje fue de lo más accidentado, pues la mar estaba brava en aquellos días de noviembre. Seguramente por esta razón fueron costeando. A partir de Aigues-Mortes el tiempo empezó a mejorar, y continuaron la travesía sin escalas hasta el primer puerto de Italia: Savona, en la costa ligur. La gran familia genovesa, los Spínola, fueron los encargados de festejar al príncipe y a su corte española con un espléndido banquete, donde Felipe, según los testimonios de la época, no se comportó como se esperaba de un joven de su edad: estuvo osco y parco. Nunca fue una persona muy expresiva, pero en esta ocasión los que le conocieron se quejaron de que hablaba poco y tan bajo que casi era ininteligible, una característica que le acompañará durante toda su vida. También ofendió gravemente al duque de Ferrara, a un embajador veneciano y a algunos otros cuando estos llegaron ante él con magníficos regalos, dado que «el príncipe mostró poco aprecio por ninguno de ellos, lo que le hizo ganar en toda Italia la reputación de insolente». Mal comienzo para el que iba a ser su gobernante. Sin duda, no se encontraba muy a gusto en un ambiente tan cosmopolita, y, además, sufría el problema del idioma. Era su primer contacto con una sociedad sofisticada fuera de su círculo cotidiano. Había que dejarle que se soltara poco a poco y fuera adquiriendo más confianza.

La comitiva desembarcó finalmente en Génova el 25 de noviembre, donde fueron agasajados por el veterano Andrea Doria, quien ofreció su suntuoso palacio en

donde Felipe y sus más allegados moraron durante dieciséis días. El 11 de diciembre abandonaron la república marinera bajo una intensa nevada y se dirigieron a Milán, pasando por Alessandria y Pavía, donde fueron recibidos por el duque de Saboya, quien los acompañó. La ciudad de Milán recibía a su recién estrenado soberano —el emperador le había cedido el ducado de Milán poco antes de partir— engalanada con arcos triunfales ornados con representaciones alegóricas y panegíricas referentes al nuevo duque y heredero de la monarquía católica. Durante diecinueve días todo fueron banquetes, torneos y bailes. Felipe empezaba a soltarse, pues, según un cronista de la época, la galantería del heredero del trono de España con las mujeres era muy evidente, ya que incluso permitía a hermosas damas que bebieran de su propia copa, «cosa que todavía no se había visto». Pero si memorable y trascendental fue esta etapa, no fue debido a las galanterías, sino porque aquí iba a conocer al más grande pintor de su época, Tiziano Vecellio, a quien encargará las grandes obras que hoy día podemos admirar tanto en el Museo del Prado como en El Escorial.

La popularidad del príncipe iba a empezar a mejorar a partir de su llegada a Trento, ciudad imperial que se encontraba entre Italia y Alemania, donde acababa de dar comienzo el gran concilio de la Iglesia católica. A pesar del ambiente clerical que inundaba la ciudad, la mayor parte del tiempo lo pasó en bailes y festejos. Aquí conoció Felipe al elector Mauricio de Sajonia, todavía aliado del emperador a pesar de ser protestante, y otros personajes también de esta religión. Era la primera vez que Felipe alternaba con personas protestantes, pero no hay ninguna evidencia de que se viera ofendido ni agraviado. Muy al contrario, participaron todos juntos de una gran mascarada que duró hasta el amanecer, donde tanto el príncipe como el elector Mauricio y otros nobles protestantes se pusieron máscaras y bailaron desenfrenadamente durante toda la noche, en compañía de dos cardenales que no se quedaban atrás en su afán por contentar a las damas.

El 3 de febrero cruzaron los Alpes nevados por el paso del Brennero hasta llegar a la ciudad de Innsbruck, en el Tirol austriaco, donde Felipe pasó un día entero cazando en los bosques. Felipe quedó impresionado por las altas montañas y paisajes nevados alpinos. Nunca antes había divisado tanta altitud ni tanta mole montañosa. El trece llegaron a Múnich, donde el duque Alberto de Baviera les dio la bienvenida. A estas alturas del viaje parece que Felipe ya le había cogido el gusto: «Durante todas las fiestas, Su Alteza parecía muy feliz, muy relajado y tan sociable como si comprendiera la lengua». De aquí pasaron a Augsburgo, en donde casi la mitad de la población era protestante. Sin embargo, a Felipe no

pareció importarle. Al igual que cuando, siguiendo el viaje, atravesaron el territorio firmemente luterano de Württemberg. Lo que más le molestaba en cambio era la afición de los alemanes a beber en grandes cantidades. En esto, como en todo, Felipe siempre supo comportarse con moderación. No obstante, tuvo que hacer que bebía en aras de complacer a los príncipes alemanes. Al final, la acogida entre estos príncipes alemanes potencialmente enemigos fue inmejorable. Más tarde, Felipe escribiría al duque de Mantua: «He sido muy bien recibido por todos estos príncipes y ciudades de Alemania y con mucha demostración de amor». No obstante, hay que tener en cuenta que, por mucho que el príncipe se esforzara por agradar, tanto alemanes como flamencos verían siempre a Felipe II como a un monarca eminentemente español, en contraposición a cómo veían a su padre el emperador, quien, tanto por su nacimiento como por sus parientes más cercanos, era visto como flamenco en los Países Bajos y como alemán en el Imperio.

El 11 de marzo la comitiva se encontraba ya en Espira, en la ribera del Rin, para pasar desde allí a Luxemburgo, ya en territorio de los Países Bajos. El 1 de abril de 1549, Felipe hizo por fin su entrada en la capital, Bruselas. Las calles estaban profusamente engalanadas e iluminadas para recibirle. Había gran ansiedad por conocer al hijo del emperador y al futuro soberano en persona. En el palacio real, Felipe se encontró con su augusto padre que lo esperaba ansioso. Cuando le dejó en España, aún era un niño, ahora era un hombre, y un hombre apuesto y con dignidad regia. El emperador, ya viejo y caduco, podía estar orgulloso de su flamante hijo y heredero, que iba a ser presentado a la flor y nata de la nobleza flamenca. Se fundieron en un emotivo abrazo.

Carlos V y Felipe II. Antonio Arias Fernández. Museo del Prado, Madrid. En este lienzo pintado un siglo después de que vivieran los dos más grandes monarcas de la dinastía de los Austrias, ya en pleno siglo XVII, se ensalza la figura de estos, como contrapunto al momento de decadencia que se estaba viviendo cuando fue pintado el cuadro, no exento de cierta nostalgia por los tiempos de estos dos reyes, cuando la monarquía hispánica llegó a su punto más alto.

FELIPE EN LOS PAÍSES BAJOS

Las diecisiete provincias de los Países Bajos, como su nombre indica, eran un territorio heterogéneo, tanto cultural como idiomático —en el norte se hablaba holandés y en el sur francés—, cuyos estados se habían ido uniendo, ya por acuerdos, ya por conquista, y que antiguamente habían pertenecido al Sacro Imperio, pero recientemente habían alcanzado su autonomía. Carlos V, por ser nieto de Margarita de Borgoña, única heredera de estos territorios, los había heredado, y después de él los heredaría Felipe. Pero en los Países Bajos, que tenían una tradición de autonomía y libertades muy arraigada, quienes realmente mandaban eran los nobles y gobernadores de cada provincia reunidos en una asamblea constitucional común, los Estados Generales, que mal se iban a avenir a ser dirigidos y gobernados por extranjeros y por costumbres ajenas a su tierra. Y Felipe y su séquito de quinientos españoles que le acompañaban eran para ellos unos extranjeros en toda regla. Pero de momento solo tenían curiosidad por conocer al futuro soberano de los Países Bajos.

El noble más importante de todos ellos era Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, gobernador (*stadhouder*) de las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht, y el que sería en un futuro el más encarnizado enemigo de Felipe II, líder del movimiento de independencia del dominio español y padre de la nación holandesa. Los otros dos nobles más influyentes eran Lamoral de Egmont, conde de Egmont, gobernador de las provincias francófonas de Flandes y Artois, y Philippe de Montmorency, conde de Hornes. La gobernadora de los Países Bajos, es decir, la representante del emperador en estas tierras, era en estos momentos la hermana de Carlos, María de Hungría, tía de Felipe.

Retrato de un joven Guillermo de Orange, príncipe de Nassau, apodado el Taciturno. Antonio Moro. Gemäldegalerie Alte Meister, Kassel, Alemania. Este personaje fue el más influyente aristócrata flamenco y el mayor opositor a Felipe II en los Países Bajos, fue quien lideraría la guerra de independencia contra España, que acabó con la independencia de los territorios del norte y dio lugar a la nación holandesa.

Felipe permaneció en Bruselas tres meses y medio antes de iniciar su visita oficial a todas las provincias para ser reconocido como el futuro soberano de cada una de ellas. Durante este tiempo se dieron grandes y bellas fiestas, bailes, banquetes, mascaradas, cacerías y torneos, organizados en su mayoría por María de Hungría, una verdadera experta en escenografías cortesanas, que llenaban de admiración hasta al más avezado en estas lides. El más célebre de estos bailes fue el que se organizó en su castillo de Binche, suntuosamente decorado con obras de los mejores pintores de la época, donde se organizaron torneos y fiestas

caballerescas basadas, una vez más, en la popular novela de *Amadís de Gaula*, con ballets de personajes disfrazados de salvajes de tierras remotas. Después de nueve días en Binche, Felipe, lleno de impresiones y novedades en su retina, muchas de las cuales darán sus frutos más tarde en España, prosiguió su viaje hacia las provincias del norte. Visitará la próspera ciudad de Amberes, el nervio económico que hacía tan ricas esas tierras, por su tráfico comercial con todo el mundo, y más tarde viajó también a la ciudad de Rotterdam, para visitar la casa del más célebre e influyente humanista del siglo: el gran Erasmo.

De vuelta a Bruselas, tras recorrer hasta el último confín de los Países Bajos (con su prodigiosa memoria el rey recordará con toda nitidez muchos años después los lugares que, en pleno conflicto bélico, serán los escenarios de grandes batallas y asedios), continuarán las fiestas, bailes y torneos.

El 31 de mayo de 1550 Felipe tuvo que despedirse; tenía que acompañar a su padre a la ciudad alemana de Augsburgo, donde se reuniría la Dieta Imperial (el parlamento de los príncipes y ciudades de Alemania), y donde se iba a decidir su futuro como monarca del Imperio, junto a sus parientes más cercanos. Pasó su última noche en Bruselas despidiéndose de todas las amistades que había hecho:

> Esa noche Su Alteza no durmió. Permaneció en la plaza pública conversando con las damas sentadas en sus ventanas. Algunos caballeros jóvenes y hasta algunos viejos lo acompañaron. Se habló de amor, se relataron historias, hubo lágrimas, suspiros, risas, agudezas. Se bailó bajo la luna al son de orquestas que pasaron la noche tocando.
>
> Geoffrey Parker, *Felipe II. La biografía definitiva*

A la mañana siguiente, el príncipe tuvo que acompañar de mala gana a la comitiva imperial que partía hacia Lovaina para iniciar su viaje de vuelta. Apenas habían llegado a la ciudad universitaria Felipe decidió que tenía que regresar de nuevo urgentemente a Bruselas. Cabalgó sin descanso y pasó la noche allí. «No sé —comentaba uno de sus camareros— si fue a cielo abierto o bajo techo». En cualquier caso, regresó al día siguiente para reincorporarse a la comitiva. Un testigo afirmó que se le veía «muy fatigado».

Aunque parecía que la familia Habsburgo —esto es, la rama española por un lado y la rama austriaca por otro— era una piña, la realidad no era así, y uno de los momentos más amargos se vivió precisamente en ese año de 1550-1551 en la ciudad de Augsburgo, donde Carlos y Felipe acudieron para la reunión de la Dieta imperial. Aprovechando esta ocasión, el emperador había convocado en esta ciudad a su hermano menor, Fernando, el rey de Romanos y archiduque de Austria, y a su hijo Maximiliano, recién casado con la hermana de Felipe, María, que, a la sazón, estaban en España ejerciendo la regencia durante su ausencia.

En Augsburgo pasó Felipe un año entero, durante el cual combinó el trabajo con el ocio. Acompañaba a su padre a las sesiones de la Dieta, pero también tuvo tiempo para otras cosas más gratificantes. En septiembre de ese mismo año, escribía a su embajador en Venecia para asegurarse de que Tiziano vendría a Augsburgo «lo más presto que pudiese». Sin duda ya se había quedado prendado de su pintura, sobre todo después de haber contemplado muchas de sus obras en la colección de su tía María de Hungría. Cuando llegó Tiziano a su presencia, pudo terminar (quizá lo comenzó en Milán cuando estuvo dos años antes) el retrato vestido con armadura y una mano descansando sobre un yelmo, el primer «retrato de Estado» del príncipe, del cual Pietro Aretino dijo, al contemplarlo en el estudio del artista, que tenía «un gesto fino de real majestad». Y así era. Algo tendría este retrato porque pocos años más tarde una reina se iba a enamorar de Felipe solo con su mera contemplación. Felipe también le encargó a Tiziano en esta ocasión una serie de pinturas mitológicas conocidas como las *Poesías*, basadas en las *Metamorfosis* de Ovidio, en las que se realza la sensualidad de los desnudos femeninos, que a Felipe tanto le gustaba contemplar en privado. Hoy día se pueden ver estos cuadros tanto en el Museo del Prado como en la National Gallery de Londres.

Felipe II por Tiziano. Museo del Prado, Madrid. Este retrato del príncipe Felipe cuando tenía veinticuatro años fue pintado por Tiziano en la ciudad alemana de Augsburgo, hasta donde tuvo que trasladarse desde Venecia para retratar al príncipe, a pesar de su avanzada edad. Se convirtió en el retrato preferido de Felipe, y fue el que se envió a la reina María I Tudor de Inglaterra cuando se concertó su matrimonio, con el fin de que ella pudiera conocer a su futuro esposo. Desde que vio este retrato, María se quedó absolutamente prendada del modelo.

Al finalizar la Dieta, Carlos convocó a su hermano Fernando y a su hermana María, quien tuvo que venir desde Bruselas, para abordar la espinosa cuestión sucesoria. En la mente del emperador estaba saltarse los derechos de su sobrino

Maximiliano, el hijo de Fernando, a la sucesión del imperio en beneficio de su hijo Felipe, pretextando que un monarca solo de España no sería eficaz a la hora de controlar los Países Bajos. Fernando, por tanto, debía convencer a los siete príncipes que elegían al sacro emperador para que eligieran a Felipe en lugar de a su hijo Maximiliano. Ante tamaña injusticia, y a pesar de que Fernando no se atrevía a contradecir a su gran hermano en casi nada, esta vez se plantó. Además, ningún alemán toleraría semejante decisión: preferían que los gobernara el turco antes que Felipe, llegó a objetar un embajador. Pero Carlos estaba obstinado en su decisión y no admitía ninguna oposición a sus planes. Los debates entre los dos hermanos llegaron a ser acalorados, incluso en público. Carlos se vio en la obligación de hacer recordar a su hermano quién era el emperador. A partir de ahí, dejaron de hablarse durante semanas. Entretanto, Maximiliano, que era el primer interesado en la disputa pues era el que iba a ser puenteado en sus derechos al trono imperial, se apresuró a venir desde España para participar en el debate.

Esta disputa familiar tuvo sus consecuencias. Ya no volverá a haber la misma armonía entre la familia, y Maximiliano, que al final sí sucedería en el imperio a su padre como Maximiliano II, no tendrá nunca buena sintonía con su primo Felipe, hasta el punto de llegar a favorecer a los rebeldes flamencos en detrimento de los intereses de Felipe II.

Concluidas las arduas negociaciones familiares, Felipe se dispuso a volver a España. Había pasado fuera casi tres años. En el camino de vuelta, volvió a pasar por la ciudad de Trento, en donde se acababan de reanudar las sesiones del famoso concilio, algunas de las cuales fueron presididas por el que más tarde iba a ser su más fervoroso defensor y promotor.

Ya en España, en el otoño de 1551, volvió a retomar su tarea como regente. Tenía veinticuatro años, era viudo y con un hijo de seis, al que apenas conocía. Su único sostén familiar, sus hermanas, a las que se sentía tan unido, también las había «perdido»: María, la mayor, acababa de partir con su marido Maximiliano hacia la corte imperial, y Juana, la más joven y hermosa, y con la que Felipe más se identificaba, también iba a abandonarle por la corte lusa, donde la esperaba su futuro marido, don Juan Manuel de Portugal. Antes de partir, Felipe viajó a Toro para estar con ella el mayor tiempo posible. Tras despedirse de su hermana Juana escribió a su primo y cuñado Maximiliano: «he partido hoy de Toro con grandísima soledad».

Juana de Austria, hermana pequeña de Felipe II, por Alonso Sánchez Coello. Museo de Bellas Artes de Bilbao. Esta hermana, como vemos, de enorme parecido físico con Felipe II, fue la preferida del rey, con la que más afinidad tenía. Casó con el rey de Portugal y quedó viuda con un niño pequeño, el rey don Sebastián I, a quien abandonó nada más nacer para volver a España. Fundó el monasterio de las Descalzas Reales en Madrid.

Felipe, rey de Inglaterra

Mucha gente desconoce el dato de que Felipe II se estrenó como rey, no de España, sino de Inglaterra.

Los años de 1551 a 1553 fueron muy malos para la estrategia del emperador en el mundo: en agosto de 1551 los turcos tomaron Trípoli; en octubre, los franceses prepararon una alianza con los protestantes alemanes y Mauricio de Sajonia, el único aliado protestante del emperador, le traicionó aliándose con Enrique II de Francia, cuyo ejército atacó la Lorena y ocupó tres ciudades imperiales: Metz, Toul y Verdún. Desde octubre de 1552, el ejército de Carlos V al mando del duque de Alba había puesto sitio a la ciudad de Metz, pero tuvo que ser levantado a primeros de 1553, con gran humillación frente al resto del mundo. El año anterior, el emperador había sido sorprendido por el ejército de Mauricio de Sajonia, su amigo hasta ese momento, y tuvo que escapar de la ciudad de Innsbruck solo y humillado. Eran demasiados golpes juntos y sobre un hombre de cincuenta y tres años prematuramente envejecido y desilusionado del mundo, que ya veía pronto su final. En otoño de 1553 Felipe recibió un informe confidencial de la corte de su padre:

> Según la opinión de los médicos Su Magestad dice que tiene muy corta la vida, a causa de las grandes diversidades de enfermedades que le atormentan y afligen [...] por la gota que le maltrata y corre a menudo por todos los miembros y junturas y nervios de su cuerpo; y el catarro le molesta tanto que le llega a veces a los postreros términos, y cuando lo tiene ni puede hablar, ni cuando habla es oído; y las hemorroides se le hinchan y atormentan con tantos dolores que no se puede rodear sin gran sentimiento y lágrimas. Y estas cosas, juntadas con las pasiones del espíritu que han sido muy grandes y ordinarias, le han mudado la condición y buena gracia que solía tener, y la afabilidad, y se le ha todo convertido en tanto humor malencónico. Y muchas veces y ratos llorando tan de veras y con tanto derramamiento de lágrimas como si fuera una criatura.
>
> *Un imperio en transición*,
> María José Rodríguez-Salgado

El gran césar estaba pasando por un típico cuadro depresivo, y ya nada de este mundo le importaba: «Su Magestad no quiere oír negocios ni firmar los pocos que se despachan, entendiendo y ocupándose día y noche en ajustar y concertar sus

relojes, que son hartos, y tiene con ellos la principal cuenta...». Ante tal situación, Felipe se vio en la obligación, más que nunca, de llevar las riendas del Gobierno, si bien los asuntos que afectaban a los territorios del norte de Europa eran llevados por su tía, María de Hungría, con la ayuda del incondicional ministro, Antoine Perrenot, obispo de Arras, más tarde el cardenal de Granvela. En estos momentos de colapso de las capacidades mentales del emperador es cuando se empezó a acariciar la idea de la abdicación.

Pero como tantas veces ocurre, cuando parece que todo estaba perdido, un milagro en el que, sin duda, verían la intervención divina, vino a poner un poco de esperanza a tan desesperada situación. De Inglaterra llegó la noticia de la muerte del rey Eduardo VI, hijo de Enrique VIII y Jane Seymour, su tercera esposa, lo que dejó el trono vacante para su media hermana María, hija de Catalina de Aragón. Esta princesa tan maltratada, tanto por su propio padre como por los partidarios de instaurar la reforma protestante en la isla, llevaba mucho tiempo esperando este momento, no solo para reinar por derecho propio como hija y heredera mayor del rey Enrique, sino también para reinstaurar la fe católica, de la cual ella era una auténtica y fervorosa devota, así como para vengarse de sus numerosos enemigos que la habían despreciado durante tanto tiempo. Aunque Felipe estaba en este momento ya comprometido con otra princesa portuguesa, la ocasión que provenía de Inglaterra no era para ser desperdiciada. Con un matrimonio entre el príncipe Felipe y la nueva reina se conseguirían dos objetivos muy importantes para la estrategia política de Carlos V: primero, devolver a Inglaterra al catolicismo, y segundo, cimentar la tradicional alianza entre Inglaterra y la casa de Borgoña contra el enemigo común que era Francia. Además, siendo rey de esta isla, se podría controlar y asegurar la fidelidad de los vecinos Países Bajos mucho más fácilmente.

María I Tudor tenía treinta y siete años cuando se le propuso este matrimonio. Felipe, su sobrino, veintiséis. Para los parámetros de la época, una mujer de treinta y siete años era ya una causa perdida para el matrimonio, y por eso, cuando el embajador imperial corrió a Inglaterra para proponerle a María que se casara con su joven sobrino, esta «empezó a reír, no una sino varias veces, y me miró —relata el embajador— diciéndome que encontraba el tema muy de su agrado». Y no era para menos. De la noche a la mañana, María, que no era una mujer agraciada en ningún sentido, había pasado de estar proscrita en su país por católica y por ser la hija de «la española» Catalina de Aragón a convertirse en reina y en pretendiente del príncipe más apuesto y poderoso de Europa. De todas maneras, no se hacía muchas ilusiones. Era realista y sabía que este matrimonio no se hacía por amor,

sino por conveniencia política, y aunque ella «nunca había conocido cariño ni pensado en amor» y por lo tanto se había resignado ya a ser una solterona dedicada al rezo y a sus devociones, le quedaba una pizca de dignidad, que quiso hacer patente al condicionar su matrimonio a que antes le enviaran un retrato de su supuesto futuro esposo, para poder decidir en consecuencia si era o no de su agrado.

Mientras se le enviaba el retrato favorito de Felipe, aquel salido del pincel del mismo Tiziano, ante quien el príncipe había posado en Augsburgo dos años atrás, un mensajero de Carlos corría hacia Castilla con la orden de que Felipe tenía que anular su compromiso con la infanta portuguesa para casarse con su tía María Tudor de Inglaterra. Aunque la idea no le agradaba en absoluto, Felipe tuvo que aceptar lo inevitable. Fue mayor sacrificio, si cabe, al estar en estos momentos, se supone, enamorado y en relaciones con Isabel de Osorio. Medio siglo más tarde, el cronista oficial Prudencio de Sandoval puso en palabras lo que en estos momentos nadie se atrevía a expresar en voz alta, escribiendo que, al casarse con María, Felipe «hizo en esto lo que un Isaac, dejándose sacrificar por hacer la voluntad de su padre y por el bien de la Iglesia», porque «si bien la reina era santa, era fea y vieja», y «el rey por extremo galán y mozo». Cuando María vio el retrato del príncipe Felipe de Tiziano, se desató dentro de ella una pasión por aquel joven que iba a ser su marido difícil de disimular.

Venus y Adonis. Tiziano Vecellio. Museo del Prado, Madrid. Este cuadro formaba parte de la serie de pinturas inspiradas en las *Metamorfosis* de Ovidio, llamadas *Poesías*, que Felipe encargó al gran pintor veneciano. Esta la traemos aquí porque ha llamado la atención de los historiadores por el gran parecido físico del personaje de Adonis con el príncipe Felipe. ¿No podría ser una alegoría del sacrificio que este joven príncipe, al igual que Adonis, tuvo que hacer al separarse de su amada Isabel de Osorio, en aras a la llamada del deber que le supuso tener que abandonarla para desposarse con su tía la reina María Tudor de Inglaterra?

María no pudo ocultar ante los negociadores del emperador el hecho de que este matrimonio no gustaba a sus súbditos ingleses. La Cámara de los Comunes le suplicó a la reina que no se casara con un extranjero. Así, los delegados ingleses iban a poner todo tipo de obstáculos, a la vez que intentarían sacar el mayor provecho posible en las negociaciones. Incluso se produjo un intento de insurrección, encabezado por un noble que simpatizaba con el protestantismo, Sir Thomas Wyatt, que intentó capitalizar todo el sentimiento antiespañol de los ingleses para deponer a María y sustituirla por su medio hermana, la princesa Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, la preferida por aquellos que rechazaban el catolicismo que María les imponía. A consecuencia de este desagradable suceso, los insurrectos fueron condenados a muerte y la princesa Isabel fue enviada a la Torre de Londres como medida preventiva. Se quería evitar a toda costa cualquier nuevo brote de insurrección antes de que Felipe, con toda su corte, pusiera un pie en Inglaterra.

Tras el fallido golpe de Estado, los negociadores ingleses apretaron más a los delegados del emperador: el hijo que tuvieran Felipe y María habría de heredar Inglaterra y los Países Bajos unidos bajo una misma corona; Inglaterra se vería libre de las disputas HabsburgoValois; no se admitiría que ningún extranjero ocupara cargo alguno en el Gobierno; si María fallecía antes que su marido sin dejar descendencia, Felipe dejaría automáticamente de tener ningún derecho a la corona inglesa. De hecho, este enlace iba a ser descompensado: mientras María disfrutaría de todos los honores y poderes como monarca absoluta de Inglaterra, Felipe, si bien ostentaría también el título real, en la práctica iba a quedar relegado al papel de mero consejero de su esposa, siempre que sus consejos fueran favorables a Inglaterra, claro está.

Una vez más, Felipe se pone en marcha, con un impresionante séquito, hacia

un país desconocido, esta vez para tomar posesión de su nuevo título como rey. Para que el enlace fuera proporcionado, Carlos le había transferido a su hijo como regalo de bodas su título de rey de Nápoles. Así llegaba al altar en igualdad de condiciones que su esposa, la reina de Inglaterra.

Partieron de Valladolid el 16 de mayo de 1554 en dirección a La Coruña para embarcarse. La comitiva, formada por todos los nobles más preeminentes de la corte, más todos sus criados, avanzaba lentamente: en Benavente se demoraron bastantes días debido a las magníficas fiestas organizadas por el conde de esta localidad. En Santiago de Compostela, donde esperaban los embajadores ingleses, asistieron todos juntos a una misa solemne en la catedral. El 13 de julio se hicieron a la vela en el puerto de La Coruña. El 20, desembarcaban en el de Southampton. Felipe llevaba consigo una comitiva personal de entre tres y cinco mil personas, sin contar los marineros y soldados, con lo que más parecía una invasión que una boda.

María, entre tanto, se había trasladado con su corte hasta Winchester, donde se había de celebrar la boda, y desde allí envió al conde de Pembroke con un séquito de doscientos caballeros vestidos de terciopelo negro y una comitiva de arqueros ingleses vestidos de amarillo y rojo, los colores de Aragón, para que escoltaran al rey hasta su presencia.

Cuando llegaron, muy temprano, en la mañana del día 21 de julio, diluviaba. Felipe salió a pesar de la lluvia montado sobre un corcel blanco. Llevaba un gran manto rojo sobre su traje de terciopelo negro y raso blanco bordado en oro, y un gran sombrero de castor calado hasta los ojos, que le protegía algo de la lluvia que deslució la entrada solemne del monarca en la ciudad. A sus veintisiete años, Felipe era un hombre muy apuesto; aunque no muy alto, poseía una gran prestancia y dignidad regia; era más rubio que moreno, sobre todo en su perilla y bigote que bordeaban unos rojos y carnosos labios; su piel era muy blanca y su mirada, como la de Gorgona, se clavaba intimidatoriamente como dos alfileres en todo aquel en el cual se posaba.

Detalle del retrato de Felipe II por Tiziano. Museo del Prado, Madrid. En este retrato se puede apreciar muy bien la fisonomía de Felipe II cuando era rey de Inglaterra, tal y como es descrito por las fuentes de su época.

Después de secarse y cambiarse de ropa, acudió a la catedral donde se celebró un tedeum de agradecimiento por el buen viaje realizado y para pedir por la prosperidad de la alianza hispano-inglesa. Cuando hubo terminado, recibió un mensaje de la reina, quien estaba ansiosa por conocerle en persona, y le pidió que le hiciera una visita privada. Salió el rey, acompañado por el duque de Alba, el conde de Feria y el príncipe de Éboli, al encuentro de su prometida. Conducido por dos lores ingleses, entraron por una puerta pequeña y, subiendo unas escaleras de caracol, aparecieron en la estancia donde se encontraba María con toda su corte. Cuando vio a Felipe, corrió hacia él transportada por una gran emoción y le cogió de las manos. Por fin se encontraba frente a ese hombre del que se había enamorado por un retrato y cuya seriedad y prestancia excitaban tanto sus sentimientos. María estaba fuera de sí de felicidad. Entonces se besaron en la boca, como era la costumbre inglesa, costumbre que sorprendió al séquito español por encontrarlo poco decoroso e higiénico, pero una vez que se habían besado los reyes de esa manera, lo hicieron el resto de los españoles y españolas que en el séquito había con sus *partners* ingleses.

Aunque lo disimuló como pudo, Felipe no obtuvo de María la misma buena

impresión que esta de él. «La Reina no es nada hermosa —comentaba un cortesano que se encontraba en el séquito—, pues es pequeña y más flaca que gorda, es muy blanca y rubia; no tiene cejas: es una santa; viste muy mal». Para colmo, tenía la voz «áspera y fuerte, como la de un varón». Ruy Gómez comentaba con amargura que la reina era más fea de lo que les habían dicho, apostillando que «mucho Dios es menester para tragar este cáliz».

María invitó a Felipe a sentarse con ella en el estrado bajo un dosel con las armas de Inglaterra para conversar. Aunque no se sabe a ciencia cierta de qué se habló, parece que Felipe, quien solo hablaba castellano y algo de portugués, le pidió que le enseñara algunas palabras en inglés para sorprender a las damas de la corte cuando se despidiera. Después de grandes esfuerzos, Felipe pudo pronunciar algunas palabras en este idioma y todos los presentes lo celebraron mucho en público. Al final de la velada, al irse a acostar, Felipe quiso despedirse en inglés para quedar bien ante los presentes, pero cuando fue a pronunciar la palabra que recién la reina le había enseñado, la olvidó, y tuvo que volver a pedir a María que se la recordara. Por fin, pudo despedirse con un sonoro «goodnight my lords».

La boda se celebró el 25 de julio, día de Santiago, lo que los españoles tomaron como un buen auspicio para el nuevo reinado de su señor en Inglaterra. La catedral de Winchester, engalanada hasta el techo, ofrecía una bella imagen con todos los nobles ingleses y españoles con sus mejores galas y la música del órgano acompañando a la pareja real. Primero llegó Felipe, resplandecientemente vestido con jubón y medias blancas y manto de paño dorado bordado en perlas. Media hora más tarde y al sonar de las trompetas apareció María, vestida también de blanco y oro y llena de diamantes. El rey y la reina avanzaron, cogidos de la mano, bajo palio, hasta el coro, donde oyeron la misa hasta el Evangelio. Eran las tres de la tarde cuando salió la comitiva de la catedral, y el rey y la reina, con todos los nobles ingleses y españoles, asistieron a un suntuoso banquete donde se comió, bebió y bailó hasta las nueve de la noche. Entonces, el rey se fue a la cama con la reina, a cumplir con la obligación que le había llevado hasta allí. Según nos cuenta Parker, «su primera experiencia sexual dejó a María agotada, porque según cuenta un ayuda de cámara de Felipe, la reina "no volvió a aparecer en público en cuatro días"».

Retrato de la reina de Inglaterra María I Tudor por Antonio Moro. Museo del Prado, Madrid. Este retrato de la segunda mujer de Felipe II, encargado al pintor flamenco Antonio Moro, fue el que María envió a Felipe, su prometido, en reciprocidad por haberle este mandado el suyo de Tiziano. María I será recordada en su propio país como la reina que vendió Inglaterra a los católicos y a los españoles, en detrimento de sus propios intereses nacionales; como una sanguinaria fanática que mandó a un montón de ingleses a la hoguera; y como la culpable de perder la ciudad de Calais, último bastión inglés en el continente europeo. Por todo esto, muy injustamente, se la conoce en su país como Bloody Mary o, lo que es lo mismo, María la Sanguinaria.

Los nobles españoles estaban fascinados con Inglaterra; su verde campiña,

incluso en verano, sus tupidas florestas y la magia del lugar les hacía evocar las tierras donde se desarrollaban las gestas de Amadís de Gaula, el héroe de ficción nacional, así como las del mítico rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Sin embargo, el encantamiento no era recíproco. Pronto los españoles empezaron a ser víctimas de la falta de hospitalidad de los ingleses. En Londres había frecuentes incidentes entre españoles e ingleses, y a menudo los españoles eran atacados, insultados y robados por las calles. «Estamos entre la más mala gente de nación que hay en el mundo —afirmaba un cortesano—. Son estos ingleses muy enemigos de la nación española, lo cual bien se ha mostrado en muchas pendencias e muy grandes que entre ellos e nosotros se han travado». Poco a poco, se fueron desengañando los españoles de la idea idílica que se habían forjado de la isla durante sus lecturas de libros de caballería en España: «algunos —nos dice el cronista Andrés Muñoz— preferirían más estar en los rastrojos del reino de Toledo que en las florestas de Amadís». Cuando los nobles se quejaron, se les dijo que más convenía que disimularan y no protestaran, por el bien de Su Majestad.

La estancia de Felipe junto a su esposa en Inglaterra duró poco más de un año. Durante este tiempo, el distanciamiento que supo mantener el nuevo rey respecto a los asuntos internos de su reino fue ejemplar. Con la reina se mostraba amable y ella parecía gozar de su compañía.

Una cosa que aplacaría bastante la manifiesta xenofobia de los ingleses sería el que esta unión produjera sus frutos en forma de un heredero, a ser posible varón, que, como estaba estipulado, llevaría un día sobre su cabeza la corona de Inglaterra unida a los ricos Países Bajos. A sus treinta y ocho años, nadie ponía muchas esperanzas en la fertilidad de la reina. Sin embargo, las preces de María parecía que habían sido escuchadas, pues la reina empezó a mostrar una hinchazón de su vientre que llenó de esperanza a todos, empezando por ella misma. Sin embargo, poco tiempo duró el regocijo, pues hacia el verano de 1555, el tan esperado heredero que la reina llevaba en su vientre resultó ser un «simple flato», y de golpe toda la esperanza se tornó en decepción.

Con María en el trono, en Inglaterra se reinstauró la religión católica que su padre el rey Enrique VIII había desterrado. Desde el primer momento, ningún súbdito podía seguir profesando la religión protestante so pena de traición a su reina y a su Gobierno. Y la traición estaba penada con la muerte. Miles de ingleses tuvieron que partir para el exilio, preferentemente a Francia y a los Países Bajos. La persecución religiosa por la que esta reina ha pasado a la historia, que la ha

apodado de «Sanguinaria», o «Bloody Mary», como se la conoce en su propio país, se inició el 1 de febrero de 1555, cuando la primera víctima fue enviada a la hoguera. Según Parker, durante el reinado de María se ejecutaron casi trescientos hombres y mujeres por herejía, aunque en honor a la verdad, igual número de ejecuciones se llevaron a cabo en el reinado de su sucesora, su medio hermana la reina Isabel I, que reinstauró de nuevo la religión protestante. Sin embargo, ante la historia y, sobre todo, ante sus compatriotas ingleses, esta reina es una de las más queridas y, en contraposición, María es de las más odiadas.

Curiosamente, Felipe no era partidario de ejercer este régimen de terror contra los herejes en Inglaterra. Sin embargo, carecía de facultades para intervenir en los tribunales eclesiásticos. Pero sí ejercía una gran influencia sobre María, quien le idolatraba. Es muy probable, por no decir seguro, que si María no ejecutó a su media hermana la princesa Isabel, prisionera en la Torre de Londres, fue gracias a la petición de clemencia de su marido. Este no lo hizo por simpatías hacia Isabel, a la cual ni conocía todavía. Felipe tenía visión de futuro y pensaba que, si su mujer fallecía sin dejar descendencia, la única que tenía derecho a la sucesión era la princesa Isabel, por lo que, si esta era ejecutada, el reino se vería forzado irremisiblemente a una guerra intestina por la sucesión, con un resultado incierto que en nada favorecería la política de los Habsburgo en el norte de Europa. O aún peor, desaparecida Isabel, la siguiente con derechos al trono inglés era María Estuardo, futura reina de Francia, al estar casada con el Delfín, quien reuniría las coronas de Francia, Inglaterra y Escocia, lo peor que le podría suceder a la monarquía española.

Tondo con las efigies de Felipe I y María I de Inglaterra. Escuela inglesa. Felipe fue antes rey de Inglaterra (1554-1558) que de España por su matrimonio con María Tudor. Juntos hicieron un tándem para restaurar la religión católica en Inglaterra, y si María hubiera vivido más años probablemente se hubiera afianzado esta religión en este territorio.

Hacía ya tiempo que a Carlos V venía rondándole por la cabeza la idea de abdicar todo su omnímodo poder y responsabilidades en su hijo, al cual veía ya perfectamente capacitado, entrenado y con total iniciativa para ejercer el gobierno de la monarquía. Ya tenía todo preparado para su retiro, incluso había dado instrucciones a su hijo para que, antes de zarpar hacia Inglaterra, supervisara las obras de acondicionamiento de un lugar remoto y apartado del mundo, para ir a morir tranquilo en compañía de un puñado de monjes: el monasterio de Yuste, en Extremadura.

Si Felipe no había cruzado antes el Canal para acudir al encuentro con su padre para la ceremonia de abdicación en Bruselas fue porque estuvo esperando a que su mujer diera a luz. Tras once meses de espera y comprobar que todo había sido una falsa alarma, se dispuso a partir, con gran desconsuelo de María. El 29 de agosto de 1555 se despidió de María en su palacio de Greenwich, prometiéndole volver pronto y, además, ya como rey de toda la inmensa monarquía que iba a heredar, y se embarcó acto seguido para navegar río Támesis abajo hacia la costa. La reina, que había reprimido sus lágrimas en el momento de la despedida, se dirigió a sus aposentos y, «apostada a la ventana que domina el río, dio rienda suelta a su pesar en un torrente de lágrimas», sin apartarse de la ventana hasta que se perdió de vista la comitiva. El rey, muy galán, permaneció en la popa de su barcaza para que le viera mejor su mujer, mientras agitaba su gorra en señal de despedida. El día 8 de septiembre, Felipe se reunió con su padre en Bruselas.

El 25 de octubre de 1555 se produjo el traspaso de poderes con toda la solemnidad que requería la ocasión. Se cursaron invitaciones a cada uno de los representantes de las diecisiete provincias de los Países Bajos —pues, de momento, en este acto, el emperador solo iba a ceder la soberanía de estos territorios—, a los delegados y funcionarios de los Estados Generales, a todos los miembros de la familia Habsburgo, a los caballeros del Toisón de Oro y a los príncipes de los territorios vecinos. El salón del palacio real de Bruselas estaba abarrotado. El emperador hizo su entrada caminando lentamente, parecía mucho más viejo de lo que era, apoyando su mano izquierda en un bastón y la derecha en el príncipe de Orange. Detrás de él venían Felipe, María de Hungría, el duque de Saboya, los caballeros del Toisón de Oro y los altos funcionarios de Borgoña. El emperador subió al estrado y tomó asiento. Felipe se sentó a su derecha, María a su izquierda. Un cortesano empezó a explicar en francés el motivo de esta reunión. Entonces pasó la palabra al

gran césar, que, debido a sus achaques, permaneció sentado. Carlos V pronunció un emotivo discurso en el que hizo un resumen de su azarosa vida y un balance de su reinado. En él, pronunció las famosas frases que decían: «Nueve veces fui a Alemania, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes [...]. Y para esto he navegado ocho veces el mar Mediterráneo y tres el océano, y ahora será la cuarta que volveré a pasarlo para sepultarme». Mientras hablaba, se oían los lloros de los asistentes, embargados por la emoción del momento, incluyendo al mismo emperador, que tuvo que interrumpir varias veces su discurso para enjugar sus lágrimas. Carlos V ordenó entonces a su hijo que se arrodillara ante él y lo abrazó, después colocó sus manos en su cabeza para bendecirlo. Tras ese momento de intensa emoción, le tocó el turno a Felipe. Los asistentes estaban expectantes por oír el primer discurso de su nuevo señor, sin embargo, quedaron decepcionados al no poder hacerlo en francés. Felipe balbució unas pocas palabras de disculpa en esta lengua, y cedió la palabra al cardenal de Granvela, para que leyera el discurso en su nombre. Mal comienzo para el que iba a ser el nuevo soberano de los Países Bajos.

El resto de las posesiones del emperador serían transferidas unos meses más tarde. Felipe no fue nominalmente rey de España, con todas sus posesiones de ultramar, hasta el 16 de enero de 1556, cuando fue proclamado rey, aunque ausente, en la plaza mayor de Valladolid el 28 de marzo. El 5 de febrero se transfirió el Franco Condado, aquel territorio, resto del ducado de Borgoña, que había quedado desgajado y que se situaba al este de Francia, entre la Lorena y el Ródano. La abdicación formal de la corona imperial en el hermano de Carlos, Fernando, no se hizo hasta mayo de 1558, unos meses solo antes de morir el emperador, estando este ya en el monasterio de Yuste.

Alegoría de la abdicación del emperador Carlos V en Bruselas (h. 1630-1640), de Frans Francken el Joven. Rijksmuseum, Ámsterdam (Países Bajos). El monarca abdicó el 25 de octubre de 1555, en una emotiva ceremonia por la cual traspasaba la soberanía de los Países Bajos a su hijo Felipe. El resto de sus vastos territorios serían transferidos unos meses más tarde.

A partir de la primavera de 1556, Felipe II era el gobernador del mayor imperio del mundo, que incluía a España, América, Inglaterra, los Países Bajos, el Franco Condado, el ducado de Milán y los reinos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña.

1 Lugar mítico en la geografía de la picaresca española.

Felipe, rey

A sus casi veintinueve años cuando accedió al trono, Felipe —a partir de ahora Felipe II— entraba de lleno en una experiencia nueva: la de saberse el hombre más poderoso, temido y respetado del mundo, pero también el más odiado. Hasta este momento, había saboreado lo que era el poder, pero siempre siendo consciente de que, por encima de él, estaba su padre; ahora no, ya no existía ninguna instancia terrenal superior; solo a Dios debía de rendir cuentas. Y ese Dios se iba a convertir en su principal consejero y aliado. Todo esto, claro está, dentro de su imaginario. Dios empezaría a entrar, ahora más que nunca, en todos los planes importantes de gobierno de este monarca.

Retrato ecuestre de Felipe II por Pedro Pablo Rubens, copia del original de Tiziano hoy en día perdido. Museo del Prado, Madrid. A partir de la primavera de 1556, Felipe se convierte en Felipe II y comienza su largo y fecundo reinado en acontecimientos importantísimos para la historia de España y europea.

Este retrato ecuestre de aparato es el único que conocemos de este monarca. Rubens lo copió de uno original de Tiziano que estaba en las colecciones reales y que pudo admirar en su viaje a Madrid en 1629.

La primera acción de gobierno de Felipe II ya como rey va a ser una guerra contra el papado.

En cuanto Felipe accede al trono sustituyendo al emperador, sus enemigos le van a saludar como al nuevo piloto de la monarquía, retándole, con el fin de conocer de qué pie cojeaba el nuevo rival. Francia, que nunca se había visto tan en peligro como ahora, absolutamente rodeada por su más encarnizado enemigo desde que también Inglaterra había pasado a formar parte de la coalición de los Habsburgo, tiene que lanzar una ofensiva a la desesperada para seguir demostrando su fortaleza. En este caso, se va a buscar un aliado muy particular: el mismo papa de Roma.

Desde mayo de 1555 se sienta en el solio pontificio Gian Pietro Carafa, proveniente de una antigua familia napolitana y furibundo antiespañol. Este papa, que subió al trono con el nombre de Pablo IV, va a iniciar un nuevo rumbo en el papado más acorde con el nuevo clima de intolerancia y dogmatismo impuesto en el Concilio de Trento, pero además guardará un rencor personal contra los españoles, los cuales, según su criterio, habían invadido Italia, y muy particularmente el reino de Nápoles, su tierra natal, y nominalmente feudatario de los Estados Pontificios. Así, en cuanto accedió al poder, lo primero que hizo fue aliarse con el enemigo secular de los Habsburgo: Francia.

Lo último que deseaba Felipe II como inicio de su reinado era una guerra, y menos aún una guerra contra el papa. Pero si este y los franceses estaban decididos a arrastrarle a una escalada bélica, se vería obligado a responder en consecuencia.

El hecho es que, a los dos meses de ser nombrado papa, Gian Pietro Carafa lanzó sendas bulas de excomunión contra Carlos y contra su hijo Felipe, sin mediar ningún conflicto y sin que el rey le hubiera «dado causa para ello», como se quejaba amargamente. No contento con eso, además hacía un llamamiento a franceses y Estados independientes italianos para que expulsaran a los españoles de Italia. Así, se dio la paradoja de que quien más iba a luchar en defensa de la religión católica, el que iba a pasar a la historia como «martillo de herejes», fuera a iniciar su reinado con una excomunión, como si de un vulgar hereje se tratara.

Ante las amenazas tanto del papa como de los franceses, Felipe suplicó a su padre que retrasara su tan ansiado viaje a España para enclaustrarse en el monasterio de Yuste, pero este, al cual ya nada de este mundo le hacía mella (ni siquiera

la excomunión del papa), se negó. El 17 de septiembre de 1556 se embarcaba en el puerto de Flesinga, en los Países Bajos, junto con sus dos hermanas, María y Leonor, para realizar su último viaje, dejando solo a Felipe con todos los problemas a sus espaldas. Una vez en Yuste, el emperador pasará sus horas enfrascado en la meditación, los rezos, pescando, comiendo y bebiendo sin freno. Aun así, siguió manteniendo correspondencia directa con Felipe II, aconsejándole en todo tipo de cuestiones. Se había desentendido del mundo, pero no de su hijo.

Para luchar contra los franceses, el mejor y más fuerte aliado con el que Felipe podía contar era Inglaterra. Al fin y al cabo, él seguía siendo el rey de esa isla. ¿De qué le habrían servido todos los esfuerzos que había hecho si luego no podía contar con ellos cuando más los necesitaba, como era en esos momentos? Pero el tratado matrimonial con María prohibía expresamente involucrar a los ingleses en las guerras mantenidas entre Carlos V y el rey de Francia. Felipe pretendía cambiar los compromisos del contrato a su favor, alegando que ahora los franceses le habían declarado la guerra a él, no a su padre, y como rey de Inglaterra tenía todo el derecho de reclamar la ayuda de sus súbditos. Para persuadir mejor al Consejo Privado de la reina, en marzo de 1557, regresó a Inglaterra desde los Países Bajos. Pero lo que acabó por convencer a los reacios miembros del Consejo no fueron tanto los argumentos de Felipe como el intento de invasión de Inglaterra por parte de los franceses con la ayuda de un puñado de exiliados ingleses. Aunque no se llevó a cabo, solo el hecho de haber sido planeada la invasión ya era una agresión en toda regla, y, por tanto, la guerra era inevitable. Una vez obtenido lo que quería, Felipe volvió a abandonar precipitadamente Inglaterra y a su esposa. Ya nunca volvería a verla.

En Bruselas, Felipe esperaba a que los franceses moviesen ficha para actuar en consecuencia. Aunque la guerra le repugnaba —siempre prefirió la diplomacia para resolver sus asuntos—, los franceses no le dejaban otra opción. Finalmente se decidieron a atacar. Un ejército de veintidós mil hombres entre infantería y caballería, comandados por el condestable de Francia, Anne de Montmorency, empezó a hostigar las poblaciones fronterizas al sur de los Países Bajos. Las tropas españolas estaban dirigidas por Manuel Filiberto de Saboya, primo del rey y actual gobernador de los Países Bajos. Por un extraño azar del destino, las escaramuzas entre los dos ejércitos comenzaron en el pequeño pueblo de Rocroi, donde un siglo más tarde el ejército español sufriría una de sus peores derrotas ante los franceses, de la que ya no se recuperaría nunca. Pero en el último momento, Felipe II ordenó que se trasladara su ejército a la cercana aldea de San Quintín. Esta batalla suponía para Felipe su bautismo de fuego como nuevo monarca, por lo que su reputación en el inicio de su reinado dependía de su triunfo. Bajo la sombra de su padre, el gran césar, que tantas victorias tenía a sus espaldas, tuvo que sentir una enorme ansiedad por el incierto resultado de esta contienda. Además, las tropas inglesas que el Consejo le había prometido enviar no llegaban, y Manuel Filiberto le instaba a entrar en combate cuanto antes con el fin de sorprender al enemigo.

Retrato de Felipe II llamado de San Quintín. Antonio Moro. Palacio de El Escorial. Este es uno de los mejores retratos que se le hicieron a Felipe II. De la mano del elegante retratista de corte, el flamenco Antonio Moro, representa al rey vestido con armadura, una imagen poco habitual en este monarca más inclinado al gobierno desde su despacho que a los campos de batalla. La única vez en su vida que experimentó lo que era una guerra de cerca fue precisamente en la batalla de San Quintín, donde probablemente llevó un atuendo guerrero como el que vemos en esta imagen.

El martes 10 de agosto de 1557, festividad de San Lorenzo, se enfrentaron los dos ejércitos en el campo de batalla. En un breve espacio de tiempo, el ejército de Manuel Filiberto, compuesto por un sinfín de nacionalidades —entre las cuales, solo había un 12 % de españoles y, de ellos, ningún alto mando—, consiguió una de las mayores victorias militares de su época. Se calcula que unos cinco mil

doscientos franceses perdieron la vida, y otros miles fueron hechos prisioneros, entre ellos el propio condestable y sus hijos, así como el mariscal de Saint-André, el duque de Montpensier, el príncipe de Condé, y una larga lista de personajes de primera fila de la corte francesa. Un médico francés enviado desde París para curar a los heridos nos muestra este dantesco escenario tras la batalla: «Vimos más de media legua de terreno cubierto por la muerte. Había tantas moscas azules y verdes emergiendo de sus cadáveres, fecundadas por la humedad y el calor del sol, que cuando remontaban el vuelo, ocultaban el sol».

Ante tamaña y rápida victoria, Felipe II no pudo ver más que la mano divina favoreciendo su causa y ayudándole a tener un buen comienzo de su reinado: «Nuestro Señor por su bondad ha querido darme esta victoria a principios de mi reinado —decía el rey— de que se me sigue tanto honor y reputación». En este caso, decidió que el benefactor de la batalla de San Quintín había sido san Lorenzo, por haberse librado casualmente en su día, por lo que le prometió construir algo grande en su nombre cuando volviese a España.

Pero las victorias de Felipe II frente a sus enemigos no le limitaron solo a San Quintín. A la vez que se libraba esta batalla, en Italia otro gran ejército al mando del duque de Alba lograba también otra espectacular victoria, logrando poner en fuga a un ejército francés que se había trasladado hasta allí, cerca de Nápoles. Después, el ejército español se dirigió hacia Roma, donde se encontraba el otro enemigo del rey de España: el papa. El 27 de agosto la artillería comenzó a bombardear los muros de la ciudad, al igual que treinta años antes, cuando el saco de Roma. Pero en esta ocasión, el duque recibió órdenes expresas de Felipe II para que no se volviera a repetir un nuevo saqueo de la Ciudad Eterna, prefería «no causar daño, sino solo temor». La estrategia dio resultado, pues el 14 de septiembre el papa Pablo IV se rendía sin condiciones.

La victoria contra los enemigos que le habían testado al principio de su reinado había sido total, y, en consecuencia, Felipe podría imponer sus condiciones, unas condiciones que se plasmaron en un tratado de paz que redefiniría el mapa político de Europa, cambiaría el equilibrio de fuerzas a favor de España y ratificaría la hegemonía de la monarquía de Felipe II. Comenzaba la era de la supremacía española, ahora más que nunca, coincidiendo con el inicio del reinado de Felipe II, y duraría hasta la firma de un nuevo tratado de paz, el que pondría fin a la guerra de los Treinta Años, en 1648.

El 3 de abril de 1559, los embajadores plenipotenciarios de España, Francia, Inglaterra y Saboya se reunían en la pequeña población de Cateau-Cambrésis, en el arzobispado independiente de Cambray, al norte de Francia, para firmar una paz que sería duradera. Después de tantos años de guerras entre España y Francia y de tantos tratados de paz quebrantados, esta vez la paz iba a ser una realidad, por lo menos durante las tres décadas siguientes. ¿Qué había pasado para que esto fuera posible? En primer lugar, van a cambiar los actores, pero también los escenarios y las estrategias. Francia dejará de suponer un gran peligro para los fines de la monarquía española. En su lugar, dos nuevos peligros emergían por el horizonte: uno, apenas intuido todavía por Felipe II, quien tardó demasiado en darse cuenta: Inglaterra; el otro, la herejía protestante, que estaba penetrando silenciosamente, no solo en los territorios flamencos, sino también en Francia. La paz de Cateau-Cambrésis marcará un punto de inflexión en el siglo xvi, dividiendo la época y el mundo de Carlos V y el de Felipe II.

CAMBIO DE ACTORES Y CAMBIO DE ESTRATEGIAS EN LA ESCENA INTERNACIONAL

Desde Inglaterra volvían a llegar noticias al rey de un nuevo embarazo de la reina. Esta vez, tan segura estaba María de haber quedado embarazada de su esposo durante su última breve estancia, que hizo un nuevo testamento por el cual nombraba a Felipe regente del reino durante la minoría de edad del hijo y heredero que llevaba en su seno. Pero, una vez más, parecía que el embarazo de la reina iba a ser ficticio; Felipe, amoscado, escribía una nota a su embajador en Londres expresando sus sospechas: «la reina no me escribe nada del preñado y téngolo por mala señal». Efectivamente, no se equivocaba.

A sus cuarenta y dos años, ya no había esperanzas de que María tuviese un heredero, y su salud se deterioraba por días. Felipe empezó a tomarse seriamente el problema del futuro de Inglaterra, como pieza clave que era en su política europea, y actuó en consecuencia. Dio instrucciones al conde de Feria, su embajador en Londres, para que preparara la sucesión de María, ordenándole que instara en su nombre a la reina para que reconociera como su heredera a su medio hermana, la princesa *madama* Isabel, como la llamaba. Pero María no quería ni oír hablar del tema. Para María, reconocer a Isabel como heredera legítima al trono era lo mismo que aceptar que la madre de esta, Ana Bolena —por la cual su padre el rey

Enrique VIII había repudiado a su madre, la reina Catalina de Aragón—, era legítima. Y reconocer la legitimidad de Ana Bolena era igual que reconocer la ilegitimidad de su «santa» madre, que era justamente por reparar esta injusticia que había cometido su padre por lo que más había luchado durante toda su vida, arruinando incluso su propia salud en el intento. Felipe lo sabía, pero era tal la importancia que tenía el asunto del futuro de Inglaterra que no veía otro remedio más que nombrar a Isabel como sucesora. Para presionar a su mujer, Felipe le envió un confesor con el fin de hacerla cambiar de opinión. Pero «por muchos días durante los cuales el confesor trató de este asunto, encontró a la reina totalmente opuesta de dar a *madama* Isabel esperanza cualquiera de la sucesión, manteniendo tercamente que ella, ni fue su hermana, ni la hija de su padre, el rey Enrique. Tampoco quisiera ella escuchar hablar de favorecerla, porque ella nació de una mujer infame, quien tanto había indignado a la reina su madre y a ella misma».

Entre tanto, tras el desastre de San Quintín, los franceses iban a buscar su revancha atacando el talón de Aquiles de la monarquía de Felipe II en estos momentos: Calais. Durante los siglos bajomedievales, el reino de Inglaterra había mantenido la soberanía sobre buena parte de la mitad occidental de Francia. Gracias a las leyes feudales y pactos matrimoniales, estas tierras recayeron bajo dominio de los descendientes de Guillermo I el Conquistador, que obtuvo el trono de Inglaterra en el siglo XI, pero que originariamente era duque de Normandía. Pues bien, tras numerosas guerras entre Inglaterra y Francia, el último reducto que los ingleses mantenían en territorio francés era la plaza de Calais, en el norte de Francia. Por esta misma razón, Calais tenía un significado muy importante para los ingleses, como la última joya que les quedaba de ese «imperio» continental que antaño habían conservado.

El 31 de diciembre de 1557, solo cuatro meses después de la rota de san Quintín, unos treinta mil soldados franceses tomaron Calais. Con esta acción, el rey de Francia sabía que iba a causar serios problemas a Felipe con sus súbditos ingleses, como así ocurrió. María, por su matrimonio con Felipe, se sintió como responsable última de esta puñalada al orgullo patrio de sus súbditos. Fue el golpe de gracia que acabó con su vida. Ella misma llegó a decir en un alarde del dramatismo que la caracterizaba que, cuando muriera, la palabra *Calais* aparecería grabada en su corazón. No tuvieron que esperar mucho tiempo para comprobarlo, pues María moría el 17 de noviembre de 1558 y dejaba a Felipe, a sus treinta y un años, viudo por segunda vez, pero también libre de compromiso para poderse buscar una nueva esposa o, lo que era lo mismo, una nueva alianza para su estrategia política

en Europa. Con la muerte de María, Felipe perdió automáticamente su título de rey de Inglaterra.

Mientras María pasaba a mejor vida, Felipe permanecía enclaustrado en el convento agustino de Groenendaal, cerca de Bruselas. Se había retirado allí para llorar en silencio por la muerte de su augusto padre, el emperador Carlos V, que había fallecido en el monasterio de Yuste el 21 de septiembre. Estando sumido en su pena en este retiro, le llegaron las noticias de la muerte de su esposa y de su tía María de Hungría. El 29 de diciembre salió de su aislamiento para encabezar una solemne procesión de los caballeros del Toisón de Oro, todos cubiertos de negro y con capuchas, hasta la iglesia de Santa Gúdula en Bruselas, donde se encontraba el monumento funerario del emperador, para celebrar las pompas fúnebres por su funeral. Un mes más tarde se celebró el de María. Para entonces ya había una nueva reina en Inglaterra: *madama* Isabel se había convertido en Isabel I.

Isabel fue coronada en la abadía de Westminster, como cualquier otro soberano de Inglaterra, el 15 de enero de 1559. Tenía tan solo veinticinco años. Era de piel blanca y muy pelirroja; hasta físicamente era inconfundiblemente inglesa. Había pasado todos los años de su vida escamoteando la muerte por traición, en una corte ya de por sí dada a las conjuras por el poder, agravada ahora por la cuestión religiosa. Había aprendido a sobrevivir en un mundo hostil. A su corta edad, era ya decana en el arte del disimulo y del engaño, pero también de la política, de las alianzas y de la naturaleza humana en general. Tenía muy claros sus objetivos, pero, sobre todo, tenía muy claro que no se iba a dejar manipular ni controlar por ningún hombre. No había salido victoriosa de tantos peligros y adversidades para entregarle su legítimo derecho a reinar a nadie. Ella iba a ser la reina, la única reina de Inglaterra, contra viento y marea. Pero de momento iba a seguir con su táctica del disimulo que tan buenos resultados le había proporcionado. Se dejaría cortejar por todos los príncipes casaderos de Europa, haciéndoles perder el tiempo mientras los mantenía esperanzados. Al primero que engañó fue a Felipe II, quien, tras la muerte de María, se apresuró a pedir su mano. Sin duda en su mente resonaban las palabras de su padre, el emperador: «Paz con Inglaterra y guerra con todos los demás».

La estrategia que Felipe II pretendía seguir con respecto a *madama* Isabel era bien sencilla: en aras de que Inglaterra permaneciera bajo la fe católica y siguiera siendo el fiel aliado de España frente al peligro común que era Francia, él mismo se ofrecería como marido para seguir llevando personalmente los asuntos del reino. Al fin y al cabo, Isabel era mujer y, de acuerdo con la mentalidad de la época, una

mujer necesitaba tener al lado a un marido para gobernar y hacer la guerra, si llegara el caso. Y si ella le rechazaba, no importaba, la casaría con cualquier otro príncipe católico de Europa que se dirigiese según sus deseos. Sea como fuere, en su mente Felipe tenía la idea de ser el protector de la nueva reina, quien la aconsejase en asuntos importantes de Estado y Gobierno, esperando que ella, a cambio, le gratificara con su lealtad y sumisión. ¡Qué equivocado estaba con respecto a esta reina! Sin duda Felipe se había dejado llevar por una falsa impresión al creer que Isabel era una mujer débil, sumisa y que necesitada de una figura masculina para gobernar. Posiblemente esta era la imagen que *madama* Isabel había querido proyectar mientras estaba en la corte de María, haciendo un alarde de disimulo y cinismo para salvar las apariencias. Pero en cuanto esta mujer tomó las riendas del poder, se reveló como una reina independiente, ingobernable, con un proyecto propio para Inglaterra y, como ya he dicho antes, decidida a ser la única soberana en su reino.

No se engañaba María cuando intentaba convencer a Felipe de que su hermana no era una católica, por mucho que disimulara. Lo primero que hizo Isabel al recibir el trono fue remover a todos los ministros y altos cargos eclesiásticos católicos, y poner en su lugar a simpatizantes con la reforma protestante. Se rodeó de hombres fieles como William Cecil o Robert Dudley, que eran protestantes en su fuero interno, y que habían esperado a que María muriera para tener su oportunidad y ofrecerse con toda su lealtad a la nueva soberana. Aunque ella sentenció que no quería abrir ventanas en las conciencias de sus súbditos, haciendo referencia a que no iba a obligar a nadie a que profesara una religión que no sintiera como suya, no impidió que los protestantes del reino se hicieran con el poder y desmontaran todas las estructuras del catolicismo recién impuestas. Se daba la circunstancia de que Inglaterra seguía siendo un país eminentemente católico, y, si María hubiera reinado más tiempo, el catolicismo que ella y Felipe habían instaurado hubiera echado raíces más profundamente, quién sabe si de forma definitiva.

Retrato de Isabel I de Inglaterra el día de su coronación. Anónimo. National Portrait Gallery, Londres. Esta reina, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, tuvo muy claro desde el principio que no iba a compartir su soberanía con ningún hombre, por lo que nunca contrajo matrimonio y pasó a la posteridad como la *Reina Virgen*. Fue el principal rival de Felipe II en la escena internacional. Inteligente, astuta, manipuladora y maestra en el disimulo, con unas habilidades políticas sin igual, supo imponerse frente a los dos rivales mucho más fuertes: España y Francia.

Entretanto, Felipe necesitaba hacer la paz con los franceses. Las victorias militares que tanto contento le habían proporcionado habían dejado tras de sí un agujero de tal calibre en las arcas reales que el rey se vio obligado a suspender pagos por primera vez en la historia de la monarquía española, que no la última, pues habría otras dos bancarrotas más en su largo reinado. Los franceses no andaban mucho mejor de fondos, con lo que en su ánimo también estaba el deseo de firmar una paz. Estos habían transmitido que la forma más eficaz de sellar una paz duradera era con un contrato matrimonial entre las dos dinastías, casando a la hija

mayor de Enrique II y Catalina de Medici, la princesa Isabel de Valois, con el único hijo y heredero de Felipe, el príncipe don Carlos. Pero la reciente viudedad del rey le hizo cambiar de opinión: el mismo día que recibió la negativa de Isabel de contraer matrimonio, Felipe envió a sus embajadores a la corte francesa para ofrecerse él, en lugar de su hijo, como marido de la primogénita de los reyes de Francia.

Por la Paz de Cateau-Cambrésis se ratificaba este matrimonio, pero además Enrique II renunciaba de forma definitiva a su pretensión de dominio sobre Italia —la manzana de la discordia que había alimentado la rivalidad entre los dos reinos durante el período de Carlos V—, aunque conservaba Calais y los tres enclaves imperiales en la Lorena: Metz, Toul y Verdún.

Mientras Felipe permanecía en Bruselas, envió a París a Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, duque de Alba, Guillermo de Orange y Lamoral de Egmont para que le representaran por poderes en su boda con Isabel de Valois, que se celebraría el 22 de junio de 1559 en la catedral de Notre Dame, en donde el duque de Alba representó al rey. El regocijo en la corte francesa era inmenso, y los festejos, donde las dos naciones confraternizaban por primera vez tras casi un siglo de permanentes guerras, duraron días. Sin embargo, no tuvieron un final feliz: como si de una maldición se tratara por haber hecho las paces con el que fuera durante tan largo tiempo el peor enemigo, la boda terminó en sangre, y no de cualquiera, sino del mismo rey de Francia. Como colofón a la celebración de dicha boda, se celebró un torneo el 30 de junio donde participaba la flor y nata de la caballería europea. El rey Enrique, a sus cuarenta años, era todavía un hombre fuerte y con mucha energía, y gustaba de cortejar a la que, alardeando en público, decía ser su verdadera esposa, una mujer casi veinte años mayor que él pero que le tenía prendado el corazón desde su juventud: Diana de Poitiers, quien, por supuesto, se encontraba entre los espectadores del torneo, para mortificación de la verdadera esposa y reina, Catalina de Medici. En un alarde de caballerosidad cortesana, el rey pidió batirse en el torneo con otros caballeros para presentar sus respetos a su amada. Después de algunos lances, la reina Catalina, quien presumía de tener premoniciones y gustaba de tratar con nigromantes, le pidió a su marido que no participara de nuevo en el torneo, pues había tenido un sueño en donde moría tras un combate igual que el que se iba a celebrar. Pero el rey, desoyéndola, se empeñó en dar un último pase contra el caballero de Montgomery, un escocés del cortejo de su nuera María Estuardo. Fue en este lance cuando, al chocar lanza contra lanza, una esquirla se rompió, penetró por una de las rendijas del casco del rey y le hirió

mortalmente al clavársele en un ojo al alojarse en su cerebro. El rey cayó muy malherido, ante la consternación de todos los presentes, y fue inmediatamente conducido a palacio, donde estuvo agonizando durante diez días. Murió el 10 de julio.

La dramática muerte del rey Enrique II dejó desconsolada a su viuda, la reina Catalina, al cuidado de una prole de seis hijos pequeños —el mayor, Francisco, quien le sucedería, tan solo tenía diecinueve años—, pero sobre todo dejaba un reino dividido entre las dos facciones rivales de la corte: la familia Guisa, por un lado, fervientes defensores del catolicismo militante, y la de los Montmorency, más proclives a un entendimiento con los protestantes.

En menos de un año, Felipe II había visto cómo habían ido cambiando los dirigentes de los sucesivos reinos, asistiendo al relevo generacional que sustituía a los protagonistas políticos del reinado de su padre por los del suyo. Pero no solo habían cambiado los personajes, también las circunstancias políticas y religiosas, que obligaban a reordenar el mapa político europeo y las estrategias que habría que seguir a partir de ahora. El panorama al que Felipe se enfrentaba era harto complicado, pues si bien Inglaterra había dejado de ser católica, la razón de Estado aconsejaba a Felipe II seguir manteniendo su estrecha alianza con este reino, incluso proteger activamente a una reina hereje en beneficio de sus propios intereses, pues si los reyes de Francia conseguían su objetivo de expulsar a Isabel del trono para ocuparlo ellos, podía dar por perdidos sus Países Bajos, teniendo en cuenta su estratégica situación geográfica entre Inglaterra y Francia. Además, la tan celebrada y recién estrenada paz entre España y Francia se vería nuevamente invalidada, y el equilibrio de fuerzas conseguido en la Paz de Cateau-Cambrésis, de la que España había salido tan beneficiada, se veía otra vez roto.

En Francia, aunque el trono fue ocupado por tres varones sucesivamente: Francisco II, Carlos IX y Enrique III —los tres hijos de Catalina de Medici y Enrique II, y por lo tanto, hermanos—, la corta edad, la poca experiencia, pero sobre todo la influencia demasiado dominante de su madre, que ejercía como regente en la mayoría de los casos, hizo que estos monarcas, apenas niños, no fueran un potencial peligro para Felipe. Sin embargo, la que ejerció el poder *de facto* en Francia, Catalina, la reina viuda, y suegra de Felipe, sí que fue una gobernante hábil, astuta, intrigante y manipuladora, lo que supuso en más de una ocasión un fuerte quebradero de cabeza para Felipe II.

Catalina de Medici, por François Clouet. Walters Art Museum, Baltimore, Estados Unidos. Catalina fue la verdadera gobernadora de Francia tras la muerte de su esposo, el rey Enrique II. Como madre de tres hijos que se sucedieron en el trono siendo aún niños o muy jóvenes, ejerció el gobierno como regente, teniendo una complicada situación al estar el reino dividido entre católicos y protestantes, que se enfrentaron en una serie de guerras civiles y religiosas que asolaron el país. Catalina, como suegra de Felipe II, siempre buscó la paz con España, a la que temía, pero por otro lado intentó siempre debilitar el colosal poder de su yerno en Europa, especialmente en los Países Bajos.

Felipe se veía carente de los recursos económicos necesarios para reanudar una nueva guerra con Francia, pero, sobre todo, las noticias que llegaban desde España no eran nada halagüeñas. Su hermana Juana, la reina viuda de Portugal, quien había quedado al frente del Gobierno en España en ausencia de Felipe, le instaba a volver sin dilación. Juana exponía en sus cartas un panorama tan negro en cuanto a la situación que estaban atravesando estos reinos, que el rey no podía soslayarlo. En estos cinco años en los que Felipe había estado ausente, España no solo se había empobrecido por causa de malas cosechas, elevados impuestos y problemas

del comercio, sino que, además, muchas partes del reino de Aragón estaban al borde de la insurrección. Pero lo peor de todo eran las noticias que apuntaban a que, tanto en Sevilla y Valladolid como en otras muchas ciudades, se habían descubierto células protestantes encubiertas. España, el corazón de la monarquía, la única reserva incontaminada de herejía de Europa, estaba en peligro de verse también afectada, y eso sí que Felipe II no lo podía consentir bajo ningún concepto. Era absolutamente necesario que Felipe regresara cuanto antes para poner orden. El 25 de agosto de 1559 embarcaba en el puerto de Flesinga. Ya no volvería a salir nunca más de la península ibérica.

Uniformidad religiosa y cruzada confesional

Al margen de su estrategia política en Europa, Felipe II había adquirido un firme compromiso en la lucha contra los enemigos de la fe católica en cualquiera de sus variantes. Aparte de su marcado mesianismo que le hacía creerse a sí mismo el elegido por Dios para liderar esa lucha, la verdad es que no había en toda Europa un monarca en mejores condiciones para ponerse al frente del bando católico en contra de sus enemigos, ya fueran protestantes o turcos.

La vuelta a España de Felipe II en 1559 coincide con el inicio de un período oscurantista y de integrismo religioso como pocos en la historia de España. Este nuevo panorama se enmarca en un proyecto premeditado y muy medido de uniformidad y dogmatismo religioso sin precedentes. Protestantes en general, moriscos granadinos, falsos conversos o idólatras mayas, todos ellos fueron perseguidos y obligados a abjurar de sus creencias por la fuerza, en aras de conseguir la tan deseada uniformidad religiosa. Este programa no solo se iba a limitar a controlar la espiritualidad, sino que se extenderá también a todos los comportamientos de conducta: prácticas sociales, creencias, sexualidad, hábitos e identidad. Se pretendía una España compacta e igual en todos los sentidos, en la que reinara una sociedad virtuosa, ordenada y pacífica. En este contexto, Felipe II asumió el papel de guardián de la fe, sintiéndose obligado a llevar a sus súbditos, de cualquier nacionalidad o condición, hacia la salvación eterna, como el pastor que defiende y protege a su ganado.

Esta ola de dogmatismo religioso excluyente no va a ser un fenómeno solamente hispano. El año de 1559 va a marcar también una división entre una Europa más tolerante, en la que el problema religioso no había llegado a convertirse en un posicionamiento irreconciliable entre dos maneras de entender la religión, y una Europa intransigente e intolerante, en donde católicos y protestantes se intentarán imponer los unos a los otros por medio de la fuerza, la violencia y el odio. Es lo que el historiador J. H. Elliott acuñó con el término de «La Europa dividida», y que podría compararse, salvando todas las distancias, a otro momento de este viejo continente: cuando se escindió entre filofascistas y filocomunistas, en la década de los treinta del siglo xx.

A partir de este momento, negros nubarrones de intransigencia y fanatismo se ciernen sobre toda Europa, ya sea católica o protestante. Un ambiente de miedo a lo desconocido, incertidumbre y fanatismo religioso se va a adueñar de gran parte de la población, creando el caldo de cultivo propicio para una guerra sin cuartel entre los dos credos. Ya había pasado la etapa de intentar salvar las diferencias por medios pacíficos. El humanismo de la primera etapa del Renacimiento irá cediendo paso a un dogmatismo religioso integral e intransigente, que impregnará todos los aspectos de la vida política y civil. Desde este momento, tanto unos como otros estaban decididos a poner fin al problema de forma radical, exterminándose mutuamente. Los dos cultos religiosos mantendrán las espadas en alto, y se lanzarán a una guerra abierta con toda la pasión irracional que caracteriza a este tipo de conflictos religiosos, pero también con toda una batería de razones ideológicas que justificaban sus agresiones. Tanto católicos como protestantes se enrocarán en sus posicionamientos, imponiendo un tipo de régimen implacable, con gobernantes que ejercerán una estricta vigilancia para que nadie se comporte de forma diferente a la religión oficialmente establecida en sus territorios. Las primeras víctimas de este nuevo clima en Europa van a ser el pensamiento libre, la tolerancia hacia el que piense o sienta diferente y el espíritu crítico. Si Felipe II quemaba herejes en Valladolid, el español Miguel Servet, el descubridor de la circulación de la sangre, era quemado en Ginebra, cuna del calvinismo, y Giordano Bruno, el filósofo más relevante de su época, sufrirá el mismo castigo en Roma por su pensamiento heterodoxo. Nadie estará libre de sospecha en esta era de dogmatismo religioso, como veremos a continuación. Pero lo que queremos destacar aquí es que este clima de intolerancia no surgió por un capricho de sus gobernantes, sino que

su intransigencia estaba avalada por un clamor popular que reclamaba la ejecución de estas medidas extremas y la persecución de todo aquel que fuera sospechoso de ser un enemigo religioso.

En esta imagen del *Libro de los Mártires*, escrito por John Foxe, se representa la ejecución en la hoguera del arzobispo protestante Thomas Cranmer, condenado a muerte en 1556 durante el reinado de María I de Inglaterra, la segunda esposa de Felipe II. Ejecuciones como esta empezaron a verse habitualmente por toda la geografía europea a partir del comienzo de la segunda mitad del siglo XVI, tanto en los países católicos como en los protestantes.

Esta fractura social y espiritual se enmarca en lo que se ha dado en llamar las guerras de religión, en las que grandes potencias como Francia o Inglaterra, y también los Países Bajos, se verán involucradas en guerras civiles, matanzas, atentados, revueltas, regicidios y toda una serie de desórdenes sin precedentes hasta la fecha. Esta guerra de religiones alterará el concepto bélico más conocido hasta la fecha, pues si antaño, por poner un ejemplo, el enemigo era el francés, este se enmarcaba claramente en un contexto geográfico y cultural, y las guerras se libraban en los campos de batalla. Ahora, sin embargo, el enemigo religioso podía estar en casa, pues la guerra que se libraba estaba dentro de las conciencias de cada uno, y cualquiera podría ser un enemigo religioso en potencia.

Este es el panorama con el que Felipe II va a tener que lidiar. Sin embargo, España se librará bastante de este caos y falta de seguridad institucional que reinará en Europa, debido precisamente a la incansable y eficacísima labor de la Inquisición española, que, solo con el temor letal que inspiraba, conseguiría una «paz» social única en Europa. Por eso, en cuanto se descubrieron los primeros atisbos de protestantismo en España, se tomaron rápidamente todas las medidas necesarias para preservarla de la herejía y de la división social, intentando evitar, precisamente, lo que estaba sucediendo en Francia, en donde el celo de sus gobernantes para evitar la penetración de ideas calvinistas no había sido tan estricto como en nuestro país.

El 8 de septiembre de 1559, Felipe II desembarcaba con su séquito en las costas de Laredo, desde donde viajó directamente hasta Valladolid. Aquí convocó a las Cortes del reino. Había estado cinco años ausente, y volvía como rey. En su primer discurso ante sus nuevos súbditos, que leyó personalmente, Felipe manifestó su satisfacción por estar nuevamente en casa. Nunca disimuló su preferencia por los españoles sobre las demás naciones; por algo él era español y se había criado con los esquemas mentales e ideológicos de España. Él se sentía mucho más cómodo entre los suyos.

El rey había acudido a Valladolid para presidir un gran auto de fe que se iba a llevar a cabo —justo un mes después de su llegada a España— tras la desarticulación de una célula de criptoluteranos.

La Inquisición española, creada en 1480 por los Reyes Católicos para perseguir a los falsos conversos que judaizaban en secreto, había estado muy activa durante los primeros años de su existencia, y su objetivo principal eran los falsos conversos. Pero, a partir de los años veinte del siglo XVI, su actividad había decaído notablemente, pues ya casi no quedaban conversos que siguieran manteniendo su antigua religión. A partir de ahora, la Inquisición cambiará sus objetivos originales: los falsos conversos por los herejes.

España se había mantenido al margen, durante todo este tiempo, de la influencia protestante en Europa. Pero en 1557-1558 el Santo Oficio encontró una excusa perfecta para volver a las andadas: la alarmante presencia de luteranos entre los propios españoles. Y no personas vulgares y corrientes. Las pesquisas identificaron a un buen número de clérigos, nobles y funcionarios reales —algunos de los cuales eran conocidos por el propio rey—, que mantenían secretamente posiciones religiosas que se desviaban de la ortodoxia. Este descubrimiento supuso un auténtico mazazo para los cortesanos de Felipe, empezando por él mismo, quien quiso llevar el caso personalmente, asistiendo a uno de los dos autos de fe celebrados en Valladolid para dar ejemplo y dejar claro con su presencia su firme compromiso con el Santo Tribunal y con la persecución activa de la herejía protestante.

Nunca antes en este tipo de ceremonias se había derrochado tanta pompa y espectáculo como en esta ocasión, cuando los «relajados» fueron paseados por la ciudad, vestidos con sus sambenitos para escarnio del público, y declarados culpables por el Santo Oficio mediante un ritual que duró todo el día y que era presenciado por miles de personas. Sin duda, se quería ofrecer un gran acto de

propaganda disuasoria para intimidar al pueblo, con el fin de que nunca más nadie se atreviera a contravenir las leyes sagradas de la religión católica oficial.

Felipe II presidiendo un auto de fe, Domingo Valdivieso, Museo del Prado, Madrid. En esta recreación historicista del siglo XIX se representa a Felipe II con el príncipe don Carlos, un fraile y otros dos cortesanos más, contemplando el auto de fe de Valladolid del 8 de octubre de 1559. Para dar más dramatismo a la obra de arte, el pintor deja entrever una columna de humo en la parte inferior del lienzo, como si el rey estuviera asistiendo a la ejecución de los condenados, aunque sabemos que nunca lo hizo. El siglo XIX fue el de mayor acogida a la leyenda negra y, por tanto, no nos deben extrañar estas inexactitudes históricas en un cuadro de este tipo.

El monarca presenció toda la ceremonia en la plaza mayor de Valladolid junto a sus más allegados cortesanos y familiares: su hermana, la princesa doña Juana y su hijo, el príncipe don Carlos. Desde su estrado, el rey desenvainó la espada frente a los inquisidores y juró solemnemente respetar la autoridad del Santo Oficio. El espectáculo principal y que más tiempo duraba era leer las sentencias de los treinta acusados, a los que se les daba la opción de abjurar públicamente de sus «falsas» creencias. Las ejecuciones, que se efectuaban en otro lugar, no eran presenciadas por el rey ni por ningún alto personaje de la corte; no era plato de buen gusto ver

quemarse vivo a nadie. Esto solo estaba reservado para la plebe. Los quemaderos solían estar extramuros de las ciudades, como medida de higiene, y las quemas se solían hacer por la noche, tras la finalización del auto de fe. Ni Felipe II ni ningún monarca español quiso presenciar directamente las ejecuciones en la hoguera. Por mera curiosidad, un flamenco que había acompañado al rey sí quiso verlas, y quedó horrorizado.

Se cuenta la anécdota de que cuando uno de los reos estaba siendo juzgado se dirigió públicamente al rey, gritándole: «¿Cómo podéis permitir que suceda esto?», a lo que Felipe contestó: «Yo mismo traería la leña para quemar a mi propio hijo, si este fuera tan malo como vos». Téngase en cuenta que cuando lo dijo, si es que lo dijo, su hijo don Carlos se encontraba a su vera, lo que convierte a esta frase, en cierto sentido, en muy premonitoria, como podremos ver más adelante. Aunque pudiera tratarse de una leyenda, según los historiadores más fiables, es más que probable que sea cierta, pues encajaría perfectamente con la mentalidad del monarca. Podemos afirmar que este sí es el Felipe II de la leyenda negra en estado puro. Por eso decíamos al principio que, aunque la leyenda negra esté deliberadamente exagerada, existen indicios objetivamente verificables en ella.

Las medidas que se adoptaron en el año 1559 para impedir la divulgación de las ideas protestantes en territorio hispano no se limitaron a los autos de fe de Valladolid y Sevilla. En agosto se había publicado un índice de libros prohibidos por la Inquisición. Es el conocido como Índice de Valdés, por llevar el nombre de su inspirador y valedor, el arzobispo de Sevilla e inquisidor general Fernando de Valdés, el verdadero instigador de esta «caza de brujas» y de este terrible periodo oscurantista que se iba a cernir sobre España.

Se daba la circunstancia de que, justo antes de que Felipe II regresara a la Península, la estrella del inquisidor Valdés estaba declinando en los círculos gubernamentales. La aparición de estos residuales grupos de «herejes» le vino al inquisidor como anillo al dedo para recobrar el protagonismo, y creó una exagerada alarma sobre un hipotético peligro de luteranismo en España. Con su insufrible arrogancia, Valdés se jactaba ante Felipe II de ser imprescindible en la lucha contra la herejía, concluyendo en una de sus incendiarias misivas: «paresce que Dios fue servido que yo me hallase aquí». El ambiente en Europa —de donde procedía Felipe— en estos momentos sí que era de verdadera alarma por la penetración del calvinismo, por lo que no le fue difícil convencer a un ya sensibilizado Felipe II de que había que tomar medidas drásticas en España para que no sucediera lo que estaba pasando en Francia, en Inglaterra o en los Países Bajos.

Ante las graves noticias llegadas desde España de la mano de su hermana, la princesa doña Juana, manipuladas por el inquisidor general, Felipe se asustó. Valdés pudo convencer sin dificultad al joven monarca de que le invistiera a él y al Santo Tribunal de plenos poderes para actuar sin restricciones, con el fin de cortar el problema de raíz. Puede que no se diera cuenta de que su inquisidor general estaba tramando todo un complot para, en un primer lugar, alzarse él con todo el poder de la Iglesia española y, en segundo, tener controlada la vida intelectual. Su ignominioso índice, más restrictivo que el romano, y que estuvo vigente con enmiendas y añadidos hasta 1790, contaba con unos setecientos títulos de libros prohibidos bajo penas que podrían llegar a costar la vida, dada la coyuntura extrema por la que se atravesaba. Entre ellos, títulos tan inofensivos como toda la obra de Erasmo de Rotterdam, el gran humanista e iluminista del siglo, pero incluso de eminentes religiosos y posteriores santos, como los de fray Luis de Granada o Francisco de Borja. Santa Teresa también fue molestada e interrogada por la Inquisición por sus escritos y arrebatos místicos.

En noviembre de ese mismo año, Felipe expidió un decreto por el que se ordenaba a todos los castellanos que estuvieran cursando estudios en universidades extranjeras que volvieran inmediatamente a su reino de origen. Literalmente se impuso la prohibición de estudiar en universidades que no fueran españolas (la de Coímbra en Portugal estaba fuera de la prohibición) para que nadie se contaminara del pensamiento protestante. De la noche a la mañana se quiso poner un cinturón sanitario a los reinos españoles para que sus habitantes se mantuviesen puros y obedientes a la religión católica oficial. Y, en parte, se consiguió.

Pero donde más lejos llegó el inquisidor Valdés en su locura persecutoria fue en la incriminación que hizo contra el primado de España, ni más ni menos el que ocupaba la silla arzobispal de Toledo, Bartolomé de Carranza, a quien odiaba por haberle privado del primer puesto religioso del reino. El proceso contra Carranza tuvo todos los ingredientes de una trama conspiratoria en la que, utilizando la excusa de la persecución religiosa, se actuaba en realidad contra un enemigo político. Valdés llevó personalmente la causa contra Carranza con todo su veneno, hasta ver encerrado en las mazmorras de la Inquisición al que fuera hasta ese momento uno de los prelados de más confianza del rey y quien se había servido de su alta consideración como teólogo para reorientar a Inglaterra hacia el catolicismo.

La excusa la encontró Valdés en el *Catecismo* que Carranza escribió con el fin de convencer a los protestantes de Inglaterra. En él, Valdés aseguraba que podían hallarse ambiguas palabras que podrían ser peligrosamente malinterpretadas. Inmediatamente solicitó en secreto al papa un breve para que le otorgara plenos poderes con el fin de poder incriminar a grandes figuras de la Iglesia en España, con el único objetivo de poder prender a Carranza. Este, sospechoso de que Valdés le estaría tendiendo alguna encerrona, pidió auxilio a su gran valedor, el propio rey, en el cual confiaba plenamente por haber sido su confesor y su hombre de confianza durante tanto tiempo. Pero hasta Felipe II flaqueó ante el gran inquisidor. Al presentarle al rey un informe autorizado por una junta que incluía a seis miembros de la Suprema elegidos por él mismo para que Felipe lo aprobara, en el que se recomendaba la detención inmediata de Carranza, este cedió, traicionando así al que había sido su servidor y su amigo. Valdés ponía al rey entre la espada y la pared: sabía que, si el monarca rechazaba la orden de detención del arzobispo de Toledo sospechoso de herejía, estaría entorpeciendo la labor del alto tribunal para cazar herejes. Además, el astuto inquisidor había involucrado involuntariamente al mismo papa en la causa al pedirle que le diera plenos poderes para arrestar a cualquier alto eclesiástico sospechoso de herejía. Si Felipe revocaba todos los cargos

contra Carranza, hasta él mismo podía ser visto con recelo en las altas esferas del catolicismo internacional. El rey no tenía opción, aunque su comportamiento fuera de una cobardía injustificable. No sería la última vez.

Mientras esperaba la respuesta del rey, que aún se encontraba en los Países Bajos, Valdés organizó el primero de los dos autos de fe de Valladolid, con toda su pompa y liturgia, para ir caldeando el ambiente. Mientras, la princesa doña Juana instaba al arzobispo de Toledo a acudir a la corte de Valladolid, ocultando en su carta que le estaba llevando a una emboscada. El arzobispo Carranza fue detenido en Torrelaguna, acudiendo a la llamada de la princesa, sin saber que esta también actuaba a las órdenes de Valdés. Tal terror debía de inspirar el inquisidor, que hasta los príncipes y reyes se doblegaban ante él, que era, en el fondo, lo que este siniestro personaje perseguía. Entonces dio comienzo a lo que se conoció como «el proceso del siglo». En él, incluso el mismo Felipe II fue llamado a declarar como testigo. Tamaña fue la osadía de Valdés, solo comparable al odio que destilaba, que involucró en su loca y desquiciada persecución no solo al rey, quien fue amigo del cardenal, sino también al papa. Pero el ambiente enrarecido al que se había llegado en este «tiempo tan peligroso», como afirmaba un cortesano, en el que ya no se sabía quién era buen cristiano y quién hereje, y en donde nadie estaba a salvo, jugó sin duda a favor del perverso inquisidor.

Diecisiete años duró el proceso, en el cual poco o nada se pudo sacar en claro. Cuando la Inquisición no lograba encontrar pruebas incriminatorias de herejía contra una persona a la que se quería condenar a toda costa, solía recurrir al cargo de sodomía. El arzobispo Carranza, a sus casi setenta años, y tras años de interrogatorios baldíos, no se libró tampoco de dicha acusación, por muy delirante que nos pueda parecer. Años más tarde, se recurrirá a la misma treta contra el todopoderoso secretario del rey, Antonio Pérez.

Desde el mismo momento en que Felipe II había dado su pleno apoyo al plan de Valdés de encausar al arzobispo de Toledo por herejía, el rey necesitaba una condena tan desesperadamente como el mismo inquisidor. Sin embargo, en 1567 no pudo evitar que el papa ordenara que se llevara el proceso a Roma para investigar al prelado español, y en 1576 Carranza fue absuelto de todos los cargos de los que se le acusaba por falta de pruebas. El pobre arzobispo pudo disfrutar poco de la renovada libertad. Murió una semana después en Roma. El inquisidor Valdés cayó en desgracia ante el rey cuando se hizo evidente que su celo en el cumplimiento del deber solo respondía a una insidiosa venganza personal.

La guerra contra el turco fue la principal preocupación de Felipe II en la primera década de su reinado. Dicha lucha respondía más bien a una guerra estratégica e imperialista entre los dos colosos más poderosos del momento, en la que la monarquía de Felipe II se encontraba en franca desventaja frente al poderío naval otomano, por lo que se podría considerar, en el caso de España, incluso una guerra defensiva y de supervivencia. Sin embargo, la literatura y propaganda de la época englobaba esta lucha como parte de ese espíritu confesional militante que se había apoderado de todos los españoles.

Una vez firmada la Paz de Catéau-Cambresis con los franceses, Felipe se vio con las manos libres para actuar en el Mediterráneo.

La psicosis colectiva ante una posible invasión turca o de sus aliados berberiscos del norte de África tomó cuerpo en la España de la década de los sesenta, aumentada por la sensación de inseguridad que se tenía cuando se pensaba en los numerosos moriscos que aún poblaban la península ibérica, moriscos que seguían manteniendo en su gran mayoría sus costumbres y religión musulmana, y que ayudarían a que se llevara a cabo tal invasión, como se hacía patente cada vez que turcos o piratas berberiscos desembarcaban en algún punto remoto de las costas del sureste peninsular, donde eran recibidos con los brazos abiertos por sus correligionarios españoles. El pánico a convivir con el enemigo, comparable al mismo tipo de temor que infundía la sospecha de la existencia de españoles que hubiesen abrazado la religión protestante, o de falsos conversos, hará que se empiece a ver a los moriscos con recelo, considerándolos una «quinta columna» del islam dentro de la católica España. Por esta razón, Felipe II estaba decidido a combatir a los adoradores de Alá allá donde se encontraran, a pesar de que las fuerzas navales españolas no podían hacer frente al gran poderío naval que representaba el turco. La certeza que se tenía de esta debilidad hizo que se intentara evitar a toda costa el enfrentamiento directo. El rey prefería concentrar todas sus fuerzas en combatir a los musulmanes aliados del turco en el norte de África, mucho más peligrosos para sus intereses en España y en el sur de Italia que el turco mismo. Así, la primera campaña contra el islam en el Mediterráneo que se llevó a cabo en el reinado de Felipe II fue la campaña de Trípoli, que se saldó con un estruendoso fracaso. En junio de 1559, estando aún en Bruselas, Felipe II dio su aprobación a una fuerza expedicionaria hispano-italiana, al mando del duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, y Jean de la Valette, gran maestre de los Caballeros de Malta, para

reconquistar la ciudad de Trípoli, arrebatada por los turcos en 1551. De camino hacia esta ciudad norteafricana decidieron hacer un alto para ocupar la isla de Djerba, o los Gelves, como se la denominaba en el siglo XVI, frente a las costas de Túnez. Los turcos acudieron con una inmensa flota a recuperar lo que consideraban suyo, y consiguieron hundir a cañonazos a la mitad de la flota cristiana. Medinaceli y La Valette huyeron por los pelos, dejando allí desamparados y a su suerte a un grupo de unos diez mil hombres que habían ocupado el fuerte. Los turcos, entonces, comenzaron un largo asedio que finalizó con la rendición incondicional de los pocos supervivientes que quedaron en pie tras meses de calor, hambre y sed. Estos fueron apresados y paseados por las calles de Estambul como botín de guerra. El «desastre de los Gelves», como se acuñó esta derrota cristiana, concienció a Felipe II de que ya no se podía dejar nada a la improvisación en esta guerra contra el infiel y de que era necesario un plan de rearme de la fuerza naval española.

Batalla de Lepanto, Anónimo. Museo Naval Nacional, Londres.El 7 de octubre de 1571, frente a las costas del golfo de Lepanto, en Grecia, «se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar», en palabras de Miguel de Cervantes, quien participó en dicha batalla. Fue una de las mayores victorias bélicas de Felipe II, celebrada con gran júbilo por toda la cristiandad. A partir de esta fecha, los turcos dejarán de ser uno de los principales problemas para Felipe II, quien se verá con las manos libres para abordar otros conflictos más acuciantes.

Tras una serie de derrotas más, al cabo de los años, esta política de reconstrucción del poderío naval comenzó a dar sus frutos: en 1564, el nuevo capitán general de las galeras de España, don García de Toledo, capturó el enclave norteafricano del peñón de Vélez de La Gomera y, al año siguiente, evitó que los turcos tomaran la isla de Malta, al acudir con su flota en ayuda de los Caballeros de san Juan.

Sin embargo, habrá que esperar aún seis años más para constatar que los turcos no eran invencibles en el Mediterráneo, como se había llegado a pensar. Ese día, aquel 7 de octubre de 1571, frente a las costas del golfo de Lepanto, como un testigo de excepción llamado Miguel de Cervantes nos cuenta en su «Historia del cautivo», dentro de la primera parte del *Quijote*, «se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar».

La Inquisición, como instrumento de vigilancia y control social al servicio de la Corona, debía imponerse a todo el territorio de la monarquía por igual, para que el monarca pudiera intervenir en materia de fe y de disciplina social en todos sus territorios, con independencia de sus fueros, leyes o constituciones locales. Para este fin, se instituyeron nuevos tribunales en México, Perú y Canarias. Así, la larga mano de la *auctoritas* del monarca podría llegar hasta los últimos confines de su extenso territorio.

Pero si bien había que ser inflexible en cuanto a que los indios siguieran adorando a sus propios dioses, al mismo tiempo el monarca se convertiría en el mayor valedor y protector de dichos indios frente a los colonos. El principal objetivo que tenía la Corona española en América era el de la evangelización del continente recién descubierto y puesto a su servicio por el papa para llevar a cabo dicha tarea. Para la mentalidad de la época, los seres humanos que se hallaron en estas tierras tan lejanas e ignotas se encontraban en un estado salvaje de civilización, pero sobre todo, andaban completamente a oscuras en cuanto a la revelación del mensaje cristiano, y, por lo tanto, era responsabilidad ineludible del monarca el hacer todo lo posible para que los indios de América, los nuevos súbditos que por la gracia de Dios habían sido puestos bajo su mandato, fueran cristianizados como se merecían. Felipe II se veía en el compromiso ante el Ser supremo de velar por la salvación eterna de sus nuevos súbditos, y esto le hacía atribuirse un papel de protector de los indios, más que de explotador, por mucho que la leyenda negra se haya empeñado en difundir lo contrario. Por esta razón, desde el principio de la conquista, se puso mucho empeño por parte de la Corona en enviar una legión de frailes, junto con los conquistadores, con el único fin de llevar el mensaje cristiano a los que no habían tenido la oportunidad de conocerlo. Desde los inicios de la conquista este objetivo altruista de la Corona chocó con los objetivos más prosaicos de todos aquellos que, abandonando su casa y su familia, se aventuraban a un destino incierto y lleno de peligros con el único afán de conseguir un rápido enriquecimiento. Estos hombres, los conquistadores, duros, resistentes, sufridos e intrépidos, protagonizaron una de las gestas más épicas de la historia de la humanidad, enfrentándose a todo tipo de dificultades y sufrimientos, a enfermedades desconocidas, naturaleza salvaje, nativos hostiles, mares embravecidos... lo que no les frenó en su búsqueda de una vida mejor. En un tiempo récord, un puñado de hombres, la mayoría sin formación ni conocimientos, con la sola fuerza de sus

miembros y su coraje (eso sí, contaban con armas de fuego, desconocidas para los indios), exploraron miles de kilómetros cuadrados de selvas impenetrables, desiertos interminables y coronaron alturas imposibles, sometiendo en su propio terreno a tres imperios bien afianzados: el azteca y el maya en México y Centroamérica, y el inca en el Perú. Pero esto sucedió más bien durante el reinado del padre de Felipe, el emperador Carlos V.

En la época en la que Felipe II accedió al trono, y durante todo su reinado, la conquista de nuevos territorios desconocidos dejó paso a la colonización de lo ya descubierto y conquistado, es decir, se procedió a crear los mecanismos de poder y control por parte de la segunda generación de españoles, hijos de los conquistadores, los que se denominaban criollos. Muchos de estos habían nacido ya en América, y desconocían las estructuras sociales y jerárquicas de la vieja España. Aunque no se puede generalizar, fueron estos los que cometieron los atropellos y abusos contra los indios, no la Corona ni ninguna instancia de poder del Gobierno de España. El monarca ejercía su poder y control sobre la nueva sociedad creada en América por medio de los virreyes, que representaban al rey en estas tierras y velaban por sus intereses, que no coincidían exactamente con los de los criollos.

En esta lucha entre los intereses crematísticos de los colonos y los más altruistas de la Corona apareció una voz discordante pero que ejerció una enorme influencia por su valentía, su modernidad y su incansable protección de los más débiles: fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas. De las Casas, que fue testigo en primera persona de los abusos y maltrato de los indios por parte de los colonos, se erigió en protector de los indios y alzó su voz fuerte y clara para trasladar y compartir con la Corona y con quien quisiera escucharle un problema de conciencia.

Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas. Este fraile dominico español dedicó toda su vida a la protección de los indios de América frente a los abusos de los colonos. Recurrió al amparo de la Corona para poner a los indios bajo su protección lo que llegó a crear un problema de conciencia al emperador Carlos V, quien, gracias a su influencia, nunca quiso firmar la revocación de las Leyes Nuevas, inspiradas por él, y que se promulgaron para proteger a los indios. Sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas y su influencia y autoridad creció en el mundo entero a lo largo de los siglos; tanto, que la Iglesia luterana le considera como uno de sus santos, aunque él fuera católico.

En 1540 De las Casas volvió a España, donde tuvo la oportunidad de entrevistarse personalmente con el emperador. Como consecuencia de dicha entrevista, Carlos V, quien debió de quedar fuertemente impactado por lo que el fraile le contó de lo visto y vivido en el continente americano, decidió reunir en Valladolid una junta de teólogos y juristas, lo que resultó en la promulgación de las Leyes Nuevas (1542), que suprimían los «repartimientos» o «encomiendas», un sistema que otorgaba a los colonos españoles el derecho a exigir a sus indios que trabajaran gratuitamente para ellos. En dichas leyes se prohibía expresamente la esclavitud de

los indios y se ordenaba que todos ellos quedaran libres de los encomenderos y fueran puestos bajo la protección directa de la Corona. A finales de ese mismo año, De las Casas terminaba de redactar en Valencia su obra más conocida y que más influencia ha ejercido en todo el mundo: *Brevísima Relación de la destrucción de las Indias*, que dedicó al príncipe don Felipe. Había muchos españoles contrarios a la normativa, como el virrey Antonio de Mendoza, y se mandó una comitiva a España para hablar con el monarca para que aboliera las Leyes Nuevas.

A los tres años de promulgarse dichas leyes, en 1545, los encomenderos americanos protagonizaron una revuelta en contra de ellas. Tan solo una década antes, Pizarro y una pequeña banda de aventureros habían conquistado el Perú para la Corona. Ahora, Gonzalo Pizarro, el hijo del gran conquistador, desafiaba a esta misma Corona, amenazando con declarar la independencia de la metrópoli si les exigían portarse con tanta «humanidad» hacia los indios. Era la primera rebelión a la que se enfrentaría Felipe. A sus dieciocho años, el joven regente supo hacerse inmediatamente con la situación: convocó a sus consejeros más importantes para discutir cómo se debería manejar la revuelta. En primer lugar, se eligió a un hombre con plenos poderes para sofocar la rebelión, pero al mismo tiempo, Felipe y sus consejeros recomendaron la derogación de algunos puntos conflictivos de aquellas Leyes Nuevas que habían provocado no solo el levantamiento en el Perú sino también las protestas airadas de todos los colonos de América, que hicieron temer que, como apuntó con gran perspicacia don Juan de Zúñiga, «se tuvieran que conquistar las Indias por segunda vez, ahora a los colonos españoles».

El hombre elegido por Felipe para pacificar el Perú fue Pedro de la Gasca, un desconocido personaje en la corte hasta ese momento. Sin embargo, su éxito fue fulgurante: nada más llegar al virreinato, tras un larguísimo y penoso viaje, Gasca se ganó a la mayoría de los partidarios de Pizarro mediante la clemencia, para luego derrotar al resto en una batalla y ejecutar a su cabecilla, Gonzalo Pizarro. Así, Felipe daba una de cal y otra de arena en la resolución del conflicto que se había generado en las Indias por culpa de las Leyes Nuevas. No le quedaba otra opción si pretendía que la Corona siguiera lucrándose con los pingües beneficios que generaban las explotaciones americanas. Si bien es verdad que la Corona española tuvo buenas intenciones desde un primer momento en cuanto al trato que se le debía profesar a los indios, la estricta aplicación de las Leyes Nuevas promulgadas era harto difícil de poner en práctica, especialmente en un continente tan indómito y alejado de la metrópoli, por lo que todo quedó al albur de la buena disposición que tuviera cada colono con sus trabajadores nativos. Al emperador no le quedó

más remedio que volver a legalizar las encomiendas, para gran disgusto de De las Casas y a pesar de crearle un gran conflicto de conciencia, pues fray Bartolomé había decretado que no había salvación posible en el más allá para quien maltratara a los indios. De hecho, Carlos V siempre dio su firme apoyo a De las Casas y se negó a dar su visto bueno a la legalización total de las encomiendas, a pesar de haberse generado un debate teológico a favor y en contra, debate que dejó en suspenso el tema. Así se lo dejará claro a Felipe desde Yuste: «yo nunca he estado bien en esto, como sabe, y lo he querido siempre escusar». Delegando la responsabilidad en su hijo para que en esta cuestión legislara él según su conciencia cuando fuera rey, de manera que «lo podrá hacer a su voluntad y como cosa suya, y a mí me quitará deste escrúpulo».

Felipe II en la intimidad

¿Cómo era Felipe II en la intimidad? El embajador veneciano Suriano lo definía de esta manera:

> Es más inclinado a la dulzura que a la cólera, y con los embajadores y las demás personas muestra una bondad singular. A veces dice agudezas de modo muy gracioso y oye con gusto chistes. Pero a la hora de comer, aunque sean admitidos los bufones a su presencia, no se abandona a la risa como en sus habitaciones, donde su alegría no tiene límites.

En general, su comportamiento era más bien sosegado, nunca perdía la calma, pero tendía a la melancolía. Su planeta favorito era Saturno, el de los melancólicos. Por eso, según Parker, vestía de negro, que es el color que tradicionalmente se solía asociar con este planeta.

Sin embargo, llegó a adquirir fama de que intimidaba a la gente corriente cuando tenían una audiencia con él. La misma santa Teresa nos ha dejado su testimonio de su encuentro con el rey: «Empecé a hablarle porque su mirar penetrante, de esos que ahondan hasta el ánima, fijo en mí, así que bajé mi vista y con toda brevedad le dije mis deseos» [2]. Y santa Teresa no era precisamente de un carácter pusilánime. Pero es que parece que el monarca tenía la misma facultad que el basilisco, animal mitológico que se decía que mataba con la mirada. Solo tenemos que pensar en sus ojos claros y penetrantes, su semblante serio, su porte regio, y que era un ser cuasi divino, el amo del mundo en su época, para entender que las personas no acostumbradas a la corte y a las personalidades tan altas se sintieran intimidadas ante su presencia y hasta tartamudearan. Cuando esto ocurría, Felipe II era muy condescendiente con ellas, intentaba ser paciente y les solía decir: «sosegaos» para calmarles, aunque a veces consiguiera el efecto contrario. Sin embargo, según otro testimonio, parece que el rey no miraba a sus interlocutores en las audiencias, lo cual concordaría más con su personalidad tímida y con no estar acostumbrado a tratar con gente corriente: «presta gran atención a lo que se le dice, pero de ordinario no mira a la persona que le habla, tiene los ojos bajos y si los levanta es para mirar a uno y otro lado». Sea como fuere, mirara directamente a los ojos o no, la verdad es que estar ante Felipe II turbaría a cualquiera.

Tras el auto de fe de Valladolid, Felipe y su corte se dirigieron al encuentro de su nueva y tercera esposa, Isabel de Valois, con quien ya estaba casado por poderes, pero a quien aún no conocía en persona, pues, como ya hemos visto, la ceremonia se realizó en París y en su ausencia. A finales de 1559 la nueva reina de España con su séquito francés traspasaba los Pirineos y se dirigía a Guadalajara, donde se celebrarían los festejos oficiales del real enlace, haciendo de anfitriones los duques del Infantado, que pusieron a disposición de los monarcas y de toda la corte su espléndido palacio de la capital alcarreña, aún hoy en pie y en perfecto estado. Como había hecho antes con su primera mujer, el rey, a quien le gustaba disfrazarse en ocasiones especiales para poder ver sin ser visto, «anduvo rondando por ahí todo el día, entre la multitud, para presenciar la recepción», pero, sobre todo, para apreciar los encantos de su joven esposa. La reina no tenía aún catorce años, y se pasaba las horas vistiendo a sus muñecas. El rey le sacaba diecinueve. Debió quedar embelesado por la juventud y frescura de Isabel de Valois, en contraposición a la anterior, María Tudor.

Desde el año anterior, Felipe tenía una nueva amante; se llamaba Eufrasia de Guzmán, y con ella, al parecer, había tenido un hijo, de manera que el rey decidió casarla con un noble de la corte, el príncipe de Ascoli. Probablemente Felipe alternó durante un tiempo su relación con doña Eufrasia con su nuevo matrimonio. Al fin y al cabo, los matrimonios reales no se hacían ni por amor ni por placer, sino solo para procrear. Además, Felipe tuvo que esperar algún tiempo para yacer con su esposa, ya que esta aún no había alcanzado ni siquiera la edad núbil en el momento del matrimonio. A partir de ese momento, parece que Felipe dejó de ser bígamo, y ya no se le conocerán más amantes durante el resto de su vida.

Está constatado por las cartas que el embajador de Francia, Sebastien de l'Aubespine, dirigía a la reina madre Catalina de Medici, que el acto sexual con su marido le producía a la joven reina un enorme dolor: «como él [el rey] es de complexión fuerte —escribía el embajador—, con su poder la importuna, causándole grandes dolores a la reina, que necesita mucho valor para evitarlo». A pesar de que parece que la reina tuvo su primera regla en agosto de 1561, es decir, a sus quince años, seguía siendo una niña, y en cambio el rey un hombre de treinta y cuatro. Hoy en día, censuraríamos una relación de estas características por pederastia.

Isabel, no obstante, durante su corta vida cumplió a la perfección el papel que se le había asignado. Aunque caprichosa, inmadura, perezosa y superficial, puso

todos sus cinco sentidos en agradar y estimular a su marido. Estaba bien aleccionada por su madre, quien se sentía muy orgullosa de que su primogénita fuera la reina de España. Por carta, la instigaba constantemente para que fuera una sumisa esposa, «para hacer que el rey tu marido sepa cuánto le quieres y le complaces en todo». Siguió tan al pie de la letra los consejos de su madre que, cuando años después, en una cumbre hispano-francesa celebrada en Bayona en el sur de Francia a la que el rey envió a su esposa para que le representara, y tratando sobre el problema protestante en Francia, la reina Catalina, al comprobar que su hija había sido previamente bien aleccionada en los consejos de cómo tratar a los herejes, no pudo contener su sorpresa y le espetó: «¡Muy española me habéis venido, señora!».

Isabel de Valois, por Juan Pantoja de la Cruz. Museo del Prado, Madrid. Tercera mujer de Felipe II. Se casaron cuando ella no había cumplido los catorce años y el rey tenía treinta y tres. En este espléndido retrato de corte la vemos con un rico vestido y perfectamente aderezada de joyas exquisitas, como se cree que

se vestía cada día —con un vestido diferente— para estar lo más bella posible por si el rey venía a visitarla.

Al principio de su matrimonio, especialmente el primer año en el que el rey no podía todavía acostarse con ella, era frecuente que pasaran varios días sin que se vieran. Isabel se pasó la mayor parte de su vida enclaustrada en sus aposentos de palacio junto a sus damas de compañía y ante la atenta vigilancia de su camarera mayor, la duquesa de Alba, más severa y recia si cabe que su famoso marido, el gran duque. Como el rey podía aparecer en cualquier momento —pues nunca avisaba— y ella quería estar siempre impecable para cuando se produjera el encuentro, estrenaba un traje nuevo cada día, aderezándose con toda la pedrería y joyas que pudiera encontrar —que no eran pocas—, tal y como nos la muestran en muchos de sus retratos. Al rey, en cambio, le gustaba entrar en los aposentos de la reina tarde de noche, cuando terminaba su agotadora jornada de trabajo y su esposa yacía dormida. Los reyes de España siempre dormían en habitaciones separadas.

Así pasaron los años, entre juegos de adolescente (era una verdadera ludópata; le gustaban todo tipo de juegos de mesa y cartas, en los que apostaba fortunas. También le gustaba la danza y el teatro), pero el tan deseado vástago, que era para lo que realmente estaba destinada, no llegaba. La reina Catalina se impacientaba y conminaba al rey a que se esmerase más en la reputación que tenía en Francia de buen marido, lo que hizo que el rey perdiera su gravedad habitual para desternillarse de risa frente al embajador francés.

Ese vástago tan deseado llegó por fin el 12 de agosto de 1566, pero fue niña, y recibió el nombre de Isabel Clara Eugenia. Al rey no pareció importarle lo más mínimo: se mostró en público tremendamente orgulloso y satisfecho por su nueva paternidad. De hecho, esta hija iba a ser una de las pocas personas en el mundo a las que Felipe quiso de verdad, la niña de sus ojos y báculo, tanto físico como afectivo, de su vejez. Tanta debió de ser su excitación, que se puso muy nervioso ante la idea de tener que llevar en brazos a la criatura hasta la pila bautismal, encargando que le hicieran un muñeco de trapo para ensayar y que así no ocurriese ningún percance. Al final desistió, y delegó el engorroso papel en su medio hermano don Juan de Austria. Al año siguiente, la reina volvió a estar embarazada, y parió otra hija, Catalina Micaela. Esta vez el rey no mostró el mismo entusiasmo. Se retiró a Aranjuez después del parto y ni siquiera estuvo presente en el bautizo. El embajador francés predijo que, ahora que la fertilidad de la reina estaba

comprobada, daría un hijo cada año, y así fue. Para el año siguiente, 1568, la reina volvió a estar embarazada por tercera vez consecutiva. Pero esta vez, la desgracia se cernió sobre la pareja: el 3 de octubre, la reina, con tan solo veintidós años, malparía una tercera hija, pero ninguna de las dos sobrevivió al parto. Durante sus últimas horas, Isabel contó con la dedicación plena de su angustiado marido, quien no se apartó de su lecho, cogiéndola de la mano y haciéndole auténticas demostraciones de su amor postrero. El dolor por la muerte de su esposa fue muy grande en esta ocasión, y el rey se retiró al monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid, sin ver a nadie ni recibir ni un papel ni una audiencia durante semanas, tal y como su padre hiciera cuando murió Isabel de Portugal. No solo el rey lloró desconsoladamente la muerte de su esposa, también el pueblo madrileño, quien la apodó *Isabel de la Paz* por haber sido su matrimonio fruto de la Paz de Cateau-Cambrésis. Un joven Miguel de Cervantes comenzó su carrera literaria escribiendo unos versos panegíricos póstumos dedicados a la reina difunta.

Cuando Isabel de Valois llegó a la corte española en 1560, se regocijó al ver que había tres jóvenes de su misma edad con los que podría compartir juegos y confidencias. Este triunvirato lo conformaban un hijo, un sobrino y un hermano de Felipe II.

El hijo era el príncipe don Carlos, el heredero de la corona, para quien —no lo olvidemos— la reina Isabel estaba destinada en un primer momento. Así, madrastra e hijastro tenían la misma edad, y su mundo infantil los acercaba más a ambos que al padre de él y marido de ella. Felipe II, al que Dios había dado tan vastos territorios y tanto poder, no había logrado sin embargo un hijo digno para que los gobernara. Sencillamente el rey sentía vergüenza de su heredero. La cosa no era para menos: además de sus defectos físicos (tenía un hombro más alto que el otro, la pierna izquierda más corta y los músculos débiles; tartamudeaba y se cree que era impotente), el desdichado príncipe daba cada día más muestras de locura. Seguramente había heredado los genes de su bisabuela, la reina Juana la Loca, la madre del emperador, que permaneció enajenada y encerrada en Tordesillas durante cincuenta años, hasta el último día de su vida, e incluso de su otra antepasada que también murió habiendo perdido el juicio, la reina Isabel de Portugal, madre de Isabel la Católica y por tanto abuela de Juana. Pero es que, además de este gen maldito en la familia, existía el problema de la consanguinidad permanente que recaía en este príncipe: don Carlos solo tenía cuatro bisabuelos en vez de ocho, que es lo normal, y tan solo seis tatarabuelos en lugar de dieciséis. Además de estas taras físicas, don Carlos debía de tener unas taras

psicológicoafectivas importantes: al fallecer su madre después del parto y al ausentarse su padre, primero cuando él solo contaba con tres años, hasta los seis, y una vez más desde los nueve hasta los catorce, don Carlos careció de referentes parentales adecuados. Cuando su padre regresó de los Países Bajos para tomar el trono en 1559, don Carlos, de catorce años, prácticamente no conocía a su padre, ni el padre al hijo.

Don Carlos de Austria, primogénito de Felipe II. Alonso Sánchez Coello. Museo del Prado, Madrid. La triste historia de este príncipe desdichado supuso uno de los mayores dramas en la vida del Rey Prudente. Su vida ha sido llevada a la ficción tanto por el poeta romántico alemán Friedrich Schiller como por el compositor de ópera Verdi, cuyo libreto, *Don Carlo*, está inspirado en la obra del anterior. En ambas historias, todo lo que se representa es pura fantasía, pero la realidad superó, si cabe, en el drama vivido, a la ficción.

Don Carlos se crio entre mujeres, en la corte de la princesa doña Juana, donde al parecer le tuvieron muy consentido, pues, según un testigo, si no le daban inmediatamente lo que él quería, «se araña la cara y se echa en el suelo y hace otros veinte extremos». Con el tiempo, y a medida que se fue haciendo mayor, las pataletas de niño pequeño se fueron convirtiendo en puro instinto criminal cuando se

le contradecía o se le llamaba al orden. Una vez, en plena crisis de los Países Bajos, estando el Consejo de Estado reunido con el rey en el palacio del bosque de Segovia discutiendo sobre las cosas de Flandes, don Carlos fue sorprendido por un cortesano escuchando detrás de la puerta lo que se deliberaba. Cuando este cortesano le llamó la atención y le conminó a comportarse, por el bien de su reputación y de la de Su Majestad, pues le estaban viendo las damas desde la galería, este se le echó encima insultándole e intentando pegarle con sus puños. En 1559, en su discurso de despedida en los Países Bajos, el rey prometió ante los Estados enviar a su hijo y heredero como gobernador de las provincias, pero después de comprobar que su hijo no estaba capacitado para un cargo tan delicado se retractó de su promesa. Ese tema era el que hacía a don Carlos guardar mayor rencor hacia su padre. Años más tarde, cuando Felipe II nombró al duque de Alba como su general y gobernador en los Países Bajos para sofocar la revuelta, al enterarse don Carlos, frustrado por no haber sido él el elegido para el cargo, se echó encima del duque puñal en mano, gritando «que no iría a Flandes porque él habría de ir en su lugar, y que no pasara adelante ni le contradijera porque si no le habría de matar allí mismo». No importaba ni la alta dignidad ni el rango del sujeto contra el cual el príncipe proyectaba su ira; cuando se le contrariaba, don Carlos no tenía el más mínimo respeto por nadie. En otra ocasión, la víctima fue el cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla, gran inquisidor y segundo hombre con más poder del reino después del rey. Sin respeto alguno por su jerarquía eclesiástica, don Carlos, aprovechando que se topó con él un día por los pasillos de palacio, agarrándole por el roquete le amenazó con la punta de su daga mientras le espetaba: «¡Curilla, me la has de pagar!». El motivo de este nuevo arranque de ira era porque el cardenal había promulgado una orden de alejamiento de la corte de un cómico muy querido por el príncipe. El prelado, aterrado por si acaso su agresor consumaba allí mismo sus amenazas, tuvo que humillarse ante él y postrarse de rodillas implorando su misericordia.

El rey soportaba todos estos actos desmedidos de su hijo con gran estoicismo, aunque también con gran pena y vergüenza, viendo en ellos un desprestigio para su monarquía. Aunque su paciencia se iba agotando con cada nuevo escándalo, no fue muy severo con su hijo, al menos no lo suficiente como para enderezar su carácter, ya de por sí indomable. Don Carlos era déspota, cruel, sádico y, como ya hemos visto, irascible. Si no tenía freno con los grandes del reino, mucho menos con sus pajes y sirvientes: tiró por la ventana a un paje que le contrarió; a un zapatero que le presentó unas botas demasiado estrechas le hizo comérselas allí

mismo; en una ocasión que volvía de unas correrías nocturnas por las calles de Madrid, fue literalmente regado de inmundicias que fueron arrojadas por una ventana sin la consabida advertencia de «¡agua va!». Entonces, el príncipe, fuera de sí, ordenó a sus guardias que entraran inmediatamente en la casa y mataran a todos sus ocupantes, sin distinción de edades ni de sexos. La orden fue desobedecida, lógicamente, pero para calmarlo tuvieron que mentirle diciendo que en ese momento se encontraba en la susodicha casa todo el Viático para dar la extremaunción a un moribundo, y no podían cometer semejante sacrilegio. Son innumerables los testimonios de brutalidad y excesos de todo tipo protagonizados por este príncipe. De haber sobrevivido a su padre y haber reinado, don Carlos habría pasado a la historia como un nuevo Calígula, y habría dado más argumentos de peso y más carnaza a la leyenda negra.

Con la única persona con la que don Carlos se mostraba afectuoso era con la reina. A esta le hacía gracia, y compartían la misma afición por el juego y por el derroche de grandes fortunas. Pero este afecto no fue más allá de la mera amistad entre dos personajes reales de la misma edad que compartían juegos y confidencias de niños, y pensar que, como sugiere la obra literaria de Schiller, *Don Carlos*, hubiera surgido un romance incestuoso entre los dos por el que se explicaría toda la historia de odio entre padre e hijo es pura fantasía decimonónica. Lo que sí que no es fantasía es el odio que don Carlos profesaba a su progenitor, al que culpaba de todas sus frustraciones. El embajador francés reportaba en 1567 que «entre el rey católico y su hijo el príncipe existe notable enojo e insatisfacción: si el padre le odia, lo mismo puede decirse del hijo».

Retrato de Juan de Austria, *Geromín*. (1559) Alonso Sánchez Coello. Museo Soumaya. México D. F. En este retrato podemos ver cómo era don Juan de Austria recién reconocido por Felipe II como su hermano en una batida de caza a las afueras de Valladolid en 1559, cuando apenas había cambiado su estado y su nombre de *Geromín* por el de don Juan de Austria.

El otro joven del triunvirato al que aludíamos anteriormente era el sobrino del rey, Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma, la hija natural de Carlos V, quien había quedado al mando del Gobierno de los Países Bajos tras su partida, y de un príncipe italiano, Octavio Farnesio, duque de Parma. Alejandro Farnesio, quien posteriormente sería el mejor militar de su época tras la muerte del duque de Alba, capitán general de los ejércitos de Flandes en su mejor momento, había sido confiado por su madre a Felipe II para que lo llevara a la corte de España con el fin de completar su formación universitaria, militar y cortesana.

El último de los adolescentes que completaba el trío era el que sería el hombre más deseado y envidiado de su época, y quien crearía en torno a su figura un gran mito de caballero andante, apuesto, valeroso y galanteador de las damas más hermosas de la corte.

El emperador había guardado un secreto a su hijo, quien no lo conoció hasta después de la muerte de su padre. Antes de partir de los Países Bajos para irse a enterrar a España, Carlos V había entregado a Felipe II una cláusula especial a su

testamento sellada, con órdenes de que no fuera abierta hasta después de su muerte. Cuando llegó ese momento, Felipe la abrió y la leyó, enterándose así de que tenía un hermano bastardo, fruto de los amores seniles de su padre con Bárbara Blomberg, una joven alemana hija de un munícipe de la ciudad de Regensburg (Ratisbona). El niño había sido entregado a su amigo y compañero de armas don Luis de Quijada y a su esposa doña Magdalena de Ulloa para que se hicieran cargo de su educación y desarrollo, como si fueran sus verdaderos padres. Se crio y creció en Villagarcía de Campos, provincia de Valladolid, donde se encontraba el castillo de la noble pareja, y antes de que el emperador pasara a mejor vida pidió que le llevaran a su hijo a Yuste para conocerle.

Antes de abandonar Valladolid tras el auto de fe de octubre de 1559, Felipe quiso conocer a su hermano bastardo y darle la dignidad que se merecía. Para ello se organizó una batida de caza, cuyo fin no era otro que el que los dos hermanos se conocieran, de la forma más discreta, lejos de los chismorreos de la corte. Don Luis acudió por su parte al lugar indicado con el niño, de doce años, que aún no sabía quién era. Cuando los dos hermanos se encontraron frente a frente, se produjo un intenso momento de emoción.

—¿Cómo os llamáis? —interpeló tiernamente el rey al niño.

—Gerónimo, Señor —respondió atribulado.

—¿Sabéis quién es vuestro padre?

El niño entonces se puso rojo como la grana. No sabía qué contestar.

—Alégrate, pues vuestro padre es el emperador, mi Señor, que esté en Gloria, que también es el mío —le contestó Felipe II.

A partir de ese momento, Gerónimo trocó su nombre por el de Juan y se le concedió el título de Excelencia, que no de Alteza, como llevaban los hijos y hermanos legítimos del rey, y se le puso casa y criados nobles. Según un testigo ocular, en un gesto de inusitada afectividad por parte de Felipe II, lo comenzó a abrazar y a besar, y luego su hermana doña Juana y su hijo don Carlos. Así *Geromín* pasó a formar parte de la familia real y comenzó su leyenda como don Juan de Austria.

Cuando Felipe II enviudó por tercera vez, de Isabel de Valois, era tanta la pena que le embargaba que no quiso volver a oír hablar de matrimonio. «Quisiera yo mucho escusar el tratarse de mi casamiento, porque habiendo perdido la

compañía que perdí y teniendo desto el tierno y fresco dolor y sentimiento que tengo, me fuera parte de consuelo muy conforme a mi voluntad el poderme quedar así». Le comunicaba a su suegra la reina Catalina de Medici. Sin embargo, había una razón de peso para tener que pensar en volver a elegir una nueva esposa, como era el hecho insoslayable de que carecía de un heredero varón para sucederle. Don Carlos había muerto unos meses antes que Isabel y, a sus cuarenta y un años, Felipe tenía que pensar en asegurar la descendencia masculina. Como siempre en su vida, el rey antepuso su deber a sus apetencias.

En el otoño de 1569, transcurrido justo un año desde la muerte de su tercera esposa, Felipe hizo los arreglos necesarios para contraer un cuarto matrimonio, esta vez con su sobrina carnal, Ana de Austria, hija de su hermana María y del emperador del Sacro Imperio Maximiliano II, y nacida en Cigales, en la provincia de Valladolid, en 1549, cuando sus padres estaban ejerciendo la regencia en ausencia de Felipe.

Retrato de la reina Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II y madre del

futuro Felipe III. Bartolomé González (copia de Antonio Moro). Museo del Prado, Madrid.Junto a su cuarta mujer Felipe II disfrutó de los mejores momentos familiares de toda su vida. Tras su muerte, en 1580, el monarca quedó deshecho y ya no volverá a pensar en un nuevo matrimonio.

Ana era muy rubia, de piel muy blanca y con unos ojos azul celeste muy limpios y transparentes. El rey se quedó prendado de ella. En seguida se quedó embarazada, dando a luz un hijo varón, el príncipe Fernando, a finales de 1571. El niño no pudo elegir mejor momento para venir al mundo, pues coincidió con las noticias que llegaban de la gran victoria protagonizada por las galeras cristianas contra el turco frente al golfo de Lepanto. El anciano Tiziano supo hermanar estos dos felices acontecimientos para la monarquía española pintando un cuadro alegórico en el que se representa a un pletórico Felipe II, con su nuevo hijo en brazos, ofreciéndolo a Dios en agradecimiento por la victoria naval mientras se muestra a un turco maniatado a sus pies en señal de sumisión.

Durante unos meses Felipe II disfrutó de uno de los escasísimos momentos de plena felicidad que tuvo en su vida. La reina Ana le trajo a Felipe II mucha paz y amor. Junto a su esposa; los hermanos de esta, los archiduques de Austria Rodolfo —futuro emperador—, Alberto y Wenceslao, a los que Felipe trató como si fueran hijos suyos; sus dos hijas y su hermana la princesa doña Juana Felipe disfrutó, ya en plena madurez, de la felicidad de un entorno familiar. Fue la única de sus cuatro mujeres con la que podía conversar en su propia lengua, el castellano, pues esta princesa, como ya hemos apuntado, había nacido y se había criado en España. Los problemas políticos y su crónica mala salud no dejaron de acosar al rey, pero ahora, al menos, tenía con quien compartir también buenos momentos en los que refugiarse. Fue en esta década de los setenta cuando experimentó la mayor tranquilidad personal de toda su vida. Con Ana fue distinto que con las otras mujeres, incluyendo a Isabel, que era muy niña. A pesar de que con Ana le separaba más edad que con Isabel, debió encontrar Felipe en su cuarta esposa a una verdadera cómplice con la cual compartir su vida. «Visitaba a la reina tres veces al día. El rey manifiesta una gran ternura por la reina, y no deja de visitarla», nos cuenta un embajador veneciano.

Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando. Tiziano. Museo del Prado, Madrid. En este cuadro de Tiziano vemos a un pletórico Felipe II haciendo coincidir dos motivos de celebración: la victoria de Lepanto contra el turco el 7 de octubre de 1571, y el feliz nacimiento de su primogénito, el infante don Fernando, que moriría años después.

Ana, además, producía hijos varones, una ventaja nada desdeñable para la monarquía. Primero nació Fernando, que ya hemos visto cómo fue ensalzado por su padre en el cuadro de Tiziano. Pero murió en 1577. Carlos, nacido en 1573, falleció dos años después. Diego, nacido en 1575, fue el preferido de su padre. Llegó a vivir hasta los siete años, y se le llegó a jurar por las Cortes como el príncipe heredero. Tenía un gran parecido físico con Felipe II, como lo demuestra el retrato que está en el monasterio de las Descalzas Reales de Madrid. Pero murió también, en 1582. Finalmente, el último que llegó, Felipe, nacido el 14 de abril de 1578, fue el único que sobrevivió a su padre, y por tanto heredó el trono de la monarquía española como Felipe III.

Pero la felicidad no era algo que le durara mucho tiempo a este monarca tan poderoso. En el verano de 1580, el rey, con la reina, algunos de los infantes y los miembros más destacados de la corte, se encontraba en Badajoz, junto a la frontera portuguesa. Esperaban a que el duque de Alba, al frente de las tropas españolas que habían invadido el país vecino, los avisara de que todo estaba listo para que el rey hiciera su entrada y tomara su legítimo trono. Pero en la espera se desató una epidemia de gripe que asoló toda la Península. Muchos miembros de la corte, así como el príncipe Diego y la infanta Catalina, cayeron enfermos, aunque consiguieron recuperarse. La reina Ana no tuvo tanta suerte. En avanzado estado de gestación, no pudo remontar la enfermedad y dejó este mundo el 26 de octubre de ese mismo año, a la edad de treinta y un años. Había estado junto a su esposo nueve años y medio, fue la que más le duró a Felipe de sus cuatro mujeres.

El rey estaba destrozado ante este nuevo envite. A sus cincuenta y tres años era la cuarta vez que enviudaba. Ya no se casaría más. Es a partir de este momento cuando viste de negro ya de forma permanente. Demasiadas muertes ya a sus espaldas: padres, mujeres, hijos, hermana... Después de la muerte de su cuarta esposa, también se volvió más solitario y más apegado aún si cabe a la religión, pasando cada vez más largas estancias en el palacio monasterio de El Escorial, entre rezos, cánticos y sahumerios junto a sus monjes.

Isabel Clara Eugenia y su hermana Catalina Micaela, hijas de Felipe II e Isabel de Valois. Alonso Sánchez Coello. Museo del Prado Madrid. Las hijas de Felipe II supusieron el mayor apoyo afectivo que tuvo este monarca durante toda su vida, especialmente el que le dio su hija mayor, Isabel Clara Eugenia. Las cariñosas cartas que el rey escribía a sus hijas mientras este residía en Lisboa son las de un padre amantísimo hacia sus hijas, por lo que nos demuestra que, más allá de su dimensión política y monárquica, existió una dimensión también más humana de este monarca.

El rey se refugió en sus dos hijas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, que fueron, según sus palabras: «todo el consuelo que me ha quedado». Desde Portugal, donde Felipe II permaneció durante dos años tras su toma de posesión del trono, escribía periódicamente cartas a sus hijas que estaban en Madrid. Poca correspondencia privada e íntima se ha conservado de Felipe II donde se puedan traslucir sus sentimientos y su auténtica personalidad. En el siglo XVI, la correspondencia privada entre dos personas no tenía ningún valor sentimental, por lo que, una vez leído el mensaje, se solía destruir. Poco antes de regresar de Lisboa, el rey les dijo a sus hijas que había quemado sus cartas «por no cargar con más papeles», aconsejándoles que hicieran lo mismo. Solo los fríos documentos administrativos o gubernamentales se guardaban, pues se pensaba —y con razón— que estos sí podrían ser de alguna utilidad en el futuro, en caso de litigios, procesos, reivindicaciones, etc. Ya en el siglo XIX, en el archivo de Turín, se descubrieron unas cartas privadas del rey a sus hijas desde Portugal que, por su carácter tan cercano, íntimo, personal, y hasta tierno, de un padre amantísimo, rompieron el mito de Felipe II como un rey frío y sin sentimientos. Estas cartas eran las que recibió su hija Catalina Micaela, quien se convirtió en duquesa de Saboya por matrimonio con el duque Carlos Manuel. Se ve que la hija no hizo caso de la recomendación de su padre y sí guardó sus cartas, que fueron descubiertas tres siglos después.

«Solo Madrid es corte»

Con esta frase, que se hizo tan popular durante el Siglo de Oro, se quería dejar patente la peculiaridad y privilegio del que disfrutaba la villa de Madrid frente al resto de ciudades y poblaciones de toda la monarquía: solamente Madrid tenía el privilegio de ser la sede permanente donde residía el rey con su corte o, dicho de otra manera más moderna, de ser la capital de la monarquía. Hasta ese momento, no existió en España el concepto de capitalidad permanente; cada ciudad donde permaneciera el monarca con su corte durante una larga temporada se consideraba la capital solo durante el tiempo en el que permanecieran en ella. Pero las nuevas circunstancias derivadas de una administración y burocracia, cada vez más complejas y mastodónticas, obligaron sin duda a Felipe II —ya de por sí con tendencia al sedentarismo— a concebir un nuevo concepto de corte fija y permanente donde residir él, su familia, sus ministros, los consejos y todos los nobles adscritos al aparato burocrático cortesano.

Tras la mala experiencia sufrida en Toledo, a donde fue el rey a residir tras el enlace matrimonial con su nueva esposa Isabel de Valois —a quien no gustó nada la tan afamada ciudad—, en el año de 1560, Madrid se ofrecía como el lugar idóneo para fijar dicha capital. No era una ciudad ni muy pequeña ni muy grande, lo que ofrecía la oportunidad de moldearla y expandirla a discreción; estaba fuera del alcance de la jurisdicción de la poderosísima diócesis de Toledo; disfrutaba de un aire limpio y puro, agua en abundancia, cazaderos a las puertas, un buen alcázar; etcétera.

Del 8 de mayo de 1561 data la carta que el mismo rey dirigió a las autoridades del ayuntamiento de Madrid, por la cual se les comunicaba que, «habiendo determinado de ir con nuestra corte a esa villa», iba a mandar oficiales para «que vayan a hacer en ella el aposento de nuestra casa y corte». Para el mes siguiente, Felipe II se trasladó a Madrid, donde permanecería ya para el resto de su reinado, sin perjuicio de que pudiera residir también durante largas temporadas en otras residencias reales como El Escorial, El Pardo, Aranjuez y otros lugares de la Península, siempre que al rey le viniera en gana o sus obligaciones como monarca del resto de los reinos se lo demandaran. Madrid pasó de ser una población de nueve mil habitantes en 1561, a veintiséis mil tan solo una década más tarde, para multiplicarse por ocho al final del reinado.

Con esta frase: «Solo Madrid es corte», se pretendía hacer un juego de palabras por el cual se daba a entender que solo Madrid era la corte en dos sentidos: como

capital de la monarquía y como lugar de residencia de la corte del rey. ¿Y cómo era esa corte de Felipe II?

La corte de Felipe II fue, por su morfología y características, una corte modelo para estudiar estos espacios de poder en el renacimiento tardío europeo. La sociedad cortesana fue un fenómeno sociológico y político que se fue conformando a lo largo de los siglos, desde el XII hasta el XVIII, y en el que los antiguos señores feudales se fueron domesticando en torno a la figura del monarca, que, como fuente de patronazgo, fomentaba sus ambiciosas expectativas, que ya no eran guerreras sino de servicio a la Corona. Se trataba de un mundo aparte del resto del mundo, valga la redundancia, con sus propias reglas, con sus propios códigos de conducta y de relaciones, con su estricta jerarquía y protocolo, con sus tensiones también, y sus intrigas, cuyo único fin era el de servir al rey o, en su defecto, a la reina, al príncipe heredero, a las infantas, o a cualquier miembro de la familia real que tuviera lo que se denominaba «casa». Eran todos servidores, pero orgullosos servidores, por ser tan altas las personalidades a las que servían y por disfrutar de sus privilegios. Ellos, a su vez, sobre todo los Grandes, tenían también por debajo a otros que los servían a ellos, normalmente nobleza de menor rango, con lo que se reproducía el mismo esquema de jerarquía y patronazgo que en el caso del rey con ellos. El reconocimiento y el prestigio de cada uno dependían del monarca y, en una sociedad tan supeditada a la opinión ajena, todos rivalizaban entre sí por el reconocimiento regio, única finalidad y objetivo que tenían en esta vida. Por eso, las tensiones y ansiedades en las que se vivía eran permanentes, todo siempre bajo una aparente normalidad disfrazada de constante festividad, disimulo y buenas formas, que no se podían romper si no se quería caer en desgracia.

La corte de Felipe II, sin llegar a ser tan numerosa como la de Luis XIV, llegó a albergar a más de seis mil personas, «criados del rey», como se les denominaba en los registros de la casa real. Se puede decir que la mitad de las familias que vivían en Madrid servían en la corte.

La corte era como un gran teatro, cuyo actor principal era el rey, aunque Felipe II desautorizara que en el teatro de verdad, el de ficción, apareciera la figura de un monarca como personaje de una obra. El escenario de este gran teatro era el viejo Alcázar madrileño, ampliado y remodelado para la ocasión.

Los miembros de dicha corte se dividían en dos grupos claramente diferenciados y separados: por un lado estaban los cortesanos propiamente dichos, es decir, los que disfrutaban del privilegio de pertenecer a ese mundo solo por su linaje, sus títulos y su estamento nobiliario; el otro grupo era el de la *noblesse de robe*

—nobleza de toga—, es decir, todos aquellos que, aun pudiendo pertenecer también a ese mundo aristocrático, no estaban ahí por eso, sino por sus estudios, normalmente jurídicos, y ejercían los cargos de secretarios del rey, de los consejos, o de cualquier actividad administrativa al servicio de la ingente labor de gobierno de la monarquía. Los nobles de título también servían a su majestad, pero de otra forma: como gentilhombres de su cámara, sumilleres de corps, caballerizos mayores, etc., esto es, en toda actividad relacionada con la vida cotidiana del monarca, desde asistir a su despertar por las mañanas, vestirle, asearle, acompañarle durante todo el día para auxiliarle en cualquiera de las necesidades que se le pudieran presentar, acompañarle en sus cacerías, servirle a la mesa cuando comía, etc. Luego habría que añadir un tercer grupo formado por todas aquellas personas que trabajaban para que tanta gente viviera con todas las comodidades regias, camareros, cocineros, pasteleros, lavanderas, criadas...; así como una caterva de religiosos que pululaban constantemente por palacio, desde confesores reales hasta capellanes, limosneros, y también los músicos que amenizaban las veladas palaciegas, pintores, artistas, etcétera.

Cuando toda esta masa de gente se ponía en movimiento, porque el rey quisiera o tuviera que desplazarse, con toda su impedimenta, era como si toda una ciudad se movilizara. Cuando Felipe II decidió establecer su corte en Madrid, dado que por cada uno de los cortesanos habría que añadir a su familia, sirvientes, criados, etc., llegaron a unas veinte mil las personas que tuvieron que realojarse en la nueva ciudad. No todos los nobles vivían en palacio, muchos se tuvieron que construir sus propias viviendas para alojarse. Solían vivir en él solo los que tuvieran un contacto más estrecho y diario con el rey. Los cargos cambiaban de manos, no eran vitalicios, por eso, toda familia nobiliaria en España, aunque no residieran en Madrid, aspiraba a que al menos uno de sus miembros tuviera el privilegio de ostentar algún cargo cerca del rey.

Desde el inicio del reinado, dos nobles destacaban sobre el resto y competían entre sí por ejercer su influencia sobre el monarca y, por tanto, «reinar» en la corte: el duque de Alba y el príncipe de Éboli. Se ha discutido mucho si existieron o no dos facciones perfectamente definidas que polarizaran al resto de los cortesanos en torno a una de estas dos figuras principales, con idearios políticos y estrategias diferentes en cuanto a cómo solucionar los grandes problemas de la monarquía. Es verdad que Alba y Éboli se enfrentaron en numerosas ocasiones por diversas cuestiones, y que cada uno mantenía a un grupo de deudos en torno a sí por haber sido sus patrocinadores en la corte, pero también los vemos colaborando juntos

muchas otras veces, como si no se guardaran ningún rencor. ¿Acaso formaba parte del disimulo que se debía mantener en la corte?

Las mujeres, aunque relegadas en esta época, también fueron protagonistas en la corte del Rey Prudente. Entre todas ellas destaca por su capacidad para la intriga, pero también por su poder, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa consorte de Éboli. Esta gran dama de la corte de Felipe II, con su característico parche en un ojo (estaba tuerta desde su niñez debido a un accidente doméstico), haría correr más ríos de tinta que ninguno de los restantes miembros de la corte durante los siglos posteriores. Tendremos ocasión de volver a hablar de ella. También ejerció un gran influjo la princesa doña Juana, la hermana favorita de Felipe II. Después de su corto matrimonio portugués, dejó a su hijo recién nacido en Portugal y regresó a España, donde convivió mucho con su regio hermano y con sus dos últimas mujeres, así como con el príncipe don Carlos. Fundó el monasterio de las Descalzas Reales en Madrid, donde se recluyó. Tuvo mucha amistad con la orden recién creada de los jesuitas y con su general por aquel entonces, Francisco de Borja, quien influyó tanto en ella que se dice que fue incluso ordenada y admitida dentro de la orden, lo que, de ser cierto, la convertiría en la única mujer jesuita de toda su historia. La otra hermana de Felipe, María, quien fuera emperatriz del Sacro Imperio por su matrimonio con Maximiliano II, también volvió a Madrid desde Praga para establecerse en el monasterio de las Descalzas tras quedarse viuda, en donde formó una pequeña corte paralela a la del rey hasta su muerte, acaecida en 1612.

Al contrario que su descendiente, Luis XIV de Francia, Felipe II nunca tuvo sueños de grandeza. Huyó siempre de ser el centro de atención; aunque lógicamente eso no lo pudiera evitar, desde luego hizo todo lo posible para eludirlo. Odiaba la vanidad, y por esa misma razón nunca contrató a ningún cronista que relatara las glorias de su reinado, ni utilizó la contrapropaganda para contrarrestar las crecientes críticas de sus numerosos enemigos. Sus retratos son la personificación de la elegancia y la discreción, totalmente ausentes de todo aparato propagandístico. A él no le hacía falta. Desde que nació supo quién era, y todo el resto del mundo también lo sabía.

Se ha comparado a Felipe II con una araña en el centro de su tela, pretendiendo hacer un símil, como si él fuera la araña y la tela su imperio, afanándose en tejer sin desmayo allá donde la tela presentara algún desgarro. La verdad es que este rey ha sido de los más trabajadores, tenaces y responsables de toda la Edad Moderna. Ninguno como él se tomó tan en serio su oficio de reinar. Mientras muchos otros monarcas preferían dedicarse a otras actividades más lúdicas y menos rutinarias, o simplemente dejaban el tedioso trabajo en manos de ministros sin escrúpulos, Felipe II tomó desde el principio el timón de la monarquía y no lo soltó hasta su muerte. Su carácter desconfiado contribuyó no poco a esta faceta del rey: le obligaba a leer, supervisar y revisar todo el ingente volumen de papeles, documentos, memoriales, consultas, cartas y despachos que llegaban diariamente a su mesa de trabajo, desde donde gobernaba sus inmensas posesiones con la ayuda de sus secretarios. Se le ha llamado también el rey papelero, pues todas las órdenes las daba a través de la escritura, garabateando al margen de los documentos las directrices que quería que se siguieran y hasta los pensamientos que se le pasaban por la cabeza en ese momento, sin dejar al azar ni el más mínimo detalle. Un embajador veneciano nos ha dejado un detallado informe que no deja lugar a dudas de cuán exhaustiva y laboriosa era la labor diaria del rey:

> Nunca está desocupado, ya que, aparte de su deseo de leer él mismo todas las cartas que van y vienen de todas partes, de los embajadores y de todos los ministros de sus extensos dominios, escribe cada día de su propia mano más de un quinterno de papel entre billetes, consultas y decretos, que siempre son transmitidos a sus consejeros, jueces, secretarios y ministros por escrito, y tantos otros negocios secretos que trata mediante billetes con diversos otros particulares. Y es increíble el tiempo que dedica a firmar cartas, licencias, patentes y también asuntos de gracia y justicia, que algunos días llegan a sumar 2.000, siempre deseando saber de antemano, al menos en sustancia, las cosas que contienen.

Tanto trabajo le dejaba extenuado al final de cada jornada, y son numerosos los testimonios que nos han quedado de su puño y letra que demuestran lo mucho que trabajaba y a qué altas horas de la noche terminaba muchos días: «ando tan ocupado y tan alcanzado de sueño porque he menester lo más de las noches para ver papeles que otros negocios no me dexan de día y así comienço a ver estos

vuestros agora, que es pasada media noche». O: «si se me olvidare algo, tendrá la culpa el sueño que tengo que he dado en madrugar, y caerme dormido con el bocado en la boca». En otra ocasión se quejaba: «son dadas las 10 y no he cenado; y quédame la mesa llena de papeles para mañana pues ya no puedo más agora», «son ya las 10, y estoy hecho pedazos y muerto de hambre». Y así podríamos seguir mencionando frases como estas, sacadas de los archivos y transcritas por los historiadores. El mismo rey reconocía sus limitaciones en otra carta, al verse obligado al fin a rendirse ante tal cúmulo de trabajo, aceptando que él no era «de yerro o de piedra», sino «mortal como los demás».

Felipe II gobernaba con ayuda de los Consejos. Existían hasta catorce Consejos en tiempos de Felipe: el más importante de todos era el Consejo de Castilla, luego estaban el de Estado, Indias, Italia, Países Bajos, Inquisición, etc. Eran órganos consultivos en cada una de las materias en las que estaban especializados. El rey se comunicaba con ellos por escrito. Primero leía el documento que le llegaba de cualquier parte de sus dominios con algún tema que resolver, entonces remitía ese documento al Consejo pertinente por medio de su secretario; el Consejo reunido (se reunían todas las semanas y en el mismo Alcázar) estampaba su dictamen por escrito para que el rey diera su visto bueno y lo firmara. Podemos imaginar el número de veces que el rey tenía que firmar cada día.

Aunque Felipe II siguiera a rajatabla la máxima de su padre: «No os atéis ni obliguéis a uno solo, porque aunque es más descansado no conviene», al final no le quedó más remedio que tener que delegar su tarea de gobierno en alguna persona de confianza, que, en su caso, no se podría calificar estrictamente de «valido», sino de secretarios que le echaban una mano con la inconmensurable faena diaria. Sencillamente, él no podía con todo. A lo largo de su reinado tuvo varios de estos «hombres imprescindibles para todo», ninguno de ellos de alto rango nobiliario. A Felipe le daban más confianza los hombres de origen oscuro pero que habían estudiado en alguna de las universidades españolas y entendían de asuntos de gobierno. El primero de ellos fue Gonzalo Pérez, un clérigo de origen converso aragonés, que permaneció a su lado desde que Felipe era regente hasta su muerte, acaecida en 1566. Gonzalo Pérez era el padre de Antonio Pérez, a quien dejó allanado el terreno en la corte para que fuera su sucesor en el cargo. Nunca admitió en público que Antonio fuera hijo suyo, sino sobrino, por mucho que no engañara a nadie, ni siquiera al propio rey. A Gonzalo le sucedió, aún con más poder y competencias (este sería el único de todo el reinado que podría acercarse al rango de «valido»), otro hombre de origen aún más humilde: el cardenal Diego de Espinosa,

natural de Garcimuñoz de las Posadas, provincia de Segovia. Llegó a acumular los cargos de gran inquisidor general, presidente del Consejo de Castilla y hombre fuerte del reino, y Felipe no daba un paso sin consultarle. Ya tuvimos ocasión de hablar de él cuando abordamos el asunto de don Carlos. Tras su muerte, en 1572, dejó a un heredero: Mateo Vázquez de Leca, otro oscuro personaje de origen morisco de Córcega, muy trabajador y muy influyente. Era muy odiado por la alta nobleza, especialmente por la princesa de Éboli. Durante el «gobierno de Mateo Vázquez», las secretarías se desdoblaron en dos: una para los asuntos del norte de Europa, a cuyo cargo estuvo Gabriel de Zayas, y otra para los del sur, dirigida por Antonio Pérez, sobre el cual tendremos ocasión de profundizar más adelante. A la muerte de Mateo Vázquez en 1591, Felipe, ya muy mayor, tuvo como secretario principal a Juan de Idiáquez, el más destacado miembro de una dinastía de juristas de Álava que rindieron sus vidas al servicio de la Corona, quien formaba parte de una junta de expertos que aconsejaban al rey y que se había formado años atrás con el curioso nombre de Junta de Noche, llamada así por reunirse a altas horas.

En los pocos momentos en los que podía permitírselo, cuando se sentía agotado por el trabajo, el rey se abandonaba a sus momentos de placer. Tenía muchas aficiones, entre las que destacaban las bellas artes, sobre todo la arquitectura: la supervisión de las obras de los palacios que él mismo mandó construir o remodelar; la naturaleza: el campo, que gustaba disfrutar en soledad, bien cazando, pescando o recorriendo los jardines de sus palacios, cuyas trazas también fueron diseñadas y supervisadas personalmente, y en los cuales solía esparcirse y dar rienda suelta a su amor por la recreación del espíritu en el medio natural; y la práctica religiosa, que le reconfortaba el alma, ya fuera escuchando la música sacra de su maravillosa capilla real, ya rezando en profunda meditación.

EL REY ARQUITECTO

Cuando Felipe II volvió a España en 1559, empezó a tomar forma en su mente la creación de una obra imponente como tributo a su dios y a san Lorenzo, a quien había hecho la promesa de dedicarle algo grande por su «participación» en la victoria contra los franceses en San Quintín. Además, Felipe sentía que estaba en deuda con sus progenitores: quería erigir una sepultura digna para su padre el emperador y para toda su familia, incluyéndose a sí mismo. Así, poco a poco, se fue configurando la idea de un gran palacio, basílica, panteón real y monasterio, que acabó materializándose en la construcción de San Lorenzo el Real de El Escorial, la obra artística más representativa y monumental de todo su reinado y la plasmación en piedra de la verdadera personalidad de Felipe II: sobria, contundente, equilibrada y llena de simbología religiosa. Pocos complejos palaciegos como El Escorial están tan ligados a la vida e idiosincrasia de un monarca.

Cuando Felipe volvió de los Países Bajos, puso a buscar a los monjes jerónimos, su orden favorita, el lugar idóneo para su proyecto. La búsqueda fue exhaustiva pues hasta tres años después no dieron con el lugar ideal: la explanada que se tendía a los pies del monte Abantos en la sierra de Guadarrama, a cuarenta y cinco kilómetros de Madrid. Tanto la decisión de convertir a Madrid en la capital fija de la monarquía como la del emplazamiento de El Escorial se tomaron en el mismo año, por lo que hace pensar que una cosa llevó a la otra. Ese mismo año también se llamó al arquitecto Juan Bautista de Toledo, que había trabajado con Miguel Ángel, para que viniera desde Nápoles a diseñar el edificio y dirigir las obras. Felipe se involucró tanto en su proyecto que no dejó ningún detalle al azar.

Al igual que hacía con sus papeles de Estado, no dejaba que nadie, ni siquiera su arquitecto, tomara ninguna iniciativa sin su aprobación. Tanto que llegó a enfadar a Juan Bautista al cambiarle su proyecto inicial. La lectura de tratados de arquitectura como los de Serlio y Vitruvio le habían proporcionado al rey una sólida base de conocimientos arquitectónicos. Pasaba largas horas discutiendo los planos con sus arquitectos.

Los trabajos para acondicionar y allanar el suelo comenzaron a principios de 1562 y la primera piedra fundacional del monasterio se colocó el 20 de agosto de 1563. Juan Bautista murió en 1567, probablemente afectado por el agotador trabajo y la presión que el rey ejercía, por lo que la obra tuvo que ser continuada por su discípulo, Juan de Herrera, que, además de arquitecto, era un gran humanista, un hombre de ciencia y un iniciado en la tradición hermética, quien tuvo mucha más sintonía con el monarca. Podríamos asegurar que la construcción de El Escorial fue el proyecto que más entusiasmó al rey Felipe en toda su vida, y tanto interés puso en ver concluida su gran obra que, tan solo veintiún años después de su inicio, en 1584, pudo disfrutar del privilegio de verla acabada. Se cuenta que derramó lágrimas de emoción cuando vio su obra concluida. Hoy en día, cuatrocientos años después, podemos contemplar la mole de El Escorial tal y como la vieron los ojos del rey, pues su contundente solidez ha sido garantía de permanencia, y durante todo este tiempo apenas ha sufrido ninguna modificación ni deterioro por el paso del tiempo.

El Monasterio del Escorial en obras. Dibujo atribuido a Fabrizio Castello o

Rodrigo de Holanda. Colección del marqués de Salisbury. Hatfield House, Londres. Este dibujo nos muestra las obras del Escorial en 1576. Se puede ver perfectamente cómo eran las técnicas de construcción de la época, así como la intensa actividad que se desarrolló, consiguiendo su finalización en un tiempo récord para la época. El mismo monarca que lo proyectó tuvo el privilegio de verlo acabado tan solo veintiún años después.

Aunque El Escorial fuera el buque insignia de su mecenazgo artístico, el rey no se conformó solo con eso. Desde muy joven se interesó por los antiguos y viejos alcázares medievales y sus jardines, y puso todo su empeño en mejorarlos. Después de haber contemplado con sus propios ojos las colecciones artísticas y la arquitectura de las cortes del norte de Europa, en Inglaterra y los Países Bajos especialmente, pero también en Alemania y en el norte de Italia, el rey decidió que tenía que llevar a cabo un ambicioso programa de reformas y patronazgo artístico para que sus palacios españoles pudieran competir con los extranjeros y estuvieran a la altura de la dignidad real que él representaba. A pesar de sus enormes deudas, siempre apartó una cuantiosa cantidad para que no faltara a la hora de embellecer el entorno donde vivía. Era un auténtico diletante, y disfrutaba del arte y la naturaleza.

UN REY ECOLOGISTA

Además de El Escorial, Felipe estuvo al cargo de la remodelación de otros cuatro palacios —los alcázares de Madrid y Toledo y los palacios de Aranjuez y del Pardo, en los alrededores de Madrid— y también de la construcción de otros de nueva planta como el de Valsaín, llamado en su época «la casa del bosque de Segovia» por estar al lado de esta ciudad castellana. En los proyectos de mejora y construcción de todos estos palacios iba también implícito el diseño de jardines y la compra y encargo de obras de arte a los mejores artistas de su tiempo, por lo que al rey arquitecto podemos sumarle también el apelativo de rey jardinero y coleccionista de arte.

El rey quedó fascinado por el gusto flamenco, tanto en arquitectura como en pintura. De todas las culturas europeas, probablemente la que más llamó su atención y más encajaba con sus gustos personales fue la flamenca.

Después de su vuelta definitiva a España desde los Países Bajos, mandó llamar a un buen número de profesionales flamencos para que le hiciesen los jardines y construyeran diques, lagos artificiales, y todo aquello que en España se

desconocía. Cuando murió había 223.000 árboles plantados tan solo en sus jardines de Aranjuez. A veces comía allí en plenos jardines, con la reina y sus más allegados, y siempre hacía poner un macizo de flores olorosas debajo de la ventana donde se pasaba las horas del día trabajando, así le podía llegar su aroma en las tardes de verano o primavera.

Vista de la Casa de Campo. Félix Castello (1634). Museo de Historia de Madrid. Felipe II ha sido considerado «el primer rey ecologista» de la historia por su gran amor a la naturaleza. Puso todo su empeño en crear entornos naturales en donde recrear el espíritu. Su estilo preferido era el flamenco, el cual copió e implantó en su España natal, para lo que se trajo jardineros de esas tierras. En este cuadro del siglo XVII podemos ver cómo era la Casa de Campo que él mismo creó como lugar de recreo frente al Alcázar madrileño.

También tenía gusto por los animales exóticos, por lo que mandó instalar un pequeño zoo tanto en Aranjuez como en la Casa de Campo. En ellos se podían admirar dromedarios traídos de África, además de avestruces, elefantes, rinocerontes y leones. La poca práctica y el desconocimiento en Europa de estos animales salvajes hacía que a veces le dieran algún que otro disgusto, como cuando una vez se escapó de su jaula una leona y se comió a un cortesano, mientras el rey y su familia miraban impotentes desde la carroza. También se trajeron cisnes salvajes importados de los Países Bajos, que nadaban majestuosamente en los lagos artificiales que Felipe II mandó hacer también por expertos flamencos.

Lo que más anhelaba el rey era que le dejaran solo (uno de los pocos lujos que ninguna persona pública de la importancia de un rey se puede permitir) para poder esponjar su espíritu en plena naturaleza, ya fuera esta silvestre, como los bosques de Valsaín o la Casa de Campo, ya domesticada por el hombre, como los jardines de sus residencias reales. Suponemos que en estos escasísimos momentos de meditación en cuasisoledad (nunca estaba totalmente solo, ni siquiera en estos paseos) tendría ocasión de aclarar muchas ideas y adoptar decisiones trascendentales para el buen discurrir de su reinado. También aprovecharía para meditar cuando salía a cazar o pescar, sus dos deportes favoritos. Felipe cazó mucho desde joven, pero al mismo tiempo restringía la caza en los meses de veda para que la fauna se regenerara, e imponía unas medidas draconianas contra los cazadores furtivos, con quienes no tuvo piedad.

En palabras de Henry Kamen, uno de sus mejores biógrafos, «su amor por la naturaleza le convirtió [a Felipe II] en uno de los primeros gobernantes ecologistas de la historia europea».

EL REY COLECCIONISTA

Felipe II fue un coleccionista nato. Esta faceta encajaba muy bien con su personalidad meticulosa y metódica, así como con su obsesión por el detalle. No se contentó solo con construir y remodelar sus palacios para hacerlos más majestuosos; una vez construido el exterior, había que decorarlos, y a esa tarea también se dedicó con el mismo placer y exhaustividad. Encargó llamar a su corte a los pintores más importantes de su época: Antonio Moro, Sánchez Coello... Sin embargo, no hay noticia de que se le ocurriera llamar a Miguel Ángel, que vivió hasta 1564 y estuvo activo hasta esa fecha, pero a quien ni su salud ni su orgulloso carácter le hubieran permitido dejarse seducir por un rey como Felipe II, para hacer un viaje a un país extraño que, sin duda, hubiera sido el último de su vida. En cambio, sí que contó con otros pintores italianos para decorar El Escorial que, a pesar de gozar de gran fama en su momento, hoy nos parecen de segunda fila, como Luca Cambiaso o Pellegrino Tibaldi. El Greco se ofreció también a participar en el proyecto iconográfico de El Escorial, pero es de todos conocido que Felipe II le rechazó. No le gustó nada su manera de pintar tan particular. En cambio, mostró gran interés por la obra de El Bosco, pintor flamenco un poco anterior a su época, cuya pintura tampoco era muy convencional. Llegó a reunir hasta treinta y tres pinturas de este artista, y su famoso *Jardín de las Delicias* estaba colgado en su cuarto de dormir. La pintura veneciana de su época, especialmente Tiziano, fue su favorita de la italiana,

pero en general Felipe II apreciaba mucho más la pintura flamenca (Brueghel, Van der Weyden, Patimir...) que la italiana, especialmente la del *quattrocento*, de la que casi no tenía ningún cuadro.

La pintura religiosa era su tema favorito, como no podía ser de otra manera, especialmente la de vidas y martirios de santos, ajustándose a los nuevos gustos tridentinos. Su mecenazgo y gustos personales en el arte crearon escuela, pues durante los dos siglos posteriores los gustos artísticos de los patronos españoles no iban a variar mucho. También apreció la pintura mitológica, sobre todo siendo más joven.

Pero Felipe no se contentó solo con coleccionar pintura. Tenía una curiosidad inagotable. Como fiel monarca del Renacimiento que era, le gustaba coleccionar todo tipo de cosas, algunas de las más curiosas. Su avidez por el conocimiento le llevó a reunir la mayor biblioteca privada del mundo conocido de entonces, a cuyo cargo puso al más encumbrado humanista español de su época, Benito Arias Montano. Su biblioteca llegó a contener en el momento de su muerte más de catorce mil volúmenes, entre los que se encontraban libros prohibidos por la Inquisición, así como noventa y cuatro libros en hebreo y quinientos códices árabes. Además, puso sus libros al servicio de los eruditos, convirtiendo El Escorial en un centro de investigación.

El afán por el conocimiento llevó a los príncipes del Renacimiento como Felipe a coleccionar todo tipo de cosas que se almacenaban en unas especies de museos privados que recibían el nombre de Cámaras de maravillas, donde se exhibían desde piedras bezoar (que se suponía que tenían propiedades mágicas) hasta huevos de avestruz, penachos de coronas aztecas o incas, medallas, astrolabios, porcelana china (Felipe II atesoró la mayor colección de porcelana oriental de su época), cuernos de rinoceronte o de unicornios, que no eran otra cosa que huesos de narval, etc. Felipe II estaba en mejor disposición que nadie para almacenar todo tipo de objetos maravillosos nunca vistos antes en Europa, por sus posesiones en América y Asia.

Pero si había un tipo de coleccionismo excéntrico en el cual Felipe II destacó más que nadie, pues rayaba en obsesión, este fue el de las reliquias religiosas, esto es, los restos de los santos de la cristiandad. Felipe II sentía por las reliquias una verdadera avidez, que podríamos juzgar de macabra. Cuando consiguió traerse los restos de santa Leocadia desde los Países Bajos hasta la ciudad natal de la santa, después de portar el féretro él mismo por las calles de Toledo hasta la catedral, cuando vio cómo el arzobispo Quiroga sacaba los huesos uno a uno para

colocarlos sobre el altar, el rey, como si de un niño pequeño se tratara, le dijo: «Cardenal, yo querría una reliquia», a lo que el primado, absorto con la actitud pueril del monarca, le respondió en tono benevolente: «Todo es de Vuestra Magestad. Tome lo que fuera servido».

El Escorial mismo se concibió como un enorme relicario donde contener los restos de los santos; se intentaba imbuir así al edificio, que se había convertido en el centro de la monarquía y en guarida de su rey, de un carácter mágico, como de talismán. A lo largo de su vida, Felipe II llegó a reunir no menos de 7.422 reliquias: doce cuerpos enteros, 144 cabezas y 306 miembros completos de diversos santos. Según nos cuenta fray José de Sigüenza, el cronista de la obra de El Escorial, «no tenemos noticia de Santo ninguno de que no haya aquí reliquia, excepto tres». Normalmente las reliquias estaban recubiertas por un relicario muy lujoso de plata, oro y piedras preciosas, pero siempre con una ventanita por donde asomara la reliquia para su veneración. Las había por todas partes, no solo en la basílica, sino en el cuarto del rey y de la reina, pero incluso también dentro de la estructura arquitectónica del gran complejo que era El Escorial.

Cuando estuvo postrado en su lecho de muerte, una penosa agonía que duró tres meses, pidió que le trajeran algunas de sus reliquias favoritas, a las cuales besaba y pedía su intercesión divina. Cuando perdía el conocimiento, la única manera de despertarlo era gritando: «¡No toquéis en las reliquias!», y entonces el rey abría los ojos.

LA FE CIEGA DE UN MONARCA

Podríamos caer en el error de juzgar mal a Felipe II si solo nos quedamos con la anécdota de su manía obsesiva por coleccionar huesos de santos. Su profundo y sincero sentimiento religioso está fuera de toda duda. No se puede entender ni la personalidad de Felipe II ni su reinado sin tener en cuenta esta máxima, aunque también es verdad que él estaba absolutamente convencido de que Dios era católico, y por lo tanto su obra y sus objetivos tenían que coincidir plenamente con los del rey católico, que no era otro que él mismo.

Asistir a los oficios religiosos era para él un gran placer y consuelo. Todos los días reservaba una hora por lo menos para la misa; confesaba y recibía la comunión al menos cuatro veces al año. Normalmente se retiraba a algún convento en Semana Santa para convivir con los monjes, como uno más. Los monjes del Escorial veían como en ocasiones al rey le caían lágrimas por sus mejillas cuando estaba en plena oración o contemplación. Jean Lhermitte, un cortesano flamenco que

vivía en la corte de Felipe II en Madrid, también certifica esta misma leyenda de las lágrimas del rey, y nos refiere que en su dormitorio «no había rincón donde no se viera una imagen devota de algún santo o crucifijo, y siempre tenía [Felipe II] los ojos fijos y absortos en estas imágenes y el espíritu elevado hasta el cielo». La misma fuente afirma que «este príncipe debía pasar rezando verbalmente u orando con la mente más de cuatro horas en varios intervalos separados» al día. Se podría decir que Felipe II tenía alma de místico, en plena sintonía con el ambiente religioso de la España de su época, que produjo figuras de la talla de santa Teresa, san Juan de la Cruz o fray Luis de Granada. De hecho, grandes místicos de su época como santa Teresa reconocieron enseguida la espiritualidad del Rey Prudente cuando lo tuvieron enfrente.

FELIPE II Y LAS CIENCIAS OCULTAS

Se ha especulado mucho si a Felipe II le interesaban o no las ciencias ocultas, el esoterismo y la magia. La conclusión que se puede entresacar por los testimonios de sus principales biógrafos es que le interesaban menos de lo que se suele creer y, desde luego, mucho menos de lo que les interesaban a los otros monarcas contemporáneos, especialmente a Catalina de Medici, al emperador Rodolfo II de Austria o a la reina Isabel I de Inglaterra. No obstante, hay que decir que un poco sí le interesó, como le interesaba cualquier materia del saber y de las ciencias. Hay que tener en cuenta que, en esta época, no estaba bien definido lo que era ciencia empírica y lo que eran ciencias ocultas. Existía una vía del conocimiento que se derivaba de la tradición hermética que era tan válida para los científicos de entonces como cualquier otra, aunque hoy en día no se tenga en cuenta. Uno de estos iniciados en el hermetismo era sin duda ninguna su mayor arquitecto, Juan de Herrera, y es muy probable que este hubiera «iniciado» también al rey. Está fuera de toda duda que El Escorial está concebido como un templo mágico, lleno de simbología, no solo religiosa, sino también arcana.

El Escorial fue el buque insignia del proyecto de Felipe II de rodearse de palacios y lugares de recreo en los alrededores de Madrid. Fue mucho más que un lugar de recreo, fue palacio, basílica, panteón, biblioteca, centro de saber y monasterio al mismo tiempo. Fue uno de los mayores complejos arquitectónicos y artísticos de la época. Todo en él está pensado al milímetro, desde sus proporciones y equilibrio hasta su decoración interior, con un programa iconográfico religioso con todo su significado. También alterna una simbología arcana y hermética dentro de esta tradición tan de moda en su tiempo.

Entre sus numerosos volúmenes de la biblioteca de El Escorial había muchos libros de magia y ocultismo. Puso particular empeño en recolectar la obra del filósofo medieval mallorquín Raimundo Lulio. Le llamaba la atención cualquier fenómeno astrológico como los cometas o los eclipses, aunque no hacía mucho caso de los horóscopos a diferencia de la mayoría de los gobernantes de su época. Podemos afirmar que Felipe II fue más racional que supersticioso.

En cuanto a la alquimia, esto es, la ciencia experimental que aseguraba poder trasmutar los metales viles en oro, el rey mantuvo un cierto escepticismo, no exento de curiosidad, por si algo de verdad había en ello. El siglo XVI fue el siglo de los alquimistas, y ni siquiera el incrédulo Felipe II se pudo sustraer a sus encantos, puso a su disposición una zona del Escorial para que pudieran trabajar y realizar sus experimentos.

2 Aunque tanto Geoffrey Parker como Henry Kamen citan en sus biografías la

audiencia que Felipe II concedió a Teresa de Ávila, hay serias dudas de que esta se produjera en realidad, pues según varios especialistas en el tema es más que probable que sea una historia apócrifa.

Tiempo de revueltas

En la década de los sesenta del siglo XVI, cuando no se veía ningún enemigo en el horizonte más que el turco, se desataron varias rebeliones dentro de la monarquía contra el poder central que, sin bien no estaban previstas, formaban parte de esos «enemigos» potenciales a los que se pretendía neutralizar por medio de ese plan premeditado de uniformidad y dogmatismo religioso del que hablábamos en el capítulo 6. Las más importantes fueron la revuelta de los Países Bajos y la de los moriscos de Granada, pero hubo otras. La revuelta de los Países Bajos, que se inició en el reinado de Felipe II, se enquistaría de tal manera, pasando de mera revuelta a guerra abierta, que se convertiría en el mayor problema al que se tuvo que enfrentar la monarquía católica durante generaciones, ya que lo heredarían los descendientes de Felipe y duraría nada menos que ochenta años, hasta que se alcanzó la independencia de Holanda como Estado calvinista. Podríamos decir que las dos fueron, en buena parte, consecuencia de las medidas reformadoras de uniformidad y confesionalismo impuestas por el gobierno de Felipe II. Así, dichas medidas vinieron a multiplicar los problemas del rey y de todo su Gobierno, que se crearon más enemigos de los que ya tenían. Cuando Felipe II se dio cuenta de ello, ya era demasiado tarde, y no supo o no pudo rectificar. De todas maneras, y en honor a la verdad, hay que reconocer que la solución a los problemas que originaron dichas revueltas no era nada fácil.

Los Países Bajos, probablemente el territorio con más alto nivel de vida y cultura de toda la Europa del siglo XVI, tenían una larga tradición de autogobierno. Nominalmente había pertenecido al Sacro Imperio romano Germánico, aunque con una cierta autonomía, hasta que Carlos V lo desgajó de él con la clara intención de que pasara a formar parte de la herencia que dejaría a su hijo Felipe. Por lo tanto, su unión a la monarquía española fue algo que se les impuso y a lo que no estaban acostumbrados. Mientras reinó Carlos V, que era uno de los suyos por haber nacido en la ciudad flamenca de Gante, no pareció que hubiese mayor problema, pero cuando los nobles de estos territorios se vieron gobernados desde Madrid, empezaron los resquemores.

Cuando Felipe II partió para España en 1559, dejó al frente del Gobierno flamenco a su medio hermana, la princesa Margarita de Parma, una mujer a la que le venía grande el puesto y que estaba asesorada por el hombre de confianza de Felipe, el cardenal de Granvela. El omnímodo poder que Felipe II concedió a Granvela fue la primera causa de agravio entre los nobles, quienes obligaron a Felipe II a que lo destituyera en 1561. Entre estos nobles los había de diferentes posturas tanto religiosas como políticas, pero todos estaban de acuerdo en dos principios fundamentales: las provincias (eran diecisiete) deberían mantener el control de sus asuntos locales, y las cuestiones de importancia que afectaran a todos deberían ser decididas, o al menos discutidas, por la clase gobernante tradicional de los Países Bajos. Entre estos destacaban Guillermo de Nassau, príncipe de Orange; Lamoral de Egmont, conde de Egmont; Philippe de Montmorency, conde de Hornes; Floris de Montmorency, barón de Montigny; Jean de Glymes, marqués de Bergen; Henry de Bréderode; etc. Sin embargo, la política religiosa y uniformadora diseñada desde España no respetó ninguna de estas dos premisas. Desde Madrid se decidía en secreto la política, tanto religiosa como civil, que se iba a aplicar a estos territorios, con lo que los nobles flamencos comenzaron a ponerse nerviosos. Igual de nerviosos que los gobernantes españoles, con Felipe II a la cabeza, al comprobar que cada día las autoridades locales flamencas perseguían menos a los herejes.

Aunque se haya querido ver el problema flamenco como una lucha religiosa entre católicos y protestantes, en realidad no fue así, al menos no en estos primeros momentos en los que se estaba gestando. El problema era más bien político, no religioso. Los nobles demandaban más autogobierno en sus Estados y menos injerencia extranjera, y para conseguirlo utilizaron la cuestión religiosa

como ariete, porque sabían que era lo que más preocupaba a Felipe II, y por lo tanto creían que con ello podrían extorsionar al rey. En estos momentos, ninguno de los nobles flamencos había cambiado de bando religioso aún. Sin embargo, ni siquiera Felipe II lo vio así. Para él, que los nobles flamencos dejaran campar a sus anchas a los herejes por sus Estados era algo inconcebible, y en su mente se fue gestando el castigo que algún día les debía infligir. Desde sus inicios, el rey juzgó el conflicto como una conspiración contra la religión católica, que, en definitiva, era una rebelión contra él mismo.

En 1565, Lamoral de Egmont fue elegido para viajar hasta Madrid en representación de todos los nobles flamencos y exponer sus quejas ante Felipe II en persona. Se exigía básicamente que en los territorios flamencos se ejerciera una mayor tolerancia hacia los protestantes que en España; que se concediese más autoridad a los Estados Generales, que era el órgano de gobierno principal de todas las provincias de los Países Bajos; y que se incluyese en él a más nobles locales. En definitiva, más autogobierno y más tolerancia religiosa.

La llegada de Egmont a la corte española cayó como un pelo en la sopa para el rey y sus consejeros, pues ya no podían seguir dilatando el problema y, por otro lado, el asunto de la política religiosa en los Países Bajos era una cuestión innegociable para Felipe II. Sencillamente, y como él mismo declaró: «no pensaba ser señor de herejes».

Felipe II, quien detestaba que le presionaran, prefería dejar pasar el tiempo sin decidir nada cuando se enfrentaba a un problema difícil de resolver, como era este. Egmont fue muy bien recibido en la corte, todos los nobles más importantes del reino le agasajaron y le mimaron. Hubo fiestas, banquetes y bailes todos los días para que se sintiera mejor que en casa. Mientras, pasaba el tiempo y nada de lo que había venido a negociar se ponía sobre la mesa. El rey evadía entrevistarse con Egmont para una negociación. «Nunca acabaríamos con él», llegó a decir en una ocasión. Habían pasado ya seis semanas desde que llegó el conde y cada día se le hacía más difícil a Felipe II seguir escurriendo el bulto. No podía seguir fingiendo, había que deshacerse de él. Al final tomó una decisión muy típica de este monarca, pero que le costaría cara: optaría por el disimulo en lugar de enfrentarse directamente al problema, haciendo creer a Egmont que estaba de acuerdo en todo lo que le pedía, para luego actuar según sus principios.

Egmont volvió a Bruselas encantado por los logros conseguidos con su diplomacia. Hizo saber a los nobles flamencos que el rey le había prometido una relajación de las leyes contra los herejes, así como más poder para el Consejo de

Estado de los Países Bajos. Pero no traía nada escrito del puño y letra del monarca que lo avalara. Los historiadores siempre han considerado a Egmont como un hombre de muy buenas intenciones pero un poco naíf. Pronto quedaron desengañados. A mediados de junio de 1565 llegó a Bruselas un paquete de cartas del rey en las que se veía a las claras que Egmont había pecado de ingenuo y malinterpretado las verdaderas intenciones del rey, especialmente en cuanto a los herejes se refería. Una de las cartas desestimaba los recursos de seis anabaptistas arrepentidos: el rey no solo no los perdonaba, sino que los condenaba a morir en la hoguera, siguiendo los procedimientos habituales de la ley vigente.

Egmont quedó totalmente desacreditado entre los suyos. Algunos nobles empezaron a reunirse clandestinamente para ir preparando una hoja de ruta de cómo actuar en caso de que en España se siguieran ignorando sus peticiones. Mientras, la regente, Margarita de Parma, escribía al rey pidiéndole que aclarara su postura en cuanto a cómo tratar a los herejes. Esta vez, Felipe fue firme en su decisión: no iba a haber cambios en las leyes contra la herejía; se seguiría quemando a los herejes y la Inquisición debía continuar con su labor. Estas cartas en las cuales Felipe II mostraba su inmovilismo, llamadas «las cartas del Bosque de Segovia» por haber sido redactadas en este palacio, serían el detonante que inició la revuelta.

Conocida ya la postura intransigente del rey, un grupo de nobles se movilizó para exigir la abolición de la Inquisición y la moderación de las leyes contra la herejía, firmando un documento conocido como el «Compromise» que hicieron llegar a la gobernadora. El 5 de abril de 1566, trescientos confederados se presentaron en el palacio real de Bruselas para presionar a una ya asustada Margarita de Parma. Esta, sin apoyo de nadie, tuvo que ceder ante los peticionarios, que pasarían a llamarse a sí mismos los *gueux* o 'mendigos'. Los nobles más importantes como Lamoral de Egmont o Guillermo de Orange no se atrevieron a firmar el documento, pero tampoco hicieron nada para impedir que sus compañeros dieran la cara por ellos. Sin embargo, no sospechaban que en la mente de Felipe II estaban ya condenados de antemano por su falta de colaboración, y que se les consideraba tan responsables como los que habían firmado.

Ante el vacío de la autoridad real que se produjo, los agitadores calvinistas no perdieron el tiempo. En pocos días se pudo ver por todas partes predicadores de esta religión arengando a las masas libremente, ya que, al aceptar la gobernadora los postulados del Compromise, se dejó de perseguir a los protestantes. Entonces, en el verano de 1566, se produjo la hecatombe: varios grupos de incontrolados pasaron de los sermones a la violencia. Durante el mes de agosto de 1566, una

horda de fanáticos calvinistas recorrió la mayor parte del sur de los Países Bajos cometiendo todo tipo de atropellos, profanaciones, entrando en las iglesias para destruir las imágenes religiosas, saqueando los sagrarios, esparciendo y pisoteando las sagradas formas en un acto vandálico y provocador que es conocido como la «furia iconoclasta». Ante semejante provocación de herejía y sacrilegio, un rey como Felipe II no podía quedar impasible. Cuando las noticias fueron llegando a la corte de Madrid por medio de unas desesperadas cartas de Margarita de Parma, el impacto fue brutal: la mitad de los cortesanos, empezando por el rey, enfermó de la impresión que les produjo tamaña afrenta. A partir de este momento, los Países Bajos estaban ya sentenciados.

Felipe II llamó al duque de Alba, el que más había insistido en la corte en el uso de la fuerza para someter a sus súbditos rebeldes, y le ofreció el comprometido cargo para que fuera él en persona allí para «solucionar» el problema. Le otorgó plenos poderes para que actuara según su criterio y le dio una fuerza militar de diez mil soldados bajo su mando. Ningún monarca del siglo xvi podía tolerar un desafío a su autoridad de estas características. El rey, confiando en que la fuerza militar restauraría el orden en sus Estados del norte, prometió que, una vez pacificados, iría personalmente a imponer la clemencia, después de que se hubiera hecho justicia. Pero este viaje nunca llegó a realizarse, pues nunca más se consiguió restaurar la paz de forma definitiva, requisito previo para que el rey se expusiera a hacer el viaje. Tampoco se lo permitieron sus dramas familiares.

En la noche del 18 de enero de 1568, Felipe II se disponía a enfrentarse a la más dura y difícil decisión de toda su vida: arrestar a su hijo y heredero, el príncipe don Carlos.

La locura de don Carlos había ido a más desde que sufrió un accidente que casi le costó la vida. En 1562, don Carlos residía en Alcalá de Henares junto a sus inseparables parientes, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio, completando su formación académica. Un buen día, a don Carlos le dio por hacer de donjuán, yendo a rondar a una chica. Con su habitual torpeza por ser patizambo, resbaló y cayó por unas escaleras de su colegio, frenando la caída con su cabeza. Tuvo conmoción cerebral y estuvo medio en coma durante más de un mes. Su padre no se separó de su lecho mientras le daban por muerto. De repente, a alguien se le ocurrió una última solución, muy típica de esta época: recurrir a la intercesión de fray Diego de Alcalá, un fraile local que había muerto hacía años y que tenía fama de milagroso. Cuando la medicina estaba en pañales, ¿por qué no recurrir a la magia, superstición o fe? Como se le quiera llamar. El caso es que le metieron la momia del fraile en la cama y al día siguiente don Carlos abrió los ojos y se curó. Felipe II se pasó el resto de su vida agradeciendo a fray Diego de Alcalá su intercesión, tanto, que no paró hasta conseguir que Roma lo canonizara.

Pero la gota que colmó el vaso ocurrió en el transcurso de 1567, coincidiendo con la crisis flamenca. Don Carlos tenía ya por estas fechas veintidós años. Se supo que el príncipe estaba ahorrando una cantidad importante de dinero, pidiendo prestado por aquí y por allá, y tenía planes de abandonar la corte. El rey, aunque estaba muy ocupado, no le perdía de vista. Estaba con la mosca detrás de la oreja; sencillamente no se fiaba de su hijo. Un día, don Carlos le expuso solemnemente a su confesor que tenía intención de matar a un hombre muy importante; todo apuntaba a que ese hombre no era otro que su propio padre. Finalmente, en las navidades de 1567, don Carlos confió sus planes a don Juan de Austria, único en la corte que creía su amigo: tenía la intención de huir a los Países Bajos, en estos momentos en los que la tensión estaba en su punto máximo. Ante la gravedad del asunto, don Juan fue corriendo a comunicárselo al rey. Don Carlos, sospechando que su amigo le había traicionado, le quiso matar con sus propias manos, pero este, que a pesar de ser menor era más fuerte, consiguió reducirle.

Don Carlos, por Cristóbal de Morales. Monasterio de las Descalzas Reales, Madrid. En este retrato vemos al príncipe don Carlos a los diecisiete años, pintado en 1562, el mismo año en que sufrió su accidente en Alcalá de Henares. La triste historia de su reclusión y muerte conmueve a cualquiera y hace recaer inevitablemente una sombra de presunta crueldad hacia su padre, a falta de pruebas concluyentes que nos permitan juzgar con imparcialidad cuáles fueron los verdaderos motivos que empujaron a Felipe II a la reclusión perpetua de su único hijo y heredero.

El 17 de enero el rey llegó a Madrid desde El Escorial, donde había pasado las Navidades. Esa misma noche, convocó a cuatro de sus principales consejeros. Estos acudieron a la convocatoria sabiendo que algo grave se iba a tratar, dada la hora intempestiva. Entonces el rey les comunicó su plan de encerrar a don Carlos de por vida. La decisión estaba ya tomada, solo les pedía su colaboración. Había ya dado instrucciones a los dos gentilhombres de la cámara del príncipe para que dejaran la puerta de sus aposentos semiabierta, apagaran todas las luces y sacaran de allí todas las armas y guardias que el príncipe solía tener consigo. Entonces, a

las once de la noche, el rey, quien se había prevenido colocándose una media armadura por lo que pudiera pasar, encabezó un pequeño séquito «sin antorcha ni vela» por los corredores del Alcázar hacia el aposento del príncipe, que estaba en la cama. El lúgubre séquito estaba formado por los cuatro consejeros, más otros dos ayudas de cámara provistos de clavos y tablones para tapiar las ventanas del aposento del príncipe. Entonces sucedió, según un cronista, una escena digna del mejor drama shakespeariano que se pueda uno imaginar.

Al entrar en el aposento de don Carlos, el rey lo primero que hizo fue retirarle una espada y arcabuz cargado que este siempre tenía en la cabecera de su cama. El pobre príncipe, al despertarse y verse rodeado de personas con el semblante tan grave, y a su padre con su media armadura, supo de inmediato que algo grave estaba sucediendo. Entonces —según el cronista de la época—, don Carlos dijo: «¿Qué quiere Vuestra Magestad? ¿Qué hora es esta? ¿Quiéreme Vuestra Magestad matar o prender?», a lo que el rey respondió: «Ni lo uno ni lo otro, príncipe». Al ver don Carlos que los ayudas de cámara comenzaban a clavar los tablones en las ventanas de su aposento, comprendió al instante cuál era el motivo de tan inesperada visita. Entonces, enajenado, intentó lanzarse de cabeza a las llamas de la chimenea gritando: «¿Vuestra Magestad me quiere atar como loco? Yo no estoy loco, ¡mas sí desesperado!» Entonces Felipe, con su flema habitual, le respondió: «sosegaos príncipe: entrad en la cama porque lo que se hace es por vuestro bien y remedio», añadiendo que, desde ese momento, ya no le iba a tratar como padre sino como rey.

Al día siguiente la corte estaba consternada. La reina Isabel de Valois, quien había estado jugando una partida de cartas la misma noche en la que el príncipe fue arrestado, estalló en lágrimas. Se pasó dos días enteros llorando, hasta que el rey se lo prohibió. Fuera del pequeño círculo del monarca, pocos entendían cuáles habían sido las verdaderas motivaciones de Felipe II para llevar a cabo una acción tan drástica, que le hacía privarse de su único heredero. Y aún a día de hoy, dichas causas siguen siendo oscuras. Cuando la noticia fue llegando poco a poco a las distintas cortes europeas, los reyes de toda Europa, y hasta el papa, quedaron perplejos. Incluso para los parámetros del siglo XVI, la medida les pareció excesiva. Felipe II tuvo que escribir cartas al emperador, al rey de Francia, al papa, y a todo monarca del mundo conocido dando explicaciones, pero incluso estas no eran muy convincentes. En todas ellas, el rey hacía hincapié en que había arrestado al príncipe solo por causa de su «natural y particular condición», sin especificar cuál era esta «condición», aunque podemos elucubrar que era la de la locura de don

Carlos. Como siempre que el rey tenía que manejar un asunto espinoso, sus razones eran opacas. La carta que manda a su tía, la reina Catalina de Portugal, donde el rey intenta justificarse, nos sigue pareciendo poco clarificadora, aunque Parker diga que es la más esclarecedora:

> Las causas, así antiguas como las que de nuevo han sobrevenido, que me han constreñido a tomar esta resolución, son tales y de tal calidad, que ni yo las podría referir, ni Vuestra Alteza oír, sin renovar el dolor y lástima.

En estas palabras no hallamos una justificación para encerrar al príncipe, su único hijo y heredero, de por vida. Podríamos preguntarnos si Felipe, después de las últimas actuaciones de don Carlos, justo antes de que fuera arrestado, ¿llegaría a ver a su propio hijo como una amenaza tanto para sí mismo como para la paz en sus Estados? ¿Un hijo que conspirara contra su propio padre? Es muy posible, y si así fuera tendría sentido que se avergonzara de reconocerlo ante el mundo y que por ello no quisiera dar más explicaciones. A todos los que intervinieron en el arresto de su hijo, por ejemplo, les prohibió «expresamente que dijeran a nadie lo que habían visto u oído». En su carta al papa, le afirmaba que sería muy doloroso para él hacer públicos los defectos de su hijo a otros.

Sea como fuere, Felipe II intentó ocultar ante el mundo a su hijo preso. Prohibió expresamente que en la corte se le mencionara e incluso que se orase por él. Es notorio que lo que se pretendía era correr un tupido velo de olvido sobre su persona.

El encarcelamiento solo empeoró la condición del príncipe, como es lógico. Este, sin esperanza ninguna, hizo todo tipo de excentricidades posibles para terminar con su triste vida: huelgas de hambre; se tragaba cosas como un anillo de diamantes, que se creía que eran venenosos; se hacía llenar su cama con nieve para coger una pulmonía; etc. Finalmente lo consiguió. A los seis meses de su arresto, el 24 de julio de 1568, don Carlos moría en el mismo aposento de la torre del Alcázar de Madrid, donde había sido brutalmente encarcelado aquella noche del 18 de enero.

Aquel *annus horribilis* del rey, que había comenzado con el arresto de don Carlos y continuado con su muerte primero, y con la de la reina Isabel de Valois después, aún no había terminado cuando estalló una nueva insurrección, esta vez en suelo español.

Tras la caída del último bastión de poder islámico en la Península tras casi ocho siglos de dominación, esto es, la capitulación del reino nazarí de Granada ante los Reyes Católicos en 1492, quedó una población musulmana de difícil asimilación. Desde un principio, tras la conquista, se intentó por todos los medios por parte de las autoridades que estas minorías, las cuales recibieron el nombre de moriscos, se cristianizaran, pero con escasos resultados. Simplemente eran impermeables a la asimilación cultural y religiosa del resto de sus compatriotas, formaban guetos que trabajaban fundamentalmente en el campo pero que mantenían sus costumbres, su lengua, su manera de vestir, y, sobre todo —y esto era lo más grave para la mentalidad de la época—, su religión. En el marco del programa de reformas impuestas bajo el reinado de Felipe II de uniformidad cultural y religiosa, «una ley, un rey y un solo Dios», esta situación no se podía seguir tolerando por más tiempo. Al igual que la Inquisición perseguía la disidencia religiosa de los cristianos, obligando a que todos fueran católicos romanos, debía perseguir también a los españoles que seguían adorando a Alá. Si Felipe II no iba a tolerar que en sus Estados flamencos hubiera súbditos que se convirtieran al protestantismo, ¿por qué habría de tolerar que dentro de la propia España unos súbditos de origen árabe infringieran la ley suprema?

En los años sesenta del siglo XVI la población morisca en la Península estaría estimada en torno a unos cuatrocientos mil (un 6 % de la población total de España), de los cuales unos ciento cincuenta mil se concentraban en el reino de Granada, lo que equivalía a más de la mitad de sus habitantes. Su tasa de fertilidad era mucho más alta que la de los cristianos, por lo que ya en su época este dato, que no pasó desapercibido, preocupaba mucho a las autoridades. La mayoría vivía en la mitad oriental de la Península, especialmente en las regiones de Aragón, Valencia, Murcia y el reino de Granada. Tenían a España como su patria, por haber nacido en ella, pero se sentían diferentes, por su religión y costumbres, y, lo que era peor, se resentían por su condición de inferioridad —eran por lo general mucho más pobres y vivían en el medio rural, donde trabajaban las tierras de los nobles locales—, y en su mayoría seguían practicando la religión de sus antepasados. Lo

que más preocupaba a cualquier cristiano era que representaban una «quinta columna» del mayor y más peligroso enemigo de la monarquía y de España entera: sus correligionarios del Imperio otomano y los berberiscos del norte de África, con quienes está probado que mantenían una estrecha comunicación y a los que pedían ayuda en cuanto surgía cualquier problema con el Gobierno. Muchos, incluso, viajaban hasta aquellas tierras, donde se radicalizaban, y volvían a sus lugares de origen con refuerzos para realizar saqueos y toma de rehenes, que luego eran vendidos en los mercados de esclavos de Argel o Constantinopla. De hecho, muchos de los moriscos mantenían vivo el mito de la reconquista de al-Ándalus.

La Inquisición, que había nacido para ir contra los falsos conversos hasta prácticamente acabar con ellos, y que posteriormente se obsesionó de tal manera con los sospechosos de cualquier desviación religiosa dentro del cristianismo, sin embargo, había dejado un poco de lado a los moriscos, por ser un grupo tan marginal y pobre, que vivía en las zonas más inaccesibles del sistema Bético o en los confines del bajo Aragón. De ahí que, casi un siglo después de la conquista de Granada, el fenómeno morisco siguiera siendo un problema irresoluble. Durante todo este tiempo, no todo fue represión, también se había intentado una política de integración positiva por medio de la persuasión y la predicación, pero sin grandes resultados. Todos estos intentos vanos de asimilación se terminaron cuando llegó al poder el cardenal Espinosa. Este consejero de Felipe II, del que ya hemos hecho mención, fue durante su época de «privanza» (1565-1572) el verdadero espíritu que dio forma a esa España intransigente y reaccionaria, en la que la obsesión por la unidad de la fe impidió cualquier tipo de debate interno. El cardenal Espinosa, al que durante un tiempo Felipe II dio carta blanca para rediseñar España y la línea dura que debería seguir la monarquía contra cualquier elemento disidente, y que llegó a ser considerado por algunos como «el otro rey de esta Corte», fue el que dio el pistoletazo de salida para la rebelión de los moriscos.

El primero de enero del año 1567, una proclama real redactada por mandato de Espinosa prohibía a todos los moriscos mantener su forma de vestir, su lengua, sus costumbres y prácticas religiosas en el plazo de un año si no querían verse en las cárceles de la Inquisición. Es decir, a partir de esta fecha, uno podía llegar a ser acusado por comerse un cuscús. La medida pareció excesiva incluso a una parte de la nobleza, encabezada por el marqués de Mondéjar, alcaide de Granada, cuya familia —Mendoza y Tendilla— había seguido una larga tradición de tolerancia hacia los moriscos. Este marqués apeló al mismo rey para que quitara la ley, pero Felipe II le desautorizó; en estos momentos estaba inmerso en plena influencia

extremista de su todopoderoso cardenal y consejero, quien también diseñó la manera de tratar a los disidentes flamencos.

El 24 de diciembre (parece como si la fecha hubiera sido expresamente elegida para mayor provocación) de 1568 estallaba la revuelta de los moriscos de Granada. Un grupo de moriscos de las Alpujarras granadinas iniciaron el levantamiento, proclamando como su rey a Abén Humeya, un descendiente de la familia real de la dinastía nazarí. La revuelta se propagó a la ciudad misma de Granada, donde el barrio del Albaicín se levantó en armas. Las fuertes discrepancias que surgieron entre los políticos sobre cómo abordar la crisis hicieron que se retrasaran las medidas a tomar. Para colmo, la élite de los tercios se encontraba en estos momentos en los Países Bajos. Felipe II decidió finalmente enviar a su hermano ilegítimo, don Juan de Austria, al frente de un ejército para sofocar la revuelta. Para entonces, prácticamente toda la población de Granada estaba en armas. Hubo masacres por ambos lados. Pero la represión comandada por don Juan fue terrible, especialmente la que se impuso a los moriscos que heroicamente resistieron en el pueblo de Galera. Cuando después de mucho esfuerzo y pérdida de vidas se logró la conquista, sus dos mil quinientos habitantes, incluidos mujeres y niños, fueron degollados, el pueblo entero arrasado, y se esparció sal sobre sus restos.

Don Juan consiguió la victoria final, pero fue una victoria pírrica, en la que un puñado de moriscos, los últimos desheredados de la tierra, había puesto en jaque a toda la «sólida» estructura de una monarquía como la de Felipe II. Fue un golpe a la reputación de este monarca en el mundo, que al mismo Guillermo de Orange, su mayor enemigo en esos momentos, no le pasó desapercibido. Dijo: «Es un ejemplo para nosotros que los moros puedan resistir tanto tiempo aunque son gente sin más sustancia que un rebaño de ovejas».

Es de suponer que el rey pensaría que Dios le estaba poniendo a prueba, como si de un santo Job se tratara. A las revueltas de los Países Bajos, de los moriscos y la de su propio hijo se sumaban las que se gestaban en América. La que vamos a destacar aquí, la de Lope de Aguirre, no se produjo en estas fechas finales de la década de los sesenta, sino al comienzo, en 1561, pero la traemos a colación como un ejemplo de insumisión protagonizada por aquellos hombres que, una vez desgajados de su realidad opresiva en España, y desde tan lejos, viendo el mundo desde otro prisma, llegaban a adquirir tal audacia y a desmitificar de tal modo las verdades universales que reinaban en Europa que llegaron a desafiar incluso a un rey tan poderoso como Felipe II.

Cuando subió al trono aún quedaban inmensos territorios del continente americano por explorar, especialmente las impenetrables selvas amazónicas, donde casi ningún hombre blanco se había aventurado nunca a adentrarse, más allá incluso de los dominios del antiguo Imperio inca. En 1560, el virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, organizó una expedición para buscar la mítica región de El Dorado. Todo el mundo en el Perú conocía la leyenda «del hombre dorado», un indígena cuyo cuerpo, totalmente recubierto de oro, había sido visto por algún conquistador en algún punto remoto de la interminable e impenetrable selva amazónica que comprendía un área geográfica indefinida entre lo que hoy día son los países de Colombia y Venezuela. Esta leyenda había excitado la imaginación de muchos hombres, así como su codicia, por lo que estaban dispuestos a arriesgar incluso sus vidas en pos de ese sueño de riquezas y poder.

La expedición fue confiada a Pedro de Ursúa, un navarro que había cosechado una buena fama tanto como militar como de persona afable y fácil de trato. En palabras de uno de sus soldados subalternos, era «gentilhombre, de buena práctica y conversación; mostrábase muy afable y compañero de sus soldados. A todos los que comunicaba los atraía a su querer y voluntad. Fue más misericordioso que riguroso en castigar sus excesos [los de los soldados]». El virrey concedió a Ursúa el título de gobernador de los territorios que descubriera y conquistara. Se alistaron trescientos setenta españoles para acompañar a Ursúa en su aventura de buscar El Dorado, junto con la esposa de este, Inés de Atienza, reconocida como la mujer más hermosa de todo el Perú, hija de un español, Blas de Atienza, y de una india.

La expedición se puso en marcha el 26 de septiembre de 1560 desde Lima.

Marcharon por el río Huallaga, afluente del Marañón, el gran río que desembocaba en el Amazonas, por lo que desde entonces a esos expedicionarios se los conoció con el nombre de los «marañones».

Después de muchos días de luchar contra la espesa y salvaje naturaleza de la selva amazónica para abrirse camino, con una lluvia constante, mosquitos, enfermedades y todo tipo de adversidades, la moral de los soldados empezó a decaer. La cabezonería de Ursúa, quien no se podía separar de su hermosa y joven esposa, de llevarse consigo a otras doce damas de honor con ella, en lo que parecía más un cortejo real que una arriesgada expedición de hombres aguerridos, provocó el resentimiento de algunos hacia él. Ursúa supo mantener la calma hasta que apareció en escena uno de sus hombres más brutales: Lope de Aguirre.

Lope de Aguirre era vasco, natural de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa. Parece que se embarcó para las Indias en 1539 y participó en todos los alzamientos ocurridos en Perú en la década de los cuarenta. Era el típico conquistador bravucón, mal encarado y pendenciero. Según descripción de uno de sus compañeros era: «muy pequeño; mal agestado, la cara pequeña y chupada, con la barba cerrada: y tenía unos ojos que si miraban de hito le estaban bullendo en el casco, en especial cuando estaba enojado». Según este mismo testimonio, Aguirre era «enemigo de los hombres buenos y de las buenas obras, en especial de la oración, y no permitía que nadie rezara en su presencia. Cuando veía a alguno de sus soldados con rosarios en las manos, se los arrebataba, los rompía y decía que no quería soldados cristianos ni rezadores, y que si era necesario, sus hombres debían jugarse a los dados el alma con el demonio». Era un verdadero antisistema de su época, un hombre totalmente fuera de su medio cultural y espiritual, al que ya nada le importaba y no tenía nada que perder, pues estaba convencido de que ya había perdido su alma. Le decía a su gente que «él tenía por cierto que su ánima no se podía salvar, que había de hacer crueldades y maldades por donde su nombre sonase y fuese nombrado por toda la tierra, y que no dejasen los hombres por miedo del infierno de hacer aquello que su apetito les pidiese». Era por tanto un hombre muy peligroso para cualquiera que lo tuviese bajo su mando. Antes de que la expedición se pusiese en marcha, Ursúa ya había sido prevenido contra Lope de Aguirre, pero este no quiso escuchar el consejo, seguro como estaba de su gran nombre y leyenda. Sin embargo, no conocía hasta qué límites era capaz de llegar Lope de Aguirre.

La noche del primero de enero de 1561 se encontraba Ursúa en su tienda de campaña cuando Aguirre se presentó en mitad de la noche con un grupo de

hombres armados. «¿Qué es esto, caballeros, a tal hora por acá?» preguntó don Pedro, seguramente ya algo amoscado. Sin dar más explicaciones, Aguirre lo atravesó con su espada, así como a todos los de su guardia personal. Doña Inés de Atienza fue respetada, de momento.

Aguirre logró convencer al resto de los hombres de que nombraran no a él sino a Fernando de Guzmán como nuevo dirigente. El astuto pretendía valerse de este hombre petulante y fatuo, al que ya tenía totalmente dominado, para mandar él en la sombra. No solo quedó ahí la cosa, sino que les hizo firmar un documento por el que renegaban de su condición de súbditos de su majestad el rey Felipe II, para hacer a don Fernando su nuevo príncipe y señor. Mientras tanto, la expedición cambió de rumbo; por inspiración de Aguirre, se convenció a los hombres que quedaban vivos de cambiar la búsqueda de El Dorado por volverse al Perú para derrocar y asesinar al virrey y hacerse ellos con el Gobierno. En medio de esta loca carrera hacia la autodestrucción, comandados por un Aguirre con las facultades mentales seguramente muy tocadas tanto por la malaria como por la pérdida de realidad que produce el laberinto de una selva virgen como era aquella, toda la expedición empezó a descomponerse. Los recelos mutuos, el odio y la inseguridad se apoderaron de toda la tropa. Un buen día, Aguirre, cansado de ejercer su papel en la sombra, decidió acabar también con la vida de su títere. Fernando de Guzmán fue salvajemente asesinado a estocadas y arcabuzazos, y doña Inés con una pica.

Los que quedaban, con Aguirre a la cabeza, lograron alcanzar el océano Atlántico en julio de 1561, llegando a la isla Margarita, donde nada más poner un pie asesinaron a su gobernador. De ahí pasaron a la costa venezolana; en su camino, Aguirre, cada día más loco, iba asesinando a todo aquel que creía traidor. El catálogo de atrocidades que cometió es indescriptible. Se cuenta que, al pasar frente a la cabeza cortada de uno de sus hombres, que había asesinado, le espetó: «Ah, todavía estáis aquí, amigo Alarcón. ¿Cómo es que el rey de Castilla no ha venido a devolveros a la vida?». La expedición, cada día más reducida por la vena asesina desatada de Aguirre, llegó a la ciudad española de Barquisimeto, a orillas del lago Maracaibo. Para entonces ya se había dado la voz de alarma, y un pequeño ejército de las fuerzas reales encabezado por el gobernador de la zona, Pedro Bravo, y por Diego García de Paredes se dirigía al encuentro de Aguirre y sus hombres para darles caza. Aguirre se fue quedando prácticamente solo. Al verse acorralado, mató a su propia hija mestiza con su puñal, esta vez más para evitar que fuera violada por la tropa de los soldados reales tras su captura que por su crueldad. Al final, fueron

sus propios hombres quienes le mataron con sus arcabuces el 27 de octubre de 1561. Su cadáver fue descuartizado en cuatro partes, cada una de las cuales fue colgada en una ciudad diferente para enseñar, a quien quisiera verlo, cómo acababan los traidores. Pero antes de morir, Lope de Aguirre se acordó de Felipe II, a quien escribió y dedicó una carta que es, por su irreverencia, osadía y audacia, única en todo el siglo XVI. Pocos hombres en esta época podían hablar así a un monarca, si es que no tenían las facultades mentales totalmente perdidas. Dice así:

> Mira, rey y señor, que no se puede llevar con título de rey justo ningún interés de estas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en estas tierras han trabajado y sudado sean gratificados sus servicios. Por cierto tengo que van pocos reyes al infierno porque sois pocos, que si muchos fuérades, ninguno pudiera ir al cielo, porque creo que allí seríades peores que Luzbel, según tenéis ambición, sed y hambre de hartaros de sangre humana. Y así, Rey señor, te juro y hago voto solemne a Dios de que yo y mis doscientos arcabuceros marañones, conquistadores, hijosdalgo, de no te dejar ministro tuyo [...] ¡Ay, ay! Qué lástima tan grande que el emperador tu padre conquistase con la fuerza de España la superva Germania y gastase tanta moneda llevada de estas Indias descubierta por nosotros, y que no te duelas de nuestra vejez y cansancio siquiera [...] Hijo de fieles vasallos tuyos en tierra vascongada, yo rebelde hasta la muerte por tu ingratitud.
>
> Lope de Aguirre, el Peregrino.

La línea dura marcada por el cardenal Espinosa, y avalada por Felipe II contra los enemigos de la monarquía y de la religión pronto iba a dar sus primeras muestras de fracaso. El duque de Alba había sido enviado a los Países Bajos con órdenes expresas del rey para actuar con el rigor necesario, pero cuando por fin llegó a Bruselas con todo su ejército de élite la situación ya había sido apaciguada por Margarita de Parma, quien había enviado a sus nobles más leales al mando de tropas reclutadas en Alemania para reprimir la «furia iconoclasta». Por eso, la llegada de Alba, un año después de los sucesos, provocó el rechazo de todos, incluidos los más moderados y afines a la causa del Gobierno español.

Don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba. Antonio Moro. Palacio de Liria, Madrid. Este personaje, que rindió grandes servicios a la monarquía española, será eternamente recordado sin embargo por el terror que sembró

durante su gobernación de los Países Bajos entre 1567 y 1573. De la generación del padre de Felipe II, el emperador Carlos V, siguió prestando sus servicios a este monarca, quien lo utilizó a su antojo para las tareas más ingratas de su política. Fue, sin embargo, mucho más condescendiente con la actuación de Isabel I de Inglaterra, pues, a pesar de su política abiertamente hostil hacia España, el duque siempre defendió la no intervención en Inglaterra. Al final de su vida fue quien comandó los ejércitos para tomar Portugal. Murió a los setenta y cinco años en Lisboa en 1582.

Antes de partir, Felipe II había dado a Alba dos tipos de instrucciones: unas oficiales, que su hermana Margarita conoció por carta, y otras secretas, que nadie más que el rey, Alba y algunos pocos colaboradores conocían. Entre estas, se encontraban las detenciones de los cuatro nobles más importantes de los Estados flamencos. Esto no fue impedimento para que el duque fuera cordialmente recibido en Bruselas por Lamoral de Egmont y por el conde de Hornes, ajenos a su destino. Alba, por su parte, puso en práctica sus buenas dotes de disimulo y confraternizó con ellos como siempre lo había hecho. Nada hacía presagiar al ingenuo de Egmont que estaba ya sentenciado. Guillermo de Orange fue más avispado. Pretextando asuntos urgentes que resolver en sus Estados alemanes de Dillimbourg, se ausentó de los Países Bajos cuando supo que Alba estaba de camino con un poderoso ejército. Fue el único de los cuatro que se salvó y, por ello, fue el que mantuvo el pulso contra Felipe II hasta que cayó víctima de un atentado. El cuarto noble ya sentenciado, el barón de Montigny, se encontraba en España en esos momentos. Ya tendremos ocasión de volver a él más adelante.

Un buen día, tras pocas semanas en Bruselas, Alba mandó llamar a los dos nobles, Egmont y Hornes, a su despacho, con la excusa de hablar sobre la construcción de una fortaleza en Amberes. Los dos acudieron a la cita sin sospechar que, una vez ahí, iban a ser arrestados y encarcelados acusados de alta traición. Cuando Margarita de Parma conoció el hecho, presentó a su hermano el rey la dimisión. No aprobaba los métodos de Alba, y sabía que serían contraproducentes para el futuro de los Países Bajos. Ella conocía bien a los súbditos que había gobernado durante casi diez años. Lo segundo que hizo Alba en los Países Bajos, ya no solo como capitán general de los tercios sino también como gobernador en sustitución de Margarita de Parma, fue crear un tribunal sumarísimo para juzgar las causas contra todos los sospechosos de haber actuado en los sucesos de agosto de 1566, o los que fueran simpatizantes de la causa protestante. Este tribunal,

llamado el Tribunal de los tumultos, que pronto fue rebautizado como el Tribunal de la sangre, juzgó a más de doce mil personas por traición, incluyendo a todos aquellos que habían firmado el Compromise, incautó los bienes de casi nueve mil de ellos y ejecutó a más de mil, entre ellos a los dos nobles más importantes y amados por su pueblo: los condes de Egmont y de Hornes, que fueron condenados a muerte y ejecutados públicamente en la Grande Place de Bruselas el 5 de junio de 1568. «La multitud, llorando y maldiciendo, se acercó a mojar sus pañuelos en la sangre de los mártires». La ejecución de estos dos nobles ha traído cola hasta prácticamente hoy en día, pues fue un agravio para la nacionalidad neerlandesa sin precedentes que nunca han perdonado y se convirtió en uno de los capítulos más difíciles de rebatir de la leyenda negra. Aunque tampoco hay que pensar que tanto Alba como Felipe II sintieran placer ninguno, todo lo contrario, a los dos les pesó que se hubieran encontrado pruebas que incriminaran a los condes, y en el cumplimiento de lo que ellos consideraban su deber no les quedó más remedio que tener que saborear el amargo cáliz de los poderosos. «Cuando cayó la espada —nos relata William S. Maltby, el mejor biógrafo del duque de Alba— el duque, que estaba presenciando la ejecución desde el balcón del hotel de Jassy, lloró».

Monumento a los «mártires» de la causa flamenca, los condes de Egmont y de Hornes, en la plaza du Petit Sablon en Bruselas. Todavía hoy en día estos dos nobles flamencos ajusticiados por mandato del rey Felipe II, quien delegó este ingrato cometido en su gobernador general, el duque de Alba, son considerados como unos héroes que fueron injustamente condenados a muerte por defender los derechos y libertades del pueblo flamenco, un concepto que nace en pleno siglo XIX, en la época dorada de los nacionalismos, pero que nada tiene que ver con la mentalidad del siglo XVI, cuando estos sucesos se produjeron.

Después de esta actuación de Alba en los Países Bajos, refrendada por el rey, a Guillermo de Orange ya no le quedaba ninguna duda de que su pueblo estaba en peligro extremo y cautivo de un poder extranjero y tiránico, y él mismo, por ser el único que había escapado de la «quema», se veía destinado a liberarlo por todos los medios. De momento solo pudo reclutar tropas entre los calvinistas franceses, en Inglaterra y en Alemania, enviando dos ejércitos contra Alba, uno comandado por él mismo y el otro por su hermano, el conde Luis de Nassau. Pero Orange era

mejor cortesano que soldado, y se había de batir con el más diestro militar de su tiempo y con el ejército más poderoso. Como él mismo debió de sospechar, su actuación acabó en un rotundo fracaso. Sus soldados morían como chinches frente a los de Alba, los cuales sufrieron solo unas pocas bajas. Pero Guillermo tenía una cualidad que le hará finalmente imponerse a su enemigo, si no él, sí sus descendientes: su gran tesón y falta de desaliento, gran característica de todo un pueblo como el holandés, y característica que fue, a la postre, lo que les llevó a la victoria final.

Una vez reprimida toda oposición, Alba se dedicó a la tarea de reformar las leyes del país para implantar en los Países Bajos lo que él denominó «un mundo nuevo», es decir, la importación del mismo régimen de control moral y religioso uniformador que se había impuesto en España.

Durante un período de tiempo, entre 1569 y 1572, parecía que los objetivos se habían cumplido; una calma tensa, pero calma al fin y al cabo, más producida por el terror de sus habitantes que por su apaciguamiento, se impuso en los Países Bajos. Una vez hecha la «¡justicia», el duque de Alba concluía con demasiado optimismo en una carta al rey: «creo que estará hecho todo aquello a que Vuestra Magestad me mandó venir acá». El rey seguía instalado en la comodidad de dirigir desde lejos la crisis flamenca, sin aprovechar este momento de «paz» para animar con su presencia a sus súbditos menos rebeldes a que se sintieran cómodos dentro de su dominio.

Floris de Montmorency, barón de Montigny y hermano del conde de Hornes, se libró de la redada de los nobles flamencos más influyentes sospechosos de haber cometido traición efectuada por el duque en los Países Bajos. Él era considerado tan culpable como los demás, pero en esos momentos no se hallaba en Bruselas sino en Madrid. Había sido enviado por Margarita de Parma un año antes, junto con el conde de Bergen, para dar explicaciones a Felipe II de todo lo ocurrido en los Países Bajos después de la revuelta iconoclasta. Bergen murió en Madrid de muerte natural, pero su compañero quedó en una situación muy comprometida cuando llegaron noticias desde Flandes del propio duque que apuntaban al barón como uno de los acusados por traición, al haber *contado* Egmont en la cárcel. Al parecer, Floris, quien estaba emparentado con los Montmorency franceses, hugonotes, les había pedido su colaboración en caso de un enfrentamiento abierto contra España. Montigny fue, en consecuencia, inmediatamente arrestado y recluido en el Alcázar de Segovia, a la espera de juicio. En marzo de 1570 el Tribunal de los tumultos le declaró culpable de traición y sedición. La situación era comprometida para el rey, pues Montigny no era un cualquiera, era uno de los grandes nobles de los Países Bajos y tenía un ejemplar expediente de servicio a la monarquía desde los tiempos del emperador. Si la ejecución de Egmont y Hornes había supuesto un gran escándalo en todas las cortes europeas —incluso su primo hermano, cuñado y suegro a la vez del rey, el emperador Maximiliano II, lo había reprobado—, otra nueva ejecución, de quien además era su huésped, levantaría aún más oposición entre la opinión pública internacional. Encima, su nueva esposa, Ana de Austria, quien en su viaje a Madrid había pasado por Bruselas y se había entrevistado con la familia del barón, traía una promesa expresa de pedir al rey que perdonara la vida de Montigny, y no era cosa de desairar a su nueva mujer nada más llegar. ¿Qué hacer, pues? El duque de Alba le sugirió la mejor solución para quitarse el muerto de encima: «Sería mucho más fácil para Felipe ajusticiar a Montigny antes de que llegara la reina Ana, y simular luego que había muerto de causas naturales».

Felipe debió de sentir un gran alivio cuando recibió este consejo de su incondicional duque. Aunque la mayoría de sus ministros consideraban «que era bueno darle un bocado o echar algún género de veneno en la comida o bebida», no obstante «a Su Magestad paresció que desta manera no se cumplía con la justicia y que era mejor darle un garrote en la cárcel con tan gran secreto que nunca viniese a

entender sino que había fallescido de su muerte natural». Felipe ordenó que se trasladase al reo al castillo fortaleza de Simancas, cerca de Valladolid, pues en el Alcázar de Segovia Felipe tenía proyectado celebrar su boda con Ana.

La operación que se siguió para tapar la fría ejecución de Montigny hubiera escandalizado al mismo Maquiavelo, pero también es verdad que este tipo de prácticas era moneda común en todas las cortes de Europa en esta época. Se fabricó toda una fábula para hacer creer, primero, que Montigny había intentado la fuga del castillo de Simancas. Su alcaide, Peralta, por orden del rey, escribió una carta en latín explicando un plan de fuga, como si hubiera sido escrita por el barón, y la dejó en un aposento cerca de donde estaba Montigny. Esta explicaría las posteriores medidas estrictas de reclusión, en una de las torres de la fortaleza. A continuación, Peralta escribía otra carta, esta vez sin simular que fuera de puño y letra del barón, sino como suya, redactando un informe de cómo se habían producido los «hechos»: que se había hallado la supuesta carta del barón donde contaba su plan de fuga, que por ello se había estrechado su confinamiento, añadiendo que el barón sufría en ese momento de una muy «ruin calentura», con el fin de justificar su posterior «muerte natural». Este documento escrito por Peralta tenía la función de servir como prueba, «para que aquí se pudiese mostrar y también allá». Mientras, a Montigny se le comunicaba su sentencia de muerte, sin más. El pobre hombre no se esperaba este final, pues, según su confesor, estaba esperanzado con la intercesión de Ana de Austria, que estaba ya de camino, así como por la seguridad que tenía de su propia inocencia, por lo que cuando le fue dictada su sentencia «mostró alguna alteración a los principios, que fue por horas creciendo». Se le permitió que confesara y su confesor le absolvió de todos sus pecados, y, haciendo una profesión de su fe católica, Montigny se dejó mansamente en manos del verdugo, aunque siguió insistiendo en su inocencia. Fue ejecutado con garrote con nocturnidad y enterrado en la iglesia parroquial de Simancas en hábito de franciscano. El rey por fin pudo descansar tranquilo, como nos muestran estas palabras suyas dirigidas a su capitán general en Flandes: «Que con esto me paresce que se ha conseguido lo que se pretendía, pues se ha hecho justicia y evitado el juicio y rumor que causara si se ejecutara en público».

Todavía hoy se cuenta que el fantasma del barón de Montigny se aparece a los archiveros del castillo, en la actualidad Archivo General de Simancas, donde se custodian los millones de cartas y documentos que conforman la historia real del reinado de Felipe II, entre ellos los de este siniestro capítulo.

En contra de la opinión generalizada, especialmente del público español, la Inglaterra de Isabel I, la Reina Virgen, fue durante los primeros años del reinado de Felipe II un país aliado. Por muy protestante que fuera su reina y su Gobierno, la razón de Estado se impuso en la percepción que tenía Felipe II de su estrategia de alianzas en el norte de Europa. Siguiendo la máxima de su padre: «paz con Inglaterra y guerra con todos los demás», Felipe II confió en un principio en que la común enemiga tradicional de los dos reinos, Francia, mantendría intacta la alianza entre Inglaterra y España, a pesar incluso de sus diferencias religiosas. Siguiendo el axioma de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», parecía que los dos reinos estuvieran condenados a entenderse, a pesar de que el giro religioso dado en Inglaterra desde que Isabel llegó al trono no fuera en absoluto del agrado ni de Felipe II ni de su Gobierno. Si para Felipe la paz con Inglaterra era crucial para mantener atados a los Países Bajos, para Isabel Felipe era su máximo valedor y fuerte baluarte contra las veleidades de los franceses, quienes desde el comienzo de su reinado pretendían deponerla de su trono para que lo ocupara su prima María Estuardo, exreina de Francia y miembro de la poderosísima y católica familia Guisa.

Sin embargo, los hechos comenzaron a demostrar a Felipe que el mayor peligro para la estabilidad de sus reinos en Europa no iba a provenir tanto de Francia como de Inglaterra, que a la postre se convertirá en el gran escollo de las políticas del Rey Prudente, y de Isabel Tudor, que se convertirá en su más enconado rival. Esta reina fue el contrapunto de Felipe II: aunque culta y con una sólida formación intelectual, era vana, frívola, mundana, irreverente, contradictoria, caprichosa, manipuladora, vanidosa..., sin embargo, tenía un don natural para el gobierno, era muy inteligente y astuta, con una gran intuición femenina, y sabía muy bien cómo jugar sus cartas, pero, sobre todo, y esto es lo que más la diferenciaba de su contrincante, para ella la religión no era un fin en sí mismo sino un medio, y esto hizo que se manejara con mejor criterio y más apego a la realidad que Felipe. Mientras este dejaba cuestiones estratégicas de suma importancia a la providencia divina, en la cual confiaba plenamente pues estaba convencido de que sería siempre favorable a su causa, ella no dejaba ningún cabo suelto y solo confiaba en su criterio, después de haber consultado a los mejores expertos.

Durante sus diez primeros años de reinado, y a pesar de los resquemores lógicos entre dos líderes de religiones antagónicas, las cosas marcharon

aceptablemente bien. Pero a partir de 1568, cuando la reina de Inglaterra ordenó la incautación de un cargamento de dinero destinado a los Países Bajos para que Alba pudiese pagar su guerra, las cosas se empezaron a enconar de manera significativa. Este mismo año, además, la reina de Escocia, María Estuardo, huyendo de los miembros protestantes de su parlamento, quienes se oponían a su mandato, se fue a refugiar en Inglaterra, solicitando asilo a su prima y enemiga. Isabel la encerró en un castillo al norte del país, como medida preventiva, pero la presencia en suelo inglés de esta reina católica y con pretensiones al trono supuso un acicate para todos aquellos católicos descontentos que había en la isla.

En 1570, Isabel fue excomulgada por el papa, quien liberó a sus súbditos de la obligada obediencia que tenían hacia su soberana. Además, el embajador español en Inglaterra, don Guerau de Spes, un catalán muy católico, muy celoso de servir a su monarca, y el primero en acuñar el término de «empresa de Inglaterra» como un ambicioso plan para destronar a Isabel y reemplazarla en el trono por María Estuardo, alentó a los católicos para que conspiraran contra el opresivo Gobierno protestante de Isabel. En el otoño de 1569 se produjo una rebelión de los católicos del norte del país que fue reprimida con dureza. No solo Felipe II era implacable con los traidores. Como ya dijimos anteriormente, ningún monarca del siglo XVI toleraba una revuelta contra su soberanía.

Todo se complicó aún más con la aparición en escena de un oscuro personaje florentino enviado por el papa a Inglaterra con fondos para alentar la causa católica: Roberto Ridolfi. A raíz del levantamiento del norte, Ridolfi fue puesto bajo custodia por Francis Walsingham, el ministro más celosamente puritano del Consejo Privado de la reina y maestro de espías, por sospecha de connivencia con los rebeldes. Sin embargo, salió totalmente indemne, por lo que es muy posible que aceptase actuar como espía al servicio de William Cecil, el incondicional primer ministro de la reina. Durante el invierno de 1571, Ridolfi urdió un plan secreto —no sabemos si con el conocimiento de las autoridades inglesas— para poner a María Estuardo en el trono de Inglaterra. Se puso en contacto tanto con la reina cautiva como con el adalid del catolicismo inglés en esos momentos, el duque de Norfolk, a quien la reina Isabel le había perdonado la vida tras los disturbios de los católicos del norte en 1569.

Así, portando cartas y documentos comprometidos tanto de María Estuardo como del duque de Norfolk y del embajador español, Ridolfi se puso en marcha desde Inglaterra para convencer a las fuerzas del catolicismo internacional de que la situación inglesa estaba madura para asestar el golpe definitivo al

protestantismo de Isabel. Comenzó un periplo europeo que lo llevará primero a Bruselas, donde se entrevistó con el duque de Alba. Este no mostró ningún entusiasmo ni por el personaje en sí, ni por nada de lo que le reveló; es más, fue el único que advirtió de los peligros de tan arriesgada empresa. De aquí se fue a Roma a entrevistarse con el papa. Pío V se había impuesto dos objetivos principales en su pontificado: la lucha contra el turco, para la cual formó la Santa Liga, y la reconquista de Inglaterra para la causa católica. Por esta razón, no es de extrañar que el papa recibiera a Ridolfi y su plan con gran entusiasmo, remitiéndolo a Felipe II con cartas de recomendación. Este también le recibió con sumo interés, pero le dijo que tenía antes que meditar el plan y consultar a sus consejeros, como era habitual en él. Sin embargo, en esta ocasión, Felipe demostró una inusitada determinación en el proyecto, que, como Alba le intentó hacer ver, era bastante descabellado, advirtiéndole de que si el plan fracasaba Isabel se echaría en brazos de los franceses, rompiendo así el equilibrio de la política internacional que hasta ahora estaba funcionando. Felipe se limitó sin embargo a recordar a Alba toda la lista de agravios que la reina de Inglaterra venía haciéndole desde hacía ya varios años, por lo que denunciaba que «ella nos tiene rota la guerra». El momento, además, era propicio: en los Países Bajos se respiraba una paz inducida por el miedo, pero de momento todo parecía estar tranquilo, la revuelta de los moriscos acababa de ser aplastada, y en ese mismo momento se firmaba la Santa Liga, por la cual Felipe tendría la ayuda de Venecia, Génova y el papado para luchar contra el turco, por lo que parecía que la providencia le brindaba por primera vez la oportunidad de realizar un proyecto largamente esperado, el de volver a llevar a Inglaterra a la fe católica y a la obediencia al papa. Con el viento a favor y con el plan tan detallado que Ridolfi le había expuesto sobre la mesa, Felipe debió pensar que Dios le ponía delante ahora la «empresa de Inglaterra» para que la llevara a cabo. Más muestras de entusiasmo dio a este plan de restaurar el catolicismo en Inglaterra que, incluso, a la otra gran empresa que se estaba gestando por esas fechas del verano de 1571, la que le llevaría a derrotar al turco en Lepanto.

Ridolfi fue urgido a escribir a María Estuardo y al duque de Norfolk, comunicándoles el visto bueno del rey de España y su compromiso con la rebelión, y prometiéndoles enviar ayuda armada: «el duque de Norfolk tiene tal deliberación y tantos y tan principales amigos que, siendo asistido por mi parte, le sería fácil matar o prender a la Isabel y poner en libertad, y en la posesión del reyno, a la de Scocia», decía el rey por carta a Alba. Envió a Ridolfi de vuelta para que se pusiese bajo las órdenes del duque, quien seguía oponiéndose al plan, sentenciando que

un nuevo fracaso significaría «el fin de la religión de Dios en Inglaterra» para siempre, a lo que Felipe le contestó que Isabel sería siempre su enemiga y que la guerra con Francia permanecería siempre latente, instándole a que actuara rápido porque el complot había sido ya parcialmente descubierto. Efectivamente, los servicios secretos ingleses cuando tenían una sospecha, para confirmarla solían utilizar a alguien que tuviera deudas que pagar con su gobierno para que, a cambio de perdonarle la vida, espiara para ellos. Por eso se especializaron en este tipo de agente doble para conocer, antes incluso que sus enemigos, los planes conspiratorios. Hay que tener en cuenta que, desde que el último embajador en España, el Dr. John Man, fuera expulsado por blasfemo, el Gobierno inglés carecía de un cauce de información que le revelara los movimientos que se producían en la corte española, por lo que no le quedaba más remedio que recurrir a este tipo de tretas para recabar información de primera mano. Así, todo el plan de Ridolfi estaba siendo revelado al mismo tiempo por él mismo, o por otros, a los propios ministros de Isabel, incluyendo las palabras del mismo Felipe II diciendo que, con su ayuda, el duque de Norfolk podría fácilmente asesinar o deponer a la reina. De esta manera, Felipe II se mostró ante Isabel I sin careta, y esta pudo comprobar por sus propias palabras cuáles eran sus verdaderas intenciones hacia ella. Como es lógico, nunca volvió a confiar en él. Isabel entonces se buscó otros posibles aliados ante el peligro manifiesto que España empezaba a suponer para su seguridad. En 1572 firmó un tratado defensivo con su antigua rival, Francia, por el que esta se prestaba a acudir en su ayuda en caso de que fuera atacada por una potencia extranjera. España empezaba a quedar aislada frente a sus enemigos.

Los conspiradores, desde el duque de Norfolk hasta el último que hubiera participado, fueron cayendo uno a uno, torturados salvajemente y sentenciados a muerte. El embajador español don Guerau de Espés fue expulsado del reino como persona *non grata*. La reina María Estuardo fue esta vez perdonada, aunque su confinamiento se estrechó de manera tan severa que pasó de ser una «huésped de honor» de la reina de Inglaterra a ser considera desde este momento su prisionera. Su fatal destino aún habría de esperar quince años más, pues exactamente este mismo esquema de conspiración católica se repetirá una y otra vez a lo largo del reinado de Isabel y, al final, tentada por sus amigos católicos, acabará comprometiéndose por escrito en una nueva conspiración, firmando así su sentencia de muerte. El único que quedó incólume de todo fue Roberto Ridolfi, quien llevó una vida retirada pero segura en Italia.

La verdadera revuelta de los Países Bajos no comenzó en realidad, según el historiador Geoffrey Parker, hasta el primero de abril de 1572, cuando los «Mendigos del mar» tomaron el pequeño e insignificante puerto de Brill, en la costa zelandesa. Fue a partir de este momento cuando el pueblo de los Países Bajos tomó las armas contra el asfixiante dominio español, y ya no las abandonaría hasta proclamar su independencia[3].

A primeros de 1572, la reina Isabel de Inglaterra, en un acto de buena voluntad hacia España, decidió expulsar de suelo inglés a todos aquellos protestantes flamencos que se habían venido a refugiar en su territorio para escapar de la persecución en su país llevada a cabo por el duque de Alba. Por su parte, los nobles católicos ingleses, el duque de Westmorland y el conde de Araundel, tras la rebelión católica de 1569, escaparon de la pena capital impuesta por el gobierno de la Reina Virgen, y fueron a España a refugiarse en la corte del rey católico, quien los acogió y les asignó una pensión. La reina Isabel estaba furiosa por esta deslealtad de su homólogo español, sin reparar en que ella daba asilo a un millar de refugiados flamencos en su territorio. Quizás por este motivo, la reina decidió un buen día expulsarlos, esperando la misma acción por parte de Felipe. Lo que no se imaginaba es que con esta repentina muestra de amistad iba a provocar un problema mayúsculo al rey de España, pues estos calvinistas, en su mayoría marineros, estuvieron vagando por el mar del Norte sin rumbo durante un mes, hasta que uno de ellos, La Marck, decidió atacar el puerto de Brill, donde se les abrió las puertas. Desde ese momento, la partida empezará a no ser tan desigual entre los dos contendientes. El «David» flamenco irá causando cada vez más problemas al «Goliat» español. Además de tener que dividir sus fuerzas para luchar contra cada población que se levantaría en armas, otro problema que llegaría a hacerse endémico iba a ser el de la falta de dinero para continuar una guerra tan ruinosa; como consecuencia de este factor, surgiría un nuevo obstáculo añadido al que se tuvo que enfrentar la monarquía: los motines del ejército. Pero de momento, nadie podía pensar que el pequeño pueblo flamenco ganaría la partida.

Todo empezó a cambiar paulatinamente cuando Guillermo de Orange, quien hasta este momento se había enfrentado en solitario al duque de Alba, consiguió atraerse ayudas internacionales, persuadiéndoles de que su enemigo era el enemigo de todos. No solo le apoyaban los príncipes luteranos alemanes, sino que supo convencer también a Isabel Tudor, quien hasta ahora se había mostrado

reacia a intervenir directamente en el conflicto flamenco por miedo a que ello la llevara a una guerra abierta con España, y también a los hugonotes franceses, quienes por estas fechas estaban ganándose la voluntad del joven e influenciable monarca Carlos IX. El rey recibió en su corte al hermano de Guillermo, Luis de Nassau, quien tramó junto al cabecilla de los hugonotes, Gaspard de Coligny, una invasión conjunta de los Países Bajos. Para sellar dicha alianza entre la corona francesa y los protestantes, se programó la boda de la hermana del rey, Margarita (la famosa Reine Margot), con el líder de la facción protestante de sangre real y presunto futuro rey de Francia: Enrique de Borbón, rey de Navarra. Dicha boda sería el preámbulo de lo que sería una sólida alianza franco-flamenca para invadir los Países Bajos y expulsar de ahí a los españoles.

En pocos meses, toda la obra de Alba en los Países Bajos se vino abajo: mientras en la costa de Zelandia se levantaban Brill y otros pequeños puertos, el conde Luis de Nassau y un grupo de protestantes franceses atacaron por el sur tomando por sorpresa la ciudad de Mons; van der Berg y sus tropas alemanas capturaron la ciudad de Zutphen en Gelderland y el propio Orange cruzó el Rin a la cabeza de un ejército de veinte mil soldados para conquistar la provincia de Limburgo. A la vez, cincuenta ciudades situadas en las provincias del norte se declaraban rebeldes. De la noche a la mañana, Alba se vio desbordado, y su ejército tuvo que dividirse en varios frentes a la vez.

Una mañana delante de la puerta del Louvre, de Édouard Debat-Ponsan. Museo de arte Roger-Quilliot, Clermont-Ferrand, Francia. Recreación historicista del siglo xix de la matanza de San Bartolomé. En la imagen vemos a la reina Catalina de Medici, de negro, contemplando los resultados de «su obra» a la mañana siguiente a la matanza, pues la tradición la culpó a ella de haber sido la instigadora, con el fin de evitar una guerra con España. La verdad fue mucho más compleja que esta leyenda negra que acompañará también a esta reina de Francia.

Sin embargo, un hecho insólito vino a aliviar la complicada situación que tenía España en estos momentos. Como si de un milagro providencial se tratara, de esos que tanto le gustaban a Felipe II, la noche del 24 de agosto de 1572, día de san Bartolomé, una sangrienta matanza de hugonotes franceses se produjo en la capital de Francia. Estaban todos reunidos ahí con motivo de las bodas de su líder, Enrique de Navarra, con Margot, la hermana del rey. En la noche del 22, una furtiva bala de arcabuz cruzó la calle del Arbre Sec con destino al almirante Gaspard de Coligny, que volvía a su casa montado en su caballo. El tiro fue disparado desde una ventana, de donde huyó el asesino. Pero su víctima no murió. Quedó malherido y fue inmediatamente trasladado a su casa donde los médicos actuaron rápidamente para salvar su vida. Al día siguiente, unos hombres entraron por la

fuerza en su casa, lo sacaron de su cama y lo tiraron por la ventana para rematarlo. Esa misma noche a las doce en punto, al toque de la campana de la iglesia de Saint Germain-l'Auxerroix, que era la señal previamente convenida, los católicos de París se lanzaron a una persecución y caza de protestantes en una sangrienta orgía de muerte que acabó al amanecer del día siguiente, dejando las calles llenas de cadáveres y el río Sena teñido de rojo. Unas tres mil personas fueron asesinadas de golpe en una sola noche. Una matanza que ha dejado una de las páginas más siniestras de la historia europea, y que tiene incluso su nombre: «La matanza de San Bartolomé».

Sin entrar en detalles de por qué se produjo ni quién la ordenó, que daría para un nuevo libro (se han escrito millones de páginas ya), lo que aquí nos interesa es cómo este acto premeditado alivió enormemente a Felipe II y al duque de Alba. Se cuenta que, cuando Felipe recibió la noticia en El Escorial por boca del embajador francés, se puso a reír de contento, incluso hasta perder la compostura y gravedad que siempre le acompañaban. «Tuve uno de los mayores contentamientos que he recibido en mi vida» llegó a escribir en una de sus cartas. Y es que no era para menos: la matanza, probablemente ordenada por la reina Catalina de Medici para evitar una inminente guerra con España, que era justo lo último que a Francia le convenía en esos momentos, eliminó de la escena política a los cabecillas hugonotes que tenían secuestrada la voluntad de su hijo, el rey, un adolescente con sueños de grandeza al que habían convencido para que les diera su beneplácito al plan de entrar con un gran ejército en los Países Bajos para acudir en ayuda de sus correligionarios. De haberse producido esta invasión, la situación en los Países Bajos se hubiera puesto muy difícil para España, la guerra se hubiera extendido con toda probabilidad a Francia, y quién sabe si a Inglaterra también, y ni las finanzas ni el ejército del monarca más poderoso de la tierra hubieran bastado para vencer a tantos enemigos a la vez. En el siglo XVI se resolvían los problemas de esta forma tan drástica y salvaje, pero incluso para una sensibilidad tan poco fina como la que tenían algunos estadistas, la matanza supuso un desprestigio enorme para la monarquía francesa y, en Inglaterra, la reina Isabel volvió a dar un giro en su política, alejándose otra vez de Francia y buscando la amistad con España.

Una vez conjurado el peligro de invasión francesa, Alba se dedicó en cuerpo y alma a reprimir la rebelión que se había esparcido por todos los Países Bajos. Su estrategia era concentrar todas sus fuerzas primero en recuperar la ciudad de Mons para, una vez liberada, dirigirse, desde el sur, a todas y cada una de las ciudades rebeladas para sitiarlas hasta rendirlas por hambre y agotamiento. Él pensó que,

como años atrás, volvería a ser un paseo militar, confiando en que la fama de terror que le precedía bastaría para que las ciudades rebeladas le fueran abriendo las puertas una tras otra con solo tener noticia de que sus ejércitos estaban cerca. Pero esta vez, los hechos le demostrarían que estaba equivocado: el pueblo flamenco ya estaba preparado para morir antes que rendirse. Esta heroica decisión colectiva fue un punto de inflexión en esta guerra, que desde este momento empezó a desgastar hasta tal punto a la monarquía española que acabó convirtiéndose en un laberinto del cual ya nunca pudo salir.

La primera ciudad a la que le tocó sufrir el rigor del duque fue Mechelen (Malinas), a la que saqueó durante tres días. Desde aquí, el ejército de los Tercios se dirigió hacia Zutphen, que recibió idéntico castigo; Naarden fue la siguiente, donde, según palabras del propio duque, «la infantería española les ganó la muralla y degollaron burgueses y soldados sin escapar hombre naçido». A principios de diciembre de 1572 comenzó el sitio de la ciudad holandesa de Haarlem, la primera que se resistió hasta el final y cuya conquista hizo sudar a Alba y a su ejército. Medio año duró el asedio, en medio de un crudo invierno. Esta vez, Alba, sintiéndose enfermo, se retiró a su cuartel general en Nimega, dejando el asedio de Haarlem en manos de su inexperto hijo don Fadrique.

El ejemplo de las anteriores ciudades había convencido a los habitantes de Haarlem de que de nada servía rendirse, pues, aun habiéndolo hecho, las ciudades de Zutphen y Naarden habían sido saqueadas y sus ciudadanos cruelmente asesinados. Por ello, cuando el ejército español plantó sus baterías frente a las murallas de Haarlem, sus habitantes se prepararon para un duro asedio, en el cual sabían que la mayoría iban a morir, pero ni siquiera esta certeza les hizo doblegarse. El asedio fue muy duro también para los sitiadores, quienes empezaron, por primera vez desde que se inició la revuelta, a morir por centenas, los que tuvieron mejor suerte pasaron hambre, frío y todo tipo de penalidades.

Al cabo de varios meses, Alba estaba desesperado. Ya no sabía cómo esconder su primer fracaso militar ante su monarca, quien desde El Escorial también daba muestras de impacientarse. Pero la mayor presión la recibía su hijo don Fadrique, que era el centro de todas las miradas, comenzando por la que más temía, la de su padre, quien seguía con ansiedad desde su cuartel general todos sus movimientos desde que empezó el asedio. Para darle ánimos a su hijo, envió a uno de sus hombres de confianza para transmitirle un mensaje que leyó en voz alta delante de toda la tropa. El mensaje que Alba transmitía a su hijo, después de varios meses de asedio infructuoso, era el siguiente: «que si pensaba en levantar el sitio, no lo tendría

por hijo suyo, fuera lo que fuera lo que antes hubiera creído, y si moría en el sitio, el duque vendría en persona para mantenerlo, y si ambos caían, la duquesa, su esposa, vendría desde España para lo mismo». El propio duque tuvo que admitir a regañadientes que los que defendían la plaza «eran muy buenos soldados». Finalmente, tras siete meses que parecieron años, Haarlem se rendía con condiciones. Alba, por fin, reconoció sus errores y esta vez decidió ser más clemente con los supervivientes; solo se ejecutó a los cabecillas del asedio y prohibió a sus soldados saquear la ciudad. Esta medida provocó el primero de los muchos motines del ejército de Flandes que vendrían a continuación.

Tras la victoria pírrica que supuso el asedio de Haarlem, el prestigio del duque de Alba, a sus sesenta y seis años y tras una carrera militar fulgurante, quedó muy tocado. Sus enemigos en la corte de España estaban aprovechando esta coyuntura negativa por la que estaba atravesando el duque para desprestigiarle ante el monarca, quien empezaba a perder la paciencia al ver que sus posturas intransigentes estaban provocando el efecto contrario al esperado. Quizás por ese motivo se designó para sustituirle a un miembro de la facción ebolista en la corte, más proclive al diálogo con los rebeldes: don Luis de Requesens, aquel compañero de juegos de su infancia, hijo de su ayo don Juan de Zúñiga. «Jamás tendré dinero bastante para saciar vuestra codicia —le escribía a Alba—, pero fácilmente os encontraré un sucesor bastante hábil y fiel que acabe, por moderación y clemencia, una guerra que no habéis podido acabar con las armas ni a fuerza de severidad». Estas palabras tan ingratas del rey debieron suponer la puntilla para el duque, que, a estas alturas, se sentía desmoralizado, cada día más solo y cada vez más enfermo, hasta el punto de estar convencido de que Flandes acabaría siendo su tumba, por lo que le pedía a Felipe II una y otra vez que le relevara del cargo. Sus quejas por carta al rey en estas fechas finales de su mandato están llenas de lastimeros augurios:

> Por amor de Dios Vuestra Magestad me quite este gobierno y me saque de él, y cuando no pudiere de otra manera, con enviar alguno me dé un arcabuzazo y por esta vía me saque de él [...], y después que estoy en este lugar sobre todas las otras cosas me han dado vaguidos tan grandes y tan a menudo que he menester andar con el testamento en el seno.

Su siguiente objetivo fue la ciudad de Alkmaar. Esta vez no iba a tener ningún miramiento, pues si veía que no les había servido el ejemplo de Haarlem y no se rendían, «he resuelto no dejar una criatura con vida, sino pasarlas a todas a cuchillo», dijo. Su moral estaba desgarrada, y su crueldad aumentaba a medida que su

fe en que el problema flamenco pudiera resolverse disminuía. Sencillamente los detestaba y los despreciaba por ser la causa de su peor pesadilla y de verse desprestigiado, un hombre tan orgulloso como él. Pero para su desgracia, Alkmaar no solo no se rindió, sino que sus moradores consiguieron que fueran los sitiadores los que se rindieran y levantaran el cerco. Fue la última actuación de Alba en los Países Bajos y la carta de credenciales con la que se presentó ante Felipe II, quien le recibió muy fríamente en su corte por haber fracasado en su servicio a la Corona. Alba cayó injustamente en desgracia, pues solo se tuvieron en cuenta sus últimos fracasos. Con razón llegó a decir resentido contra los reyes en general que «utilizan a sus súbditos como a las naranjas, primero exprimen el jugo y luego tiran la cáscara». Y no le faltaba razón.

En cambio, para los flamencos, Alkmaar fue el éxito más grande y les dio una fuerza moral inmensa frente a sus enemigos, pues fue la primera ciudad que consiguió ponerlos en fuga cuando no pudieron hacer que se rindiera. En holandés, todavía hoy en día existe un dicho que dice «En Alkmaar empezó la victoria».

EL COLAPSO TOTAL: BANCARROTA, MOTINES Y FRACASO DE LA POLÍTICA MÁS CONCILIADORA

Si la política de represión diseñada por el cardenal Espinosa y puesta en práctica por el duque de Alba fracasó estrepitosamente en los Países Bajos, el nuevo giro que se iba a experimentar a partir de ahora con el envío de Luis de Requesens, una persona mucho más templada y conciliadora que Alba, tampoco iba a dar ningún fruto. Seguramente estas medidas llegaban ya demasiado tarde, y buena parte de los flamencos querían quitarse el yugo español a toda costa, mientras que la otra mitad, los que todavía no estaban muy decididos, lo estarían pocos años más tarde. La muerte del intransigente cardenal, acaecida en 1572, coincidiendo con la evidencia del fracaso de sus políticas, parece que hicieron recapitular a Felipe II, quien intentó una nueva vía para salvar lo que se pudiere en los Países Bajos. El propio rey confesaba por esta época que, entre «tanta diferencia de pareceres [como había en la corte], yo me he hallado bien confuso».

Felipe se daba cuenta de que la situación de desgaste había llegado tan lejos que habría que empezar a ceder y aceptar condiciones para la paz, siempre que se salvara su obediencia y la religión. Envió a don Luis de Requesens con la promesa de un perdón general que excluía al príncipe de Orange y a todos los que hubieran tomado las armas activamente en contra de él.

Uno de los problemas más acuciantes que llevaron a Felipe II y a parte de sus consejeros a buscar la paz con sus Estados flamencos fue la falta de dinero. No es que la monarquía estuviera atravesando un momento de crisis económica, al revés, los galeones de Indias llegaban al puerto de Sevilla cada vez más cargados de plata. Pero es que la guerra exigía tal cantidad de gastos que ni toda la plata de las minas del Potosí era suficiente. Desde que el duque de Alba llegara a los Países Bajos en 1567 y hasta 1574, los oficiales de la Real Hacienda calculaban que Castilla —que era prácticamente la única comunidad de la monarquía que aportaba el dinero para su defensa—, había gastado veintidós millones de ducados.

Cuando Requesens llegó a los Países Bajos y comprobó de primera mano cómo estaba de enconada la situación, no tuvo más remedio que admitir a regañadientes que solo con el diálogo y el perdón no se iba a llegar a nada. A estas alturas, los enemigos se habían habituado a los españoles y conocían perfectamente los enormes obstáculos que se les ponían por delante para acabar con ellos. Requesens lo supo resumir perfectamente en una frase: «reducir por fuerza las veinticuatro villas que hay rebeladas en Holanda, tardándose en cada una dellas lo que

hasta aquí se ha tardado en las que por este camino se han reducido, no hay tiempo ni hacienda en el mundo que baste». Y, efectivamente, así era. Por esta razón, Guillermo de Orange no quería la paz en estos momentos; ya se había dado cuenta de que, a pesar de que esta guerra estaba causando mucho dolor y desgarro a su pueblo, a la larga la ganaría. Fracasadas tanto las estrategias de la guerra como las de la paz, en la mente de Felipe II fue madurando una tercera solución, más barata, más inmediata, más expeditiva: asesinar al príncipe de Orange, creyendo que, si él faltaba, la rebelión se vendría abajo por falta de liderazgo.

Pero Guillermo de Orange no era solo el problema: a la misma táctica de los asedios, que obligaba a ir ganando una a una todas las ciudades rebeladas, y a la falta de dinero para continuarla se vinieron a sumar ahora los motines de la soldadesca de los Tercios por falta de pagas. Por mucho que se esgrimieran los ideales de la religión, la patria y el rey como principales motores para la lucha de estos veteranos soldados, al final, si no había dinero que recompensara su sacrificio, no había lucha. Primero se empezaron a amotinar los soldados no españoles del ejército de Flandes, más tarde los mismos españoles: la flor y nata del ejército, los más valerosos, eficaces y temidos por todos, pero también por los mismos oficiales de su propio ejército cuando este furor se volvía en contra de ellos. Como muy bien explicaba Requesens en otra de sus cartas en 1575: «nunca se ha podido apretar a los enemigos de la manera que convenía y yo deseaba, porque se ha tenido y tiene más guerra con nuestra propia gente que con ellos». Si el mayor problema que tuvo el duque de Alba para pacificar los Países Bajos fue la enconada resistencia de los naturales del país, el de don Luis de Requesens iba a ser el del amotinamiento constante de su propio ejército. El caso es que Felipe II no ganaba para disgustos en cualquier asunto referente a los Países Bajos: «estoy temblando de temor de lo que traerá el primer correo de Flandes», escribió en una ocasión. Y no era para menos, pues cada día que pasaba la solución se veía más lejos.

El 1 de septiembre de 1575 Felipe II firmaba un documento por el que suspendía todos los pagos que se tenían que hacer a sus acreedores, los banqueros que financiaban sus guerras y que le adelantaban el dinero con unos intereses. Sencillamente no podía pagarles. La monarquía española estaba en bancarrota, la segunda ya desde el inicio de su reinado. La noticia de que no había más dinero para pagar a los soldados de Flandes, que bramaban por sus pagas, fue el golpe de gracia que llevó a la tumba al gobernador general, don Luis de Requesens, quien moría en Bruselas el 5 de marzo de 1576, dejando un vacío de autoridad en el Gobierno de los Países Bajos, que pronto aprovecharon, tanto los rebeldes flamencos

como los tercios, para amotinarse. En julio de 1576 los veteranos españoles, algunos de los cuales llevaban seis años sin recibir un solo sueldo, se amotinaron de nuevo haciéndose fuertes en la ciudad de Aalst. Aunque esta ciudad fue siempre leal a España, la saquearon para resarcirse del dinero que no habían cobrado. La presencia de los españoles en Flandes se estaba haciendo ya insoportable para cualquier ciudadano, incluso para los que aún quedaban leales a la monarquía. El caos y la falta de seguridad generalizada habían convertido a los antaño pacíficos Países Bajos en un infierno. En Bruselas, la gente tomó las calles al grito de «¡Muerte a los españoles!».

Para sustituir a don Luis de Requesens, Felipe II pensó en alguien con carisma a la vez que guerrero por naturaleza, alguien que tuviera las dotes necesarias para conquistar a sus ya tan desencantados súbditos flamencos. Quién iba a ser la mejor persona para este cometido si no su propio hermano, don Juan de Austria, el hombre más seductor y el mejor militar de su época. A sus veintinueve años, don Juan era el vivo retrato del éxito: éxito militar, desde la victoria contra los moriscos de las Alpujarras hasta «la más grande victoria que vieron los siglos pasados y verán los venideros», como calificó Cervantes a la batalla de Lepanto, donde don Juan dirigió la flota cristiana como capitán general; y también éxito personal: se dice que media Europa estaba enamorada de él, precisamente la del género femenino, entre el cual hacía estragos. Había seducido hasta al papa, quien se empeñó en que fuera don Juan quien dirigiera el proyecto de la Santa Liga que él mismo había creado para luchar contra los turcos. Y, como al papa, sedujo a muchos cortesanos y personal de Gobierno, tanto de España como de Italia. Incluso en las cortes enemigas, como las de Inglaterra o Francia, se hablaba de don Juan como el prototipo del caballero andante de los libros de caballería: valeroso, vencedor, de buenas maneras y de agradable aspecto físico. El astro de don Juan parecía imparable, y deslumbraba a todos. A todos menos a uno: a su propio hermano. Felipe II era el polo opuesto: reflexivo, introspectivo, no buscaba ni el halago ni la fama sino cumplir con sus responsabilidades de la mejor manera, siempre de acuerdo con los designios divinos. Felipe prefería la meditación a la acción; don Juan todo lo contrario. Era por naturaleza impulsivo, impaciente, un hombre de acción, belicoso, mujeriego, a quien le gustaba beberse la vida, esa vida de privilegio que un día le había caído en gracia como por arte de magia y a la cual no iba a renunciar.

Don Juan de Austria, por Juan Pantoja de la Cruz. Palacio de El Escorial. En esta bella imagen de don Juan le vemos en su momento de mayor gloria: con su radiante juventud y atractivo físico, vestido entre cortesano y militar, con todo el aparato de un retrato de corte, como hijo que era de Carlos V, con un escudo otomano a sus pies, símbolo de su gran victoria en Lepanto, y el león, que fue su emblema. Este retrato data de su época como capitán general de la flota del Mediterráneo, antes de ir a Flandes, donde empezó su calvario hasta encontrar la muerte.

La relación entre los dos hermanos no había sido mala hasta este momento, pero cuanto más brillaba don Juan más intentaba Felipe bajarle a la tierra, pues pronto empezó a darse cuenta de que su hermano quería volar con alas propias, y eso Felipe II no lo iba a consentir de ninguna manera. Por su parte, don Juan, el hijo del glorioso emperador, sentía que se merecía un destino más grande que el que su hermano le había fijado. Estaba muy resentido porque Felipe II nunca quiso

otorgarle el tratamiento de Alteza, solo reservado a los miembros de la familia real no bastardos. Además, en sus viajes, don Juan había podido comprobar de primera mano, tanto en Francia como en Italia, cómo los bastardos reales eran tan considerados como los hijos legítimos; el pecado de la carne no avergonzaba tanto fuera de España.

Cuando el héroe de Lepanto fue llamado por su hermano para sustituir a Requesens en el Gobierno de los Países Bajos, a este se le cayó el mundo encima. Pronto se dio cuenta de que esa llamada iba a truncar todos sus sueños de gloria y a cortar su meteórica carrera militar y personal. Después de todo lo ocurrido en Flandes, y con sus predecesores uno muerto en servicio y el otro caído en desgracia, pocos éxitos podía augurarle el nuevo destino.

Desde la victoria de Lepanto, don Juan se encontraba en Italia como capitán general de las galeras de España, haciendo la guerra al turco en el mar Mediterráneo y con las miras puestas a conquistar Túnez y proclamarse rey de este territorio como le había sugerido el mismo papa, de quien tenía todo el apoyo y compromiso, en contra de los planes de Felipe II. El niño mimado del papa se dejaba seducir con sueños de grandeza para él mientras el rey se impacientaba al comprobar cómo don Juan desobedecía cada vez más sus órdenes y pretendía actuar por cuenta propia. Cuando le llegó la carta del rey que le instaba a dejar todo y «volar» inmediatamente hacia los Países Bajos para hacerse cargo del Gobierno, don Juan se resistió, intentando por todos los medios hacer cambiar de opinión a Felipe. Este le había ordenado que fuera desde Italia hasta Flandes sin pérdida de tiempo, pues las cosas allí estaban en tan lamentable estado de anarquía que cada minuto que pasaba se perdía más la esperanza de poder reconducir la situación. Era urgente que alguien retomara las riendas del Gobierno pero don Juan sabía perfectamente que su única esperanza de convencer a su hermano para que buscara a otra persona como gobernador de los Países Bajos era si hablaba con él cara a cara, poniendo en práctica todas sus dotes de seducción, por lo que, desobedeciendo las órdenes expresas del rey, don Juan se embarcó desde Italia rumbo a España en lugar de ir a Flandes.

Cuando se encontró con el rey en El Escorial, este le abrazó y le trató como el hermano que era, su único hermano varón; los rapapolvos ya se los había echado por carta. En ese encuentro privado, que no ha trascendido, se debió poner sobre la mesa lo que cada uno quería del otro: Felipe, que su hermano le representara en Flandes como nuevo gobernador, haciéndoles llegar a sus súbditos su ofrecimiento de paz y su disposición a darles todo lo que pidieran con tal de preservar

su autoridad y la fe católica como única religión; don Juan a cambio le pedía a su hermano que le apoyara en sus pretensiones de invadir Inglaterra, deponer a la reina hereje y liberar a María Estuardo, con la que se casaría y se convertiría en rey de Inglaterra. Las exigencias de don Juan apuntaban demasiado alto para un rey como Felipe II, que no veía con buenos ojos que su hermano bastardo tuviera tantas pretensiones. Si don Juan se convertía en rey de Inglaterra ya nunca más podría controlarle, y, aunque Felipe deseaba más que nadie que Inglaterra volviese al seno de la religión católica, lo quería hacer a su manera, no a la de don Juan. A Felipe en estos momentos no le quedaba más remedio que aceptar la propuesta de su hermano, pero en su fuero interno se guardaba un as en la manga para imponer su jugada cuando lo necesitara. De momento, la prioridad absoluta era terminar con el problema flamenco, y luego ya se vería cómo abordar lo de Inglaterra.

Don Juan viajó de incógnito a los Países Bajos por recomendación de su hermano, con la única compañía de su amigo Octavio Gonzaga, de la corte de Mantua. Para pasar desapercibido, se tiñó sus cabellos rubios de negro, simulando ser el criado morisco de su acompañante. Así recorrieron toda la geografía francesa de sur a norte hasta llegar a los Países Bajos. Cuando llegó por fin el 3 de noviembre de 1576, después de ocho meses de retraso, se produjo el desastre. Al día siguiente de su llegada, el ejército de Flandes, amotinado, harto de esperar su llegada y sus pagas, saqueaba la ciudad de Amberes, la más rica de los Países Bajos y una de las más ricas de Europa, la joya de la corona. «La Furia Española», término acuñado a partir de este terrible suceso, se ensañó con Amberes, saqueándola y cometiendo todo tipo de asesinatos y atropellos durante tres días y dos noches ininterrumpidamente. Murieron ocho mil personas y mil casas fueron destruidas e incendiadas. Este saqueo, junto con el de Roma justo al nacer Felipe II, ha significado un baldón más en la construcción de la leyenda negra antiespañola. El saqueo de Amberes situó nuevamente la solución al conflicto flamenco en la casilla de salida. Rompió todos los puentes de un posible acuerdo entre Felipe II y sus súbditos. La opinión pública en estas tierras era tan antiespañola que solo pedían que se marcharan lo antes posible. Tras el saqueo, se desató la revolución general. Los Estados católicos de Brabante pactaron y unieron sus fuerzas con los estados de Holanda y Zelanda, nominalmente ya calvinistas, y ofrecieron su ayuda ya de manera abierta a Guillermo de Orange, quien entraba triunfalmente en Bruselas, la capital de los Estados, aclamado como un nuevo rey.

Para colmo de males, Felipe II no tuvo más remedio que aceptar todas las condiciones que le impusieron los Estados Generales de los Países Bajos para

volver a su obediencia, entre las cuales estaba la retirada inmediata de todas las tropas de su ejército del territorio flamenco en un breve espacio de tiempo. Por el mal llamado Edicto Perpetuo —decimos mal llamado porque de perpetuo solo tuvo seis meses—, Felipe II se vio obligado a licenciar a todas sus tropas de los Países Bajos, enviándolas a Italia. Al coincidir con la firma de una tregua secreta de un año también con el turco, este período de seis meses —de febrero a agosto de 1577— fue el único período de paz que tuvo Felipe II en sus cuarenta y dos años de reinado. En cuanto a don Juan, la paz era justo lo último que anhelaba. Así, sin ejército y con todos en su contra, un soldado como don Juan, con su ardor guerrero, se desesperaba en los Países Bajos, viendo que su misión allí no tenía ningún sentido. El único sentido que tenía para él era como catapulta para conquistar Inglaterra y proclamarse rey. Pero ¿cómo lo iba a hacer si ni siquiera contaba ya con un ejército? La melancolía, rasgo típico de los Austrias que Don Juan heredó, empezó a hacer mella en su estado de ánimo.

Incendio del ayuntamiento de Amberes en 1576 durante el saqueo de las tropas españolas. Franz Hogenberg. El 4 de noviembre de 1576 la rica ciudad de Amberes era salvajemente asaltada y saqueada por el ejército de Flandes descontrolado tras pasarse amotinado varios meses por falta de pagas y sin cabeza visible que lo gobernara. El relevo del gobernador de Flandes se había demorado demasiado. Don Juan de Austria, que había sido nombrado por Felipe II para este cargo, no llegó hasta el 3 de noviembre, justo el día antes

del saqueo.

Pasado este corto período, Felipe II volvió a cambiar de opinión y mandó que regresaran sus viejos tercios a los Países Bajos de nuevo, con lo que la guerra se reanudó. El 31 de enero de 1578 don Juan volvía a sus tiempos de gloria con una sonada victoria contra el ejército de los Estados en Gembloux.

Como vemos, la nueva etapa de don Juan de Austria como gobernador de los Países Bajos no pudo tener peor comienzo, mucho más funesto aún que lo que le inspiraban sus más negros augurios. Para rematar su pesimismo, al poco de llegar, recibió, mediante su secretario Juan de Escobedo, las últimas instrucciones de su hermano el rey, por las cuales se desdecía de lo pactado un mes antes en El Escorial. Según su nueva opinión —que no era nueva, sino la que siempre había tenido en mente—, don Juan debía de tener en cuenta «las obligaciones en que nos meteríamos de començarse [la Empresa de Inglaterra] sin mucho fundamento y seguridad del buen suceso del, las dificultades que puede haber en conseguir este negocio y las grandes inconvenientes que podrían suceder de turbarse la Christiandad y el mundo todo». Le instaba a que se dedicara en cuerpo y alma a solucionar el gran conflicto que, desde hacía ya una década, se le había planteado a la monarquía católica, por cuanto, continuaba, «en ninguna manera se debe emprender este negocio hasta que lo de esos estados esté todo quieto y llano [...] pues sería un gran error dexar en peligro nuestros Estados por ir a emprender los ajenos». Don Juan pudo constatar lo que ya se temía desde un principio: que su hermano había estado disimulando su apoyo a la empresa de Inglaterra solo para persuadirle de que fuera a Flandes. Desde este momento, se propuso seguir con sus planes sin contar con su egregio hermano. Por su parte, Felipe, desde la distancia que los separaba, olfateó esta deslealtad y se propuso vigilar muy estrechamente todos los pasos de su hermano hasta pillarle en algún renuncio o, quién sabe si, incluso, en un acto de abierta traición. Sencillamente, no se fiaba de él.

EL DOBLE JUEGO DE ANTONIO PÉREZ Y FELIPE II PARA PILLAR *IN FRAGANTI* A DON JUAN

Para espiar y vigilar a su hermano, Felipe II contó con la ayuda inestimable de Antonio Pérez, su poderoso secretario, ahora en la cúspide de su poder. Pérez era hijo ilegítimo del anterior secretario que había tenido Felipe, un clérigo humanista, Gonzalo Pérez. Antonio había sido criado por Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, uno de los cortesanos más influyentes en la corte del Rey Prudente. Recibió una esmerada educación humanística y en leyes, que lo llevó a ejercer como secretario real. Viajó y estudió fuera de España, en Venecia y los Países Bajos. Era de modales y gustos más refinados incluso que los de sus rivales de rancia estirpe aristocrática en la corte, como el duque de Alba. Desde la muerte de su padrino Ruy Gómez, acaecida en 1573, Pérez se había convertido en la cabeza visible de la facción que antaño liderara este gran príncipe, más abierta al exterior, frente a la del duque de Alba, más cerrada en los únicos valores hispanos.

Pérez era un verso suelto en la corte de Felipe II: no era noble, pero actuaba como tal; era plebeyo, pero detentaba un gran poder dentro de la corte. Eso sí, era igual de altanero que los nobles, pero se distinguía de ellos por su extremada pulcritud, tanto en el vestir como en su aseo personal y en su característico gusto por los perfumes penetrantes, lo que delataba su baja extracción frente a los nobles de viejo cuño. Un enemigo de la corte, seguramente uno de los grandes nobles, se refería a él con desprecio como «demasiado curioso en el vestir, rico y odorífero». Era muy inteligente y sabía cómo adular para conseguir sus fines. Inmerso en un ambiente de religiosidad ascética como modelo de sociedad como era el que se respiraba en la corte, Pérez, que no estaba hecho para la santidad sino más bien para las intrigas palaciegas, para el hedonismo y para ganarse el reino en este mundo, tuvo que desarrollar un instinto de supervivencia que le llevó al engaño, al disimulo, a la extorsión. En fin, a ser maestro de todo un elenco de virtudes maquiavélicas que, si bien le sirvieron durante un período de su vida, al final acabaron por hacerle caer en desgracia. Tenía muchos enemigos en la corte, pero llegó a tener lo que cualquier noble más anhelaba: el favor absoluto de su monarca. Mucho más inteligente y capaz que el rey, supo conquistarle poco a poco y, lo más difícil de todo, lo que apenas nadie había conseguido, supo atraerse su confianza. Y esta cuestión es la que más nos sorprende a los historiadores: cómo un personaje de estas características, bastardo y de origen converso para más inri, consiguió ganarse la confianza del más suspicaz y desconfiado monarca que haya

existido. No solo consiguió la confianza del rey, sino también la de don Juan, quien ingenuamente creía que Pérez era su máximo valedor en la corte y que lo tenía de su lado para influir en el monarca a favor de sus descabellados proyectos. Consiguió hacerse con el rol de intermediario e interlocutor entre Felipe II y don Juan y logró tenerlos en la palma de su mano, jugando con ellos sin que se dieran cuenta. Solo puede haber una explicación a este enigma: Antonio Pérez fue maestro en explorar las debilidades humanas y, sin ningún reparo, explotarlas con el único afán de experimentar el poder de tener en sus manos a los hombres más poderosos de su tiempo. En Felipe II supo explotar su desconfianza creciente hacia su hermano, y su miedo a que este le hiciese sombra; en don Juan, su vanidad y ambición desmedida.

Antonio Pérez, por Alonso Sánchez Coello. Fundación Casa Ducal de Medinaceli, Hospital Tavera, Toledo. Antonio Pérez ha sido uno de los personajes más controvertidos de la historia. Su capacidad para la intriga le llevó a protagonizar uno de los episodios más oscuros en la vida de Felipe II, la del asesinato del secretario de don Juan de Austria, Juan de Escobedo. Antes de que delatara sus maquinaciones ante el rey, Pérez decidió que

Escobedo debía morir, y convenció al rey de que Escobedo era un peligroso sujeto para ambos, involucrando así al rey en su coartada.

Cuando don Juan de Austria empezó a dar muestras de querer actuar según sus propias decisiones, allá por el año 1574, estando aún en Italia, Pérez sugirió al rey que se le pusiese cerca a un hombre de su plena confianza para atarle corto. Al monarca le pareció una excelente idea, y fue nombrado para tal cometido Juan de Escobedo. Pero con lo que ni el rey ni Pérez contaban era con el gran poder de seducción de su rival, quien pronto se atrajo para sí a Escobedo, que poco a poco fue cayendo bajo su influjo para acabar haciéndose incondicional a la persona a la cual en un principio tenía que espiar para Pérez.

Mientras en Madrid Felipe II y su secretario preparaban la trampa para pillar a don Juan, este, infeliz en su retiro forzoso en Flandes, seguía confiando en que en Pérez tenía a un amigo fiel. El *modus operandi* para coger a don Juan *in fraganti* era el siguiente: en las cartas que Pérez dirigía a don Juan o a su secretario Escobedo solía incluir algunas frases que les dieran pie para criticar al rey, ya fuera por su política llevada a cabo en Flandes, por su abuso de poder, o por cualquier otro defecto del monarca. Es decir, que las cartas de Pérez criticando al rey se proponían animar a don Juan a escribir libremente al secretario con el fin de que desvelase su verdadera opinión sobre su hermano, así como sus auténticos planes de actuación, para que el rey los conociera. Todo ello se hacía, claro está, con la connivencia de Felipe II. «Se dispone de elementos de juicio —nos dice Parker— que indican que el mismo rey ordenaba a Pérez escribirlas y luego corregía el borrador antes de que su secretario las copiase de nuevo y firmase, como si fuera en privado». Pero es que, además, Pérez iba más allá: el correo que se recibía de Flandes solía venir cifrado, es decir, escrito en un código secreto que solo los secretarios de ambos interlocutores conocían y, en consecuencia, podían descifrar su contenido cuando llegaba a su destino. Está también demostrado que antes de mostrar las cartas de don Juan o de Escobedo a Felipe II, Pérez, quien tenía que reescribirlas después de ser descifradas para que este las pudiera leer, las modificaba, introduciendo los cambios que solo él estimaba pertinentes, «unas veces añadiendo y otras quitando muchas cosas sustanciosas». Lo sorprendente es que, para este engaño, Pérez había recibido también la conformidad de don Juan, como lo demuestra un párrafo de carta del secretario del rey al mismo: «algunas cosas de las que Vuestra Alteza me ha escrito a este propósito he mostrado a Su Majestad, quitando lo que me ha parecido, como tengo permiso de Vuestra Alteza para hacerlo».

Lo que no se imaginaba don Juan era que, antes de salir la respuesta de esta carta en la posta para Flandes, el rey la había leído y dado también su visto bueno. Para aclarar todo este embrollo, Gregorio Marañón, que ha sido hasta la fecha el mejor biógrafo de Antonio Pérez, concluye que «Antonio Pérez obtuvo el permiso de modificar los despachos cifrados, pero, sin duda, abusó de su permiso, contribuyendo así al engaño de que el rey fue víctima sobre los propósitos de don Juan». Así, Antonio Pérez estuvo jugando con los dos personajes reales durante un buen período de tiempo; en palabras de un cortesano, el conde de Luna: «entretuvo en balanza a ambas dos personas reales, fiándose cada cual que les decía lo que deseaba saber cada uno del otro, haciendo el oficio de espía doble». Hasta que un buen día, y sin avisar, Juan de Escobedo se presentó en la corte.

Una de las páginas más oscuras en la biografía de Felipe II es esta precisamente, la que hace referencia a su demostrada complicidad en el vil asesinato del secretario de don Juan de Austria, Juan de Escobedo.

La repentina visita del Verdinegro, que era el apodo que Felipe II y Pérez habían creado para referirse a Escobedo en clave, incomodó enormemente tanto al rey como a su secretario. Escobedo había hecho el viaje desde los Países Bajos a Madrid dispuesto a destapar el pastel, y eso Antonio Pérez no lo iba a permitir.

Pérez y Escobedo eran «almas gemelas». Los dos provenían de una casta de baja hidalguía, pero con un ímpetu irrefrenable por llegar a lo más alto, al nivel de los grandes nobles del reino. Para conseguirlo se habían valido de todos los medios a su alcance, pero, sobre todo, se habían valido el uno del otro. Su aparente amistad se basaba solo en el interés mutuo para alcanzar sus fines, y los dos los habían conseguido, uno al lado del monarca más poderoso del mundo, y el otro al lado de la persona que irradiaba más popularidad. Pero Pérez había logrado posicionarse en un escalón por encima de Escobedo, de manera que las pretensiones de este tenían que pasar obligatoriamente por la aquiescencia del secretario real. Pérez, a su vez, estaba en manos de Escobedo debido a la cantidad de secretos que habían compartido y conocía este de aquel, algunos de los cuales, por ser considerados de alta traición contra su soberano, si eran desvelados le llevarían irremisiblemente a su perdición. Los dos conocían perfectamente las debilidades del otro, y los dos habían mantenido la farsa de la duplicidad mientras les beneficiaba a ambos. Pero Escobedo, después de comprobar que Pérez había estado jugando con él y que no tenía ninguna intención de favorecer las pretensiones de su señor para convertirse en rey de Inglaterra ni, por ende, las suyas propias, pues ya se veía actuando como primer ministro en el nuevo reino, decidió romper la baraja de manera tajante. No sabemos con exactitud cuál era la naturaleza de esos secretos. Tradicionalmente se ha supuesto que Escobedo pilló *in fraganti* a Pérez acostado con la princesa de Éboli, aquella viuda de Ruy Gómez que solo vivía para la intriga y para fomentar enredos. Pero esta hipótesis no tiene la consistencia suficiente como para que Pérez arriesgara tanto por tan solo un lío de faldas. Otra acusación más grave —esta sí que sería delito de lesa majestad— sería la de que tanto Pérez como la princesa, quienes es verdad que fueron uña y carne en la intriga política, vendieron secretos de Estado a los enemigos de Flandes. Cuando Antonio Pérez vio el peligro cierto de que Escobedo iba a traicionarle y desvelar ante el monarca

todas sus maquinaciones, no dudó en que tenía que eliminarlo. Y aquí entraría la complicidad del rey, a quien utilizó, una vez más sin ningún escrúpulo, como pantalla protectora para cometer su iniquidad.

Aunque Henry Kamen pretenda exculpar a Felipe II diciendo que «no hay pruebas de los cargos posteriores que Pérez hizo al rey, de haber actuado por indicación suya», para Geoffrey Parker «Escobedo había sido asesinado por orden del rey, y el hecho había sido organizado por Antonio Pérez». A su vez, Gregorio Marañón opinaba:

> De este proceso resulta, por modo irrebatible, la complicidad de Felipe II en la ejecución. Bastaría para probarlo el famoso papel que el rey envió al juez Rodrigo Vázquez para que se le leyera a Antonio Pérez antes del tormento, papel en el que dice a su antiguo secretario, que él, Pérez, «sabe muy bien la noticia que yo tengo de haber él hecho matar a Escobedo y las causas que me dijo que había para ello», con lo que queda probado que sabía que le iban a matar, que lo consintió y que, después, siguió tratando con la misma intimidad, sin reproches, al ejecutor.

Antonio Pérez no tuvo que esforzarse mucho para convencer al rey de que Escobedo era un peligro para la seguridad del Estado y de su política en los Países Bajos. Felipe II estaba ya convencido de que la desmedida ambición de su hermano contravenía sus planes de pacificación en los Países Bajos y le empujaba a una guerra incierta con Inglaterra de cuyo éxito no tenía la seguridad, como se demostró diez años más tarde. La labor de Pérez en estos días previos al asesinato de Escobedo fue la de convencer al rey de que era este, con su impetuosidad, quien estaba atizando en don Juan tantos delirios de grandeza que estaban poniendo en serio peligro a su monarquía, y que solo con su desaparición se pondría fin a los desvelos de Felipe, con lo que el monarca acabó por dar su consentimiento al asesinato. Después de todo, los tejemanejes en los que él había participado junto a su secretario contra su hermano le pondrían también en evidencia si Escobedo los revelaba.

Cabría preguntarse, no obstante, y a riesgo de parecer ingenuos, aunque no parece justo no planteárselo, si podría haber una segunda explicación para las maquinaciones de Antonio Pérez, y es una posibilidad que pocas veces se ha visto manifestada, incluso en los más prestigiosos trabajos de los más grandes historiadores. Esta otra versión de los hechos sería la de que quizá Antonio Pérez fuera un pacifista *avant la lettre*, y que la motivación que le llevó a todo este embrollo

que acabamos de explicar fuera mucho más altruista de lo que tradicionalmente se le ha achacado: la solución pacífica al conflicto flamenco. Si como todo parece apuntar tanto don Juan de Austria como su secretario Escobedo hicieron todo lo posible para dinamitar un posible acuerdo de paz entre los rebeldes flamencos y Felipe II, acuerdo que hasta el propio monarca estuvo a punto de aceptar, por lo menos con los más moderados, y teniendo en cuenta que tanto el hermano del rey como su secretario eran de la opinión contraria a la paz, más bien demostraron siempre ser partidarios de una vuelta a la política más belicista de los tiempos del duque de Alba como única solución al problema, es muy posible que Pérez, con su diestra manipulación, lo que pretendiera fuera crear una mala imagen de ellos ante Felipe II para que nombrara a otra persona en su lugar como nuevo gobernador de los Países Bajos y salvar así lo que de otra manera parecía imposible. Los escritos de teoría política que más tarde, al final de su vida y desde su exilio en París, nos han quedado de Pérez avalan esta teoría de que fue una persona con una mentalidad distinta a la del resto de sus compatriotas, en la que su visión de la política carecía por completo del extremismo religioso que caracterizó a la política filipina, y que propugnaba una solución al conflicto religioso mucho más tolerante y desapasionada.

Hoy podemos ver en una placa del ayuntamiento que recuerda el lugar, un callejón entre la calle Mayor y la calle Bailén, donde cayó asesinado Juan de Escobedo el 31 de marzo de 1578. En un principio, Felipe II concibió el asesinato de Escobedo como un mal menor, exigido por la razón de Estado para salvar su monarquía, por lo que su conciencia estaba tranquila. Un proceso en condiciones para dirimir la culpabilidad de Escobedo estaba descartado, ya que esto hubiera alertado a don - don - y, dado su conocido carácter impetuoso, quién sabe qué medidas unilaterales hubiera adoptado. No cabía otra solución que el asesinato judicial, al igual que se había llevado a cabo con el barón de Montigny. Primero se intentó mediante el veneno, que era la mejor manera de ocultar el rastro del crimen así como las huellas de los culpables.

El primer intento se produjo en la casa de campo que Antonio Pérez tenía a las afueras de Madrid, La Casilla. Pérez invitó a Escobedo a cenar en su casa junto con otros comensales, como lo había hecho otras muchas veces al ser, si no amigo como ya hemos visto, sí estrecho colaborador de don Antonio en numerosos asuntos de alta política.

> Cada vez que Escobedo pedía de beber, traía Enríquez (un criado de Pérez) su copa, se paraba con disimulo a hablar con Martínez (mayordomo de Pérez) en el antecomedor y vertían en el vino «como una avellana» del agua mortífera, que el mayordomo llevaba escondida en una redoma.

Pero ante el estupor de su verdugo, Escobedo no dio ni la más mínima muestra de encontrarse mal; terminada la reunión, se fue a su casa tan tranquilo, a pesar de que la cantidad de veneno que le habían suministrado era suficiente como para matar a un caballo, pero no a un robusto montañés de Colindres, para más señas, como era Juan de Escobedo. Cuatro días después se hizo un nuevo intento. Esta vez la víctima fue a comer a la casa donde vivía Pérez en la plaza del Cordón. «A cada comensal se le dio una escudilla de nata o de leche, y en la de Escobedo se añadieron "ciertos polvos como de harina", seguramente solimán o arsénico». Pérez estuvo extremadamente nervioso toda la comida, temiendo que sus criados se equivocaran y sirvieran el plato envenenando a alguno de sus hijos. Esta vez, para mayor seguridad, además del veneno en la comida se le suministró a Escobedo también en su copa de vino la misma «agua venenosa» de la vez anterior. En esta ocasión, la ponzoña sí que hizo mella, aunque no lo suficiente como para

acabar con la vida del Verdinegro. «Tuvo grandes dolores y vómitos, no quiso seguir comiendo y se retiró a su casa, donde hubo de guardar cama varios días». Pero lejos estaba de sospechar ningún intento de asesinato por parte de su anfitrión, quien, en un acto sublime de cinismo, le iba a visitar a su lecho de enfermo, fingiendo preocuparse por su salud. Este segundo fracaso no arredró al obstinado homicida, sino que, estando Escobedo en su casa convaleciente, Martínez, el mayordomo de Pérez, a quien le había encargado la desagradable tarea de eliminar a su enemigo, se puso en contacto con el cocinero de Escobedo, a quien sobornó para que echara doble ración de veneno en el caldo que este le cocinaba para que mejorara de su indisposición. Como cabía esperar, Escobedo no mejoró, sino que se puso mucho peor, pero aun así no se moría ni a tiros, de tal fortaleza debía de ser su naturaleza. Esta vez sí descubrieron que estaban intentando envenenarle, pero, curiosamente, el foco de atención recayó en una infeliz esclava morisca, a quien acusaron de intentar asesinar a su señor, y fue condenada y colgada de una soga.

Visto que no había manera de matar a Escobedo por medio del veneno, Pérez, ya muy nervioso, se resolvió por asesinarle de la manera más expeditiva. Con sus contactos en los bajos fondos, Pérez consiguió reunir a un grupo de seis facinerosos para cometer el crimen.

Aquella tarde del 31 de marzo, lunes de Pascua (seguramente Felipe II tendría remordimientos de conciencia por haber sido un día tan sagrado para la religión católica el elegido para cometer el crimen), Escobedo salía del palacio de doña Ana de Mendoza, princesa viuda de Éboli, con quien había pasado largo rato hasta que anocheció. Era esta zona muy transitada por estar al lado de palacio y de las casas de los nobles más importantes del reino, por lo que el asesinato se tuvo que realizar a la vista de varios testigos. «Iba Escobedo a caballo, "pensativo, acompañado de alguno de los suyos y precedido de antorchas". Al atravesar la callejuela del Camarín de Nuestra Señora de la Almudena, que daba paso a la calle Mayor, aprovechando sin duda un momento de soledad, los tres asesinos atacaron al grupo, y uno de ellos llamado Insausti, atravesó a Escobedo con su espada de parte a parte, derribándole de la cabalgadura». Subieron el cuerpo a la casa vecina, donde acudieron los médicos, pero solo para certificar su muerte. No tuvo tiempo ni para confesar. Los asaltantes salieron huyendo en direcciones opuestas, aunque dos de ellos fueron retenidos por el valiente populacho; forcejearon para desasirse de ellos y escapar, dejando como prenda sus capas y un estoque de la marca de Castilla como pruebas incriminatorias. Pérez les proporcionó un salvoconducto real

con el que pudieron eludir a la justicia y escapar a Aragón para ponerse a salvo, como haría él mismo años después.

Con la alta protección y, sobre todo, complicidad con la que contaba Pérez, parecía que su crimen quedaría totalmente impune. Pero no contaba con los sucesos que se iban a desarrollar a continuación.

El primero de octubre de ese mismo año de 1578 moría don Juan de Austria en Namur, en los Países Bajos, víctima de un tifus; aunque se ha especulado mucho sobre si fue también envenenado por mandato de Antonio Pérez, parece que esta vez fue de muerte natural. Aunque don Juan era joven, tenía tan solo treinta y tres años, había entrado desde hacía tiempo en un proceso de mala salud en el que se juntaban la sífilis, que habría cogido durante su época de «Don Juan» por Italia, almorranas, una negra depresión y un brote de epidemia de tifus que se había originado en el campamento donde permanecía recluido con sus soldados en Namur y que fue lo que le dio la puntilla. Don Juan fue muy llorado por sus hombres de armas, quienes le rindieron unos honores en sus pompas fúnebres dignos de un césar romano, como digno heredero del emperador Carlos V. Antes de morir dejó como sucesor a su buen amigo Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, quien continuó la ardua labor guerrera en los Países Bajos pero con un resultado sorprendentemente favorable para España, mucho más que el de cualquiera de sus predecesores, hasta el punto de que se puede pensar que hubiera ganado la guerra si no se hubiera entrometido por medio la reina Isabel I de Inglaterra, quien, temerosa del omnímodo poder de España, viendo que su victoria en Flandes estaba cercana, decidió actuar de manera abierta en ayuda de los rebeldes.

Los restos de don Juan fueron traídos a España de incógnito, por tierra, atravesando Francia en tres cajas para no levantar sospechas, por lo que el cadáver tuvo que ser seccionado en tres partes para luego volverlas a unir. Con él también se trajo su correspondencia más secreta. Es muy significativo que justamente cuando estos papeles llegaron a Madrid, a principios de 1579, es cuando la actitud de Felipe II hacia su secretario empieza a cambiar. Es muy probable que, leyendo esta correspondencia, el rey se hiciera cargo, por fin, del engaño del que habían sido víctimas, tanto él como su hermano, a manos de Antonio Pérez. Fue su otro gran secretario, Mateo Vázquez, quien a finales del año 1578 abrió la caja de Pandora, acusando abiertamente a Pérez del asesinato de Escobedo e instando a su soberano a que iniciara una investigación a fondo sobre el caso, sin saber que estaba induciendo al mismo ejecutor a que se delatara a sí mismo. Felipe II guardó cautela de momento, pero se ve que, ante la evidencia de haber sido burlado por Pérez

de una manera tan ignominiosa y abiertamente traidora hacia su persona real, decidió actuar, pero de forma disimulada, como era su habitual manera de proceder. Siguió manteniendo a Pérez como su colaborador y despachando los asuntos de Estado como si nada para no levantar sus sospechas, pero, a la vez, llamó de nuevo a un viejo colaborador fiel de su política que había sido destituido hacía muchos años y enviado a Italia, el cardenal Granvela, para que sustituyera a Pérez. Primero intentó comprar a su secretario, ofreciéndole un puesto diplomático respetable en el extranjero o un retiro lucrativo, para alejarlo de las murmuraciones. Pero, sorprendentemente, Pérez los rechazó. El mismo día que Granvela llegaba a Madrid, Antonio Pérez y su cómplice, la princesa de Éboli, fueron arrestados.

3 La independencia de los españoles solo la alcanzarían las provincias del norte de los Países Bajos al acabar la guerra y firmarse el Tratado de Westfalia-Münster en 1648, dando lugar a lo que se llamó las Provincias Unidas de los Países Bajos, la futura Holanda. El sur, lo que más tarde se conocerá como Bélgica, aún tendrá que esperar hasta el siglo XIX para conformar una nación independiente.

«El más poderoso señor y rey que en el mundo haya»

Esta frase de fray Hernando del Castillo resume muy bien la imagen que proyectará Felipe II a partir de que se convierta en rey de Portugal: la de un monarca que se había erigido en señor del mundo. Para los españoles era un orgullo, al ser testigos, súbditos y en parte cómplices de esa gesta inédita en la historia y que nunca nadie hubiera podido imaginar: que el rey de España se convirtiera en «el más poderoso señor y Rey que en el mundo haya, enseñoreare el mar Océano del Norte y del Sur, que es lo que redondea la redondez del mundo poblado y despoblado». En cambio, para los enemigos de Felipe II, de España y del catolicismo en general, esta dimensión planetaria que estaba alcanzando el rey de España era muy preocupante.

Retrato de Felipe II. Sofonisba Anguissola. Museo del Prado, Madrid. Este es el retrato más universalmente conocido de Felipe II. El que ha marcado su iconografía más clásica. En 1580, con la anexión de Portugal y todas sus colonias, el reinado de Felipe II alcanzará su cénit. A partir de ahora ya vestirá de negro casi siempre, con el único adorno del Toisón de Oro, como símbolo de su dinastía y de su poder, lo que le daba ese aire tan grave pero tan

elegante a la vez.

Al comenzar la década de los ochenta, Felipe II, a sus cincuenta y dos años, se había convertido en un rey poderoso y temible. En esta década, Felipe II llegará al cénit de su reinado. Se deshizo de sus enemigos, como hemos visto, pero aún tendrá que hacer frente a dos que serán gravemente perjudiciales para la estabilidad de su monarquía: Guillermo de Orange e Isabel I de Inglaterra. Ambos estarán en su punto de mira como los dos enemigos principales por batir.

A partir de esta fecha, se nota claramente un cambio de rumbo en la nave de la monarquía: el foco va a pasar del Mediterráneo al Atlántico. Varias causas originaron este cambio: en primer lugar, desde 1577 se había firmado una tregua con el turco de manera oficiosa, pero que será renovada cada año hasta por veinte años más. Sencillamente, el turco había dejado de ser una prioridad en la agenda de problemas de Felipe II. En su lugar, se había impuesto el conflicto flamenco, que es el que realmente estaba consumiendo todos los recursos de la monarquía, tanto humanos como económicos. La segunda causa por la que se dio este viraje en la política del Rey Prudente va a ser la anexión de Portugal y de su vasto imperio a la monarquía española, con Lisboa, ciudad atlántica por antonomasia, como uno de los ejes de la política comercial y estratégica. La tercera causa será Inglaterra, ese enemigo latente, que en esta década se revelará ya a cara descubierta como el principal rival de la monarquía española.

Con la anexión de Portugal, España adquirirá un poder más que inquietante para sus enemigos, más aún si cabe del que ya tenía tanto para Isabel de Inglaterra como para Guillermo de Orange, e incluso para el cristianísimo rey de Francia; la dimensión global de la monarquía filipina, así como su creciente influencia en buena parte de Europa, les hacía temer más que nunca por su seguridad y estabilidad. Tras la unión con Portugal parecía que nada ni nadie iba a poder parar al que ya era el amo del mundo, que no tendría dificultad en acabar con ellos e imponer en sus territorios su orden, su religión y su ideología ultraortodoxa, más aún en una Europa tan convulsa y dividida por la cuestión religiosa como era la que se debatía en estos momentos, en la cual, por primera vez, la lealtad a la religión de cada cual era más importante que la lealtad a su monarca. Así se daba la paradoja de que muchos de los más fieles y leales a Felipe II eran ingleses católicos, que estaban dispuestos a traicionar a su soberana con tal de que se restaurase el catolicismo en su país. Asimismo, muchos católicos franceses veían a Felipe II como a su salvador frente a su monarca, que no se enfrentaba definitivamente contra los

hugonotes. Por el contrario, estos mismos hugonotes franceses estaban dispuestos a traicionar a su país y a su rey esperando que la reina de Inglaterra los ayudase. Así que no se puede decir que los enemigos de Felipe II fueran Inglaterra o Francia; sí sus gobiernos, pero no todos sus habitantes, pues muchos franceses, ingleses y europeos en general veían a Felipe II como a su benefactor y esperaban mucho de él; esperaban, sobre todo, que acabara para siempre con el protestantismo en Europa, y estaban dispuestos a colaborar con él por esta causa. Los enemigos habían dejado de ser los reinos para ser los correligionarios contrarios, fueran de la misma nación o de otras. Es comprensible por tanto que, con este panorama europeo en el que reinaba la turbadora sensación de que el enemigo podía estar dentro de casa, el miedo y la inseguridad se apoderaran de sus habitantes de una manera paranoica y angustiosa.

En este clima de guerra civil latente y a la vez abierta que reinaba en Europa, en la que los ánimos estaban tan exacerbados que cualquier excusa podría originar una matanza en la que nadie, ni siquiera los monarcas, y ellos menos que ninguno, estaba seguro, pues temían a cada momento una bala asesina, un puñal o una flecha lanzada desde cualquier lugar (el regicidio se convirtió en una práctica habitual por estas fechas: Guillermo de Orange, María Estuardo, Enrique III y IV de Francia cayeron víctimas de atentados o asesinatos políticos, el mismo Felipe II sufrió hasta siete intentos frustrados, y no digamos nada de Isabel I, la que más atentados sufrió), el ambiente de inseguridad que se instaló hacía ver a cualquiera como a un potencial enemigo. En esta Europa de finales del siglo XVI, los agentes secretos, los espías y los dobles espías, disfrazados o a cara descubierta, no descansaban, y los complots estaban a la orden del día, complots en los que la figura de Felipe II siempre estaba flotando, para unos como el demonio por el cual se urdían, para otros como el defensor que vendría a liberarlos de la tiranía de sus propios soberanos. La larga y negra figura del rey de España, en connivencia con el papado, que también había pasado a la ofensiva por estos años, debía parecer insoportablemente amenazante para los protestantes, quienes estaban en minoría y no contaban con un aparato estatal y armamentístico tan grande. Todas sus esperanzas estaban puestas en Guillermo de Orange, a quien veían como el héroe que mantenía en jaque al coloso español con tan solo un puñado de ciudadanos que habían tenido que cambiar sus modestas labores de artesanos, comerciantes o campesinos por la de soldados; pero sobre todo, miraban a aquella mujer, la reina de Inglaterra, que era la única que podría pararle los pies al todopoderoso Felipe II. Sin embargo, la partida que se jugaba entre católicos y protestantes parecía

tremendamente desigual a favor de los primeros a comienzos de esta década, en la que el poder de España llegó a su punto máximo en su historia, más aún que en tiempos de Carlos V, pero en la cual, por increíble que parezca, también empezó su derrota y su decadencia.

En Portugal reinaba don Sebastián, un muchacho rubicundo, pálido, melancólico y con expresión parada, muy propia de los Austrias. Aquel niño al que su madre, la reina doña Juana, hermana de Felipe II, había abandonado al nacer para volverse a la corte española tras enviudar del rey João III, se había convertido en un joven excéntrico, solitario, ultrarreligioso rayando en lo paranoico, pero con unos ideales románticos de querer volver a los tiempos de la caballería andante. En lugar de dedicarse a gobernar su vasto imperio, don Sebastián prefería soñar, junto con un grupo de nobles afines a su romanticismo, que él era un rey de novela de caballería y ellos, sus fieles seguidores, quienes le secundarían algún día en pos de alguna gesta épica que quedaría grabada para siempre en letras de oro en los anales de la caballería andante. Una especie de don Quijote regio lusitano.

Rey don Sebastián de Portugal, por Cristóbal de Morales. Convento de las Descalzas Reales, Madrid. El rey don Sebastián fue el último monarca luso de la dinastía Avis. Hijo de la hermana de Felipe II, la princesa doña Juana, al morir sin descendencia en la batalla de Alcazarquivir en el norte de

Marruecos, el 4 de agosto de 1578, el trono portugués fue a parar a su tío, Felipe II, quien acumulará el mayor imperio colonial hasta la fecha.

Don Sebastián ideó en su atolondrada cabeza una cruzada contra el rey de Fez en Marruecos para mayor gloria de la religión católica y, por ende, de sí mismo. Una aventura que no tenía ni pies ni cabeza, ni estaba justificada por ninguna razón de Estado ni estratégica que no fuera la consecución de los ideales caballerescos de su promotor, quien arrastró con él al desastre a toda la nobleza portuguesa. En la Navidad de 1576, don Sebastián, a petición suya, y su tío, el rey don Felipe de España, tuvieron un encuentro en el monasterio de Guadalupe, en Extremadura, cercano a la frontera portuguesa, para conocerse. Aquí, Felipe II tuvo la oportunidad de intentar disuadir a su sobrino de su alocado proyecto, haciéndole ver que no consideraba su idea de ir a combatir a los moros del norte de África ni siquiera como un servicio a Dios y, en cambio, veía demasiados riesgos en esta empresa, especialmente el de que dejara el trono de Portugal sin sucesor si él caía en la batalla. Don Sebastián no hizo ni caso de los sabios consejos de su veterano y prudente tío; él solo había ido a Guadalupe para que el rey de España le prestara su apoyo en dinero y soldados para su proyecto.

El 4 de agosto de 1578 se produjo la gran derrota de la expedición portuguesa en la llanura de Alcazarquivir, en el norte de Marruecos, entre Arcila y Larache. El ejército bereber del rey Abd al-Malik masacró literalmente al ejército portugués, mal pertrechado, peor organizado, y bajo un sol implacable y una temperatura que superaba los cuarenta grados. La flor y nata de la nobleza portuguesa perdió la vida en la batalla, y el ejército bereber se cobró diez mil prisioneros. Lo más sorprendente de esta mítica batalla es que, del rey don Sebastián, que tenía veinticinco años, nada más se supo. Se cree que murió también, como la mayoría de sus jóvenes acompañantes nobles, pero nunca se encontró su cuerpo. Este hecho vino a conformar lo que se ha dado en llamar el *donsebastianismo*, un fenómeno mesiánico lusitano por el que se cree que algún día volverá el animoso rey don Sebastián para acabar con la postración de esa gran nación que es Portugal, poniendo fin a todos sus sufrimientos.

A don Sebastián le sucedió en el trono de Portugal por unos meses su tío abuelo, el anciano cardenal don Enrique, quien pronto le acompañará a la tumba. No había después de él ningún otro heredero más cercano al trono portugués que el rey Felipe II de España, quien, recordémoslo, era hijo de Isabel de Portugal, abuela a su vez de don Sebastián por parte de madre, por lo que no le quedó más remedio

que tomar para sí este reino bajo su ya enorme corona, reuniendo a los dos más grandes imperios que existían en esos momentos: el español y el portugués, y extendiendo sus dominios a los cinco continentes, algo nunca visto hasta la fecha por ningún otro monarca de la historia. Portugal sería, a partir de este momento, una de las joyas más valiosas de la monarquía hispánica, y Felipe II señor de lugares tan exóticos y alejados entre sí como Pernambuco en Brasil, Mombasa en África o Goa en la India.

A pesar de que no había ninguna duda de que solo a Felipe II correspondía la sucesión a la corona portuguesa, se vio obligado a entrar en su nuevo reino escoltado por un poderoso ejército al mando de un septuagenario duque de Alba, el cual había sido rehabilitado para la ocasión, tras su caída en desgracia después de lo de Flandes. A pesar de que la mayor parte de la nobleza y el clero portugués era favorable a la causa del monarca español para el trono luso, no todos los portugueses eran de la misma opinión: existía una pequeña oposición de quienes no querían formar parte de España encabezada por un personaje de la casa real portuguesa, pero bastardo, el príncipe don Antonio, prior de Crato. Lisboa y Setúbal ofrecieron resistencia y, como era habitual ya con el duque de Alba, cuando entraron las tropas españolas estas ciudades fueron salvajemente saqueadas. El pretendiente huyó a las islas Azores, desde donde se hará fuerte con la ayuda tanto de Francia como de Inglaterra, y resistirá allí hasta ser desalojado por el nuevo almirante de la mar océana, don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, en la batalla naval de Terceira, en 1583, frente a un combinado de portugueses, flamencos y franceses. Don Antonio se convertirá en un nuevo Guillermo de Orange a la portuguesa, resistirá hasta el final a su oponente en el trono, y se aliará con sus enemigos.

Cuando todo estuvo pacificado, el rey fue jurado por las cortes portuguesas en Tomar y se trasladó a Lisboa, donde permaneció con su corte durante casi tres años con el fin de que sus nuevos súbditos se familiarizaran con él y, así, afianzar más su popularidad en su nuevo reino.

Ahora más que nunca Felipe va a volcar todas sus energías en erradicar el protestantismo, en cuya causa iban también implícitos los mismos intereses de su monarquía. El momento era propicio: descartado el problema turco, tenía las manos mucho más libres para centrarse en su guerra particular contra los rebeldes flamencos; oponerse al pérfido régimen de Isabel Tudor, tan perjudicial a sus intereses; y evitar también que en la guerra civil religiosa que se libraba en la vecina Francia desde hacía ya dos décadas triunfara el bando protestante o hugonote. A estas tres causas dedicará el resto de su vida. Además, desde 1577, cuando se puso en práctica un nuevo sistema de amalgama de mercurio para extraer la plata de las minas americanas, se notó un gran aumento en la afluencia de este metal al puerto de Sevilla, que verá comenzar su verdadera edad de oro, por lo que pudo contar también con más recursos económicos que antes. En su lucha, Felipe va a utilizar todos los medios que tenga a su alcance: no solo la fuerza bruta de sus ejércitos, sino también otra más sutil y menos costosa: la fuerza de la inteligencia, entendida esta como los servicios secretos, es decir, intentar derrotar a sus enemigos no de manera directa, sino mediante subterfugios, disimuladamente, por medio del complot, del asesinato político de altos dignatarios, del sabotaje, comprando voluntades de los ministros más cercanos a sus enemigos, sobornándolos para sonsacar información, etc. Felipe II organizó una red de agentes y espías que trabajaban para él en todas las cortes de Europa. Este era el otro ejército, el invisible, en el cual parece que confiaba más que en el de los Tercios y, encima, era mucho más barato.

Emblema del libro de *Iconología, de Cesare Ripa (1593), en el que se representa a un espía en el siglo* XVI. La figura está llena de simbología: las orejas y ojos pintados en el capote significan la labor de ver y oír del espía, mientras la figura se emboza para no ser reconocida. El farol que ilumina el camino es la luz que el espía proyecta sobre la oscuridad de los secretos de los enemigos, mientras el perro rastrea las pistas, todo buen espía necesita un colaborador. Finalmente, las alas de los pies, a modo del dios Mercurio, el mensajero de los dioses, significa la otra labor del espía: una vez recabada la información, debía de ser inmediatamente enviada por correo a su amo para que la estudiase.

Esta red de espías, delatores, agentes secretos e informadores oficiosos trabajaban en la sombra, unas veces a sueldo, otras, por puro interés personal de colaborar por la causa católica. Se ha discutido mucho si Felipe II fue o no un rey maquiavélico. Hemos podido comprobar ya cómo en numerosas ocasiones su actuación dejó mucho que desear desde el punto de vista ético y moral, aunque sus defensores aleguen que se vio obligado a actuar así por motivos de razón de Estado. Aunque así fuera, esta sería la máxima expresión de la política maquiavélica que muchos de los más grandes monarcas y estadistas de la historia han practicado, y Felipe II no iba a ser menos. Aunque las enseñanzas de Maquiavelo estuvieran totalmente proscritas por la Iglesia católica de su tiempo, si «el fin que

justificaba los medios» era en beneficio de la religión entonces eran bienvenidas. No es que Felipe II fuera un entusiasta del político florentino, más bien lo reprobaba, pero este tipo de guerra encubierta iba más con su carácter. Además, esta coyuntura de conflicto religioso por la que estaba atravesando Europa, que ha sido comparada con la Guerra Fría del siglo XX, era un momento propicio para esta actividad, que floreció como nunca hasta la fecha y fue considerada la primera Edad de Oro del espionaje. A partir de esta década de los ochenta, los espías y agentes secretos de cualquier color ideológico o religioso iban y venían recorriendo toda Europa, arriesgando sus vidas. No hubo complot en la Europa de estos años en el que no se vislumbrara detrás la sombra de Felipe II. Este monarca estuvo detrás de los atentados a Guillermo de Orange, del complot de Babington para asesinar a la reina de Inglaterra y a todos sus ministros, del acuerdo secreto con el duque de Guisa y su liga católica francesa para luchar contra los hugonotes franceses y, de paso, minar la autoridad del rey Enrique III de Francia, etcétera.

En aquella época, igual que hoy, la información era fundamental para ganar una guerra. El que antes se hiciese con alguna revelación vital antes estaría en situación de asestar el primer golpe. Por eso, los monarcas del siglo XVI se afanaban por extraer la mayor información posible de sus vecinos, ya fueran amigos o enemigos. La amplia red de embajadores que Felipe II mantuvo en las distintas cortes europeas estaba destinada a proporcionar al rey el mayor cúmulo de información posible de todo cuanto aconteciese en esos reinos, desde el detalle más nimio hasta lo más importante. Felipe II tuvo fama de ser el monarca mejor informado de su tiempo. Se puede decir que un embajador o diplomático en una corte extranjera era, en pleno siglo XVI, sinónimo de espía. Y eran estos los encargados de mantener a su vez una red de informadores secretos y delatores en dichas cortes, a quienes solían comprar con cuantiosos sobornos que corrían por cuenta de las arcas del Estado. Cuanto más alto fuera el personaje al que se consiguiera sobornar, mejor era el premio y más jugosa la información que de este se podía sonsacar. Así, el embajador de Felipe II en Inglaterra, don Bernardino de Mendoza, uno de los más hábiles en esta tarea de sobornar a altos cargos, consiguió atraerse mediante el soborno a sir James Croft, un ministro del Consejo Privado de la reina, a cuyas deliberaciones sobre asuntos sensibles para la seguridad de su reino solía asistir, para luego pasar la información al embajador español. Más tarde, ya como embajador en Francia, Mendoza consiguió que el embajador inglés en París, sir Edward Stafford, le pasara información en un momento tan crucial como los meses anteriores a que partiera la Gran Armada contra Inglaterra. Con estos excelentes

colaboradores, Felipe II podía conocer los puntos débiles de sus enemigos, sus planes de ataque antes de que se produjeran, y asimismo él también podía ayudar a los conspiradores a asestar el golpe definitivo que acabara con los dirigentes que le hacían la guerra, ya fuera la reina de Inglaterra, Guillermo de Orange o el rey de Francia.

En estos métodos basó su estrategia para intentar acabar con sus enemigos, sin necesidad de declarar abiertamente una nueva guerra, siempre tan costosa desde el punto de vista de sus limitados recursos económicos. Con Guillermo de Orange lo consiguió, con Isabel I, en cambio, su estrategia se volvió en su contra, y fue ella quien lo destruyó a él.

En 1581, Guillermo de Orange publicaba su famosa *Apología contra el rey Felipe II*, en la que se vierten innumerables mentiras y bulos sobre el monarca español, como el de que había ordenado asesinar en prisión a su hijo el príncipe don Carlos, y después envenenar a su tercera esposa, la reina Isabel de Valois, por haberle traicionado al haber mantenido ambos una relación amorosa a sus espaldas. Como este, la inmensa mayoría de libelos que se cuentan en esta *Apología* son falsos, y no tenían otro fin más que desacreditar a la figura del monarca español ante la opinión pública mundial. Se trata de un documento magistral desde el punto de vista de la propaganda, pues sigue teniendo vigencia incluso hoy en día, tras más de cuatrocientos años, pero deleznable desde el punto de vista del rigor histórico y de la verdad. La guerra propagandística la perdió Felipe II desde el principio. Además de lanzar su *Apología* a la imprenta, a partir de este momento Guillermo de Orange se declaraba totalmente desligado de su compromiso de acatamiento como vasallo del rey de España, usurpándole a Felipe II su legítima autoridad sobre los Países Bajos.

Ante este desafío y deslealtad sin retorno, Felipe II declaró a Guillermo de Orange fuera de la ley y puso precio a su cabeza. Como hemos visto, el asesinato político era una de las formas preferidas de deshacerse de los enemigos que tenían los monarcas del siglo XVI, especialmente Felipe II, quien desde hacía tiempo venía rumiando esta treta como una de las soluciones al conflicto flamenco.

Guillermo de Orange sufrió hasta tres atentados antes de caer definitivamente. El segundo ocurrió en abril de 1582 y estuvo protagonizado por un vasco de Bilbao que se llamaba Jáuregui, un mozo de tan solo dieciocho años. Guillermo tuvo los reflejos suficientes para esquivar al agresor mientras sacaba un pistolete y le disparaba a bocajarro. Jáuregui fue reducido, ejecutado y descuartizado allí mismo por los fieles de Guillermo que presenciaron todo lo ocurrido. El de Orange se debatió entre la vida y la muerte, pero al final salvó la vida. No tuvo la misma suerte en el tercer intento, el definitivo, ocurrido el 10 de julio de 1584, cuando fue abatido por Balthasar Gérard, un ultracatólico del Franco Condado, quien logró introducirse en el círculo cercano al Taciturno, fingiendo ser un perseguido de los españoles por su religión calvinista. Un buen día, cuando Guillermo se disponía a salir de su casa en Delft, en Holanda, Gérard, que le esperaba en el vestíbulo, le disparó con una pistola de ignición y le provocó esta vez sí la muerte.

La desaparición de Orange dejó sin aliento a los rebeldes flamencos, y

preocupó de manera alarmante al Gobierno inglés. Justo un mes antes, el 10 de junio, había muerto también, pero por causas naturales, el duque de Alençon, el último vástago de aquella prole de hijos de Catalina de Medici que se sucedían en el trono, sin haber llegado a tener la oportunidad de llegar a él, pues aún vivía su hermano Enrique III. Alençon fue el eterno pretendiente de Isabel I de Inglaterra, quien jugó la baza del matrimonio con Francia —sin tener nunca la menor intención de casarse— con la finalidad de mantener preocupado y alerta a Felipe II y, a la vez, a Francia de aliada. Una firme alianza anglo-francesa por un enlace matrimonial, con el conflicto de los Países Bajos en su horizonte, hubiera sido demoledor para la estrategia de Felipe II. En tan solo un mes, estas dos bazas de Isabel para mantener a raya al soberano español se esfumaron. Encima, coincidió con un nuevo intento de golpe de Estado por parte de los católicos del reino para deponer y asesinar a su reina y poner en el trono en su lugar a la Estuardo, con la connivencia y ayuda probada del embajador español, Bernardino de Mendoza, quien fue expulsado del reino, donde no se volvió a admitir nunca más a un embajador de Felipe, que lo único que hacían era conspirar con los católicos.

El que España e Inglaterra tendrían que llegar a un enfrentamiento directo en algún momento, dado el antagonismo político y religioso de sus dos monarcas, estaba claro, por mucho que ambos dirigentes lo fueran retrasando. Solo era cuestión de tiempo, y la escalada de tensión entre ambos reinos no dejó margen ninguno para la paz.

Cuando Isabel I consultó a su mago y astrólogo favorito, el doctor John Dee, angustiada por su destino y el de Inglaterra, este le vaticinó que veía el final de un gran imperio y el resurgir de otro sobre sus cenizas. Estas predicciones animaron a la reina, aunque seguía sin tenerlas todas consigo. Desaparecido el máximo rival de Felipe II en los Países Bajos y con un Alejandro Farnesio imparable, de éxito en éxito militar; con la mayor actividad minera en América, que se traducía en cada vez mayor cantidad de plata para las arcas del Estado; con una Francia neutralizada por su guerra interna y sin ningún enemigo real que le hiciera frente, parecía que Felipe II fuera a imponer su ley en Europa sin que nadie le pudiera frenar. Aparentemente solo quedaba ella como único bastión frente a las aspiraciones de su rival, por lo que estaba claro que, por su propio bien y por el de su reino, no le quedaba más remedio que desafiar a España y golpear allí donde más daño pudiera hacer. Su situación era harto más difícil aún por tener al enemigo en casa. Desde el momento en que María Estuardo puso un pie en su reino y fue encarcelada, los católicos ingleses no dejaron de conspirar, con la ayuda del papado, que enviaba legiones de religiosos clandestinamente para reconvertir al catolicismo el reino de Inglaterra, y de España, quien daba apoyo financiero y logístico a los conspiradores católicos. Cuanto mayor era el «celo religioso» de estos católicos, a los que se les llamaba despectivamente «papistas», más represivas eran las medidas adoptadas por el Gobierno inglés contra ellos y más vigilados estaban, al ser considerados como una «quinta columna» de los enemigos en su propio suelo, de manera que las ejecuciones por motivo religioso volvieron nuevamente a la isla, como en tiempos de *Bloody Mary*, pero esta vez de signo contrario. La verdad es que Isabel I no era ninguna fanática religiosa, todo lo contrario, pero no iba a permitir ninguna traición de lesa majestad de ningún súbdito, y conocía perfectamente que las intenciones de muchos de los católicos eran eliminarla y poner en su trono a María Estuardo. Desde el complot de Ridolfi no habían cesado los intentos de golpe de Estado, conspiraciones y atentados que ella misma había sufrido en sus carnes, y en los que había salvado la vida de milagro.

Por su parte, y para desgastar a Felipe II, ella daba alas a su corsario favorito, Francis Drake, a quien nombró caballero en la cubierta de su propio barco, ante un escandalizado Mendoza, que enviaba incendiarias cartas a su señor relatándole toda la serie de agravios contra España que tenía que padecer a diario en esa corte. De la misma manera, Isabel mantenía y recibía también al pretendiente a la corona portuguesa, el prior de Crato, alentando sus derechos en público y financiando su guerra particular contra Felipe II. Al haber quedado huérfanos de su líder tras el asesinato de Guillermo de Orange, Isabel decidió por fin atender las repetidas llamadas de auxilio de los rebeldes holandeses, enviando tropas a los Países Bajos al mando de su favorito, Robert Dudley, conde de Leicester. Esta medida, junto con los incesantes ataques de Drake tanto a los barcos españoles que surcaban el océano como a las costas españolas, suponía ya una declaración de guerra abierta contra el soberano español. Aunque nunca declarada formalmente, la guerra entre Isabel I y Felipe II era ya un hecho que no se podía soslayar. Por eso, cuando el embajador Mendoza desde su nueva embajada en París pidió autorización a su señor para que apoyara una nueva conspiración que se estaba fraguando en Inglaterra, este dio su aprobación al plan. «Los católicos me han enviado ahora a un caballero de buena familia llamado Master Cifford —escribe don Bernardino a Felipe II el 13 de agosto de 1586— con buenas credenciales; y la sustancia de su misión es la que paso a referir a Su Majestad». Después de exponer un detallado informe del estado de la conspiración, de sus cabecillas y de lo que se esperaba en Inglaterra de Felipe II, el embajador pasa a detallar el macabro plan de actuación:

> Todo esto —dice Mendoza—, le lleva a Babington, un católico convencido y un joven de gran espíritu y buena familia, a intentar encontrar secretamente la forma de asesinar a la Reina. Seis caballeros servidores de la Reina, que tienen acceso a su entorno, han prometido llevarlo a cabo, y no esperar a una coyuntura favorable, sino asesinarla, incluso sentada en su trono y bajo el dosel de su escudo real.

Mendoza iba aún más lejos, y les propuso que capturaran también a don Antonio, el prior de Crato, y a sus secuaces, los barcos de la reina, y que mataran también a Cecil, Walsingham, Hunsdon, Knollys y Beal, todos ministros de la reina. Aún Felipe, quien no puede ser tenido por escrupuloso a la hora de sacrificar a alguien, afirmaba en una nota al margen de esta carta que no veía necesario asesinar a Cecil, «ya que es tan anciano... y no ha hecho ningún daño». Sin embargo, la respuesta de Felipe II a esta carta de Mendoza no deja lugar a duda de sus

intenciones de acabar con la reina de Inglaterra:

Por su carta del 13 último he sido informado de la misión por la que Master Gifford ha sido enviado a v.m., y la respuesta que le dio v.m. Considerando la gran importancia del asunto, y si Dios lo bendice con el éxito, y ha llegado el momento para que Él golpee por su causa, haría bien v.m. en recibir de buen grado y animar a todo caballero que vaya allá, y a aquellos que envíen, a que perseveren en el empeño de su empresa. Estoy de acuerdo con las precauciones que v.m. sugiere, así como ciertas otras ejecuciones que v.m. piensa que se deberían efectuar acto seguido de la principal.

Grabado que recoge el momento de la ejecución de la reina de Escocia, María Estuardo, en el castillo de Fotheringhay, Northamptonshire, Inglaterra, el 8 de febrero de 1587. National Portrait Gallery of Scotland. La ejecución de la reina de Escocia supuso la gota que colmó el vaso de la paciencia de Felipe II con la reina de Inglaterra. A partir de ese momento, la empresa de Inglaterra como fuerza invasora para deponer de su trono a Isabel I y reconvertir a Inglaterra al catolicismo se convirtió ya en una prioridad para el rey de España.

La «ejecución principal» a la que se refiere aquí el rey no es otra que la de la reina. Para cuando el rey está escribiendo esta carta, el ministro de Isabel, sir -sir -Fran- Walsingham, ya había desenmascarado a los conspiradores. Aquel

Master Gifford del que hablaba Mendoza en su carta no era otro que el agente doble que el astuto Walsingham había conseguido introducir entre los conspiradores, haciéndose pasar por uno de ellos y manteniendo una correspondencia directa con la reina cautiva María Estuardo. Gifford pasaba a Walsingham todas las cartas recibidas de esta reina, hasta que consiguió la que buscaba, aquella en la que María estampó su sentencia de muerte al dar por escrito su conformidad con el plan, incluyendo el asesinato de su prima, la reina de Inglaterra. Todos fueron torturados y, habiendo confesado en el potro toda la trama del complot, ejecutados. María Estuardo fue también juzgada y condenada a muerte por alta traición. El 8 de febrero de 1587, el hacha del verdugo segaba la cabeza de la reina de Escocia en el castillo de Fotheringhay, ejecución ordenada por otra reina, la de Inglaterra, algo impensable hasta la fecha y que escandalizó a Europa entera. Esta ejecución fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Felipe II, quien a partir de este momento acelerará los preparativos, que ya habían comenzado, para enviar a Inglaterra una fuerza naval sin precedentes para castigar la osadía de esa «Jezabel» del norte y deponerla o asesinarla, imponiendo en el trono a un nuevo monarca elegido por él mismo, restaurando la religión católica en el reino, no solo como medida de castigo, sino también preventiva, como única solución a su eterno conflicto con los Países Bajos.

El sueño tantas veces aplazado de Felipe II de invadirla empezó a tomar cuerpo definitivamente a partir de 1585, cuando la reina de Inglaterra se involucró plenamente en la guerra de los Países Bajos, enviando a un ejército para ayudar a los rebeldes holandeses. Las acciones anfibias comandadas por don Álvaro de Bazán, el marqués de Santa Cruz, para la conquista de Lisboa en 1580 y de las Azores en 1583 habían tenido tal éxito que Felipe II, más confiado que nunca en su poder naval y en la ayuda de Dios a su causa, decidió que había llegado el momento de acometer la empresa de Inglaterra, a la que vaticinaba el mismo éxito que las anteriores.

Aunque Felipe II tardó décadas en decidirse finalmente a invadirla —siempre había pospuesto y condicionado esta acción al final victorioso en Flandes—, cuando por fin se decidió no hubo manera de disuadirle, a pesar de que los dos protagonistas, tanto Parma como el duque de Medina Sidonia, quien fue elegido a última hora para dirigir la Armada en sustitución de Santa Cruz, quien falleció inoportunamente poco antes de que zarpara, la desaconsejaban.

A pesar de que se intentó por todos los medios que las operaciones fueran secretas para coger al enemigo desprevenido, la formación de la maquinaria de guerra más grande que jamás se había visto no pasó desapercibida para nadie en toda Europa, y menos aún para los ingleses, quienes venían esperando este momento con gran ansiedad desde hacía décadas.

En España se respiraba un aire de euforia y de júbilo anticipado como nunca; por el contrario, Inglaterra experimentaba un ataque de nervios colectivo y una gran zozobra, fruto, por un lado, del ser conscientes de su inferioridad como potencia militar; por otro, del temor a que los católicos del reino aprovecharan la proximidad de la Armada para rebelarse una vez más; y en tercer lugar, porque siendo conscientes de la provocación constante que habían infligido a España, no esperaban ningún tipo de clemencia si los españoles cumplían sus objetivos. La última de estas provocaciones la había protagonizado, una vez más, Drake, quien en abril de 1587 atacó la ciudad de Cádiz por sorpresa, quemando todos los barcos fondeados en su bahía que esperaban unirse al grueso de la Armada, lo que los dejó inservibles para la operación y obligó a que esta retrasara su salida. Lo que más les desconcertaba a los ingleses era no saber el momento exacto en el que tendrían que luchar por su supervivencia. La suerte estaba echada, pero la hora de los vencedores solo Dios la conocía.

Por fin la Gran Armada contra Inglaterra —la mal llamada Armada Invencible— se hacía a la mar desde el puerto de Lisboa el 28 de mayo de 1588. Pero al poco de salir, unos fuertes vientos obligaron a los barcos a refugiarse en el puerto de La Coruña. Este mal presagio es advertido por su comandante en jefe, el duque de Medina Sidonia, y así se lo hace ver al rey: le sugirió por carta que este mal augurio podría ser una señal de Dios de que la aventura estaba condenada al fracaso. Con su providencialismo característico, el rey objetó que «si fuera esta una causa injusta, pudiera tomarse esta tormenta por señal de la voluntad de nuestro Señor para desistir de su ofensa, mas siendo tan justa como es, no se debe creer que la ha de desamparar, sino de favorecer mejor que se puede desear». De todas maneras, el rey no podía hacer otra cosa que confiar en la providencia; a estas alturas, si hubiera dado marcha atrás, su reputación como monarca poderoso y justiciero hubiera quedado muy mal parada, y hubiera sido un nefasto ejemplo para todos aquellos enemigos que le desafiaban.

Finalmente, el 21 de julio, la Armada se hace definitivamente a la mar rumbo al canal de la Mancha. Incluye diecinueve mil infantes, siete mil marineros, mil caballeros de fortuna, ciento ochenta clérigos y ciento treinta barcos. Europa entera contenía la respiración, esperando a ver el final de este combate decisivo entre las fuerzas del catolicismo frente a las del protestantismo. Sabían que su resultado sería definitivo para el destino de uno u otro bando. En Francia, gracias a la colaboración secreta entre el rey de España y la liga católica que encabezaba el duque de Guisa, por el Tratado de Joinville (31 de diciembre de 1584), y con la colaboración del embajador Mendoza, se había preparado un golpe de Estado contra el rey Enrique III para que este no pudiera acudir en ayuda de Inglaterra. El 9 de mayo de 1588, justo cuando estaba previsto que zarpara la Armada, el duque, sin el permiso de su monarca, entra en París aclamado por la población como un nuevo rey. Las fuerzas reales cargan contra el populacho, quien se atrinchera y logra poner en fuga a la guardia real e incluso al rey mismo, quien tiene que salir huyendo de su capital con nocturnidad y por una puerta discreta de las murallas para no ser visto. Esta victoria de Guisa, quien es el nuevo hombre fuerte de Francia, y esta humillación al rey, en lo que se dio a conocer como el Día de las Barricadas, le costará caro. El vengativo monarca francés se la tendrá jurada a partir de este momento al de Guisa, quien fue atacado a traición en una celada tendida por Enrique III, y asesinado por sus hombres ante su presencia en el castillo de Blois, el 24 de diciembre de 1588, justo cuando las noticias del fracaso de la Armada de Felipe II contra Inglaterra eran ya un hecho cierto.

Pero volvamos a Inglaterra. En el momento justo cuando la poderosa flota del rey de España se acercaba a sus costas, la reina, a pesar de ser mujer —«tenía el corazón y el estómago de un rey de Inglaterra»—, se puso su media cota de armadura y, a la cabeza de su ejército, alentó y arengó a la multitud enfervorizada en Tilbury, en la costa del condado de Essex, donde se creía que desembarcarían los españoles y en donde pronunció su famoso discurso que ha quedado en los anales del patriotismo británico. A veces en la historia, de la flaqueza se saca una energía extraterrena que hace cambiar la realidad, y lo que parecería una derrota anunciada se convierte en victoria.

Lo que vino a continuación es de sobra conocido para todo el mundo; la historia de la «Armada Invencible» es uno de los episodios más conocidos de la historia universal, no solo en España o Inglaterra, sino en cualquier parte del mundo, al menos de Occidente. Solo diremos que falló la coordinación entre la Armada en sí y el ejército comandado por el príncipe de Parma, que es el que tenía que invadir la isla. La estrategia era la siguiente: el príncipe de Parma, con su ejército de treinta mil veteranos, debía de esperar la llegada de la Armada en el puerto de Dunkerque. Cuando esta llegara al canal de la Mancha, entonces, ni antes ni después, el príncipe partiría con sus soldados embarcados en barcazas para encontrarse con la Armada en pleno mar abierto —para «darse la mano», como el rey lo expresaba—, escoltándola hasta que arribaran y desembarcaran en la costa inglesa, en la desembocadura del Támesis, para desde ahí marchar sobre Londres. La dificultad obvia, en un tiempo en el que carecían de medios de comunicación como los actuales y en el que toda comunicación se realizaba por correo postal, el cual tardaba una media de dos semanas entre España y los Países Bajos, estaba en cómo hacer coincidir en tiempo y lugar a las dos fuerzas marítimas. Este fue, pues, el mayor inconveniente con el que se encontraron tanto Parma como Medina Sidonia y, en definitiva, fue lo que hizo que todo el plan se malograra.

Para cuando Medina Sidonia llegó al lugar pactado para «darse la mano» con Parma, este no estaba aún preparado. La poderosa flota, en formación, fondeada en medio del mar, esperó, pues, a que Parma llegara. Entonces los ingleses tuvieron una idea genial, aunque no muy limpia dentro de las reglas de la guerra, como fue la de lanzar contra la Armada en formación unos barcos sin tripulación, cargados de brea y explosivos y previamente incendiados, los famosos brulotes, para así provocar el caos y el pánico entre sus tripulantes. Cuando los marineros españoles vieron que se les venían encima aquellas bolas de fuego, levantaron anclas desbaratando la formación, e incluso chocando unos con otros, en un enorme desbarajuste. Una vez pasado el peligro, Medina Sidonia ordenó que todos los barcos volvieran a la formación, pero las fuertes corrientes del Canal lo imposibilitaron. Entonces Medina Sidonia ordenó que la flota se dirigiera de regreso a España, y esto solo se podía hacer de una manera debido a las corrientes marinas: bordeando las islas británicas, por las costas de Escocia e Irlanda, para volver a casa. Evidentemente, la empresa de Inglaterra había fracasado estrepitosamente. Fue en este periplo por las costas del mar del Norte donde la Armada, dispersa y

desordenada, se perdió, batida por los temporales que la empujaban hacia los acantilados. Se calcula que se perdieron unos cuarenta barcos y murieron en torno a quince mil hombres, ejecutados muchos de ellos al naufragar en las costas de Irlanda, se dice que incluso comidos por los primitivos habitantes de esta isla por aquellos tiempos.

Los efectos que tuvo en Felipe II la derrota de su Armada fueron demoledores. Por mucho que, como la leyenda nos cuenta, el rey recibiera la noticia con su habitual impasibilidad, pronunciando su ya famosa y lacónica frase «Yo envié mi Armada contra los hombres, no contra los elementos», del golpe moral que recibió no se recuperaría nunca. En cambio, para todos los protestantes de Europa, especialmente para los ingleses, fue una victoria sin precedentes que ha quedado para siempre como símbolo de su veterana resistencia ante los innumerables ataques exteriores que se han ido sucediendo a lo largo de su historia.

Retrato de Isabel I de Inglaterra, el *Retrato de la Armada*, Anónimo. Woburn Abbey, Bedfordshire, Inglaterra. Este retrato, el más conocido e icónico de la reina Isabel I de Inglaterra, la Reina Virgen, fue pintado para conmemorar la

victoria de esta reina sobre sus enemigos tras la derrota de la Gran Armada que mandó Felipe II contra ella. En él podemos apreciar a una pletórica reina Isabel, ataviada con su más rica y sobrecargada indumentaria, posando su mano derecha sobre el globo terráqueo, en una clara señal desafiante ante quien en ese momento era el dueño del mundo, su oponente Felipe II. En las ventanas de detrás, en una secuencia de los hechos que explican esta euforia, podemos ver a la Armada que viene para invadir su reino, en la ventana de la izquierda, y, en la de la derecha, esa misma Armada destruida por las llamas y el oleaje. Una vez conjurado el peligro, Isabel I Tudor se sintió más fuerte en su trono que nunca, como lo demuestra este retrato.

Aunque esta derrota no supuso una merma importante en la capacidad destructora de la maquinaria de guerra española —la flota del Atlántico se rehízo en un breve espacio de tiempo; de hecho, la amenaza de una nueva invasión española pendió sobre Inglaterra como una espada de Damocles hasta bien entrado el siglo XVII—, el efecto psicológico que quedó tras la resaca sí tuvo enormes consecuencias. Como pasó con el turco tras la batalla de Lepanto, después del desastre de la Armada se rompió el mito de que los españoles eran invencibles y esto envalentonó e insufló nuevos bríos de moral a los enemigos de España. Por el otro lado, para los españoles, que tanto habían confiado en la ayuda de Dios en esta empresa que la daban como suya, no les podía caber en la cabeza que ese Dios hubiera permitido que sus huestes fracasaran frente a sus enemigos. A lo mejor, después de todo, Dios no era tan «español» como creían.

Fin de un reinado y fin de una época

El desastre de la Armada minó la confianza del rey en sí mismo y, por extensión, la de todos los españoles. En la última década de su reinado, ese «coloso con pies de barro», como se ha denominado a la monarquía española, empezó a sentir los efectos del hundimiento bajo sus pies al juntarse una serie de calamidades. A una verdadera crisis de subsistencia —epidemias, malas cosechas, cambio climático, crisis demográfica, bajos salarios y altísimos impuestos para pagar los enormes gastos de la monarquía para sus guerras exteriores— se sumó una crisis de conciencia y de moral que se tradujo en pesimismo, decepción, desilusión de unos ideales ya caducos que no se veían reflejados en la realidad, falta de confianza en sus gobernantes, etc. Estamos asistiendo al inicio de lo que se ha llamado la decadencia española, en los albores de un nuevo momento cultural y social, el Barroco, con toda su carga de pesimismo, crisis e incertidumbre, pero al mismo tiempo de triunfo sin igual en las artes y las letras; es el Siglo de Oro y, en particular, es la España del *Quijote*, cuyo genial autor supo percibir lo que estaba pasando en su país y transmitirlo de una manera tan espectacular en su obra maestra con el enfrentamiento entre los ideales y la realidad. Ese mismo desfase que se estaba produciendo entre unos ideales de una monarquía universal, con unos valores católicos y marcadamente hispánicos con los que se quería dominar el mundo, y la realidad que se imponía: guerras, falta de recursos económicos, que se traducía en más miseria, hambre y crisis demográfica. No olvidemos que *El Quijote* tomó forma justamente en estos años finales del reinado de Felipe II, así que sus personajes, sus paisajes y su pulso en general son justamente los de esta época que estamos viendo.

Felipe II, por Juan Pantoja de la Cruz. Biblioteca de El Escorial, San Lorenzo de El Escorial. Este es el último retrato que se le hizo a Felipe II. Tenía sesenta y seis años. Podemos apreciar su mirada cansada y su palidez en el rostro, aunque aún no estaba postrado en una silla consumido por la gota. El final de su reinado coincidió con una crisis muy profunda en España, crisis de subsistencia y crisis moral y anímica, que preconizaba ya lo que sería la decadencia del siglo XVII. En esta época aumentaron las críticas al rey. Estaba siendo ya un reinado demasiado largo y demasiado costoso, tanto en vidas humanas como en recursos económicos. Es la España del *Quijote*.

Si alguien había, más que nadie, que no acertara a entender por qué Dios le había desamparado en una empresa tan justa y tan en defensa de su causa, ese era el rey Fey Fepe II. A sus más de sesenta años, Felipe, lleno de achaques y prematuramente envejecido, creía haber visto ya de todo, pero este gran golpe, al final de su vida, era demasiado duro de digerir. Toda su obra y estrategia la había basado en un único fin: la defensa de la religión católica, para él, la única verdadera, y toda su confianza la tenía puesta en que Dios le recompensaría por ello. Pero este revés no encajaba con este planteamiento, más bien lo desmentía. A no ser que Dios le quisiese castigar por algún grave pecado cometido. En la atormentada cabeza del rey por estos años, esta explicación comenzó a tomar fuerza como única causa de su derrota frente a Inglaterra. En la conciencia del rey había algo oscuro que le aguijoneaba desde hacía años y que ahora resurgía con más fuerza, dadas las circunstancias: había ordenado la muerte de un hombre inocente y, más grave aún, el verdadero culpable todavía no había recibido su merecido castigo gracias a su protección.

Los remordimientos de conciencia de un rey no suelen quedar reflejados por escrito, y lo que no está escrito carece de rigor histórico, por lo que esta teoría entraría dentro del ámbito de la mera especulación. Pero para un historiador de la talla de Geoffrey Parker esta es la única explicación que encuentra a por qué, después de casi doce años, ahora se reabría el caso Antonio Pérez para dictaminar su culpabilidad y condena a muerte. A estas alturas todos en la corte conocían perfectamente la culpabilidad de Pérez en el asesinato de Escobedo, incluso Antonio Enríquez, el cabecilla de los asesinos, había *cantado* y contado toda la verdad ante un juez, pero el culpable seguía sin pagar su delito. Hasta diciembre de 1584, cuando Pérez, que estaba solo bajo arresto domiciliario desde 1579, no fue arrestado de nuevo, esta vez para ser encerrado en el castillo de Turégano, en Segovia, y puesto bajo grilletes. Con ello concluyó el primer acto del proceso. Sin embargo, tras solo dos años de confinamiento, Felipe volvió a permitir que Pérez se reuniera con su familia y viviera con relativa libertad en Madrid. Si Pérez albergaba alguna esperanza de que todo había concluido, esta se desvaneció cuando en mayo de 1588, justo cuando su Armada estaba a punto de zarpar hacia Inglaterra, el rey ordenó reabrir el proceso contra su exsecretario. Tras un complicado proceso, Pérez al final admitió su culpabilidad en la muerte de Escobedo bajo tortura. Sabía que sería condenado a muerte y ejecutado, pero el 19 de abril de 1590, con la ayuda de

su esposa, escapó de su prisión y huyó hasta alcanzar la frontera de Aragón, su tierra natal, donde los jueces de Castilla carecían de jurisdicción.

La princesa de Éboli. Anónimo. Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli por su marido Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, fue una mujer de la corte de Felipe II que dio mucho que hablar en su época e incluso en esta. Personaje novelesco donde los haya, esta mujer estaba formada para la intriga. Al contrario que la mayoría de las mujeres de su tiempo, esta no se conformó con ser solo esposa y madre, ella tenía vocación de mandar y por tanto tuvo que jugar todas sus cartas para conseguirlo, tejiendo grandes enredos que acabaron con su caída en desgracia, encarcelamiento y «muerte civil» a la que la condenó Felipe II, lo peor que le podía suceder a un cortesano.

En cuanto a la princesa de Éboli, «la hembra», como se la llamaba en los círculos cortesanos cercanos al monarca, temiendo que ella también se fugara, el rey dio órdenes para que se instalaran fuertes rejas en todos los huecos y ventanas de su palacio en Pastrana, donde estaba recluida. Al principio, la princesa, con su habitual carácter, se negó a dar entrada a los albañiles que, por orden del rey, habían ido a hacer su trabajo de convertir el palacio en una cárcel inexpugnable. Al

final, los obreros consiguieron echar la puerta abajo y entrar para realizar su trabajo, mientras la Éboli yacía en «la cama dando grandes voces, llorando y sollozando», protestando «que me pone cárcel de la Inquisición», y que «no es posible que Su Majestad tal quiera ni permita». En esto se equivocaba. Hacía tiempo que Su Majestad había condenado a la princesa a la «muerte civil». Doña Ana permaneció así, encarcelada en su palacio ducal de Pastrana, sin ver la luz del sol, hasta su muerte, acaecida en 1592.

PROFECÍAS QUE SE CUMPLEN

En estos momentos finales de un reinado, y también de un ciclo, coincidiendo también con el final del siglo XVI, la monarquía de Felipe II se enfrenta con grandes peligros que la acechan, y con una crisis de subsistencia y de conciencia. Ante tantos retos como se les planteaban a los españoles de esta época, en un entorno de miedo ante lo desconocido y de incertidumbres, se produjo un ambiente con tintes milenaristas, muy propicio para la aparición de los llamados «profetas de plaza». Hombres y mujeres que decían ver a la Virgen o a Nuestro Señor, y que estos les hablaban y mandaban que difundieran su mensaje. Lo peculiar de todos estos personajes es que los mensajes divinos que decían escuchar solían tener un tufo demasiado terrenal: muchos de ellos exponían claramente críticas a las políticas que se estaban llevando, con relación a Flandes o a Inglaterra, y vaticinaban horribles desastres para España si la política oficial no era reconducida. Esto es lo que proclamaban los dos profetas más populares de su época: Miguel de Piedrola, un antiguo soldado de los Tercios reconvertido en fraile y, de paso, en profeta, y una niña de la Villa y Corte, analfabeta y sin estudios, pero que decía que la Virgen se le aparecía en sueños y le hablaba: Lucrecia de León. Así, lo mágico y lo real, a veces tan difícil de diferenciar, sobre todo en esta época, se daban la mano, como suele acontecer en los momentos de crisis. Ni que decir tiene que este tipo de fenómenos impresionaban fuertemente a los nobles de la corte, y en cuanto se corría la voz todos querían conocer en persona a los supuestos seráficos personajes que Dios o la Virgen habían elegido para hablar por sus bocas. La idea de asistir a un auténtico fenómeno divino era en esta época el *summum* que cualquiera podía aspirar a experimentar en esta vida. Por eso eran patrocinados por nobles de alto rango, que los protegían de la Inquisición, siempre alerta ante este tipo de fenómenos, aunque al final siempre se descubría el engaño y la manipulación política detrás de estos «fenómenos milagrosos» y sus protagonistas acababan en las mazmorras del Santo Oficio o ajusticiados.

El caso de Lucrecia de León es particularmente llamativo porque sus profecías se cumplieron a rajatabla. Hija de una lavandera que trabajaba en el Alcázar de Madrid, donde residía el rey con su corte, Lucrecia comenzó a tener visiones a una edad muy temprana. Decía que la Virgen se le aparecía en sueños y le decía lo que tenía que transmitir al mundo: que habría más guerras, que la muerte del rey estaba cerca, que resurgirían las «comunidades» como en tiempos del emperador, y un sinfín de desastres más para España. Especialmente vaticinó el fracaso de la

Armada contra Inglaterra, que por estas fechas estaba a punto de zarpar. A Lucrecia la tomó bajo su protección y apadrinamiento un canónigo de la catedral de Toledo de la poderosa familia de los Mendoza, Alonso, hermano del embajador de Felipe II en Francia. Tras la verificación de la profecía de Lucrecia de León sobre el destino de la Armada, alarmó a propios y extraños, apoderándose del común un pesimismo que vaticinaba la pérdida de España y el fin de los tiempos en menos de una década. Todo este ambiente de inseguridad, fruto de un cambio de ciclo que se estaba produciendo en realidad por estos años, le llegó también a un impresionable Felipe II, que mandó a la Inquisición tomar cartas en el asunto. Sin embargo, esto no sirvió de freno a la osada Lucrecia de León, cada vez más crítica contra el rey, quizá envalentonada por tener a tan altos miembros de la nobleza que la seguían y protegían, curiosamente todos aquellos que formaban parte del clan de los Mendoza, quienes no perdonaban a Felipe II el humillante trato dado a su parienta, la princesa de Éboli. Finalmente, la Inquisición actuó: Lucrecia fue puesta bajo el tormento para que confesara quién le «inspiraba» en realidad todas sus profecías, temiendo que fuera el instrumento de alguna conspiración oculta dentro de la corte contra Felipe II. Al final no se sacó nada en claro. Fue condenada a cien azotes, dos años de reclusión y destierro permanente de Madrid y Toledo. Mendoza, por su parte, fue condenado a seis años de reclusión forzosa.

Al final de su vida, el anciano y caduco monarca vio cómo se le iban abriendo los frentes, uno tras otro, contra los que no daba abasto. No es de extrañar que el ambiente que reinara en estos momentos en España fuera más de inseguridad que de euforia, pues, por muy poderosa que fuera, la monarquía española no podría hacer frente a todos sus enemigos a la vez. Pero es que además de los enemigos exteriores, en esta década se desataron también rebeliones dentro de la misma España, incluso dentro del mismo corazón de la sufrida Castilla, el verdadero centro y motor de esta monarquía. La presión fiscal abusiva y el hartazgo de tantas guerras fueron los motivos principales.

A los conflictos con Holanda, ya un clásico, y con Inglaterra, con la que se estaba en guerra aunque no declarada formalmente, ahora venía a sumarse Francia. El primero de agosto de 1589, el rey Enrique III, último vástago de la dinastía Valois, era asesinado por un monje católico fanático. Enrique no dejaba descendencia, por lo que el más cercano en la línea sucesoria a la corona era Enrique de Borbón, rey de Navarra, el líder de los hugonotes franceses, que subiría al trono como Enrique IV. Que Francia también se convirtiera en un reino protestante como Inglaterra era algo que Felipe II no podía admitir. Reforzó la ayuda económica a la liga católica francesa. Era tanto lo que se jugaba que ordenó a su capitán general en los Países Bajos, Alejandro Farnesio, que, de momento, suspendiera cualquier plan de guerra en Holanda para acudir con sus Tercios en ayuda de los católicos de Francia, quienes se habían hecho fuertes en París, la capital del reino, sin reconocer a su nuevo monarca. Por su parte, los holandeses, aprovechando la ausencia de Parma, volvieron a reconquistar las ciudades que a base de tanto esfuerzo en vidas humanas y dinero habían conquistado los Tercios. Al mismo tiempo, el osado Drake volvía a golpear en la misma España, saqueando la ciudad de La Coruña.

Pero lo más grave fueron las revueltas que se desataron dentro de la Península. La presión fiscal que requería la financiación de tantas guerras (la aventura de la Armada solamente había costado diez millones de ducados, y la guerra de los Países Bajos había costado a Castilla ya ciento quince millones de ducados), que recaía siempre en los mismos, en los sufridos pecheros de Castilla, hizo que en 1591 estallaran protestas por toda la geografía española. La más importante en esta ocasión fue la de Ávila, donde el 21 de octubre aparecieron unos pasquines en los que se podía leer con letra clara una muy audaz crítica al rey:

¡Oh, España, España, y qué bien te agradecen tus servicios esmaltados con tanta sangre noble y plebeya! Pues en pago de ellos intenta el rey que tu nobleza sea repartida como pechera [...] y tú, Felipe, conténtate con lo que es tuyo y no pretendas lo ajeno y dudoso, y no des lugar y ocasión a que aquellos por quienes tienes la honra que posees, defiendan la suya tan de otros conservada y por las leyes de estos reinos defendida.

Era una clara alusión a que el pueblo estaba harto de que le sangraran para pagar las guerras de Felipe, quien es aquí interpelado con una falta de respeto inaudita para la época de la que estamos hablando, muy similar a la desvergonzada carta de Lope de Aguirre que hemos visto más arriba. Aunque esta queja no provenía del pueblo llano —este aún no había entrado en la historia y no se atrevía a rechistar—, sino que era una queja de los hidalgos castellanos por obligarles a pagar impuestos como a los pecheros. Felipe envió a su alcalde, Pareja de Peralta, a restablecer el orden. Ni siquiera su avanzada edad hizo que se ablandara ante los traidores. Como todos los que le habían desafiado durante su vida, fueran de donde fueran, los cuatro hidalgos abulenses que habían participado en la difusión del citado pasquín fueron condenados a cárcel perpetua, y su cabecilla, decapitado. Hasta el final de su vida, Felipe no perdonó una insubordinación contra su persona.

Las alteraciones de Aragón

Pero la peor de todas las revueltas de este año fue la que protagonizó el reino de Aragón, donde a poco estuvo de convertirse en un nuevo Flandes. Hay que tener en cuenta que, en esta época, todavía no se había producido la unión de todos los reinos de España en uno solo, esto no se produciría hasta los Decretos de Nueva Planta que impuso Felipe V, el primer Borbón, tras ganar la Guerra de Sucesión en 1714. En la época de Felipe II, como en toda la de los Austrias, el reino de Aragón, que se componía de Aragón en sí, el principado de Cataluña, el reino de Valencia y el de Mallorca, era, en virtud de la unión efectuada años atrás entre los Reyes Católicos, un reino adscrito a la monarquía católica como cualquier otro territorio, como por ejemplo los Países Bajos, aunque en la práctica se consideraba parte de España, como una realidad geográfica y comunitaria. Pero los aragoneses, al igual que los catalanes, llevaban muy a rajatabla la vigilancia del escrupuloso cumplimiento por el rey de Castilla de sus propias leyes y fueros. Se daba la circunstancia de que hacía tiempo que los aragoneses venían acumulando un resquemor contra

la Corona por diversas causas que ahora no vienen al caso. Estaban así las cosas cuando apareció en escena Antonio Pérez, cuyo padre era aragonés, escapando de la justicia del rey de Castilla, que también era rey de Aragón, pero en España siempre se ha visto con desconfianza el poder central por parte de la periferia. El astuto Pérez sabía que en Aragón estaba a salvo de la larga mano del todopoderoso rey Felipe y que, si este pretendiese prenderle, estaría incurriendo en un contrafuero y en una injerencia intolerable para los aragoneses en un momento muy sensible, dado el sentimiento de agravio que estos tenían hacia el rey de Castilla. Así que nada más llegar a Zaragoza, Pérez se puso bajo la protección del Justicia de Aragón, principal defensor de los fueros y libertades del reino, mientras se mostraba en público como una nueva víctima de la arbitrariedad del monarca castellano. Entonces se entabló un pulso judicial entre el exsecretario y el rey, algo totalmente inusual en esta época, una verdadera afrenta contra ese monarca cuasi divino que desconcertó a todo el mundo por la tremenda osadía de Pérez, empezando por el propio rey, que, anonadado y tremendamente furioso, gastó toda su energía en echar el guante a este insolente súbdito que estaba poniendo su reputación de soberano absoluto tan en entredicho.

Felipe contratacó, ordenando a su fiscal de Aragón que acusara a Pérez ante el Justicia de los mismos delitos por los que había sido ya condenado en Castilla. Pero Pérez esgrimió unos documentos que se había guardado consigo durante todo este tiempo, en los que se demostraba claramente la culpabilidad del rey en la muerte de Escobedo. Incluso publicó un *Memorial* de todo lo que rodeó a todo este feo asunto para su defensa, en el que dejaba al rey Felipe a la altura de los peores tiranos de la historia, y que fue leído por mucha gente. Entonces Felipe, dando otra vuelta de tuerca para no caer en las trampas que Pérez le iba tendiendo, ordenó a su fiscal que retirara todos los cargos relacionados con la muerte de Escobedo, basándose en que hacían referencia a «secretos que no conviene que anden en ellos», y que en su lugar presentara contra su exsecretario los cargos de revelar secretos de Estado y de tergiversar el correo mantenido entre el rey y don Juan de Austria. Entonces Pérez, viendo que se le acababan los argumentos en su defensa, intentó huir al Béam, el bastión del protestantismo francés, sede del reino de Enrique de Borbón antes de convertirse en Enrique IV de Francia. Este intento de Pérez de huir a refugiarse al amparo de los enemigos acérrimos de España y del catolicismo le dio argumentos a Felipe para tenderle el lazo definitivo. El instrumento del que Felipe se intentó valer para cazar a Pérez iba a ser la Inquisición, ese poderoso tribunal que controlaba a todo el mundo, sin distinción de clases

sociales ni origen y lugar de nacimiento. El Santo Oficio era la única institución que tenía jurisdicción plena en todo el territorio español, por encima incluso de la del propio monarca, como ya hemos visto, y, por tanto, el único capaz de prender a Pérez. Para ello había que desechar los cargos políticos y criminales contra el exsecretario y cambiarlos por otros que atañeran a las desviaciones religiosas. Por ello, esta vez, Pérez sería acusado de hereje y hasta de sodomía, igual que se hizo con el arzobispo Carranza, décadas atrás. Todo valía con tal de prender al que se había convertido en el enemigo número uno de la monarquía. Por eso, Pérez fue sacado de la cárcel de los Manifestados —una cárcel para los delitos comunes en Aragón— para pasar a las cárceles secretas que la Inquisición poseía en el edificio de la Aljafería en Zaragoza. Esto provocó tumultos entre la población al grito de «¡Libertad!» y «¡Contrafuero!». El 24 de mayo de 1591, una multitud enfurecida rodeó el edificio de la Aljafería amenazando con prenderle fuego si no devolvían a Pérez a la cárcel de los Manifestados, mientras se atrevieron incluso a agredir al virrey, el duque de Almenara, que era la viva representación de Felipe II en el reino de Aragón. Quedó tan mal parado el virrey que murió a causa de las heridas a los pocos días. El descontento general fue canalizado y manipulado en beneficio propio por el principal noble del reino, el duque de Villahermosa, quien quiso aprovechar la situación para sacar más tajada en sus prerrogativas como noble.

Las noticias que llegaban a la corte alarmaron enormemente a todo el mundo, temiéndose que surgiera un nuevo problema tan irresoluble como el de los Países Bajos en el corazón de la Península. Unos consejeros clamaban por la venganza imponiendo una vez más toda la fuerza en el castigo, otros, como don Francisco de Bobadilla, aconsejaban la moderación, recordando precisamente los pésimos resultados que provocaron las medidas del duque de Alba en Flandes, pues si «tan gran capitán como el duque de Alba, y un ejército tan poderoso, no habían conseguido intimidar a los flamencos, de su natural humildes y gente llana, ¿qué pasaría si provocaba a los aragoneses, gente de su natural altera, colérica y arrojada, y que se inclinan a las armas, y las traen y usan desde la edad que les concede fuerza para ello?». Al final, Felipe II tomó su propia decisión. Dictaminó que lo que le movía a tomar el camino del castigo era el que se hubieran tomado las armas contra el Santo Oficio, algo que le parecía intolerable y muy digno de castigo.

El rey ordenó al Justicia de Aragón que enviara de vuelta a Pérez a las cárceles de la Inquisición en la Aljafería antes del 24 de septiembre de 1591. Mientras, se preparaba un ejército para invadir Aragón. Dos días antes de cumplirse el plazo, moría don Juan IV Lanuza, el Justicia de Aragón, y le sucedía su hijo,

Juan V Lanuza. Este carecía de la experiencia y autoridad suficiente para controlar lo que sucedería a continuación: el día señalado en que se cumplía el plazo, Pérez fue nuevamente llevado a la cárcel de la Inquisición, y nuevamente se produjeron los mismos altercados que la vez anterior. Pero, en esta ocasión, Pérez aprovechó el tumulto para escapar. Con la ayuda de algunos amigos que le proporcionaron cobertura, Antonio Pérez logró cruzar la frontera francesa e ir directamente a Pau, capital del Béarn y residencia de Enrique de Navarra, ya Enrique IV de Francia, enemigo declarado de Felipe II, bajo cuyo amparo se puso. Incluso propuso al rey francés su ayuda para una invasión de España. Desde este momento, Antonio Pérez era un proscrito para la justicia española y para el rey, un nuevo enemigo de los intereses de España, como antes había sido Guillermo de Orange. Sin escrúpulo ninguno y sin principios, no tuvo reparo en ponerse a las órdenes de los peores enemigos de España en estos momentos —no solo estuvo pensionado por Enrique IV, sino también por la reina Isabel de Inglaterra—, a quienes no dudó en ofrecer, a cambio, información privilegiada de alto riesgo para la monarquía. Quien había estado durante tantos años sirviendo como el primer secretario de Felipe II y, por lo tanto, conociendo como nadie los más intrincados secretos de Estado, tenía capacidad para hacer mucho daño a su antiguo señor, a quien guardaba ahora un ciego rencor que no le hizo dudar en hacerse traidor no solo a su monarca, sino también a su patria. Antonio Pérez escribiría en su exilio de París las *Relaciones*, un nuevo alegato contra Felipe II que hubo que añadir a la fabricación de su leyenda negra. Murió en París, olvidado por todos, en 1611.

En cuanto a los rebelados de Aragón, el Justicia Juan de Lanuza agitó a su pueblo contra la injerencia intolerable del rey de Castilla, proclamando el «contrafuero» y llamando a las armas contra su señor natural. Cuando el ejército entró en Zaragoza, lo primero que hizo Alonso de Vargas, su capitán general y un veterano de Flandes de cuando los tiempos de Alba, fue arrestar a Lanuza y a los nobles que habían sido los mayores instigadores de la revuelta: el duque de Villahermosa y el conde de Aranda. Lanuza fue inmediatamente ajusticiado en la plaza del Mercado de Zaragoza, creando así Felipe II a un nuevo mártir. Villahermosa y Aranda fueron trasladados a cárceles castellanas, donde los dos murieron de causas naturales tras una «súbita y breve enfermedad», al igual que le pasó al barón de Montigny.

Luego las profecías de Lucrecia de León se cumplieron. No solo había vaticinado que la Armada no llegaría a buen puerto, sino también que habría más guerras, como la que se estaba librando en Francia contra Enrique IV; que España sería atacada por los ingleses, como efectivamente sucedió cuando Drake atacó La

Coruña en 1589 y otra vez Cádiz, por el conde de Essex, en 1596; y que se reproducirían las comunidades en territorio español como en tiempos de Carlos V, como se vio con las revueltas en Castilla y en Aragón.

Los disturbios de Aragón, la última de las innumerables revueltas a las que se tuvo que enfrentar en su vida, dejaron al rey agotado. A sus sesenta y cinco años se sentía ya acabado, desgastado y con las fuerzas muy mermadas para afrontar los enormes desafíos por los que estaba atravesando su monarquía. Desde entonces, el rey comenzó a frenar su actividad de trabajo. La acumulación de dolencias y achaques le tenían postrado la mayor parte del tiempo. La gota, que le producía terribles dolores que le imposibilitaban la marcha normal de las tareas de Gobierno, le mantenía atado a una silla. Su mano, cada vez más paralizada por la artritis, a duras penas le permitía coger la pluma para firmar documentos. Se puede apreciar aún hoy la dificultad que tenía para escribir a tenor de su letra temblorosa —ya de por sí ilegible— en los documentos de sus últimos años. Cada vez fue delegando más en su hijo y heredero, el futuro Felipe III, que ya tenía quince años, para que presidiera las reuniones con la Junta de Gobierno, un órgano compuesto por cuatro ministros con amplios poderes de decisión. Poco a poco, el rey que con tanta fuerza había manejado el timón de esta monarquía se fue desentendiendo de las cosas de este mundo para prepararse para el otro, el del más allá, hacia el cual presentía que pronto tendría que hacer el viaje definitivo. Si ya había sido una persona religiosa durante toda su vida, ahora, en el umbral de la muerte, mucho más. Su deterioro físico era más llevadero con el consuelo de la religión; en su basílica del Escorial era todo un lujo poder tener esa comunicación directa con el Creador, mientras su Capilla Real cantaba música sacra, dejándose llevar por las melodías religiosas de los grandes músicos españoles de su tiempo. Cuando la enfermedad le imposibilitaba levantarse de su cama, seguía todos los oficios religiosos desde su lecho, al haberse hecho abrir una ventana justo en el cabecero de su cama que le comunicaba directamente con la basílica. Así, entre cánticos gregorianos, motetes y tedeums, se fue apagando el que fuera el hombre más poderoso de su siglo, y uno de los mayores de la historia.

Cenotafio de Felipe II y su familia. Pompeo Leoni. Presbiterio de la Basílica del Escorial. Este soberbio grupo escultórico que Felipe II encargó a ambos lados del altar de la basílica del Escorial, de él con su familia (en el otro lado está el del emperador Carlos V), es la máxima expresión de la representación del poder de su monarquía y su proyección cuasidivina como guardianes de la religión. En él podemos ver, en posición orante, a Felipe II, a su lado, su cuarta esposa, la reina Ana de Austria, detrás de esta, la primera mujer, María Manuela de Portugal, y junto a ella y detrás justo de Felipe II, su malogrado hijo, el príncipe don Carlos, de quien se acordó en el último momento de su vida, cuando encargó estos cenotafios.

Antes de partir a su morada definitiva, quiso dejar todo muy bien atado para que su hijo, al que presentía atolondrado y al que se temía que gobernasen, tuviera las cosas más fáciles. Por eso, al final de su vida, en mayo de 1598, a tan solo cuatro meses de su fallecimiento, depuso las armas para liberar la presión de tantas guerras, y también por pura cuestión económica. El año anterior se había producido la tercera bancarrota de su reinado. Por el Tratado de Vervins hacía las paces con el rey Enrique IV de Francia, ya convertido al catolicismo y bendecido incluso por el papa. Cuatro días después se firmaba un documento por el que otorgaba una especie de autonomía a las provincias católicas del sur de los Países Bajos, que serían cogobernadas, en nombre de España, por su hija favorita, Isabel Clara Eugenia, y su prometido, el archiduque Alberto de Austria, con quien se casaría al año siguiente. La guerra seguiría, sin embargo, con Inglaterra y Holanda. Con la

primera no sería posible la paz hasta que no hubieran desaparecido de la escena los dos rivales que mantenían sus espadas en alto, esto es, Felipe II e Isabel I, en 1603. Al año siguiente, ya reinando Felipe III en España y Jacobo I Estuardo, el hijo de María, en Inglaterra, se firmaron las paces por el Tratado de Somerset House. Con Holanda se pactó una tregua, la Tregua de los Doce Años, en 1609. Así se fue preparando el terreno para el siguiente reinado, menos belicoso, aunque no menos beligerante en sus compromisos con la religión y con mantener el estatus hegemónico de la monarquía española en Europa, pero de una manera más diplomática, y también más conspirativa.

El rey pasó los últimos tres años de su vida confinado en su cama o en su silla, especialmente diseñada para él, que se exhibe hoy día en El Escorial. Pero no se resignaba a dejar totalmente el poder. Seis semanas tan solo antes de su muerte, todavía firmaba documentos y se aseguraba de que todo estuviese en orden.

En junio de ese año, el monarca más poderoso de la Tierra hacía su último viaje y, cómo no, el destino no podía ser otro que el lugar que él mismo había construido para enterrarse con toda su familia y descendientes, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Su enfermedad estaba tan avanzada y los dolores eran tan agudos que no pudo hacer el viaje en coche, por los vaivenes y saltos que se producían por los caminos mal pavimentados de la época. Tuvo que ir en silla de manos, llevado a pie por cuatro corpulentos hombres que tenían órdenes de mover lo menos posible la silla donde viajaba el rey. El trayecto de Madrid al Escorial, que se hacía normalmente en un día en esta época, en esta ocasión se tuvo que hacer en tres. Una vez llegado a su última morada, fue recibido por todos sus criados, ministros, capellanes y servidores para acompañarle en su tránsito a la otra vida. Se hizo traer su ataúd para tenerlo más a mano, y también hizo traer muchas de las reliquias que había ido acumulando a lo largo de toda su vida, las cuales se acercaba a los labios para besarlas fervorosamente. Al igual que en vida, todo lo quería controlar él, también después de muerto: preparó y dejó mandado cómo habían de ser sus pompas fúnebres hasta el más mínimo detalle: «hasta por qué puerta le habían de sacar y por cuál meter, que no parecía que iba a morir sino a alguna gran fiesta», comentaba su predicador favorito, Francisco Terrones.

Así estuvo, entre tremendos dolores físicos, pues se le fueron abriendo llagas en la carne que desprendían un terrible hedor además de la incontinencia de fluidos que, según los testigos, hacía irrespirable el aire de su cámara. En estas condiciones tan humillantes para el que había sido señor del mundo, descomponiéndose en vida, como una metáfora de cómo igualmente se descomponía su

imperio y los ideales que él mismo había intentado imponer, se iba apagando el rey don Felipe II. Murió agarrado al crucifijo con el que habían muerto tanto su padre como su madre, en la madrugada del 13 de septiembre de 1598. «Se fue acabando poco a poco, de suerte que con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas salió aquella santa alma», escribió uno de los monjes que se encontraban presentes en el momento justo de su muerte.

Escudo de la monarquía de Felipe II. Basílica de El Escorial. En este lujoso escudo, hecho de bronce sobredorado y piedras semipreciosas, podemos apreciar las armas de Felipe II, que son un compendio de sus innumerables posesiones: Castilla y León, Aragón, Granada, Portugal, el Franco Condado, Brabante, Milán, Sicilia y un larguísimo etcétera.

Felipe II, por la gracia de Dios, que había heredado el mayor imperio de la historia hasta la fecha, y que lo había doblado en extensión, dejaba sin embargo una nación, España, la suya, en la ruina más absoluta, con un montón de conflictos abiertos y enemigos que la acechaban por todas partes, en medio de una crisis de subsistencia y demográfica que anunciaba ya lo que sería la decadencia plena en el

siglo siguiente. Ese coloso con pies de barro que había empezado ya a dar los primeros avisos de su posterior derrumbe. Una sensación que empezaba ya a ser percibida por algunos contemporáneos, y que está perfectamente reflejada en estas palabras del arbitrista Martín González de Cellorigo, quien escribió en el año 1600 sobre el ambiente que flotaba en la España de finales del siglo XVI y principios del XVII: «No parece sino que se han querido reducir estos reynos a una república de hombres encantados que viven fuera del orden natural». Frase muy elocuente, y que vendría a conectar con el espíritu que mana del mismo *Quijote*, escrito precisamente en estas fechas.

La muerte de Felipe II fue celebrada con misas solemnes y túmulos funerarios por toda la cristiandad, especialmente en España. Si los llantos por el difunto monarca fueron sinceros o no, es algo que no nos corresponde juzgar, pero lo que sí es seguro es que muchos debieron sentir un gran alivio, después de cuarenta y dos largos años de un reinado tan autoritario e implacablemente justiciero. Al menos tenemos el testimonio de un contemporáneo del que, por su universal celebridad, es interesante conocer su opinión al respecto. Se trata de Miguel de Cervantes, quien le dedica al difunto monarca un soneto lleno de sorna al contemplar su túmulo funerario en la catedral de Sevilla:

¡Voto a Dios! Que me espanta esta grandeza

y que diera un doblón por describilla;

porque ¿a quién no sorprende y maravilla

esta máquina insigne, esta riqueza?

¡Por Jesucristo vivo! cada pieza

vale más de un millón, y que es mancilla

que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!

Roma triunfante en ánimo y nobleza.

Apostaré que el ánima del muerto

por gozar este sitio hoy ha dejado

la gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo: «Es cierto

cuanto dice voacé, señor soldado.

Y el que dijere lo contrario, miente.»

Y luego, incontinente,

caló el chapeo, requirió la espada,

miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

San Lorenzo de El Escorial, 3 de junio de 2017

Bibliografía

ALVAR EZQUERRA, Alfredo (Ed. y notas). *Antonio Pérez. Relaciones y Cartas (II vols.)*. Madrid: Turner, 1986.

ATIENZA, Juan G. *La cara oculta de Felipe II. Alquimia y magia en la España del Imperio*. Barcelona: Martínez Roca, 1998.

BOUZA ÁLVAREZ, Fernando J. (Ed.). *Cartas de Felipe II a sus hijas*. Madrid: Turner, 1988.

BUDIANSKY, Stephen. *Her Majesty's Spymaster. Elizabeth I, Sir Francis Walsingham, and the Birth of Modern Espionage*. Londres: Viking, 2005.

CABAÑAS AGRELA, José Miguel. *«El terrible Alba, un cordero ante Inglaterra»*. En: Historia 16, 2003; n.º 331: 8-25.

—, «María Estuardo. ¿mártir o verdugo?». En: *La aventura de la Historia*, 2010; n.º 141: 22-27.

—, «Un espía español en la corte de Isabel I» y «Fiestas e intrigas. La corte de Isabel I a través de los ojos de un embajador». En: *Historia 16*, 2003; n.º 321: 8-41.

—, *Don Bernardino de Mendoza, un escritor-soldado al servicio de la monarquía Católica (1540-1604)*. Guadalajara: Diputación de Guadalajara, 2001.

CARNICER GARCÍA, Carlos y MARCOS RIVAS, Javier. *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.

DUNN, Jane. *Elizabeth & Mary*. Cousins, rivals, queens. Londres: Harper Collins, 2003.

ELLIOTT, J. H. *La España Imperial (1469-1716)*. Barcelona: Vicens-Vives, 1984.

—, *La Europa dividida (1559-1598)*. Madrid: Siglo XXI, 1981.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Felipe II y su tiempo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1998.

—, *Poder y sociedad en la España del Quinientos*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.

FRIEDA, Leonie. *Catalina de Médicis*. Una biografía. Madrid: Siglo XXI, 2006.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (Coord.). *Historia de España. Siglos XVI y XVII. La España de los Austrias*. Madrid: Cátedra, 2003.

GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis. *El aprendizaje cortesano de Felipe II*. Madrid: Sociedad Estatal para las conmemoraciones de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999.

JONES, Martin D. W. *La Contrarreforma. Religión y sociedad en la Europa moderna*. Madrid: Akal, 2003.

KAMEN, Henry. *Felipe de España*. Madrid: Siglo XXI, 1998.

—, *Imperio. La forja de España como potencia mundial*. Madrid: Suma de Letras, 2004.

LYNCH, John. *España bajo los Austrias (vol. I)*. Barcelona: Península, 1982.

MALCOLM, Noel. *Agentes del Imperio. Caballeros, corsarios, jesuitas y espías en el Mediterráneo del siglo XVI*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016.

MALTBY, William S. *El gran duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*. Madrid: Turner, 1985.

MARAÑÓN, Gregorio. *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época* (II vols.). Madrid: Espasa-Calpe, 1963.

MARTÍNEZ MILLÁN, José y DE CARLOS MORALES, Carlos Javier. *Religión, política y tolerancia en la Europa Moderna*. Madrid: Polifemo, 2011.

MATTINGLY, Garrett. *La derrota de la Armada Invencible*. Madrid: Turner, 1985.

MORALES VALLEJO, Javier. *El Símbolo hecho piedra. El Escorial, un laberinto descifrado*. Barcelona: Áltera, 2008.

MORENO ESPINOSA, Gerardo. *Don Carlos: El príncipe de la leyenda negra*. Madrid: Marcial Pons, 2006.

PARKER, Geoffrey. *El rey imprudente*. Barcelona: Planeta, 2015.

—. *Felipe II*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.

—. *Felipe II. La biografía definitiva*. Barcelona: Planeta, 2010.

—. *La gran estrategia de Felipe II*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.

PASSUTH, László. *El señor natural. La venturosa vida de Juan de Austria: de bastardo a alteza*. Barcelona: Áltera, 2008.

PÉREZ MARTÍN, María Jesús. *María Tudor. La gran reina desconocida*. Madrid: Rialp, 2008.

REED, Helen H. y DADSON, Trevor J. *La princesa de Éboli, cautiva del rey. Vida de Ana de Mendoza y de la Cerda (1540-1592)*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons, 2015.

RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel. *La España de Don Quijote*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

RODRÍGUEZ-SALGADO, M. J. *Un Imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*. Barcelona: Crítica, 1992.

THOMAS, Hugh. *El Señor del Mundo: Felipe II y su imperio*. Barcelona: Planeta, 2016.

USLAR PIETRI, Arturo. *La visita en el tiempo*. Barcelona: Salvat, 1995.

WEIR, Alison. *Elizabeth the Queen*. Londres: Pimlico, 1999.